

JUAN M. LEISECA

HISTORIA
DE CUBA

LIBRERIA "CERVANTES"
HABANA



HISTORIA DE CUBA

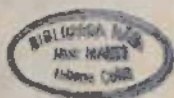
ESCRITA DE ACUERDO
CON EL PLAN DE ESTUDIOS VIGENTE
EN LAS
ESCUELAS PUBLICAS

POR

JUAN M. LEISECA

E ILUSTRADA POR

FELIX N. DIAZ DE VERA



LA HABANA
Montalvo, Cárdenas & Co.
Avenida de Italia, 103
1925

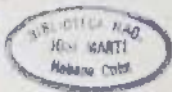
COMISION NACIONAL DE
BIBLIOTECA HABANA, CUBA

Comprado a: Bula

Precio F/00

Fecha 13 AUG 1963

111498



Al general Gerardo Machado

A nadie mejor que a Ud. puedo dedicar este libro. Acójalo con el mismo hondo afecto con que yo se lo ofrezco, y piense que si en él palpita mi amor a Cuba, al ofrecérselo no hago más que rendir tributo a la devoción que por usted tengo.

El Autor.

9-
121
Ej 1



General Gerardo Machado,
Quinto Presidente de la República Cubana

DEL ANFORA DEL MAESTRO

Para conocer a un pueblo, se le ha de estudiar en todos sus aspectos y expresiones: en sus elementos; en sus tendencias; en sus apóstoles; en sus poetas y en sus bandidos.

* * *

Una ciudad es culpable mientras no es toda ella una escuela; la calle que no lo es es una mancha en la frente de la ciudad.

* * *

Una escuela es una fragua de espíritus.

* * *

Hombres recogerá quien siembre escuelas.

* * *

Hombres haga quien quiera hacer pueblos.

* * *

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender.

* * *

Sólo el amor construye.

* * *

Los niños son los que saben querer; los niños son la esperanza del mundo.

* * *

Los niños deben juntarse una vez por lo menos a la semana, para ver a quién pueden hacer un bien todos juntos.

* * *

La montaña acaba en pico; en cresta la ola empinada; en copa el árbol; y en cima ha de acabar la vida humana.

* * *

Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras.

* * *

Yo sé de un pesar profundo
entre las penas sin nombre:
¡la esclavitud de los hombres
es la gran pena del mundo!

José MARTÍ.

A LOS MAESTROS CUBANOS

A L escribir este libro lo hice únicamente por el solo propósito de ofrecer a la niñez cubana un medio más para nutrir a la vez la mente y el espíritu. Para lo primero, nada nuevo he hecho; y en cuanto a lo segundo, he querido vestir la narración con la mayor cantidad posible de galas y sugerencias, para dar amenidad a la forma de exposición y arraigar tanto en el cerebro como en el alma del educando, a la par que el conocimiento del suceso, la espiritualidad de su consecuencia.

He querido poner en vuestras manos un arma para la lucha; pero no un arma que sirva sólo para los efectos del conocimiento histórico, sino que, entrando hondo en el corazón del niño, vigorice su concepto admirativo de las grandezas patrias y le haga sentir el acicate de la emulación y la conciencia del más acendrado y puro nacionalismo.

Vosotros no necesitáis lecciones acerca de lo que es o debe ser la historia patria en la escuela. Yo no pretendo tampoco servirlos de mentor, y me limito a decirlos: Compañeros: acoged este libro por su buena intención; utilizadlo haciendo que vuestra ciencia y pericia aumenten sus bondades; subsanad sus errores, y ojalá que con su débil auxilio hagáis de esa flor de esperanza que se llama la niñez cubana, idólatras del ideal y ciudadanos para quienes la Patria sea, como dijo el Maestro, "Esfera y no pedestal," "agonía y deber."

GUIA METODOLOGICA

UN pueblo que no tenga pleno conocimiento de su personalidad y que no sienta el orgullo de su propia vida, se desenvuelve entre los demás considerándose inferior. La historia patria, por razones que no importa exponer, ha sido descuidada entre nosotros, pues no ha llegado al dominio del pueblo, y de ahí resulta que muchas veces admiramos hechos de otras naciones, que por muy enaltecedores que sean, no superan, ni siquiera igualan, en multitud de casos, a otros ocurridos en nuestro proceso histórico.

Y es preciso poner remedio a este mal. Cuba necesita una intensa labor educadora, afirmando nuestros propios caracteres y forjando ciudadanos; creando una conciencia que afirme nuestra personalidad moral y eleve nuestro concepto nacionalista. Esta es obra de la escuela; y dentro de ella, del estudio de la historia.

La historia no puede ser considerada como estudio secundario en la enseñanza del pueblo. Al contrario, es cuestión básica, porque únicamente ella educa para la vida ciudadana, y si queremos una patria fuerte y libre, sólo la tendremos cuando en el último de sus rincones se considere a Martí como apóstol y se le adore como redentor.

Lo expuesto no quiere decir que el magisterio cubano desconozca y no cumpla sus deberes. Simplemente señalamos una necesidad, y a ella nos referimos para hacer resaltar la idea imperiosa de que más hace Cuba con hijos ignorantes de muchas cosas, que con otros muy instruidos, pero en los que no vibre el sentimiento nacional como base en que descansa el porvenir de nuestra patria.

En nuestros cursos de estudios vigentes se da toda la importancia necesaria al estudio de la historia; y en la graduación establecida se tienen en cuenta los diversos factores que es preciso atender. ¿Ideal perseguido? Que el alumno conozca el desenvolvimiento pasado y presente de la familia cubana, en este acervo de bienes morales y materiales para nosotros. ¿Medios de aplicación? Que adquiera esos conocimientos con el menor esfuerzo posible, mediante la observación y comparación de los hechos que el maestro oportuna y hábilmente vaya presentando.

De ahí que, dividiendo el estudio de la historia en cuatro grados, se haya previsto lo que a cada uno corresponde. El

curso elemental de enseñanza en las escuelas públicas de Cuba abarca seis grados. Aunque la enseñanza sistemática de la historia no aparece en los dos primeros, podemos apreciar que su enseñanza indirecta se aplica desde el kindergarten; pero conociendo la importancia nacionalista de esta materia, se espera que el niño tenga cierta preparación para que asimile y fije las ideas en su mente, estando entonces en condiciones de comenzar el estudio, propiamente dicho, de la historia (tercer grado del curso), y aun en ese grado, se dramatiza la acción; se utilizan las formas positivas del relato vivo y cálido del hecho para hablar más al corazón del niño que a su cerebro, despertando la atención y el interés, que son los dos resortes más importantes para la adquisición de los conocimientos.

En este grado se persigue esencialmente que resalten las virtudes primordiales del hombre, tales como abnegación, eivismo, probidad, y por sobre todo, amor patrio. Los elementos auxiliares que pueden emplearse son dibujos, retratos, cuadernos, cuadros, excursiones y todo cuanto tienda a la asociación de las ideas, para fijar el conocimiento propuesto.

En el segundo grado, el material de estudios deberá ser más directo, más personal, utilizando especialmente como factor los estudios biográficos, iniciando el trabajo con ejercicios de preparación en forma global, para llevar al niño, como de la mano, al análisis de los hechos, por medio de interrogatorios sencillos y graduados, a fin de obtener que fije las ideas que se le quieren transmitir, logrando que el alumno, a su vez, haga observaciones. En este grado se dirigirá la atención del niño especialmente al estudio y comparación de las virtudes cívicas de los biografiados, para iniciarlo en ideas de comparación.

Ya en el tercer año de estudio sistemático de la historia, se ensancha el círculo de acción de su enseñanza, haciendo que el alumno pase, del hecho realizado por el hombre, a su consecuencia; es decir, que la narración (siempre en exposición tan sencilla como sea posible) determine un suceso histórico importante en la vida nacional. Por lo que se advierte en el tratamiento que damos a la materia de este grado, el niño va adquiriendo las aptitudes necesarias para la comparación de los hechos y la necesaria preparación para generalizar y deducir, hasta donde le permita el desarrollo de la inteligencia infantil, las consecuencias que naturalmente se desprenden de los hechos estudiados.

Ya en este grado se da a conocer la evolución del país en sus diversas actividades. Esta labor es muy importante, porque en ella se provoca la comparación de sucesos y cosas, siendo una de las mayores dificultades que ha de vencer el maestro, pues debe llevar a la mente del niño la idea de que lo que observa en la actualidad no es igual a lo que otros vieron en el ayer, por razón de las transformaciones sucesivas. Por ejemplo: si se trata de medios de locomoción, es preciso que el niño conozca los que había en otros tiempos, para que al hacer la comparación pueda apreciar, con vista de los actuales, el grado de adelanto que hemos obtenido. Como en este grado

se generaliza, hay que utilizar más el libro, del que no se debe prescindir; pero sabiendo el maestro cómo ha de limitar su uso, pues una de las mayores pruebas a que puede ser sometido un educador consiste en que sepa enseñar a sus alumnos el manejo eficaz del libro. Las condiciones pedagógicas y culturales del maestro se ponen a prueba en este momento de la enseñanza, porque tiene que introducir, recordar, determinar y fijar definitivamente el conocimiento por la descomposición y comparación de los sucesos que sean motivo de su estudio. Al terminar este grado, el alumno debe conocer la vida de los actores, el medio donde éstos se desarrollaron, los hechos que realizaron y las consecuencias a que esos motivos sociales dieron origen, en todas y en cada una de las manifestaciones nacionales en que pueda moverse la actividad ciudadana.

En el cuarto y último grado, los hechos históricos se relacionan para llegar a conclusiones sintéticas. Ya no se estudia sólo al hombre, al gobierno o al pueblo que actuó, sino también el escenario de su acción y el suceso básico con sus derivaciones. La historia que en este grado se expone a los alumnos es la vida de las colectividades, y su proceso, el desenvolvimiento que el pueblo cubano ha tenido en forma intensa, para arraigar el conocimiento, aunque huyendo de todo exceso que pueda amenerar el entusiasmo, el gusto y el interés del alumno. Aquí el libro de texto desempeña un papel importante al convertirse en fuente fecunda y prodigiosa donde los niños deben ir a saciar su sed de conocimientos.

El maestro no debe temer nunca que el alumno conozca la verdad histórica. Al contrario, debe hacerla resaltar. Porque la verdad es siempre conveniente como lección y como ejemplo, para que se acostumbre el niño a ser cívico. La verdad, como ha dicho un célebre pensador, "no ofende más que a los mentirosos."

El maestro debe ser, ante todo, un patriota que ame ardentemente a su país; que vea en sus alumnos a los ciudadanos del mañana actuando en la vida nacional; que piense muy especialmente que cuando enseña la historia, hace obra eminentemente nacionalista; porque la labor que él, en su escuela, realiza, puede ser para el edificio de la patria piqueta que demuela o grano de arena que construya.

PROLEGOMENO

EN su acepción general, los hechos realizados por cualquier ser o referentes a cualquier sujeto constituyen una expresión científica que se denomina Historia. Cuando esos hechos se refieren a la humanidad, abarcan la relación verídica y ordenada de lo realizado por el hombre desde la primera edad de los pueblos hasta el último suceso que en ellos se verifica, debiendo resaltar en el relato de esos acontecimientos la influencia que el hombre haya podido ejercer en el desarrollo progresivo y decadencia de las nacionalidades.

Del objeto, sujeto y fin de la Historia.—La Historia tiene un objeto, que es la reseña de los sucesos pasados; un sujeto, que es el hombre, y un fin: presentar a los hombres del presente el relato y consecuencia de los hechos del pasado, para que por el estudio y comparación de esos hechos, atendiendo a la razón inconscusa de que *la historia se repite*, encuentren enseñanza y guía en su labor del porvenir.

Lo que se determina para ese asunto es la Historia: hecho. La relación de ese hecho, comparándolo con otros y explicándolo en sí, origina una esencia, una idea, un principio; motivos y razones que encajan dentro de otra ciencia que se llama Filosofía. El hecho histórico, estudiado en sus motivos y razones, crea una nueva manifestación científica que se denomina Filosofía de la Historia, y que es la narración analizada, comentada y comparada, única forma de que llene su fin.

Métodos y submétodos.—Toda labor científica precisa método, y por eso la Historia, que es ciencia,

que no existe sólo para expresar un hecho, sino su verdad, debe ser metódica para descubrir esa verdad y exponerla. De ahí la necesidad de que en el estudio de las cuestiones históricas se analicen los sucesos y luego se sintetice.

Su método de estudio es, pues, *analítico sintético*.

Para el desenvolvimiento de la narración histórica es indispensable la aplicación de un submétodo, bien sea el *cronológico*, en que es base el desenvolvimiento de sucesos por orden sucesivo de días y fechas; bien el *geográfico*, que trata los sucesos por orden de pueblos; bien el *etnográfico*, que los relaciona por razas, nacionalidades, religión, etc.

Como nuestro objeto es referirnos a la historia de un país, consideramos mejor el método *analítico sintético*; y como submétodo, el *cronológico geográfico*; es decir, analizando y deduciendo los sucesos que han ocurrido en Cuba, por riguroso orden de acción y tiempo.

División general de la Historia.—Ya se sabe que en la clasificación general hay que atender al objeto, sujeto y forma de exposición. Por lo primero, la Historia puede ser *universal*, cuando se refiere a todos los pueblos que existieron o existen; *general*, cuando trata de determinados pueblos; *particular o nacional*, cuando es de una sola nación, *provincial*, si se contrae a una provincia; *local*, si a una ciudad o pueblo cualquiera; *genealógica*, si de una familia; *biográfica*, si de un individuo; y *autobiográfica*, si el historiógrafo describe su propia vida y hechos.

Cuando el sujeto no es el hombre, la Historia toma el nombre del sujeto a que se refiere, y entonces se denomina del arte, del cristianismo, de la ciencia, de la agricultura, etc.

Atendiendo a la forma de sucesos en desarrollo o exposición, toma los nombres de *crónicas*, cuando lo reseñado en ellas abarca lo ocurrido en los límites de un reinado o gobierno limitado; *décadas*, cuando narra los del espacio de diez años; *efemérides*, cuando relata por días; y *memorias*, cuando el que expone actúa de algún modo en los sucesos.

Dos grandes puntos de partida se toman como base en la historia de la humanidad. Esos dos puntos iniciales son la *era*, que parte en el mundo cristiano del nacimiento de Cristo; y la *hégira*, que nace en el mundo musulmán cuando Mahoma huye de la Meca y se refugia en Medina.

Además de esas dos grandes divisiones iniciales, existe la *edad*, que abarca acontecimientos determinados por especial influencia en la marcha de la humanidad. Comprende cuatro grandes divisiones, que son: *Prehistórica o geológica*, reuniendo en sí los períodos primario, secundario, terciario y principios del cuaternario. *Antigua*, que comienza en las grandes emigraciones y notables movimientos del hombre, para morir 476 años después de Cristo, con el gran suceso de la destrucción del Imperio Romano de Occidente y la invasión de los bárbaros del Norte. *Media*, que parte de ese suceso y termina en 1453, con la toma de Constantinopla por los turcos. *Moderna*, que nace ahí y termina en la Revolución Francesa de 1789. *Contemporánea*, que sigue su curso en nuestros días.

Los más notables sucesos ocurridos dentro de cada edad se determinan por períodos, y esos notables sucesos pueden estar distanciados por un evo (1,000 años); un siglo (100 años); un lustro (5 años); y hasta por un año, que es el espacio de tiempo comprendido en 365 días. La época es como señal especial en un período notable.

Ciencias y fuentes auxiliares de la Historia.— Por su índole y condiciones, la Historia necesita del auxilio de varias ciencias y artes que la ayuden en la investigación de sucesos ocurridos. Habiendo desarrollado el hombre su acción sobre la Tierra, es imprescindible conocer el escenario de sus hechos, y de ahí la absoluta necesidad de la Geografía. Y conociendo el suceso y lugar en que tuvo efecto, ¿cómo omitir la fecha de tal acción? Para eso es imprescindible la Cronología. Y siendo distinta la obra humana por razón de razas, idiomas, costumbres y medio en general de los diversos pueblos, es preciso estudiar todo eso en la Etnografía.

Pero no basta saber dónde el hombre actuó; no basta precisar la fecha de su labor; es poco conocer la condición especial o general de cada pueblo. Todo eso es nada en el orden histórico si no pueden precisarse los hechos realizados, y para eso es preciso el estudio de la Arqueología, ciencia que investiga en los monumentos y que abraza artes, como la Arquitectura, la Pintura, la Escultura, la Epigrafía, la Numismática, la Paleografía y la Diplomática.

Además, existen las fuentes en que se nutre la Historia. Estas derivan del Testimonio, que comprende la tradición, los monumentos y los escritos. La tradición parte de la infancia de la humanidad, en que el hombre, ignorante de todo, transmitió de padres a hijos los sucesos en que tomó parte como actor o como testigo. Los monumentos comienzan cuando el hombre, más adelantado en su vida de relación, conmemora un suceso y trata de perpetuarlo, levantando, según su grado de cultura, el obelisco; o por sus necesidades hace el puente; o por fervor religioso levanta el altar; o por su piedad y afecto hace el sepulcro; o por su ya naciente gusto estético fabrica el arco, facilitando de ese modo un recurso a la posteridad para que, estudiando en todo eso, reconstruya su pasado.

CAPITULO I

PERIODO PRECOLOMBINO

La América prehistórica.—El hombre americano.—Raza a que pertenece.—El aborigen cubano: su procedencia y población en 1492.—Caracteres físicos y morales.—Armas, habitaciones y utensilios.—Progreso, artefactos y recursos.—Medios de comunicación y transporte.—Creencias religiosas; juegos.—Organización social y cacicazgos.

La América prehistórica.—La historia de todos los pueblos parte de la noche de los tiempos. En muchos ha podido reconstruirse el pasado, llegando en la investigación a épocas muy remotas. En otros no ha sido así. Ignorados mucho tiempo, surgieron a la civilización conservando tras impenetrable velo el misterio de su origen.

América es de esos pueblos. Tarea difícil; más que eso, imposible quizás, es encontrar datos precisos en su pasado. Si se considera geológicamente, toda investigación se detiene en asombro ante lo inexplicable del contraste entre lo que es y lo que parece que debió ser. Donde hoy se extienden lozanos y verdes valles matizados por una floración eterna, debieron existir gigantescas cordilleras o extenderse inmensos y profundos mares, pues de todo eso se encuentran vestigios. Las costas groenlandesas, hoy inhospitatorias y desnudas, fueron vergel de exuberante flora. Las *Band Lands* americanas prueban con sus conos caprichosos y macizos inverosímiles que en tiempos remotos fueron lecho de aguas que en su batir incesante las socavó, para darles las múltiples raras formas que hoy presentan.

Restos de animales, de plantas y hasta de hombres en curiosas petrificaciones asombran hoy al investigador y le hablan de momentos que debieron ser

en períodos prehistóricos; pero no le dicen para que reconstruyendo y uniendo pueda evocar el pasado y halle una razón de origen.

América no fué lo que hoy es, eso es indudable. Indudable es que en tiempos imprecisos ha debido sufrir un enorme cataclismo que deprimió montañas, trocó niveles y efectuó asombrosos cambios geológicos. ¿Cómo pudo ser el fenómeno? Ningún dato puede exponerlo, ni puede precisarlo ninguna deducción.

La parte central de la América no debió ser como hoy aparece. El arco cuyos extremos determinan la extremidad de Florida y la península de Paria no debió ser de islas y mares que hoy es. Una inmensa conmoción ha debido originarlo.

Ha podido comprobarse que la existencia de América es tan remota como la de los otros continentes. Su geología lo prueba, pero ella no prueba su conformación, ni aun siquiera la deduce.

El hombre americano.—Lo mismo que con el origen de América ocurre con el origen del hombre americano. Todo lo que ahondando en el pasado ha podido encontrarse es que existió ya en tiempos muy lejanos. Su huella se encuentra cerca de animales prehistóricos, como el *elephas colambo*, que no existe hace muchos siglos; y en los depósitos fosilíferos de moluscos, determinando esa existencia, restos de utensilios, puntas de flechas y hasta ejemplares anatómicos de él. Más tarde se vuelve a encontrar con los restos del *gliptodonte*, cuya concha le sirve de techo. El hombre que se refugia en ese albergue es todavía nómada; vive de la caza que se procura con sus rudimentarias armas, y reside donde su medio de vida es más abundante. Luego se agrupa, da sepultura a sus muertos y les señala tumba. Progresa poco a poco; mejora sus armas; fabrica utensilios; halla el modo de obtener fuego; hace cuchillos, mazas y vasijas de piedra, y al fin levanta monumentos que sirven como sepulcros, a semejanza de las pirámides egipcias; como templos, y algunas veces como defensa.

Ya ese hombre no es nómada; se ha domiciliado; está en vida de relación; cultiva la tierra y comercia.

Todo esto se deduce de los restos que el investigador ha podido encontrar. Aún no sabe escribir, ni siquiera en forma jeroglífica.

Raza a que pertenece.—Los constructores de terraplenes y colinas, primeros ejemplares del hombre



El hombre americano

americano que la Historia conoce, son denominados *mounds-builders*. ¿Quiénes son estos hombres y de dónde proceden?

El mundo antiguo no sabe de ellos. ¿Son de otra raza acaso? Y ¿por dónde, por qué ignorado sendero llegaron al lugar en que residen?

Al tocar este punto, los investigadores han hecho infinitas deducciones y sustentado multitud de

teorías más o menos juiciosas. Fenicios, egipcios, griegos, etc., han tenido mantenedores de primogenitura; pero nadie ha podido establecer en apoyo de su aserto siquiera un argumento preciso que determine una teoría racional. Se ha llegado por ese camino hasta al absurdo de atribuir la población de América a tribus dispersas de Israel, sin detenerse a pensar que si ese hecho hubiera sido cierto, no se encontrarán hoy vestigios del hombre prehistórico americano, porque la dispersión de esas tribus es posterior a la época geológica a que corresponden esos hallazgos.

En el campo de las suposiciones, ha habido quien opine que el primitivo hombre americano fué de origen mongol. ¿Base de esa suposición? La posibilidad de que el hombre asiático, en lucha con el mar, pudiera ser arrojado a la costa americana. Ciertamente es que el hecho ha resultado y que a menudo resulta; pero si esa comunicación existió, ¿cómo pudo interrumpirse? Y además, ¿acaso no hay notables diferencias entre el hombre americano y el mongólico?

Otros creen que, dada la corta distancia que separa el Asia de la América, y atendiendo a la movilidad del hombre antiguo, pudieron ocurrir emigraciones asiáticas a través del estrecho de Behring, bien en primitivas embarcaciones o utilizando como puente el hielo en alguna muy cruda estación invernal.

Los sostenedores de esta teoría olvidan que generalmente los pueblos antiguos emigraban hacia regiones de abundancia y climas benignos; que aun aceptando la existencia de un período más hospitalario en las frías regiones del Norte, hay notables, indiscutibles diferencias entre la civilización, idiomas y costumbres del hombre americano y el asiático; y sobre todo, que el tipo, color y característica general de uno y otro difieren mucho.

¿Cuál es el origen, pues, del hombre americano? Origen propio pudiera ser. ¿Por qué no considerarlo indígena como lo es el negro, el chino y el blanco? Es raza distinta, con caracteres propios, *raza roja*. ¿A qué ir a buscar su origen a parte alguna? El

hombre americano es americano, y por cierto, más desgraciado que todos, porque lo único que debe a la civilización humana es la pérdida de su personalidad como pueblo, de su existencia como nación y de su libertad como hombre.

Estudiado bajo este aspecto, pertenece a la raza roja y comprende dos grandes ramas: el esquimal, que habita el Norte, tierras árticas, Groenlandia y costa septentrional de Alaska y Labrador; y el americano propio (mal llamado indio), disperso en todo el continente.

El aborigen cubano; su procedencia y población en 1492.—¿De qué tribu continental procedía el primitivo habitante de Cuba? Dado el poco progreso del hombre americano en el mar, los primeros pobladores de Cuba debieron proceder de los lugares más cercanos del continente. Si procedían de México, su origen era *maya*; si de Guatemala, *chinea*; si de Honduras, *chicaque*; si de Nicaragua, *chantal*; y si de Venezuela, *araguaco*. Parece más bien proceder de éstos últimos, por ser a los que más se parece.

De cualquier lugar que procediera el habitante primitivo de Cuba, lo cierto es que al ocurrir el descubrimiento ascendía su población a 200 ó 300 mil almas de raza roja, que se denominaban *tainos* o *siboneyes*.

Caracteres físicos y morales.—Considerados físicamente, eran los siboneyes de regular estatura, frente espaciosa, nariz ancha, ojos grandes, negros y ligeramente oblicuos, y cabello lacio negro y áspero, por lo general recogido detrás de las orejas. Algunos usaban la cabellera larga y la llevaban trenzada.

Como todo pueblo primitivo, los cubanos eran aficionados a adornos infantiles, consistentes en plumas, conchas y piedras. Llevaban pequeños pendientes de oro en la nariz y en las orejas. Se pintaban el cuerpo y la cara con jugo de jagua y bija. No carecían de inteligencia, pero vivían en estado de completa ignorancia. Sólo los que habitaban en la parte oriental eran belicosos, lo que se explica fácilmente, pues atacados a menudo por los *caribes* de

otras islas, el natural espíritu de conservación les obligaba a defenderse, aunque eran de natural humilde y pasivo. Los hombres andaban desnudos, y sólo las mujeres usaban unas faldas cortas de algodón.

Armas, habitaciones y utensilios.—Sus armas consistían en unas varas de madera dura aguzadas al fuego y provistas de piedras, dientes o espinas de



Bohío

pescado. Tenían también arcos y flechas de poca resistencia, y manejaban unos como bastones de madera dura, a los que llamaban *macanas*. Todo eso era su arsenal.

Vivían en unas casas de guano parecidas a las que hoy usan nuestros guajiros, farradas de yagua y cañas bravas, a las que llamaban *bohíos*. Algunos bohíos eran de forma circular, más espaciosos, y se llamaban *cancyes*. Otros, sin paredes y con el techo tocando en tierra, se llaman *bajareques*. En las orillas del mar o de los ríos construían también habitaciones en estacas sobre el agua, a cuyas habitaciones



Caney



Rajareque

llamaban *barbacoas*. Había poblaciones hasta de 50 casas.

Sus muebles consistían en unos bancos de madera dura a que llamaban *dajos*, y en *hamacas* en que dormían, construídas con hilo de algodón o henequén y colgadas en los bohíos por *hicos* o *cabuyas*. Tenían también unas piedras cóncavas, provistas de



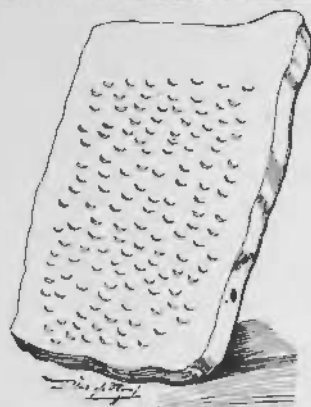
Barbacoa

bolillas de la misma especie, para rayar la *yuca*; a esas piedras llamaban *guayos*. Usaban otras piedras igualmente cóncavas, pero más llanas, que denominaban *burenes* y que empleaban para fostar el *casabe*, especie de torta muy delgada que hacían con la *yuca* rayada.

En calabazas y güiros recogían el agua. Construían toscas cazuelas de barro, raspadores y cucharas de concha y bateas de madera, hechas de una sola pieza.

Progreso, artefactos y recursos.—Los cubanos cultivaban la tierra sembrando en ella *maíz*, *ñame*,

yuca y *buniato*. Sus siembras las hacían generalmente abriendo hoyos con un palo de punta aguzada, al



Guayo

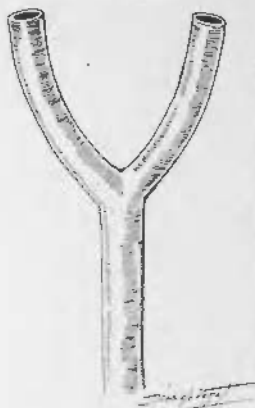
que llamaban *coa*. Para sus dolencias cultivaban plantas, como almásigo, malva, guaguasi, maboa y caña fistula. También cultivaban añil, algodón, bija, piña, a la que llamaban *uanás*, y diferentes variedades de plantas frutales en que abundaba el país.

Tenían pequeños comecos de *tabaco*, el que fumaban por la nariz en unos tubos conformados como una Y. El tubo



Preparación del casabe

era lo que se llamaba tabaco, nombre que hoy se da a la planta, a la que ellos llamaban *cohiba* o *cojiba*.



Aparato denominado *Tabacu*

Por medio de la caza y de la pesca, se proporcionaban aquellos seres el alimento en el mar y en los bosques.

Cazaban con sus flechas, macanas y fisgas, y además, valiéndose de ingeniosos ardidés, como, por ejemplo, arrojar a las lagunas grandes güiros, y cuando las aves se acostumbraban a verlos, el cazador metía la cabeza dentro de un güiro, y nadando, lograba acercarse a las aves que cogía por medio de ese ardid.

Se apoderaban de las *jutías* persiguiéndolas con sus perros mudos; y de los *guabiniquinajes* (otra especie de jutía que vive en los cayos o en los mangles de la costa), colocándose debajo y moviendo el árbol hasta hacerles caer.

Pescaban con redes de hilo de palma, con fisgas y anzuelos de hueso o espinas de pescado y haciendo corrales, como hoy nuestros pescadores para coger la lisa. También utilizaban el pez llamado guaicán o pega, cuyo pez tenían en cercados hechos en el agua, y al que sujetaban por la cola con una cuerda, soltándolo después; el guaicán, que está provisto de unas como ventosas en la cabeza, se adhería al otro pez, y tirando de la cuerda, sacaban a la víctima.

Medios de comunicación y transporte.—Los si-boneyes viajaban por tierra, a pie y llevando a la espalda cestos o canastos. Para navegar en el mar y en los ríos, buscaban un trozo de madera grueso y largo, generalmente cedro o ceiba, y ahuecándolo a fuego, construían una embarcación sin quilla a la que

llamaban *canoas*, la que impulsaban con remos. Cuando eran muy pequeñas, las llamaban *cayucos*.

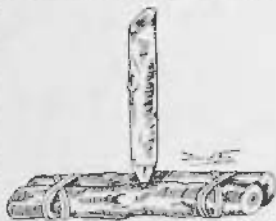


Canoa

El fuego se lo procuraban frotando con rapidez un trozo de madera dura con otro blando, ambos bien secos. La fricción de un cuerpo con el otro producía la combustión del más blando.

Creencias religiosas; juegos.—Las creencias religiosas, juegos y costumbres de los siboneyes eran de suma sencillez, de acuerdo con su primitiva civilización.

Creían en la existencia de un ser superior, patrocinador del bien, al que llamaban *Atabex*, y en otro patrocinador del mal, al que denominaban *Mabaya*. Además tenían una porción de dioses familiares personificados en ídolos de barro, madera o piedra, a los que llamaban *cemies*.



Aparato para obtener el fuego.

Como se ve, su religión era esa forma sencilla de todos los pueblos con civilización infantil. Creían que los muertos resucitaban. Sus *behiques* o sacerdotes eran al mismo tiempo médicos. Los siboneyes eran monógamos, y cuando mucho, algunos llegaban a tener hasta dos mujeres, con las que eran muy cariñosos y afables.

En las ceremonias religiosas practicaban unos bailes acompañados de cantos a los que llamaban *areytos*, y consistían en un baile en rueda, cantando y cogidos de la mano, llevando el compás en una especie de tambor.

Eran grandes jugadores de pelota. Las hacían con resina de copey, y jugaban con *batos*. Algunos adquirían tal destreza, que devolvían la pelota con diferentes partes del cuerpo.

Organización social y cacicazgos.—La organización social de los habitantes de Cuba era sencillísima, algo así como un comunismo, y aunque no estaban separados por castas, había, sin embargo, clases, en primer término los jefes o *caciques*, cuya autoridad era despótico patriarcal. Estos caciques usaban un distintivo consistente en unas plumas especiales colocadas en la cabeza. El cacique presidía las ceremonias, las siembras, la recolección y el reparto de las cosechas; intervenía en las luchas como mediador y castigaba como juez. Los *nitainos* eran jefes inferiores a los caciques, y su misión consistía en dirigir las faenas del campo, que hacían los indios trabajadores o *nabories*.



Al verificarse el descubrimiento existían en Cuba catorce cacicazgos, independientemente unos de

otros. Estos eran: *Guaniguanico, Havana, Sabaneque, Jagua, Cubanacán, Camagüey, Maniabón, Cuciá, Bani, Bayamo, Bayatiquirí, Macaca, Baracoa y Maisí.*



Una aldea india.

RESUMEN DEL CAPITULO

Nadie ha podido precisar el origen de América, ni su antigüedad con relación a los otros continentes, y lo mismo ocurre con el hombre americano, al que no es posible incluir en el seno de las otras razas. Entre esos hombres existía el aborigen cubano, cuyo origen parece venezolano por sus caracteres físicos. En cuanto a los caracteres morales, los cubanos vivían en estado de gran atraso al efectuarse el descubrimiento; sus armas eran rudimentarias, así como sus utensilios y conocimientos agrícolas y recursos de vida y comunicación. Su religión era de lo más primitivo, como sus juegos y cantos. En cuanto a su organización social, estaban divididos en clases, bajo una jefatura despótico patriarcal. Al verificarse el descubrimiento, existían en Cuba catorce cacicazgos.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Diferencias y semejanzas físicas entre el hombre de raza roja y los de las otras razas.

Comparación entre las habitaciones de los siboneyes y las de nuestros guajiros.

Enemigos que tuvieron los siboneyes.

Diferencias de comunicación y transporte entre los siboneyes y nosotros.

Diferencia entre su progreso agrícola y el nuestro.

CAPITULO II

PERIODO PRECOLOMBINO

Idea de los antiguos con respecto al Nuevo Mundo.—Primeros aventureros del mar; el secreto americano.—Los normandos.—Otros exploradores.

Idea de los antiguos con respecto al Nuevo Mundo.—La inmensa extensión de tierra que constituye el Nuevo Mundo fué un hecho ya presentado por los europeos en tiempos muy remotos. Homero, el celebrado clásico de la antigüedad, lo presentía en sus versos. Platón, 429 años antes de Jesucristo, rompiendo con la creencia existente entonces, imagina el globo terráqueo; primer paso luminoso que ha de tener como consecuencia la investigación en lo ignorado.

Eratóstenes, bibliotecario de Alejandría, en su poesía *Hermes*, habla de zonas, de la forma esférica de la Tierra y del eje alrededor del cual gira. Habla del hombre antípoda, y tan en lo cierto estuvo, que su doctrina es base de la Geografía moderna. Ya él dice, 190 años antes de Jesucristo, que si pudiera atravesarse el mar, saliendo de España y marchando en la misma latitud, podría llegarse a la India.

Primeros aventureros del mar; el secreto americano.—Cuando el hombre antiguo progresa, se hace más atrevido y se aventura en el mar. Los fenicios pasan las columnas de Hércules y se lanzan al Atlántico, y tocan en Albión y en la Germania. Euthymenes rodea el Africa y llega al Senegal, al mismo tiempo que Pyteas rebasa las costas inglesas. Un jefe germano, 62 años antes de Jesucristo, regala al cónsul romano Cencilio Metelo Celer unos naufragos pro-

cedentes de un mundo ignorado, que son de una raza hasta entonces desconocida y hablan un idioma que no puede entenderse. Plinio refiere este suceso, pero no dice nada acerca de su importancia.

Algunos han pretendido que el Nuevo Mundo era ya conocido por los chinos, con el nombre de *Fusang*, 500 años antes de Jesucristo. No hay tal. El pretendido Fusang son las islas Sakalién, Kuriles y quizás algunas de las Aleutinas.

Es seguro que náufragos procedentes de la China debieron arribar a la costa americana, impulsados por las corrientes o arrojados por huracanes. Hoy mismo sucede eso con frecuencia; pero tales náufragos debieron pagar con su vida el descubrimiento, porque siempre la China ignoró la existencia de este otro mundo.

Todas las teorías desarrolladas para probar que alguien en el Mundo Antiguo conoció la existencia del Nuevo Mundo caen por falta de base. Pero el hecho de que los antiguos no tuvieran tal conocimiento no importa. Basta saber que lo presentían, y que no les aterraba el misterio del mar.

Poco a poco progresaría la aventura, y al fin el misterio dejaría de serlo.

Los normandos.—No fué Colón el primer hijo de Europa que pisó suelo americano. Eso no empequeñece ni siquiera un átomo la gloria del extraordinario marino; pero lo cierto es que antes que él llegaron los escandinavos al Nuevo Mundo.

Eran éstos, atrevidos corsarios de tal audacia y valor, que acometían cualquier empresa, por temeraria que pareciese. Hijos de un suelo pobre y densamente poblado, marinos desde el nacer y familiarizados con los peligros del mar, a bordo de sus *espumosos caballos* (que tal nombre daban a sus embarcaciones), desafiaban las embravecidas olas en días de tempestad, y como en su tierra no podían aspirar a nada, la abandonaron para ser *reyes del mar y no dormir jamás bajo techo ni apurar el cuerno sentados al fuego del hogar*.

Avidos de botín y de conquista, hicieron suyas las islas Feroe, Setlandia, Orkneya y Hébridas. Invadieron a Irlanda; se impusieron en Rusia; asaltaron las costas españolas; entraron al Mediterráneo; establecieron colonias en Italia y Sicilia, y hasta remontando el curso de los ríos atacaron y saquearon poblaciones ribereñas del interior. Por el Elba llegaron a Hamburgo; por el Rhin, a Colonia; por el Garona, a Tolosa; por el Loire, a Orleans; por el Tajo, a Lisboa; por el Guadalquivir, a Sevilla, sembrando en todas partes la desolación y la muerte y cargando sus caballos de mar con el producto de sus asombrosas correrías.

No tenían miedo a nada y encontraban placer en el peligro. El año 885 remontaron el Sena y llegaron hasta París. Eran tan audaces y crueles y tal miedo inspiraban, que en las iglesias alemanas y francesas se pedía a Dios misericordia en esta forma: *A furore normannorum liberanos Domine*. Habían conquistado la Normandía, y tomaron el nombre de su conquista.

¿Qué faltaba a su atrevimiento? Atravesar los mares ignotos y buscar lo desconocido.

El año 861, Naddodd, yendo de Noruega a las islas Feroe, fué batido por el mar y arrojado a una costa ignorada. Así se descubrió Islandia. Más tarde, a principios del siglo IX, Guumbjoern, dirigiéndose a Islandia (donde los normandos habían establecido florecientes colonias), fué empujado por las olas a la costa groenlandesa.

El año 983, Erico el Rojo (Eirikiun Raudi), desterrado de su patria, fué a establecerse al país que encontró Guumbjoern, al que denominó Groenlandia (país verde). Fundó una colonia luego, tan próspera, que en 1121 tenía escuelas, iglesias y obispo propio.

El año 986, Bjarne Herfullson se estableció en el continente americano, sin que pueda precisarse el lugar exacto de su arribo.

Leif, hijo de Erico, llegó el año 1000 a un país que llamó Hellulandia, hoy Terranova. Después de éste, tocaron en el continente otros aventureros normandos. La inelemencia de los inviernos en Groen-

landia y la resistencia de los naturales en Furlandia (nombre que los normandos dieron al norte del continente) hicieron que las expediciones a esos lugares fueran siendo más raras, hasta que cesaron por completo, ocupada la atención de Europa en sus grandes movimientos interiores.

Andando el tiempo se ha pretendido saber de esas colonias; pero sólo han podido encontrarse ruinas y sepulcros, mudos testigos que prueban la existencia del hecho, y nada más.

Otros exploradores.—Poco después que los normandos, parece que vascos y gascones, en tráfico comercial con los pueblos del Norte, arribaron alguna vez o se acercaron a Terranova, isla que debe ser la que se menciona con el nombre de Stokafica en una carta geográfica construída por el cosmógrafo Bianco en 1736 y existente en la Biblioteca de San Marcos (Venecia).

Que había noticias de esas tierras, lo prueba el hecho de que en 1463 y 1488, Juan Cortereal y Juan Cousín salieron en busca de ellas, lo mismo que Juan de Kolmo, enviado por el rey Cristián de Dinamarca en 1476.

En 1553, el veneciano Nicolás Zeno publicó la relación de viajes practicados por los antepasados suyos Antonio y Nicolás en el espacio comprendido entre los años 1390 y 1405. Hay tales datos y detalles en esa descripción y en la carta geográfica a ella adjunta; con tal veracidad se exponen sucesos ocurridos y noticias más tarde confirmadas, que es preciso creer en los referidos viajes de los hermanos Zeno.

El suceso no tuvo resonancia y eso tiene fácil explicación. No intervino en él ningún estado europeo, y ni siquiera los viajes fueron hechos por cuenta propia, sino por cuenta de un aventurero normando a quien servían los expresados Zeno.

RESUMEN DEL CAPITULO

En la antigüedad hubo algunos sabios que presentían la existencia de lo que más tarde se ha llamado América. Los fenicios y otros pueblos se aventuraron en el mar sin extender mucho sus descubrimientos, hasta que al fin los normandos, descubriendo acciden-

talmente a Islandia, avanzaron sucesivamente y encontraron el continente americano. A los normandos siguieron otros marinos europeos, sin que de todos esos descubrimientos se conserve memoria ni consecuencia.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Cómo se demostraría que saliendo de España y siguiendo por la misma latitud, se puede llegar a la India?

¿Qué movimientos interiores determinaron que Europa perdiera el contacto con América?

CAPITULO III

PERIODO COLOMBINO

Causas del descubrimiento de América.—Cristóbal Colón; su cultura.—
Colón en Portugal; sus investigaciones, noticias y ofertas.

Causas del descubrimiento de América.—Todos los viajes reseñados, todas las tentativas más o menos felices, no dieron resultado positivo alguno; y mientras tanto, ignorante e ignorada, la región ignota dormía en el seno de sus mares y esperaba el acontecimiento la manifestación misteriosa, pero real, del momento preciso en que por causas y concausas de orden histórico, debiera realizarse el fenómeno, teniendo por primordial factor al genio, que surgió oportunamente para su actuación asombrosa.

El descubrimiento de América es un hecho impuesto por la necesidad del momento en que tuvo efecto; pero para que resultara, se hizo indispensable, preciso, que surgiera el actor del hecho magno, el genio indudable, y que ese genio se personificara en una figura que el éxito hizo inmortal, y que se llamó *Cristóbal Colón*.

La casualidad desempeñó un gran papel en el suceso; pero esa casualidad, por sí sola, sin la fe, sin la constancia, sin la sabiduría y enérgicas dotes de un instrumento providencial, no hubiera dado a hombre alguno, de los existentes entonces, la gloria y honor de presentar a la vista estupefacta del mundo civilizado el mágico panorama de un mundo nuevo.

Cierto es que Colón no encontró lo que buscaba; pero cierto es también que lo encontrado superó a lo perseguido, y que si la América no pone ante su paso sus vértebras andinas, el atrevido explorador de ma-

res inciertos convierte en realidad el profético ensueño de Eratóstenes y llega a la India, cuya dirección llevaba sin error alguno, con matemática exactitud.

Todo acontecimiento humano responde a necesidades precisas de determinados instantes, y el instrumento—hombre superior—surge cuando es necesario para que el hecho se realice. Y ese hecho que se llama descubrimiento de América responde perfecta e irrefragablemente a la necesidad poderosa de una época.

En el momento histórico en que ocurren los sucesos a que nos referimos, el Mediodía europeo estaba habitado por naciones de espíritu aventurero y comercial; como Venecia, Génova, Portugal, España y el sur de Francia. Los habitantes de esas naciones en las ciudades costeras eran grandes marinos que comerciaban con los productos del Oriente haciendo la travesía del Mediterráneo para llegar a las comarcas del Asia—productoras de sedas y especias—por el estrecho de los Dardanelos.

La toma de Constantinopla por los turcos en 1453, suceso tan importante que inicia la Edad Media, cerrando el paso de los Dardanelos al comercio europeo, planteó para marinos, comerciantes y gobiernos, el problema de comunicación con los lejanos países del Asia. Cerrado el paso por mar, sólo quedaba como practicable el camino por Smirna o Alejandría, atravesando desiertos arenales, para llegar a la Siria y a la Persia; viaje, éste, largo, difícil y en extremo peligroso.

Era de todo punto necesario buscar y encontrar otro medio de comunicación. Ya el espíritu aventurero de marinos, especialmente españoles y portugueses, había dado principio a la exploración del Atlántico; ya se había efectuado el descubrimiento de las islas Canarias, Maderas, Azores y Cabo Verde; ya el litoral africano había sido recorrido y explorado hasta el río Senegal. Pero todo el esfuerzo de los hombres de mar se dirigía a llegar al Asia dando la vuelta al continente africano.

La teoría de que el mundo no era redondo sub-



Cristóbal Colón

sistía aún tan firme, que sostener lo contrario todavía un siglo más tarde, costó el martirio a Galileo. Y si el mundo no era redondo, el único camino lógico habría de ser el del litoral africano.

Sin embargo, entre los exploradores había uno que, persiguiendo el mismo objetivo, soñaba con encontrarlo en opuesta dirección. El atrevimiento del genio fué el firme impulsor de la idea, y el hecho portentoso de la realidad, impuesta por el éxito, engrandeció al ejecutante inmortalizando su nombre.

Cristóbal Colón; su cultura.—El descubridor de América se llamó Cristóbal Colón, y alrededor de esa figura, tan luminosa por su acción, surgen tales incomprendibles sombras, que nadie ha podido hasta el día determinar el año en que nació, y ni siquiera su origen; para unos nació en Génova (Italia); para otros, en Pontevedra, y hasta para muchos, en otros diversos lugares.

Para nosotros, ha sido de tal importancia en obsequio y beneficio de la humanidad el hecho realizado por Colón, que lo mismo italiano que español, lo consideramos superior a ambas cosas, y lo preferimos hijo adoptivo y predilecto de la enorme extensión de un mundo; del mundo americano por él arrancado del misterio para la vida de la civilización.

Del mismo modo que se ha discutido y se discute dónde vio la luz primera el descubridor de América, han sido diversas las opiniones con respecto a su cultura. Los que lo aceptan genovés, lo creen hijo de un cardador de lanas, y al mismo tiempo estudiante en la Universidad de Pavia.

Parece como un contrasentido esa doble afirmación, y sobre todo, si se tiene en cuenta que el gran marino nació en una época en que los de posición mucho más elevada no podían frecuentar universidades. La Historia no ha podido comprobar ese detalle; pero, humilde o no, analfabeto quizás en su adolescencia, lo cierto es que la constancia de su carácter y su poderoso intelecto fueron factores más que suficientes para que él pudiera buscar y encontrar su propia cultura.

Lo que sí puede afirmarse es que el medio en que se desarrolló su infancia fué en extremo propicio para que su afición al mar se despertara y creciera de acuerdo con su voluntad. Nacido en época de aventuras y aventurero él; audaz, enérgico, inteligente y ambicioso, su campo de acción estaba en el mar, y a él se dedicó.

En temprana edad cruzó todos los mares entonces conocidos, poniendo a prueba repetidas veces el temple de su alma y robusteciendo su caudal de conocimientos.

Los viajes del veneciano Marco Polo hacia las regiones del Asia exaltaron su imaginación haciéndole soñar con países de riqueza fabulosa. Los nombres de *Cathay* y de *Cipango* fueron poderosos impulsores de su espíritu. Estudió más que suficiente para llegar a ser uno de los primeros marinos de su tiempo, y procuró ilustrarse con las teorías de Aristóteles, Platón, Eratóstenes, Séneca y otros.

Colón en Portugal; sus investigaciones, noticias y ofertas.—Portugal era a la sazón el centro de mayor actividad marítima y comercial, y a Lisboa se fué Colón en 1474, contrayendo allí matrimonio con Felipa Moñiz de Palestrello, y trasladándose luego con su esposa a la Isla de Puerto Santo. Ganaba su vida trazando cartas geográficas; leía, anotaba noticias que para otros tenían poca o ninguna importancia; pero que para él, en cuyo cerebro ya bullía el pensamiento de su obra, significaban como eslabones de una cadena.

Un piloto le dijo que en viaje a Irlanda había visto una tierra desconocida. Un marino gallego, llamado Pedro Velazco, le dió igual noticia. Otro marino, Vicente Díaz, le informó en el mismo sentido. Alonso Sánchez, que víctima de un huracán fué arrojado a una isla desierta en el océano, murió en los brazos de Colón, después de hacerle importantes revelaciones.

Estas noticias y raros hallazgos consistentes en trozos de maderas desconocidas, cañas raras y hasta dos cadáveres de extraña raza que el mar arrojó a

las Azores, fueron robusteciendo su pensamiento, cada vez más firme, y para obtener más seguridad, procuró relacionarse con el sabio cosmógrafo alemán Martín Behaim y el médico florentino Paolo Toscanelli.

Ambos sabios sostenían el principio de la redondez de la Tierra, y afirmaban que partiendo por mar del Occidente europeo en la misma dirección, se llegaría mejor a la India que por la costa africana. Colón obtuvo de Toscanelli una carta geográfica hecha según esa teoría. Por cierto que Toscanelli, inspirándose en las narraciones de Marco Polo, hablaba de los países ignorados como si los conociera, y hasta citaba nombres de puertos y ciudades. Se refería a la India.

Como quiera que sea, Colón, guiándose por la carta geográfica de Toscanelli, encontró el Nuevo Mundo.

Y mientras el misterioso Atlántico está aún sin explorar; mientras no hay quien se atreva al peligro incierto de cortar sus olas y avanzar tras lo ignoto; mientras los sabios dudan, los marinos temen y la ignorancia niega, el genio, personificado en Colón, vela, investiga, y resuelto al fin, se lanza a la empresa, con la fe del convencido y la seguridad del vidente.

Pero el empeño no es sólo temerario; también es costoso. Los que sostienen que Colón fué genovés exponen que antes que en ningún otro país piensa en su patria y a ella ofrece su portentoso proyecto. Esto no ha podido nadie afirmarlo en definitiva, y lo sí probado es que acude a Portugal, donde un rey aventurero y marino parece darle oído; pero sólo para que si la idea es viable, la realice un portugués. Colón entonces piensa en Inglaterra y envía allí en demanda de apoyo a su hermano Bartolomé, y él se dirige a España, quizás no para tocar a esa puerta, sino para por ella pasar a Francia.

RESUMEN DEL CAPITULO

El descubrimiento de América fué una necesidad comercial y política que impuso a los comerciantes y gobernantes europeos el engrandecimiento del Imperio Mahometano.

El genio de Colón, rompiendo la creencia general, buscó el camino de la India saliendo de Europa en dirección al Oeste, y ese genio indiscutible, robustecido por conocimientos y noticias, obtuvo al cabo la victoria, no llegando a la India por haber encontrado el valladar americano.

Colón, sin recursos propios, acude a los gobiernos que creyó pudieran facilitárselos, sufriendo grandes decepciones hasta obtener al fin la protección indispensable.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Hubieran llegado a la India los que pretendían alcanzarla dando la vuelta al Africa?

Los que buscaban la India dando la vuelta al Africa, ¿hubieran encontrado la América?

CAPITULO IV
 PERIODO COLOMBINO
 DESCUBRIMIENTO

Colón en España; sus amores.—La escena de la Rábida.—El genio ante los teólogos.—Los Reyes Católicos se deciden.—Preparativos.—Primer viaje.—Peripecias.—Primeras tierras.—Cuba.—La Española.—El fuerte Navidad.—Primer combate.—Regreso.

Colón en España; sus amores.—En el invierno de 1484, los españoles duques de Medinaceli y Medina-Sidonia reciben y escuchan asombrados en sus inmensos feudos andaluces a un hombre que les expone en relato que la luz del genio anima, el portentoso proyecto de atravesar el océano en busca de las riquezas orientales. Ambos próceres cuentan con sobrados recursos para acometer la obra, pero no se deciden, a pesar de que la idea les entusiasma, porque temen que si el éxito corona el esfuerzo, el Gobierno español se apropie el beneficio, y al fin, sólo se resuelven a servir de mediadores entre el mago que ofrece y los católicos Reyes, a quienes aquél ha de exponer sus planes.

Interesados Fernando e Isabel en el epílogo de la reconquista hispana, prestaron poco oído a las proposiciones del marino, que tras dilatoria espera, cansado y abatido, dió por terminada su gestión en España, donde sólo endulzó sus decepciones y tristezas el amor de una española (Beatriz Enríquez), con quien tuvo en 1487 a su hijo Fernando.

El destino es factor poderoso en la vida de los hombres y en el misterio de sus actos. Al amor de una mujer debió España descubrir el Nuevo Mundo. Si Beatriz Enríquez no retiene a Colón, éste hubiera

dato por terminada su gestión en España mucho antes de lo que lo hizo.

La escena de la Rábida.—Antes de salir de Portugal había enviudado Colón, y al dirigirse a España, llevó consigo a su hijo Diego, único fruto de su matrimonio. A pesar del apoyo de los Duques españoles, pensando que al cabo nada conseguiría en España, decidió persistir en su anterior propósito de dirigirse a Francia, y falto de recursos para hacer un viaje por tierra a través de un país extraño, marino al ca-



Convento de la Rábida

bo, buscó la costa, esperando encontrar barco que lo condujera a tierra francesa, y con Diego de la mano, niño aún de corta edad, marchó a pie y sin recursos por el valle de Río Tinto, en busca del puerto de Huelva. Acosados por el hambre y rendidos por las fatigas de larga y penosa marcha, llegaron ambos viajeros a la puerta del convento de la Rábida, pidiendo un poco de pan y un poco de agua.

Mientras Colón saciaba su hambre en aquel asilo de franciscanos, contó al Prior, fray Juan Pérez, sus vicisitudes y proyectos. Algo extraordinario presintió el fraile en aquel extranjero. Conmovido por sus desgracias, entusiasmado con sus planes, ga-

nado por su elocuente seguridad de éxito y convenido por su fe, hizo todo género de esfuerzos para decidirlo a intentar una postrera prueba.

Con una carta del Prior para la Reina, regresó el marino a la Corte dejando a su hijo en el convento, y apoyado esta vez por Alonso de Quintanilla, fray Diego de Deza, la marquesa de Moya, el cardenal Mendoza, Luis de Santángel y especialmente por fray Antonio de Marchena.

El genio ante los teólogos.—Recibió Colón por los Reyes, éstos sometieron sus planes al examen de una junta de teólogos reunida en el convento de San Esteban, de Salamanca. Aquel hombre se presentó allí, y tras enojosa discusión entre el genio y el error, discusión en que hasta de loco fué tratado, logró vencer. Sin embargo, no estaba todo resuelto. Los Reyes manifestaron al marino que, empeñados en el sitio de Granada, no podían entonces prestarle atención.

Los Reyes Católicos se deciden.—Ante la nueva y desconsoladora espera que retrasaba sus planes, resolvió Colón dirigirse a Francia definitivamente. Fray Antonio de Marchena, su más decidido defensor, logró detenerlo. El marino fué a Santa Fe, donde estaban los Reyes; habló con Isabel, y apoyado por la marquesa de Moya, alcanzó la promesa de que la Reina se decidía a facilitarle los recursos para la empresa con que soñaba.

El día 2 de enero de 1492 cayó Granada en poder de los Reyes Católicos, cesando con la rendición de esa ciudad la dominación árabe en España, tras siete siglos de tenaz y constante lucha entre los sucesores de Tarix, el vencedor de Gudalete, y los de Pelayo, el adalid de Covadonga.

Libres ya los Reyes, hicieron comparecer a Colón ante una junta de religiosos y cortesanos, cuya junta juzgó exorbitantes sus pretensiones. Consideraban que pedía mucho el hombre que ofrecía cosas tan magnas que, de ser ciertas, tocaban en los linderos de lo fabuloso.

Aquí se manifiesta Colón bajo otro aspecto. Aquí se presenta como gran conocedor del corazón humano. A la Reina magnánima y religiosa le habla de almas que conquistar y traer al redil de cristianas creencias; al Clero, al inmenso poder que en la sombra impone, dirige y manda, le dice de regiones inmensas donde luchar por la fe y la mayor gloria de Dios; al Rey, político y avaro, de países que dominar, de riquezas fabulosas que recoger, de poder maravilloso; a los nobles, cuya espada ociosa parece destinada a enmohecer en la vaina inútil, les habla de países que conquistar, de triunfos y de glorias; al pueblo le dice de aventuras y de empresas en que ganará honra y fortuna.

Tocando a cada corazón en su fibra más sensible, allí donde con más fuerza reside un deseo, suma voluntades, atrae simpatías, y al fin consigue que el día 17 de abril de 1492, la Reina suscriba con él las Capitulaciones, por virtud de las cuales se le dan plenos poderes para emprender la realización de su sueño y se le otorga el título de Virrey, Almirante y Gobernador de mares y tierras que descubriese.

Preparativos.—Terminadas las Capitulaciones, trasladóse Colón al puerto de Palos de Moguer, en Huelva, con el propósito de activar los preparativos para su expedición en busca del lejano Oriente.

Con los recursos facilitados por los Reyes y ayudado por la eficaz cooperación de los hermanos Pinzón, ricos comerciantes andaluces que se asociaron a su empresa, logró disponer y equipar una flota compuesta de tres pequeñas carabelas: la *Santa María*, bajo su propio mando; la *Pinta*, a las órdenes de Martín Alonso Pinzón, y la *Niña*, mandada por Vicente Yáñez Pinzón. La *Santa María*, la mayor de las naves, era sólo de 100 toneladas.

Con tan débiles barcos se partía en busca de un mundo, o por lo menos, de un camino para llegar a la lejana región de las sedas y las especias.

No se encontraban marinos. Nadie quería aventurarse en empresa tan peligrosa, y fué preciso recu-

rrir a los presidios reales, para reunir los 120 hombres de que constó esta famosa expedición.

Mal se comenzaba. El presidio no es residencia de buenos.

Primer viaje.—Lléta la pequeña flota y abastecida con víveres para un año, al amanecer del viernes 3 de agosto de 1492 se hizo a la mar con rumbo a Canarias, después de recibir la bendición del inolvidable Prior de la Rábida.



Las históricas carabelas

Descompuesto el timón de la *Pinta*, Colón se dirigió a la Gomera, adonde llegó el 9, y partió de allí a Tenerife, para reparar la avería.

En Tenerife adquirió noticias con respecto a tierras al Occidente; tomó agua, leña y carne, y ya listo, el 6 de septiembre se internó intrépidamente en el océano, sin más guía que la brújula, sin más sostén que su genio, que su enorme fuerza de voluntad; pero sintiendo que en su cerebro crecía la estupenda concepción que lo animara, y presintiendo que tras lo desconocido estaba la gloria que había de inmortalizarlo.

Peripeccias.—Tal confianza tenía aquel hombre en el éxito de su empresa y tal desconfianza en la fidelidad y constancia de sus compañeros, que tan pronto como pierde de vista la tierra, determina declarar menor la distancia recorrida cada día, para que la gente no se asustara si el viaje fuera largo, reservándose para sí el conocimiento exacto de las leguas que hacía.

El día 13 notó Colón que las agujas se inclinaban al N. O., y esta circunstancia, que para otro lu-



Itinerario del primer viaje que realizó Colón.

biera sido, por lo incomprensible, suficiente a asustarlo, fué para él motivo de mayor fe.

El día 17, los Pinzón notaron la variación de la brújula, y cuando, alarmados ellos y la tripulación, trataron del fenómeno al Almirante, éste les dijo que las agujas no variaban, que lo que hacía variación era la estrella.

Puestas las agujas nuevamente señalando al N., ya no variaron más.

El viaje continuaba siempre igual. Los monto-

nes de yerba eran cada vez mayores y mayor el número de aves que se acercaban a los barcos.

El día 25, un error sufrido por Martín Alonso creyendo ver tierra, hizo que Colón variara el rumbo al S. O. Convencido más tarde del error de Alonso, siguió el rumbo anterior.

El día 7 de octubre, la vista de grandes bandadas de aves que se dirigían al S. O. le hizo seguir esa dirección.

Ya la gente se impacientaba, a pesar de los esfuerzos y palabras del marino, que firme y sereno continuaba impassible, logrando con esto ganar tiempo, pero haciéndose a cada minuto más difícil su situación.

Primeras tierras.—Como las señales de tierra próxima fueron cada vez mayores, esto y la firmeza del atrevido marino aumentaron las esperanzas.

En la noche del 11 de octubre, Colón ordenó rumbo O., y en la madrugada del 12, Rodrigo de Triana, marinero de la *Pinta*, despertó a sus compañeros cuando, enajenado de gozo, gritó febril y entusiasmado: ¡Tierra!

¡Sí! Allí estaba efectivamente el sueño realizado. Aquello era la tierra, el Nuevo Mundo, la estupenda sonación de un cerebro en luminarias de genio. Allí estaba la virgen dormida en su lecho de olas, que acariciantes, le daban su vaivén y la besaban con su arrullo. Allí aparecía por vez primera, desnuda y misteriosa, para hacer la glorificación de un hombre; cambiar las concepciones geográficas; determinar el inicio de una época; destruir teorías viejas y ser por espacio de muchos años objeto de la codicia europea, vellocino real de la mitológica leyenda...

La tierra descubierta era la isla de Guanahaní, en el grupo de las Lucayas, a la que Colón llamó San Salvador y hoy se denomina Watling.

Al amanecer desembarcó el Almirante en compañía de los hermanos Pinzón, y enarbolando la bandera real, tomó posesión de la Isla en nombre de los Reyes Católicos, haciendo que del suceso levantara acta el escribano Rodrigo de Escovedo.

Se buscaba oro, y aunque los aborígenes lo llevaban en la nariz, era éste en tan pequeña cantidad que no merecía la pena pretenderlo.

Después de un ligero recorrido por las costas, determinó el Almirante seguir viaje hacia el S., creyendo entender que los naturales le decían de más tierras y mucho oro en esa dirección, y después de apresar seis nativos, levó anclas para seguir de acuerdo con las noticias.

El día 15 llegó a otra isla, a la que llamó Santa María de la Concepción, y el 16 descubrió a Fernandina. El 1º salió de Fernandina con rumbo al S. E. buscando una isla que él entendió Samoeto, en donde, según sus noticias, había mucho oro, y llegó el mismo día 19 a la Isabela.

Cuba.—Defraudado Colón en sus esperanzas de encontrar oro en la Isabela, y noticioso de que hacia el S. había una gran isla rica en oro y especias, isla a la que los naturales llamaban Cuba y que Colón creyó Cipango, el día 24 levó anclas en busca del oro apetecido.

Al anochecer del sábado 27 de octubre de 1492, a los ojos de los navegantes aparecieron las costas cubanas, y sostenidos los barcos al paio, al amanecer del domingo 28 tocaron en la boca de un hermoso río.

Soberbio fué el espectáculo que la virgen del Caribe ofreció a la vista admirada de los expedicionarios. En las márgenes del río se alzaban árboles de verde follaje en que aleteaban aves de múltiples matices. La campiña aparecía vestida de flores, como si la naturaleza hubiera querido adornar a Cuba de sus mejores galas para dejar estupefacto al primer europeo que la viera, y que rendido y admirado ante la majestad y belleza del panorama espléndido, hubo de exclamar, transportado de entusiasmo: *ésta es la más hermosa tierra que ojos humanos vieron.*

Aunque no hay noticia fiel del punto de la costa cubana en que debió tocar Colón, su propia relación y recorrido hacen creer que debió ser en la desembocadura del río Máximo.

Habiendo desembarcado el Almirante, encontró dos casas cuyos habitantes habían huído, y en ellas halló utensilios de pesca, como redes de hilo de palma, fijas de hueso, lumbre y un perro que no ladraba. Al río y puerto puso Colón el nombre de San Salvador.

Deseario de recorrer las costas, levó anclas, y siguiendo el litoral, llegó a un gran puerto—quizás Nuevitas—que le pareció propicio para carenar sus naves. Determinó efectuar ese trabajo, y mientras las naves se carenaban envió dos exploradores al interior. Estos fueron Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, a quienes acompañaron un indio de Guanahani y otro de Cuba. A los dos días regresaron los exploradores, manifestando haberse internado doce leguas y que llegaron a una población de cincuenta casas, cuyos habitantes, creyéndolos sobrenaturales, les honraron y agasajaron mucho; pero no trajeron ninguna noticia que fuera de gran novedad.

Hecha la carena de los barcos, siguió viaje el Almirante con el propósito de buscar la isla de Bohío de que le hablaban los naturales. Tocó en un puerto que llamó del Sol—probablemente Puerto Padre—; encontró otro puerto al que llamó Santa Catalina—quizás Gibara—; dobló un cabo al que llamó Campana—Lucrecia—, y al otro día encontró y contó nueve puertos, entre los que debieron estar Banes, Nipe, Levisa y Cabonico. Siguió la costa y llegó a una bahía a la que llamó Puerto Santo—Baracoa—, desde donde se divisaba al interior una gran montaña—el Yunque.

En este recorrido se separó de la flotilla la carabela *Pinta*, seguramente teniendo su capitán, Martín Alonso, la intención de apropiarse la gloria del descubrimiento. Colón prosiguió su navegación.

Al descubrir a Cuba le puso por nombre Juana, en honor del príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos.

La Española.—El día 6 de diciembre llegó el Descubridor a una isla que llamó La Española. Recorriendo las costas de esta isla estuvo hasta el día de Navidad, en que encalló y se perdió totalmente la

Santa María. Colón, que había logrado captarse el afecto del cacique Guacanagari, encontró en éste un poderoso auxiliar en tan difícil trance, pues el referido Cacique le ayudó mucho en el salvamento de los restos de la nave.

El fuerte Navidad.—Imposible era que con un solo barco pudiera continuar el descubrimiento, y en vista de ello, aprovechando las maderas salvadas de la *Santa María*, determinó fabricar una fortaleza, dejando en ella 39 hombres a las órdenes de Diego de Arana, con víveres para un año.

Con el resto de sus hombres en la carabela *Niña*, hízose a la mar en busca de la *Pinta* y con el propósito de regresar a España en pos de recursos. A la altura de Monte Cristi encontró el Almirante a la *Pinta*, y después de oír las excusas de Pinzón, siguieron juntos.

Primer combate; regreso.—El día 13 de enero derramóse por primera vez y por manos europeas sangre americana en la isla de Santo Domingo, dando comienzo la obra de exterminio de una raza, obra que en medio siglo habría de causar millares y millares de infelices víctimas.

El día 16 de enero salió el Descubridor para España, llegando a Cintra, en Portugal, después de un viaje terrible en que combatido por las tormentas estuvo expuesto a perecer mil veces. De Cintra se dirigió a Palos, en cuyo puerto entró victorioso el 15 de marzo de 1493. Había descubierto un Nuevo Mundo: acababa de probar la redondez de la tierra y la realidad de sus ensueños, y escribía en la Historia, con caracteres indelebles, su nombre, ya inmortal.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al llegar Colón a España, ofreció sus proyectos a los duques de Medinaceli y Medina-Sidonia, quienes lo remitieron a los Reyes Católicos. Estos, preocupados en el sitio de Granada, le prestaron poca atención, y no abandonó a España porque lo retuvo el amor de Beatriz Enriquez. Antes de partir definitivamente intentó un postrer esfuerzo, y tras enojosas discusiones, logró al cabo interesar a la Reina y ser apoyado.

Con tres pequeños barcos se lanzó a la aventura y tras 70 días de dramático viaje descubrió tierra americana.

Había salido del puerto de Palos el 3 de agosto y llegado a la isla de Guanahani el 12 de octubre de 1492. El 27 descubrió a Cuba, tocando en el río Máximo.

El 6 de diciembre descubrió a La Española, donde perdió la "Santa María". Levantó allí un fuerte (Navidad) en el que dejó 39 hombres.

El 16 de enero de 1493 partió para España, llegando de regreso a Palos el 15 de marzo. Regresaba victorioso. Había descubierto el Nuevo Mundo.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

- ¿ Por qué los Reyes Católicos no prestaron atención a Colón desde el primer momento?
- ¿ Por qué para este viaje se tomaron presidiarios?
- ¿ Cuáles fueron las costas cubanas que recorrió Colón en su primer viaje?
- ¿ Qué le ocurrió a la "Santa María"?

CAPITULO V
PERIODO COLOMBINO
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

Consecuencias del primer viaje.—Preparativos para el segundo viaje.—Zarpa la flota; nuevos descubrimientos.—El fuerte Navidad; nueva colonia.—Continúa la exploración; Jamaica.—La primera misa en Cuba.—Colón en La Española; desórdenes.—Caonabó.—Regreso a España.

Consecuencias del primer viaje.—Inmensas fueron las demostraciones de regocijo a que se entregó el pueblo español al conocer el portentoso hecho realizado por Colón. En su paso de Palos a Barcelona, donde se encontraban los Reyes, el pueblo se agolpaba en los caminos, ávido de contemplar al triunfador, y aquellos mismos que antes se burlaron del visionario, admiraron después al genio victorioso. Los Reyes le recibieron en público estrado, de pie y sin permitirle que doblara la rodilla. Ante la Corte, reunida como en día de gala, el Almirante contó los pormenores de su viaje; ponderó las bellezas del mundo descubierto; expuso las pruebas de su éxito y entusiasmó a todos con el relato de su gigantesca hazaña.

Preparativos para el segundo viaje.—Era indispensable continuar la obra comenzada, y pensando así los Reyes, dieron órdenes inmediatas para activar los preparativos de una nueva expedición. Distinto fué ahora el trabajo. Al empeño de los Reyes y a la actividad del Almirante, uniéronse el entusiasmo, la codicia y el espíritu aventurero de todo un pueblo que veía abierta ante sí la esperanza de un soberbio porvenir. Hasta el Papa Alejandro VI, no queriendo



ser menos, expidió una Bula, en mayo de 1493, declarando que *cedía y regulaba* a los Reyes Católicos y a sus sucesores las tierras descubiertas por Colón y todas las que en el Nuevo Mundo fueran descubiertas en los tiempos sucesivos. El Papa regalaba lo que no era suyo, porque las tierras del Nuevo Mundo eran de sus pobladores; pero la ley que imperaba hacía fácil tan desahogado procedimiento.

Zarpa la flota; nuevos descubrimientos.—Lista la flota y compuesta de 17 naves, llevando 1,300 ex-



Itinerario del segundo viaje que realizó Colón.

pedicionarios entre los que iban soldados, frailes, mineros, agricultores, carpinteros, etc., más algunas herramientas, zarpó Colón de Cádiz el 25 de septiembre de 1493.

El día 3 de octubre llegó a Canarias, y provisto allí de ganado vacuno, de cerda, cabras, ovejas, gallinas y semillas, levó anclas el día 14.

A las 800 leguas de navegación, el día 2 de noviembre, descubrió las islas Dominica y Marigalaute. El día 3 desembarcó en una isla que los indios llamaban Turuqueira y a la que denominó Guadalupe. Allí encontró en las casas cráneos y otros huesos humanos, lo que le hizo pensar que se encontraba en tierra de caribes. Reconoció en seguida las islas *Mon-*

serrate, Santa María la Redonda, Santa María la Antigua, San Martín, Santa Cruz, Santa Ursula y las 11,000 Vírgenes, hasta que descubrió la más grande de aquel archipiélago, llamada por los indios Borinquen, a la que él llamó San Juan Bautista, hoy Puerto Rico.

El fuerte Navidad; nueva colonia.—Tomando por el S. de Puerto Rico, el día 22 llegó a La Española por el golfo de Samaná, fondeando el 25 en Monte Cristi. Allí bajaron a tierra algunos españoles a quienes informaron indios de la costa que los colonos de Navidad habían sufrido un desastre. Colón apresuró el viaje, y cuando el día 27 llegó al fuerte Navidad, de éste no quedaban más que ruinas y de sus moradores no apareció ninguno. El cacique Guacanagari informó al Almirante que Caonabó y Mayrení, caciques del interior, habían atacado el fuerte para vengarse de atropellos y desmanes cometidos por los colonos, y que los exterminaron a todos.

Mucho apesadumbró a Colón el desastroso fin de la colonia, que los mismos colonos provocaron con sus abusos, desórdenes y licencia, y no queriendo levantar nueva edificación en lugar tan funesto, exploró el litoral hasta encontrar lugar adecuado cerca de la región de Cibao, y allí fundó la Isabela.

Efectuado el desembarco de hombres, animales y semillas, dióse comienzo a las obras de construcción ayudados por los naturales, y con tal diligencia se hicieron los trabajos, que el día 6 de enero de 1494 se celebró misa solemne en la capilla.

Continúa la exploración; Jamaica.—Ocupado Colón en la fundación y gobierno de la Isabela, así como en la exploración del Cibao, y atento del regreso a España de la flota, demoró continuar sus exploraciones hasta que ya todo resuelto, y nombrando Gobernador a su hermano don Diego, hízose a la vela con la *Niña* y dos carabelas más, rumbo a Cuba.

Costó el litoral N. de La Española y el 29 de abril llegó a la punta de Maisí, que los indios llamaban Baitiquirí y a la que llamó Alfa. Continuó

explorando el S. de Cuba; llegó a un puerto que llamó Grande—Guantánamo—, y después se dirigió al S., descubriendo el 5 de mayo a Jamaica, a la que llamó Santiago.

La pobreza de los jamaicanos y el deseo del Almirante de llegar a tierra firme le hicieron retroceder a Cuba, descubriendo el 18 de mayo el cabo Cruz. Castigado por fuertes aguaceros, encontró innumerables islitas a las que llamó Jardines de la Reina.

Creyendo que Cuba era tierra firme, continuó su ruta por el litoral cubano entre islitas y cayos hasta la comarca de Guaniguanico. Si avanza un poco más, sale de su error suponiendo a Cuba tierra firme, pues hubiera llegado a la extremidad occidental, o sea al cabo San Antonio; pero cansada la tripulación, él mismo enfermo y convencido de que no estaba equivocado, dispuso el retorno, haciendo antes que el escribano Hernán Pérez de Luna levantara acta en que constara que Cuba no era isla, sino tierra firme. Esta ceremonia tuvo efecto el día 12 de junio de 1494.

La primera misa en Cuba.—En el viaje de regreso, tocó el día 13 en la isla de Pinos, a la que llamó San Juan Evangelista, y continuando a la inversa el derrotero anterior, hizo reconocimientos en algunos lugares hasta llegar del 5 al 6 de julio a las inmediaciones del cabo Cruz, donde solemnemente, por primera vez en Cuba y bajo un árbol, se adoró a Dios a la usanza cristiana en el acto de la misa, oficiando el padre Boyl.

Colón en La Española; desórdenes.—Del cabo Cruz y obligado por los vientos, se dirigió Colón otra vez a Jamaica, y costeando el sur de dicha isla, llegó a La Española por el cabo Tiburón, al que llamó San Miguel.

El Almirante hubiera deseado continuar sus exploraciones con rumbo al E.; pero agotadas sus fuerzas con los trabajos y desvelos de su penosa navegación, cayó gravemente enfermo, tanto, que asustados sus compañeros, apresuraron el regreso a la Isabela, donde entraron el 29 de septiembre.

Allí tuvo Colón la satisfacción de abrazar a su hermano Bartolomé, que con tres barcos había llegado de España; pero este placer fué amargado por el estado en que encontró la colonia. El Gobernador don Diego Colón había tenido que internarse en la isla, y en su ausencia, el padre Boyl, a quien confió el gobierno, se embarcó para España dejando todo al cuidado de Pedro Margarit, soldado rudo, brutal y licencioso, que con su conducta precipitó el desorden. La presión que ejercieron sobre los indios obligándoles a trabajar en busca de oro con que saciar su codicia, el maltrato que les dieron, los abusos sin calificación ni cuento de que, apasionados y crueles, hicieron víctima a los naturales, originaron que éstos, impulsados por la desesperación y el terror, prefirieran la muerte mil veces a vivir de tal manera. Supliendo con su número y valor la inferioridad de sus armas, dirigidos por Guatiguaná, Guarionex y Maniocatex, y especialmente por Caonabó, su jefe más entendido y valiente, atacaron a los españoles poniéndolos en gran aprieto.

Así encontró el Almirante la colonia que había dejado próspera y tranquila. Seguido de algunos soldados salió al campo, derrotó a los indios imponiéndoles un tributo, y de regreso a la Isabela, despachó para España a su hermano don Diego con Antonio de Torres en busca de recursos, y para desvanecer los malos informes que pudiera haber dado allí el padre Boyl.

Caonabó.—Era motivo de constante preocupación para el Almirante la actitud y tenacidad de Caonabó, cacique de Maguana. Este indio de sangre caribe, valiente hasta la temeridad, y hábilmente secundado por su mujer, la hermosa Anacaona, había jurado el exterminio de los españoles, y mientras él existiera, toda tentativa de paz era imposible. Colón salió contra él; encontró en el lugar conocido por La Vega a Maniocatex y lo destruyó por completo, logrando con esto aterrar tanto a los indios, que el mismo Caonabó, convencido de que los españoles eran más fuertes y poderosos, pareció tranquilizarse.

Esa tranquilidad del valeroso jefe no podía inspirar confianza a los conquistadores. Colón pensaba que tal suceso no podía ser más que pasajera calma, y queriendo evitar ulteriores peligros, determinó apoderarse de los caciques principales y especialmente del indomable cacique de Maguana.

Dió esa comisión a Alonso de Ojeda, aventurero de gran valor y astucia, que llegando a la residencia de Caonabó, supo inspirarle confianza hasta el extremo de ponerle unos grillos que llevaba, diciéndole que eran regalo de Colón, y logrando alejarlo de los suyos a fuerza de maña y de lisonjas, lo montó a la grupa de su caballo llevándolo amarrado a presencia de su jefe.

Era tal el valor del infortunado prisionero, que reconociendo el acto audaz de Ojeda, mientras estuvo preso en la Isabela, cada vez que Ojeda entraba en su prisión, se levantaba y le hacía una profunda reverencia, y como le preguntaran que por qué hacía aquello, contestó que porque lo merecía el hombre que había tenido el atrevimiento de ir a prenderlo a su casa.

Preso Caonabó, los naturales estuvieron ya tranquilos, y hasta Anacóna, comprendiendo lo inútil de la resistencia, accedió a ser amigo de los españoles.

Regreso a España.—Mientras se desarrollaban en La Española los sucesos narrados, en España palidecía la estrella de Colón. Sus enemigos informaron enormidades a los Reyes y consiguieron que éstos designaran a Juan de Aguado para sustituirle, ordenando al marino su regreso. Aguado se presentó en la Isabela altanero y orgulloso, no obstante lo cual, el Almirante a ató lo dispuesto por los Reyes y determinó salir en seguida para España con objeto de sincerarse.

Preparadas las naves en que había de hacer el viaje, nombró Gobernador en sustitución suya a su hermano Bartolomé, y embarcándose con Aguado y Caonabó, a quien llevaba prisionero, se hizo a la vela el día 10 de marzo, entrando en el puerto de Cádiz el 11 de mayo de 1496.

RESUMEN DEL CAPITULO

El pueblo español recibió a Colón con grandes agasajos al verlo regresar triunfante. Los Reyes le colmaron de honores y autorizaron los preparativos inmediatos para un segundo viaje.

Con 17 barcos esta vez, salió Colón de Cádiz el 25 de septiembre de 1493. El 2 de noviembre descubrió a Dominica y tras otros descubrimientos llegó a La Española, encontrando destruida la colonia que había dejado en su viaje anterior. Fundada nueva colonia con el nombre de Isabela, continuó su viaje, llegó a Cuba por Maisí y recorrió sus costas hasta Guantánamo. Dirigiéndose al Sur encontró a Jamaica. Regresó a Cuba y siguiendo el litoral llegó hasta Guaniguanico, creyendo que Cuba era un continente. Descubierta Isla de Pinos el día 13 de junio de 1494, repasó las costas cubanas y tocando en Jamaica regresó a La Española, que encontró en gran desorden por los errores y abusos del padre Boyl y Margarit. Rebelados los indios, salió contra ellos, los derrotó y prendiendo a algunos jefes, entre otros al cacique de Maguana, determinó regresar a España, para dar cuenta de sus nuevos descubrimientos y defenderse de sus enemigos que trataban de malquistarlo con los Reyes. Salió de La Española el 10 de marzo de 1495 y entró en Cádiz el 11 de mayo del mismo año.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

- ¿Qué regalo hizo el papa Alejandro VI a los Reyes Católicos?
- ¿Por qué al llegar a Guadalupe supuso Colón que estaba en tierra de caribes?
- ¿Qué costas cubanas recorrió Colón en este viaje?
- ¿Qué pensaba Colón que era Cuba?

CAPITULO VI

PERIODO COLOMBINO

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

Los Reyes reciben a Colón y dictan disposiciones con respecto al Nuevo Mundo.—Tercer viaje; más descubrimientos.—Colón en La Española; disturbios y requerimientos.—Los enemigos de Colón; Bobadilla.—El Almirante preso; su grandeza de alma.—Indignación en España; desagravio.

Los Reyes reciben a Colón y dictan disposiciones con respecto al Nuevo Mundo.—Una vez Colón en Cádiz de regreso de su segundo viaje, se dirigió a Burgos, donde se encontraban los Reyes, procurando en su viaje desplegar toda la pompa posible, a fin de hacer resaltar la riqueza de los países descubiertos por él. Llevaba consigo a un hermano, a un hijo y a un sobrino de Caonabó—éste había muerto en el viaje—con grillos de oro; llevaba muchos granos de este metal, aves, trozos de madera y otras cosas para despertar la curiosidad y estimular el entusiasmo. Recibido afectuosamente por los Reyes, éstos hicieron poco caso de los informes de Aguado y dieron órdenes tendientes a la implantación de sistema administrativo en los países del Nuevo Mundo; a la provisión de efectos para las Indias; al envío de obreros de diferentes oficios; a la libertad de derechos para las naves que por primera vez hicieran viaje a los países descubiertos; a la ratificación de mercedes y privilegios para el Almirante; al cobro de los derechos reales y a la enajenación y conducción de trigo a las Indias. En todas estas disposiciones es de admirarse la previsión, tacto e inteligencia con que fueron dictadas, buscando en todas algo de interés general.

Lamentable fué que también se les ocurriera a

Fernando e Isabel disponer que se destinaran a las colonias los delinquentes condenados a destierro o presidio, y los que, prófugos, se presentaran para pasar al Nuevo Mundo. Lo impolítico y descabellado de tal resolución trajo posteriormente desgracias sin cuento sobre las colonias, y la secuela de eso, aún hoy, es desgracia que pesa sobre los países hispano-americanos.

Tercer viaje; más descubrimientos.—Entretenida la atención de los Reyes por varios importantes



Itinerario del tercer viaje que realizó Colón.

problemas, hizo imposible que antes de dos años pudiera Colón emprender su tercer viaje.

Tranquilo el Almirante en lo que a su persona y beneficio interesaba, comenzaron los preparativos para la nueva expedición. Lista la flota y compuesta de ocho naves, partió de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498, llevando a bordo un gran número de criminales indultados. Desde las Canarias despachó Colón tres carabelas directamente a La Española y con el resto de la flota se dirigió a Cabo Verde y tomó rumbo al S., deseoso de continuar sus descubrimientos.

El día 31 de julio encontró la isla Trinidad, y el 1º de agosto, la costa de Cumaná (tierra firme), en el lugar que los indios llamaban Parí, en la desem-

bocadura del Orinoco. Más tarde tocó en Tabago, Asunción, Granada, Concepción, Blanquilla, Margarita y Cubagua, donde obtuvo algunas perlas.

Colón en La Española; disturbios y requerimientos.—El deseo de ver su nueva colonia, denominada Santo Domingo, en La Española, le hizo dirigirse al N. O. para llegar a dicha isla, en cuyo puerto de Isabela entró el día 30 de agosto.

Una vez que hubo abrazado a su hermano Diego, éste le enteró de los sucesos ocurridos en su ausencia. Eran dolorosos y desconsoladores. El alcalde Roldán, disgustado con Bartolomé, hermano del Almirante y Gobernador en sustitución suya, le negó obediencia y respeto provocando una abierta rebeldía. A la llegada del Almirante, no encontrándose éste con recursos suficientes para imponerse a Roldán, temporizó con él accediendo a cuanto quiso. Castigó a algunos que provocaban desórdenes; restableció la normalidad y dió inicio a la tremenda medida de establecer los *requerimientos* de tierras e indios entre los colonos.

Esta medida dió funestos resultados; pero de ella no puede echarse sobre Colón gran culpa, atendiendo a que el laboreo de minas, busca de oro y trabajos agrícolas fueron cosas que no quisieron hacer nunca aquellos hombres que querían riquezas, pero encontradas como amos, apoyados en su derecho de más fuertes que los indefensos y pacíficos naturales. Además, de España se pedían pruebas concluyentes de las riquezas del Nuevo Mundo, y era preciso mandarlas. La esclavitud del indio americano fué un gran crimen de la conquista, pero crimen inevitable.

Los enemigos de Colón; Bobadilla.—Mientras Colón, residiendo en Santo Domingo, se dedicaba a restablecer el orden y adelantar la colonia, sus enemigos en España buscaban los medios para anularlo e indisponerlo con los Reyes.

El obispo Fonseca consiguió que se autorizara a Alonso de Ojeda para que pudiera efectuar descubrimientos. A Ojeda acompañó como piloto *Américo Vesputcio*, que sin razón y sin justicia, y sólo por

haber publicado después una carta geográfica, arrebató a Colón la gloria de dar su nombre al Nuevo Mundo.

Lo mismo que a Ojeda, y a pesar de los convenios, se autorizó sucesivamente a Pero Alonso Miño, a Vicente Yáñez Pinzón, descubridor del Brasil; a Diego de Lepe y a otros. El Almirante protestó ante la Corte del incumplimiento de lo pactado con él y de la obra de sus enemigos; pero éstos, cada día más fuertes y numerosos, encontraron hasta motivos justos para la rebeldía de Roldán, y consiguieron que se nombrara a Francisco Bobadilla juez pesquisador, con el fin de buscar y castigar a los que resultaran culpables.

Los Reyes tenían confianza en la honradez, caballerosidad y espíritu justiciero de Bobadilla, por lo que le otorgaron plenos poderes; pero lo que ellos no podían suponer fué lo que resultó. Bobadilla iba prevenido contra el Almirante, y como al llegar a Santo Domingo viera pendientes de la horca dos cadáveres y se le dijera que en la misma semana se había ahorcado a otros siete hombres, uniendo esto a las noticias y quejas que por enemigos de Colón le fueron dadas, en vez de proceder como juez, haciendo uso de los plenos poderes que llevaba, resolvió hacerse cargo del mando, y su primera providencia fué embargar todos los efectos del marino, hospedarse en su propia casa y abrir un proceso en que declararon todos los que tenían algún agravio de aquel hombre. No hubiera hecho más su mayor enemigo.

El Almirante, preso; su grandeza de alma.—Bobadilla prendió y cargó de grillos a Diego Colón. Más tarde hizo lo mismo con el Almirante, sin querer verlo siquiera, y por último prendió a Bartolomé, preparó dos naves a las órdenes de Alonso de Vallejo y en los primeros días del mes de octubre los envió a España.

No merecía ser tratado así el hombre que había dado a su patria adoptiva un mundo, a la ciencia un secreto y fecha a una época. Ninguna razón de política o de justicia puede justificar la conducta de

Bobadilla, y esas cadenas, que fueron premio a los servicios de aquel grande hombre, servirán siempre de exponente fiel entre la pequeñez de sus enemigos y su grandeza de alma.

Ya navegando rumbo a España, Vallejo y Martín, capitán y contramaestre, respectivamente, de *La Giorda*, carabela en que iban, condolidos de la suerte de Colón y admirados de su resignación, quisieron



Colón encadenado

quitarle los grillos; pero él se opuso con noble altivez diciendo "que sus Altezas le habían ordenado someterse a cualquier cosa que Bobadilla le mandara en su nombre, y como bajo ese concepto se los habían puesto, los llevaría hasta que se los quitaran por orden de los Reyes;" y añadió: "los guardaré como reliquia y memoria de la recompensa de mis servicios y como testimonio de lo que pueden dár el mundo y sus vapidades."

Indignación en España; desagravio.—Ocho años no más habían pasado del enorme triunfo de Colón, y

a aquel hombre, que había gastado su vida y extenuado su cuerpo en labor gigantesca, cuando parecía tener derecho a honores y gloria, vióle llegar a su puerto la población de Cádiz, el día 25 de noviembre del año 1500, cargado de grillos y enfermo.

Un grito de dolor e indignación resonó en toda España al saberse tan amarga e infausta nueva. Los Reyes, que estaban en Granada, ordenaron al momento que Colón fuera puesto en libertad y que pasara a la Corte.

El corazón del gran marino vibró conmovido ante esta orden. Fué a Granada, y apenas en presencia de los Reyes, cayó de rodillas y los sollozos ahogaron su voz. El gran dolor de su alma estalló en lágrimas y con él lloró la magnánima Reina. Ya calmado, enumeró sus servicios, se refirió a su lealtad, explicó sus acciones, y tanto le conmovieron las atenciones y afecto de los Reyes, que olvidó sus agravios y a nadie acusó de su maltrato.

Los monarcas acordaron mandar a Santo Domingo, en sustitución de Bobadilla, a don Nicolás de Ovando, ayo que fué del príncipe don Juan y persona de grandes méritos. Diéronle encargo de esclarecer los sucesos ocurridos, de enviar a España todos los efectos del Almirante, de hacer que Bobadilla regresara, y además, llevó instrucciones para el buen gobierno de la colonia.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al regresar Colón de su segundo viaje, los Reyes lo recibieron con gran afecto, ordenando inmediatamente la implantación de leyes para el Nuevo Mundo y los preparativos para un próximo viaje.

Listo la flota para el tercer viaje, partió el Almirante de Sanlúcar de Barrameda el 30 de mayo de 1498, y el 31 de julio descubrió la isla de Trinidad, para tocar por primera vez el continente americano, por la costa de Cumaná, el 1.º de agosto.

Tras algunos descubrimientos, llegó Colón a La Española, que encontró en completo disturbio, y mientras restablecía el orden y disponía los requerimientos para dar tierras e indios a los colonos, sus enemigos de España consiguieron el envío de Bobadilla para que residenciara los actos del Almirante en su gobierno. Bobadilla prendió a Bartolomé y a Diego (hermanos de Colón), detuvo luego a éste y lo envió a España cargado de cadenas.

El 25 de noviembre del año 1500 regresó a España preso y en-

firma el descubridor de América. El pueblo español protestó indignado y los Reyes desagraviaron al marino; pero a pesar de este desagravio, enviaron a La Española, con poderes especiales, a Nicolás de Ovando, poderes que mermaban los derechos de Colón.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Qué gran error cometieron los Reyes Católicos en sus disposiciones referentes al Nuevo Mundo?

¿Qué eran los requerimientos?

¿Por qué el Nuevo Mundo se llama América?

CAPITULO VII

PERIODO COLOMBINO

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

La constante idea de Colón.—Cuarto viaje.—Ovando niega a Colón la entrada en Santo Domingo.—Castigo de Bahadilla.—Continúan los descubrimientos.—Arribo a Jamaica.—Regreso a España.—Muerte de Colón.—Sus cenizas.—Deuda.

La constante idea de Colón.—Satisfecho el Almirante de la buena acogida y desagravio que le hicieron los Reyes, quiso, a pesar de su avanzada edad, continuar sus descubrimientos, pues siempre sostenido en su idea de llegar al Cathay, no quería morir sin haber realizado el ensueño de su vida. Impulsábale, además, el éxito de Vasco de Gama, que había descubierto en 1498 el camino de las Indias, circunvalando el África y doblando el cabo de Buena Esperanza.

Colón creía que encontrando un paso, él podría llegar a las Indias por la vía del Nuevo Mundo.

Cuarto viaje.—Autorizado por los Reyes con la condición de que no tocaría en Santo Domingo, preparó el Almirante su cuarto viaje, disponiendo para ello cuatro carabelas tripuladas por 140 hombres, y el día 9 de mayo de 1502, acompañado por su hermano Bartolomé y su hijo Fernando, salió del puerto de Cádiz y tocó en Arcilla, colonia portuguesa de la costa de África, de donde se dirigió a Canarias.

Ovando niega a Colón la entrada en Santo Domingo.—Saliendo de Canarias, el 15 de junio tocó en la islita Martinino, donde se demoró tres días, y de allí partió a Santo Domingo, con el propósito de cambiar una de sus naves que era muy pesada.

El Gobernador Ovando, con el pretexto de que estando aún allí Bobadilla podía ocurrir algún conflicto, no le permitió tomar puerto.

Colón le respondió, por medio de un mensajero, que había querido entrar en puerto no sólo para hacer el cambio de su nave, sino también porque se estaba formando una gran tormenta, y noticioso de que la flota que había de llevar a Bobadilla se preparaba para hacerse a la mar, prevenía a Ovando que demorara la salida siquiera ocho días; que él se dirigía al primer puerto que encontrara para guarecerse. El mensajero regresó diciendo a Colón que no creyendo en tierra su pronóstico, pues lo juzgaban como a un falso profeta, la flota de Bobadilla se haría a la mar. El Almirante, sin insistir, se dirigió a Puerto Hermoso y allí se refugió.

Castigo de Bobadilla.—La providencia da a veces a los hombres tremendas y misteriosas lecciones. La conducta de Bobadilla con Colón no había sido castigada, y los elementos se encargaron de ejercer el castigo. Mientras el marino se refugiaba en Puerto Hermoso, la flota de Bobadilla, compuesta de treinta y una naves, levó anclas con rumbo a España, y a las cuarenta y ocho horas, de aquella hermosa escuadra se habían hundido veintitrés barcos, sin que se salvara uno solo de sus tripulantes. Bobadilla, Roldán y otros muchos enemigos de Colón iban en ella y todos perecieron. Y para que la injusticia pasada resaltara más en la reivindicación del castigo presente, la *Aguja*, pequeña carabela en que Ovando mandaba a España los efectos de Colón, se salvó de la tormenta y fué la primera que, llegando a puerto español, dió cuenta del desastre. El falso profeta demostró una vez más la altura inmensa de su genio, y la Providencia dió a los hombres una nueva prueba de que hay otras leyes que las humanas.

Continúan los descubrimientos.—Pasada la tormenta, salió Colón de Puerto Hermoso cruzando por los cayos de Morant, al S. de Jamaica. Las corrientes y los vientos lo arrastraron a los Jardines de la Reina, y de allí, haciendo proa a tierra firme, llegó a la isla de Guanaja, de donde se dirigió al S. y descu-

brió el cabo de Honduras. Recorrió la costa perseguido por constantes tormentas, hasta el día 14 de septiembre, que descubrió el cabo Gracias a Dios. Continuó por la costa de Mosquitos y llegó a los islotes Limonares, anclando el día 16 en la desembocadura de un río al que llamó Desastre. Continuó por el litoral de Costa Rica y llegó a la bahía de Cariari, de donde, costeando la región de Veragua, aneló en la desembocadura del río Catiba. Descubrió a Puerto Bello y el 9 de noviembre llegó al cabo Nombre de Dios. Continuó hasta el golfo de Darién, y retrocedió



Itinerario del cuarto viaje que realizó Colón.

el 1º de mayo en dirección a La Española, obligado por el mal estado de sus barcos.

Arribo a Jamaica.—El día 10 descubrió Colón las islas Caimanes. Las corrientes y los vientos lo arrastraron otra vez a los Jardines de la Reina, de donde partió dirigiéndose a Jamaica, a la que arribó el 24 de junio, al puerto de Santa Gloria, hoy Caleta de Don Cristóbal. Los buques hacían agua por todas partes, y para evitar que se hundieran, mandó encallarlos.

A los cuatro meses de encontrarse abandonado en la costa de Jamaica, necesitando salir de allí de cualquier modo, envió a Diego Méndez en demanda de auxilio a Santo Domingo. Después de innumerables

trabajos logró Méndez hacer el viaje llevando dos canoas unidas, tripuladas por seis españoles y diez indios.

Todavía ocho meses permaneció Colón en espera de recursos y sufriendo lo indecible. Los naturales jamaicanos, que, hospitalarios, habían venido dándole provisiones, llegaron a negárselas, y aquí el superior talento de aquel hombre y sus grandes conocimientos astronómicos vinieron a salvarlo.

Conociendo que se aproximaba un eclipse, notificó a los indios que el cielo, ofendido con ellos por abandonar a sus enviados, para castigarles, ocultaría la luna. Los indios no creían la profecía, pero cuando vieron que efectivamente la luna enrojecía y se ocultaba, asustados rogaron a Colón que los amparara. El eclipse pasó y ya no faltaron a los naufragos provisiones.

Al año de estar en Jamaica, llegó con dos barcos el honrado y fiel Diego Méndez. Uno de los barcos había sido comprado por él y el otro le fué facilitado por Ovando, y con ese auxilio pudo Colón dejar las costas jamaicanas.

Regreso a España.—El 12 de septiembre de 1504 salió el Almirante de La Española, mirando por última vez el teatro de sus glorias, y el 7 de noviembre, en una pequeña nave, enfermo, anciano y triste, arribó a Sanlúcar de Barrameda.

Su protectora la Reina Isabel había muerto, lo que contribuyó más a entristecerle y rendirlo. Trasládose a Sevilla en gestión de que el Rey Fernando reconociera sus derechos. El Rey le entretuvo con largas y aplazamientos, sobre todo en sus reclamaciones con respecto al gobierno de las Indias, cosa en la que Fernando no estaba en modo alguno dispuesto a ceder.

Muerte de Colón.—Convencido al fin el desventurado marino de que luchaba en vano reclamando derechos que no se le querían reconocer, abrumado por las penas y la edad, herido por la injusticia de un Rey a quien dió un mundo, y después de enviar a Bartolomé a Laredo, para exponer sus quejas y derechos a los reyes don Felipe y doña Juana, se re-

tiró a Valladolid, donde murió el 20 de mayo de 1506, a la edad de setenta años.

Sus cenizas.—Cristóbal Colón fué sepultado en el convento de franciscanos de Valladolid; más tarde trasladado a la Cartuja de Santa María de las Cuevas de Sevilla. Como él había manifestado el deseo de reposar en el escenario de sus triunfos y trabajos, sus cenizas fueron llevadas en 1536 a la Catedral de Santo Domingo. Cedida esta isla a Francia en 1796, el Gobierno español quiso que los restos del hombre con quien tan ingrata se mostró España descan-



Muerte de Colón

saran en suelo español, y dispuso su traslado a la Catedral de la Habana.

Un inexplicable error hizo que confundido el sepulcro del Almirante con el de su hijo Diego, fueran estos restos los trasladados a la Habana y más tarde llevados a España, a la Catedral de Sevilla, en 1899, al cesar la soberanía española en Cuba.

Los restos de Cristóbal Colón, encontrados en 1877 en la Catedral de Santo Domingo, están allí. La providencia, complaciente con el grande hombre, dió lugar al error para que el suelo por él descubierto, que ni siquiera lleva su nombre, más hospitalario y más fiel que su patria adoptiva, guarde sus cenizas y se cumpla así el postrer deseo de su vida.

Deuda.—Pocos hombres han sido tan discutidos en vida y en muerte como ese hombre extraordinario que se llamó Cristóbal Colón. Sus contemporáneos no pudieron comprenderlo y apreciarlo, porque tenía sobre ellos la superioridad del genio. La posteridad, más imparcial y más justa, y la Historia, más serena en sus juicios, han ido poco a poco construyendo alrededor de aquella figura inmortal la justiciera aureola de su gloria, que hoy aparece en todo su esplendor, para postrera aunque tardía reivindicación suya.

Hoy poco a poco la figura de Colón va adquiriendo su natural tamaño; se va apreciando la multitud de sus virtudes, infinitamente mayores que los defectos que como hombre tuvo; se comprende y se siente la enormidad de lo por él realizado. Los pueblos de la América deben conservarlo en su memoria, y aunque el Nuevo Mundo, por una de esas amargas ironías del destino, no lleve su nombre como justiciera remembranza, él es inmortal y la humanidad le debe una gran conquista.

El estupendo Bolívar, en una de aquellas enormes concepciones de su genio inmenso, soñó una gran nación que llevara el nombre del marino ilustre. De aquel magnífico ensueño quedó sólo la República de Colombia. Las naciones del Nuevo Mundo le han sido olvidadizas y a una pequeña población cubana, la ciudad de Cárdenas, corresponde la gloria de haber sido el primer pueblo de América que levantara una estatua a Cristóbal Colón.

Y sin embargo, aún es tiempo para una gloria póstuma y suprema. El Canal de Panamá está ahí. Él une las aguas del Atlántico y del Pacífico. El debe llamarse de Colón, y que luego, a su entrada, en mármol, bronce y granito y como en apoteosis de gloria, la figura del descubridor de América se levante en colosal monumento, merced a los pueblos americanos, que no han tenido el honor de llamarse *colombinos*.

RESUMEN DEL CAPITULO

Constante siempre Colón en la idea de haber encontrado el camino de las Indias y no un mundo hasta entonces desconocido, apresu-

ró su cuarto viaje, y saliendo de Cádiz el 9 de mayo de 1502, llegó a Santo Domingo el 29 de Junio. Ovando le negó el permiso para tomar puerto, y después de refugiarse en Puerto Hermoso para salvarse de una tempestad que hundió la flota de Bobadilla, continuó sus descubrimientos. Tomando por el Sur de Jamaica, llegó a la isla Guanaja y por el litoral de Honduras encontró el cabo Gracias a Dios y la costa de Mosquitos, siguiendo por las islitas Limonares, hasta Costa Rica y Veragua, descubriendo a Puerto Rico y al golfo de Darién, para regresar a La Española apurado por el mal estado de sus barcos. Arrojado por los vientos a Jamaica, permaneció allí un año en espera de socorros, que al cabo recibió de La Española.

El 12 de septiembre de 1504 partió de La Española para España, y llegó a Sanlúcar de Barrameda, enfermo, en una pequeña nave.

Tras infructuosas gestiones por sus derechos, murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, a los 70 años de edad.

Muerto él, todavía sus cenizas hicieron un postrer viaje al Nuevo Mundo, para reposar al fin en la Catedral de Santo Domingo.

Los hechos del gran marino han sido muy discutidos, así como sus altas cualidades, y todavía la América no le ha rendido el tributo que merece, ya que no llevando su nombre, por lo menos, erigiéndole un monumento digno de las tierras descubiertas y de su nombre inmortal.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Qué hecho llevó a cabo Vasco de Gama?

¿Cómo consiguió Colón el auxilio constante de los jamaicanos?

¿Cuál fué el gran ensueño de Bolívar.

CAPITULO VIII

PERIODO DE EXPLORACION
Y CONQUISTA

Exploración de Cuba por Colón.—Exploración de Ocampo.—Alonso de Ojeda y otros.—Diego Velázquez.—Hatuey.—Fundación de ciudades.—Pánfilo de Narváez y fray Bartolomé de las Casas recorren el país.—Repartimientos; más ciudades y ayuntamientos.

Exploración de Cuba por Colón.—Hasta el día 27 de octubre de 1492, la reina gentil del mar Caribe vivió ignorante de otros mundos. Ese día, ante los asombrados ojos de Colón contemplando la tierra más hermosa por los hombres vista, se determinó como punto de partida una fecha en la historia cubana, fecha que si bien abrió a Cuba las puertas del mundo civilizado, señaló el momento en que dió principio el exterminio de una raza y la esclavitud de un pueblo.

Después de ser descubierta, no se hizo una exploración formal de Cuba hasta el año 1508, pues aunque Colón recorrió en su primer viaje el litoral cubano del río Máximo al puerto de Baracoa; en el segundo, de Maisí a la comarca de Guaniguanico, siguiendo la costa S., y en el cuarto, contra su voluntad, estuvo en los Jardines de la Reina, no puede por eso decirse que el Almirante hizo de Cuba una completa exploración; como no la hizo tampoco en 1506 el piloto Andrés de Morales, comisionado por Nicolás de Ovando, gobernador de La Española.

Exploración de Ocampo.—En el año 1508, Ovando ordenó al capitán Sebastián de Ocampo que con dos carabelas bojeara a Cuba. Ocampo, que había acompañado a Colón en su segundo viaje, comenzó su exploración por la costa N. y llegó a un puerto donde carenó sus naves y al que por esa circunstancia denominó Carenas (Habana), y continuando lue-

go rumbo al O. alcanzó la extremidad occidental, doblando el cabo San Antonio y probando que Cuba era una isla, noticia en cuya ignorancia murió el Descubridor.

Continuando Ocampo por el S., visitó los lugares en que ya había estado con Colón; descubrió el puerto de Jagua y a los ocho meses de viaje regresó a Santo Domingo.

Alonso de Ojeda y otros.—Como Cuba no figuraba en la leyenda del descubrimiento entre los países abundantes en oro, llamó al principio poco la atención. A esa circunstancia se debió que fuera



preferida La Española, donde había una región del Cibao que prometía oro en abundancia.

Sólo la casualidad podía hacer que alguien tocara en las costas cubanas, que no ofrecían aliciente a la codicia de los descubridores, y ella hizo que en 1510, arrojado por un huracán, desembarcara en la proximidad del puerto de Jagua el aventurero Alonso de Ojeda. Atacado por los naturales, los rechazó, y avanzando entre penalidades y tribulaciones, logró llegar a la región de Cueibá, donde lo recibieron hospitalariamente. Allí levantó Ojeda una ermita en honor de la Virgen María, y dirigiéndose a Macaca, envió en una canoa un emisario a Jamaica en busca de auxilio. Pánfilo de Narváz, enviado por el Gobernador de Jamaica, Juan de Esquivel, acudió en socorro de Ojeda y lo llevó a dicha isla.

Después de Ojeda y siempre incidentalmente, tocaron en Cuba Rodrigo Colmenares, Juan de Caiicedo, el bachiller Martín Fernández Enciso y el alcalde Zamudio.

Diego Velázquez.—Descubierto el continente americano y noticiosos los españoles de la feracidad de nuestro suelo, don Diego Colón, hijo del Descubridor y Gobernador de Santo Domingo, pensó seriamente en que la colonización de Cuba habría de ser beneficiosa al desenvolvimiento de los planes colonizadores. De acuerdo con esta idea, designó a Diego



Diego Velázquez

Velázquez para llevar a cabo la empresa de conquistar a Cuba y proceder a su colonización.

El nombre de este sujeto, su posición económica y sus singulares dotes de carácter, hicieron que la designación recaída en él fuera acertada y oportuna. Con Velázquez vinieron algunos hombres que más tarde en el continente habrían de hacerse céle-

bres, tales como Hernán Cortés, Juan de Grijalba, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Diego de Ordaz.

En los últimos días de noviembre del año 1511, Velázquez salió de Salvatierra de la Sabana, en Santo Domingo, con una flota de cuatro carabelas, y desembarcó en Cuba por el puerto de Palmas.

Hatuey.—Al desembarcar los españoles, lejos de encontrar en los indios hospitalidad y confianza, los encontraron hostiles. Un indio dominicano llamado

Hatuey, inteligente y valeroso, había abandonado su patria huyendo de la crueldad de los colonizadores, del maltrato y de la esclavitud, y refugiándose en Cuba, contó con vivos colores la codicia de los españoles y los horrores que les había visto cometer en Santo Domingo. Hatuey llamaba al oro *Señor Grande* de los españoles, y decía que para encontrarlo, éstos eran capaces de registrar hasta en el vientre de los que sospechasen que lo tuvieran. Consiguió que los indios



El suplicio de Hatuey

de Maisí secundaran sus propósitos de resistencia, y frente a ellos se opuso a los invasores.

¡Empresa loca y sacrificio estéril! Armados de flechas, piedras y macanas, se estrelló el valor de Hatuey y sus enardecidos compañeros ante el adversario, forrado de hierro y que manejaba el rayo y el trueno.

Tras dos meses de sangrienta e inútil resistencia Hatuey huyó a los montes, donde, perseguido tenazmente, al fin cayó en poder de sus contrarios. Condenado al suplicio de la hoguera, fué atado a un poste para ser quemado vivo, y como un fraile lo exhortara

a bautizarse y morir como cristiano, el indio se negó diciendo que para qué había de hacerse cristiano si los españoles, siéndolo, eran malos. El fraile le habló de la gloria, de la vida eterna y de Dios. Hatuey preguntó si cuando los españoles morían iban al cielo, y como el fraile le dijera que sí, contestó él: "no quiero ir al cielo por no encontrarme allí con ellos."

Muerto Hatuey, alma de la protesta, los indios se sometieron y la conquista quedó resuelta de hecho, sin que costara la vida a un solo español.

Fundación de ciudades.—Afirmado ya Velázquez en Cuba, dió principio a la colonización del país. En 1512 fundó la villa de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, construyó una fortaleza, estableció ayuntamiento y residió allí, siendo Baracoa la primera capital que tuvo Cuba.

Pánfilo de Narváez y fray Bartolomé de las Casas recorren el país.—Ese mismo año llegó a la Isla Pánfilo de Narváez al frente de treinta hombres. Era Narváez hábil capitán, pero imprudente y cruel. Nombrado segundo jefe por Velázquez, éste le comisionó para reducir a los indios de la comarca de Bayamo.

Nada difícil ni peligrosa podía ser esa empresa tratándose de rebeldes que en vez de resistir y pelear salían al encuentro del conquistador llevándole víveres y cuanto de más mérito tenían, y sobre todo, asombrados de la yegua que montaba Narváez, pues era esta la primera vez que veían un animal de esa especie. La mansedumbre y bondad de los naturales no fué óbice para que aquella gente se mostrara cruel y despiadada. Obligados por los atropellos, una noche atacaron los indios al cuartel de los españoles, y en la refriega recibió Narváez una fuerte pedrada; pero repuesto, montó en su yegua. El animal, corriendo, hizo sonar unos cascabeles de que estaba adornada la montura, y ese solo hecho bastó para que los indios huyeran despavoridos. Narváez salió en persecución de los fugitivos y dió cuenta a Velázquez. El Gobernador, no pudiendo acudir en auxilio de Narváez, por estar ocupado en la fundación de Bayamo (año 1513) y tener que regresar a Baracoa, adonde,

procedentes de España, acababan de llegar su futura esposa doña María de Cuéllar y su padre don Cristóbal, ordenó a Juan de Grijalba que con 50 hombres



Bartolomé de las Casas

se incorporara a su segundo y siguiera recorriendo la Isla. Velázquez nombró asesor de Narváez al padre Bartolomé de las Casas, el virtuoso sacerdote que más tarde había de immortalizar su nombre, conquistando el glorioso título de *Protector de los indios*.

Llegó Narváez al pueblo indio de Cucibá, donde años antes Alonso de Ojeda había fundado una ermita, dejándola al cuidado de los naturales. Estos sentían profunda adoración por una estampa de la Virgen que les había dejado Ojeda, y temerosos de que se la quitaran, la ocultaron en los bosques hasta que se fueron los españoles.

Narváez continuó su excursión por Camagüey, procurando él y sus soldados hacer odiosa su presencia y execrado su recuerdo, a pesar de lo que luchaba el padre las Casas por evitar abusos y crueldades, defendiendo y amparando a los pobres siboneyes.

Llegaron los españoles al poblado de Caonao, situado a la orilla del río de este nombre, y naturalmente, a su llegada acudieron muchos indios ansiosos de contemplar la novedad. Antes de llegar al pueblo, los conquistadores se habían detenido junto a un arroyo donde abundaban piedras de amolar en las que afilaron sus espadas. Ya en Caonao, y cuando mas tranquilos se encontraban los indios mirando a los españoles, un soldado sacó su espada, y como si fuera señal convenida, todos hicieron igual, cargando sobre aquellos infelices, cuyo único delito consistía en haber nacido en tierra que acababa de ser encontrada para el mundo civilizado. El padre las Casas corrió a la matanza de inermes fugitivos, suplicó, amenazó, y en vano clamaba por Narváez, quien impávido y como ajeno al suceso, contemplaba la torpe y canalleza hazaña.

Después de tales manifestaciones civilizadoras, no era fácil atraer a los indios, y esto pudo conseguirse merced al celo del padre las Casas, que logró tranquilizarlos.

Siguiendo la costa N. llegó Narváez a Carahate, pueblo situado en la desembocadura del río Sagua y en el que los naturales vivían en barbaecos sobre el agua.

Estando Narváez en Camagüey, tuvo noticias de que en el lugar conocido por Matanzas había algunos cristianos, procedentes de un naufragio, en poder de los indios. Envió allá emisarios, y estando en Carahate, llegó a dicho lugar una canoa con muchos in-

dios conduciendo a dos mujeres blancas, que refirieron a los españoles haber estado mucho tiempo entre los naturales después de haberse salvado de un naufragio, y que allí quedaba otro español en poder de un cacique.

Cuando Narváez llegó a Matanzas, el cacique referido le hizo entrega del español, y lo obsequiaron él y otros con provisiones y regalos. Aquel hombre brutal y sanguinario quiso en pago matar a los caciques, y éstos debieron la vida al apoyo de las Casas.

En Matanzas alcanzó un bergantín a Narváez, con la orden de que se dirigiera a Jagua, donde debía reunirse con Velázquez, y en cumplimiento de lo dispuesto, efectuó el regreso y se encontró con éste allí a principios del año 1514.

Mientras Narváez recorría la Isla, Velázquez, que había regresado a Baracoa, casó con doña María de Cuéllar, y viudo a los seis días, terminó la fundación de Bayamo, partiendo en seguida para Jagua, donde al juntarse con Narváez le ordenó que explorase la comarca de Guaniguanico.

Repartimientos; más ciudades y ayuntamientos.

—Velázquez dió al padre las Casas y a Pedro de la Rentería un repartimiento de indios en Canarreo, a orillas del Arimao, y fundó en el cacicazgo de Cubanacán las villas de Trinidad y Sancti Spiritus, y más tarde la villa de Santa María, donde está hoy Nuevitas, villa que luego se trasladó a orillas del río Caonao, y andando el tiempo, al centro de Camagüey, y es hoy la ciudad de este nombre.

Al año siguiente (1515), en un puerto ventajosamente situado en el cacicazgo de Bayatiquirí, fundó la villa de Santiago, a la que trasladó su residencia y declaró capital de Cuba.

El 25 de junio de 1515, a orillas del río Onicajinal, cerca de Batabanó, se fundó la villa de San Cristóbal de la Habana.

En el mismo año y por Real Cédula de 28 de febrero, se dispuso que Cuba se llamara Fernandina.

CAPITULO IX

PERIODO DE COLONIZACION

Vida de los primeros colonizadores en Cuba.—Régimen administrativo.—Régimen religioso.—Régimen político.

Vida de los primeros colonizadores en Cuba.— Los primeros colonizadores trataron esencialmente de buscar oro, ya en el cauce de los ríos, ya en el laboreo de las minas. Este trabajo se encomendaba a los indios, y como en Cuba abundaban poco los minerales, el enriquecimiento del colono era obra lenta, tanto, que resultaba raro encontrar uno rico.

Como nadie se ocupaba de otra actividad industrial o agrícola, todo había que obtenerlo a fuerza de oro, esperando de la Metrópoli los artículos para el consumo o la vida, y recibéndolos a través de los riesgos que representaba el encuentro con piratas y corsarios.

Al principio la agricultura se desarrolló muy lentamente y sólo la ganadería progresó de modo relativo.

Todas las primeras ciudades se construyeron obedeciendo a un mismo sistema. Se comenzaba por construir una plaza abierta, que llamaban *de armas*. A sus costados, la casa ayuntamiento, la iglesia y el cuartel. Todas las calles hacían convergencia en esa plaza, y a mayor o menor distancia, siempre con poca simetría y a base de calles estrechas, se levantaban las casas particulares, de acuerdo con la fortuna de sus respectivos dueños.

Vida social, sin atractivos; como fiestas, el día del santo o cumpleaños del Rey o de una autoridad o vecino muy notable, y las religiosas del Patrono.

En los puertos de mar, la impaciente espera de los escasos barcos con noticias y efectos, o la constante zozobra de visita corsaria o pirata. Todo subordinado al gobernante, a su férula más o menos caprichosa. La velada, bajo la lumbre mortecina y triste de velas de sebo, o de algún velón importado, hasta el toque de queda, para reanudar al día siguiente la busca de oro, no siempre propicio a dejarse encontrar.

Régimen administrativo.—La administración se reducía a señalar una cantidad de terreno para fijar los límites del Ayuntamiento, cuyas cargas pagaban los vecinos en forma de contribución o impuestos, una parte de la cual era para el Gobierno General; otra, para el Gobierno metropolitano; y otra, para el Clero, en forma o concepto de diezmo.

La primera autoridad municipal era el Alcalde, designado por el Gobernador o por el Rey, y algunas veces sacado por la suerte entre los regidores o concejales, designados, a su vez, unos por los vecinos y otros por el Rey. Tanto el Alcalde como los regidores desempeñaban sus funciones por un año.

Los regidores se reunían en cabildo y tomaban los acuerdos consiguientes. Cuando un asunto tenía que ver algo con el Gobierno de la Metrópoli, su gestión o desenvolvimiento se confiaba a un procurador, residente o no en la Corte, y que era como el intermediario entre el Ayuntamiento y el Poder Central. No hay que decir que muchos de estos asuntos no se resolvían nunca, cualquiera que fuese su interés.

Régimen religioso.—Dado el carácter y aspecto peculiar de la colonización española, no podía concebirse la fundación de un ayuntamiento sin el cuartel para la represión y sin la iglesia para el catequismo. De ahí que en dicha colonización tuviera un gran ascendiente la Iglesia (parroquia) y el Obispado, cuyo sostenimiento debía pagarlo el pueblo, sometido espiritualmente a su autoridad. Este factor religioso pudo hacer mucho si hubiera creado escuelas para educar; pero se ocupó esencial-

mente de salvar almas, aunque fueran analfabetas, más que de las mentalidades. También tenía la misión de proteger a los indios, y ya se sabe lo poco efectiva que fué esa protección.

Régimen político.—Sobre todas las autoridades coloniales estaba el Gobernador, nombrado al principio por el Virrey de Santo Domingo, y después de 1537, directamente por el Rey. Este Gobernador podía a su vez asesorarse de un Teniente Gobernador, que él mismo designaba.

El Gobernador ejercía la autoridad suprema, y contra sus decisiones o mandatos, la autoridad o vecino por él en lesión no tenía más recurso que el de alzada ante la Audiencia de Santo Domingo, o ante el propio monarca. Estas alzadas casi nunca se resolvían.

En los primeros tiempos los ayuntamientos tenían ciertos privilegios, y además, su autoridad resultaba más autónoma, por razón de distancia y dificultades en los medios de comunicación.

Dicho Gobernador residía en la ciudad más importante, en la Casa o Palacio de Gobierno. Residió primero en Baracoa (Velázquez), luego en Santiago, y al fin en la Habana, cuando ésta pasó a ser capital de Cuba. Andando el tiempo, esta autoridad tuvo el título de Capitán General, y en muchos casos, especialmente en los más dolorosos para Cuba, llegó a tener poderes omnímodos.

Esta primera autoridad, a través de los diferentes gobiernos, tuvo serias polémicas con los ayuntamientos, por discusión de derechos o atribuciones excesivas. También chocó en muchas ocasiones con la autoridad eclesiástica, celosa siempre de prerrogativas y representación.

RESUMEN DEL CAPÍTULO

Los primeros colonizadores se dedicaron especialmente a buscar oro y no prestaron atención a la industria ni a la agricultura.

Fabricaron las ciudades por el mismo modelo y vivieron sin medio alguno de comodidad ni entretenimiento. Administraron sus

ayuntamientos sobre la base de contribuciones costosas, y dependiendo de poderes superiores en el orden religioso y en el político.

La Iglesia tuvo una gran fuerza en la colonización y no produjo los beneficios que pudo hacer.

En el orden político, la autoridad del gobernador era casi indiscutible y generalmente andaba en conflictos con ayuntamientos y obispos.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Describáse cómo construían sus ciudades los colonizadores.

¿Por qué los primeros colonizadores no se ocuparon de la agricultura?

Compárense las atribuciones de aquellos gobernantes con las de nuestros actuales presidentes.

Digase si las relaciones entre el Estado cubano y el clero católico son hoy iguales a entonces.

CAPITULO X

PERIODO DE COLONIZACION

Carácter de la colonización española en América.—Requerimientos y encomiendas.—La esclavitud del negro.—Otros cuidados de Velázquez; su muerte.—Rojas y Guzmán.—El corso y la piratería en América.—Hernando de Soto, Dávila y Antonio de Chávez.

Carácter de la colonización española en América.—La colonización española en América revistió desde su principio un carácter especial y completamente distinto a la colonización de los otros países europeos.

Ya hemos dicho que el único ideal de los colonizadores fué hacerse ricos, y empujados por su fiebre de oro, no hubo peligro ante el que retrocedieran, consideración que les detuviera, abuso que no creyeran justo ni crimen que les pareciera odioso. Su sentido moral desapareció ante su ambición, y atrofiados en ese sentido, perdieron todo espíritu de conciencia, toda idea de propio deber y de ajeno derecho. Por eso la colonización española en el Nuevo Mundo fué y será siempre página de sangre y muerte en la historia de los colonizados, y mancha imborrable en la historia de los colonizadores.

No ya sólo la fuerza erigiéndose en derecho determinó los errores y crímenes de la conquista y los rigores de la colonización. A robustecer el falso principio de posesión de lo ajeno contribuyó la religión con la defensa y gala de utópicos derechos divinos. Un papa (Alejandro VI), en bula memorable repartiendo la América entre Portugal y España, afirmó en aquellos hombres, ya de sí poco escrupulosos, la idea de que los indios americanos nacieron para ser esclavos, y de que las tierras de América, por manda-

to de Dios, eran patrimonio exclusivo de los Reyes de España.

La usurpación fué derecho, el crimen gloria, y el exterminio de una raza fué o pareció ser mandato divino.

Requerimientos y encomiendas.— Los famosos requerimientos imaginados por los conquistadores fueron la farsa más brutal y más ridículamente horrenda que pudo nadie imaginar. Consistía el requerimiento en la lectura a pregón de un documento en que se decía a los indios que el Soberano Pontífice, vicario de Cristo, había hecho donación de las Indias a los Reyes Católicos y a sus sucesores, por cuya irrefragable razón, los habitantes de las Indias debían rendir acatamiento y obediencia a los citados Reyes y a sus representantes. Los aborígenes, naturalmente, no entendían lo que se les comunicaba, y aunque lo entendieran, ¿cómo podían aceptar resignados tan absurda teoría? Pero no importaba que entendieran o no, ni que aceptaran. Hecho el requerimiento, quedaba legalizado el dominio, y de que éste se hiciera efectivo se encargaban la espada, el látigo, el arcabuz, el perro de presa, la hoguera y la horca.

Colón y el Gobernador Ovando, en Santo Domingo, fueron los primeros que emplearon el requerimiento para hacer entre los suyos repartos de tierras e indios. Prohibida la esclavitud, los colonizadores la disfrutaron llamando *encomienda* a la misma cosa, y estas encomiendas consistían en repartir lotes de tierras y naturales, con ciertas restricciones que luego en la práctica para nada se tenían en cuenta.

La esclavitud del negro.—El laboreo de las minas y el cultivo de las tierras en América se encomendó a los naturales. Como los conquistadores querían riqueza fácil y pronta, se recargó de trabajo a los indios. Estos, no acostumbrados a tan ruda labor, huían, se enfermaban y hasta buscaban en el suicidio liberación y descanso. Pronto escasearon en Cuba, a pesar de que los colonos salían a buscarlos a otras islas, y entonces se pensó en que allá en el Africa, otra raza, pobre, sobria y principalmente débil para ofre-

cer resistencia, podía servir en sustitución del indio, y de ahí surgió esa otra mancha de la conquista y colonización americana, mancha que se llama la esclavitud del negro.

El padre las Casas apoyó esa esclavitud; pero él lo hizo porque, no pudiendo evitar la infamia, quiso al menos aliviar a los infelices indios.

Hubo un tal Vasco Poreallo Figueroa, noble español, puesto que era pariente de los duques de Feria, que fué el tipo perfecto, en lo ambicioso y en lo brutal, del cruel encomendero. Dejó numerosa prole mestiza con indias y negras, y antes de morir confesó que había matado a muchos indios, quemando a unos la boca para que no comieran tierra, y haciendo tragar a otros grasa hirviendo, *para ejemplo de los que daban en huirse.*

Otros cuidados de Velázquez; su muerte.—En el año 1517 Velázquez hizo salir de Cuba una expedición al mando de Francisco Hernández de Córdoba. El objeto de esa expedición era apoderarse de indios en las otras islas y traerlos esclavos. Hernández descubrió la península de Yucatán. Los indios de este lugar le hicieron resistencia, y mal herido, tuvo que regresar.

Noticioso Velázquez del descubrimiento de Hernández, hizo salir una segunda expedición, en 1518, al mando de Juan de Grijalba. Este tampoco pudo sostenerse, por lo que regresó ponderando la riqueza del país descubierto. Velázquez preparó una tercera expedición, dando el mando de ella a Hernán Cortés, Alcalde que era de la villa de Santiago. Cortés gastó en la expedición todo su caudal y trabajó febrilmente para apurarla. Velázquez, desconfiado, quiso revocar su anterior disposición; pero ya era tarde, porque Cortés había salido del puerto de Santiago el 18 de noviembre de 1518 sin esperar las últimas disposiciones del Gobernador. En vano envió éste mensajeros a Trinidad y a San Cristóbal de la Habana para quitarle el mando. Estaba escrito que nada había de impedir al audaz conquistador que inmortalizara su nombre, apoderándose, con un puñado de com-

pañeros tan audaces como él, del poderoso y rico imperio mexicano.

En el año 1519 se trasladó la villa de San Cristóbal al puerto de Carenas, donde en la actualidad está.

No podía Velázquez perdonar a Cortés el olvido de lo que le debía, y sobre todo la fama que iba ganando en México, y queriendo castigarlo y vengarse, preparó una expedición contra él, a las órdenes de Pánfilo de Narváez. Cortés supo hacerse de parciales entre los expedicionarios y en determinado momento atacó a Narváez, que herido y abandonado por los suyos, regresó en derrota, mientras que su vencedor, reforzado por los que habían ido contra él, prosiguió su hazañosa conquista.

Este rudo golpe, el efecto que en el ánimo de Velázquez causó el engrandecimiento de su afortunado rival y determinadas injusticias de que fué objeto por parte del Gobierno, precipitaron su muerte, ocurrida en Santiago el 12 de junio de 1524.

Rojas y Guzmán.—A la muerte de Velázquez sucedióle interinamente el pariente suyo y Alcalde de Santiago, don Manuel de Rojas, que no encontrándose con capacidad suficiente para desempeñar el cargo, lo resignó aprovechando la llegada a Cuba del Lic. Juan Altamirano, que venía a residenciar a Velázquez.

En 1526 fué nombrado Teniente Gobernador don Gonzalo de Guzmán, que acusado de abusos en el repartimiento de indios, fué residenciado por el Lic. Juan de Vadillo, haciéndose cargo del mando interinamente y por segunda vez don Manuel de Rojas, hasta que volvió a ocupar su puesto don Gonzalo de Guzmán.

Los gobiernos de Rojas y Guzmán se distinguieron por haber ocurrido en ese período diferentes alzamientos de indios a quienes el mal trato y persecución de que fueron objeto obligaron a rebelarse, logrando incendiar algunos lugares, entre otros, la villa de Santa María de Puerto Príncipe. Guzmán con mano ruda sofocó estas sublevaciones, que cesaron con la persecución, captura y muerte en la hoguera del cacique Cuamá.

También se distinguieron los gobiernos de Rojas y Guzmán porque gobernando aquél fueron introducidos en Cuba los primeros esclavos africanos, en número de 300; y bajo el mando del segundo, ocurrieron los primeros ataques de piratas.

El corso y la piratería en América.—Preciso es que nos detengamos un momento en el estudio y análisis del corso y la piratería en América, no sólo por la importancia que en sí tuvieron ambas cosas, sino también porque el estudio y análisis de ellas nos harán conocer que la misma España fué la principal culpable de los inmensos daños que le causaron el corso y la piratería.

Efectuado el descubrimiento e iniciada la colonización, la nación colonizadora, impulsada por su egoísmo y apoyada por la absurda concesión de un Papa, no quiso que de los beneficios del Nuevo Mundo disfrutara ninguna otra de las naciones europeas.

Las otras naciones no podían aceptar ese irritante monopolio, y naturalmente, con igual derecho que ella, puesto que el suyo era el de la fuerza, trataron por todos los medios posibles de participar de las riquezas americanas.

De ahí se originó el corso. España, queriendo monopolizar el comercio y la explotación de los países descubiertos, dictó una serie de leyes tendientes a la prohibición para las otras naciones del arribo al Nuevo Mundo. Su egoísmo fué tanto y tan ciega estuvo, que entorpeció el comercio de las colonias entre sí, causando daño hasta a la misma Metrópoli, por reducir a un solo puerto español (el de Sevilla) la comunicación entre ella y el Nuevo Mundo. Llegó hasta el extremo de establecer un derecho especial, imponiendo contribución a toda persona que desembarcara en las colonias.

Precisamente todo eso fué hecho en una época en que las naciones europeas no practicaban más ley que la del fuerte, y España, en guerra constante con casi todas ellas, dió lugar a que sobre sus colonias cayeran sus adversarios.

La peculiaridad de esa misma época hacía que en todas las naciones europeas imperara el espíritu

aventurero, y todos los que tuvieron dendas de cualquier clase, incluso españoles mismos, pensaron que la virgen América era el mejor y más extenso campo de aventuras y codicias. De ahí se originó la piratería.

Los corsarios que vinieron a América obedecían a planes de sus gobiernos. No respondían a una autorización pública; pero estaban en contacto con los



Castillo de la Fuerza

jefes de determinadas naciones, y su fin era hacer el mayor daño posible a España.

En 1536, siendo Gobernador de Cuba don Gonzalo de Guzmán, fueron asaltadas por corsarios la Habana y Santiago. En 1537, un solo barco corsario francés penetró en el puerto de la Habana, cañoneó por espacio de cinco días a varias carabelas que se preparaban a regresar a España y al fin se retiró, después de apoderarse de tres de dichas carabelas.

El año siguiente, un navío francés apresó a un bergantín que salía del puerto de Santiago; obligó al piloto a que le sirviera de práctico en la entrada del canal; combatió dentro del puerto con otro buque es-

pañol, y por la noche se retiró después de destruir una carabela cargada de mercancías. Más tarde ese mismo corsario entró en el puerto de la Habana, saqueando e incendiando la población.

Hernando de Soto, Dávila y Antonio de Chávez.— En 1538 fué nombrado Gobernador de Cuba, en sus-



Primitivo modo de extraer el jugo
a la caña.

titución de Guzmán, el Adelantado de la Florida, Hernando de Soto. Al hacerse cargo del Gobierno, encontró a las poblaciones de la Habana y Santiago consternadas por los ataques de los corsarios. Soto escribió al Emperador Carlos V pidiéndole recursos para construir una fortaleza en la Habana, comenzando la construcción del Castillo de la Fuerza, bajo la dirección del capitán Mateo Aceituno.

Hernando de Soto quiso conquistar la Florida, y después de hacer sus preparativos, salió para esa empresa, que fué su muerte, dejando el gobierno de Santiago a su esposa, Inés de Bobadilla, asesorada del Lic. Bartolomé Ortiz, y en el de la Habana a Juan de Rojas.

Muerto Soto en la expedición a la Florida después de descubrir el Mississippi, cuyo río le sirvió de tumba, fué sustituido en 1544 por el Lic. Juanes Dávila, que terminó las obras del Castillo de la Fuerza, lo dotó de artillería y proyectó el aprovechamiento y traída a la Habana de las aguas del río Almendares.

Dávila quiso hacer cumplir las Ordenanzas de

Indias, por las que se suprimían las encomiendas. Tal supresión lesionaba los intereses de los colonos dando fin a la esclavitud de los indios, y los intereses hicieron que fuera relevado.

A Dávila sustituyó, en 1546, Antonio de Chávez, menos escrupuloso en lo de las encomiendas, que ya perduraron mientras quedó una infeliz víctima a quien



Un progreso en el primitivo modo de extraer el jugo a la caña.

esclavizar. Chávez comenzó las obras de la Zanja, creó el impuesto conocido por Arbitrio de la Sisa de la Zanja, y en su época, en el año 1547, se estableció en Cuba, en las inmediaciones de Santiago, el primer ingenio de azúcar, con cañas traídas de La Española, adonde las importó Colón en su segundo viaje.

RESUMEN DEL CAPITULO

La colonización española en América, con el enriquecimiento como fin primordial, no fué más que una serie de errores y abusos en que hasta la religión intervino con ridículos privilegios. Esa colonización comenzó por el requerimiento a los indios de que no eran dueños de su tierra; y la encomienda, que convirtiéndolos en esclavos, destruyó hasta su propia libertad.

Diezmado el indio, se recurrió a la esclavitud del negro (otra mancha colonizadora).

La falta de indios para los trabajos en Cuba dió lugar a expediciones en busca de ellos a otros lugares. Así se descubrió Yucatán, y para colonizarlo, tras varios fracasos, Velázquez comisionó a Hernán Cortés, quien llevó a cabo la conquista del Imperio Mexicano, mientras sucumbía Velázquez, al que sucedieron en el gobierno de Cuba don Manuel de Rojas y don Gonzalo de Guzmán, en cuyo tiempo fueron reprimidas con mano ruda algunas rebeliones de los indios y se introdujeron en Cuba los primeros negros esclavos.

La defectuosa colonización española tuvo como consecuencia el corso, o sea la protesta en armas, pero velada, de las naciones, frente al sistema de monopolio egoísta de España; y la piratería, que fué a su vez una secuela del corso.

Corsarios y piratas comenzaron sus ataques a las poblaciones españolas, entre otras, Habana y Santiago, y contra estos enemigos tuvieron que estar muy alerta los gobernadores coloniales durante los siglos XVI y XVII.

Esta necesidad de defensa hizo que Hernando de Soto pensara en construir el castillo de la Fuerza, obra que, muerto Soto, continuó su sucesor Dávila, empeñado también en reprimir el abuso de las encomiendas, abuso que restableció su sucesor Antonio de Chávez, bajo cuyo gobierno se fundó en Cuba el primer ingenio de azúcar.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Qué regalo hizo a España y Portugal el Papa Alejandro VI?

¿Quién fué el protector de los indios?

Cítese un ejemplo de encomendero cruel.

¿Qué cacique murió en la hoguera?

¿Dónde murió Hernando de Soto, y por qué murió allá?

¿Cómo se extraía el guarapo a la caña en el primer ingenio cubano?

CAPITULO XI

PERIODO DE COLONIZACION

Pérez de Angulo; Jacques de Sores.—Mazariegos; Gracia Osorio; Menéndez de Avilés.—Montalvo y Carreño.—Torres y Luján; Richard; Drake; el Morro y la Punta.—Tejaña y Maldonado.—Los piratas.

Pérez de Angulo; Jacques de Sores.—En 1550 sucedió a Chávez el Lic. Gonzalo Pérez de Angulo. Gobernando éste, entró en el puerto de Santiago, en 1554, al frente de dos barcos, el corsario francés Jacques de Sores. Saqueó las casas, quemó algunos edificios y secuestró algunos colonos poniéndoles en libertad y retirándose como al mes, cuando le reunieron ochenta mil pesos como rescate.

Al año siguiente, animado Sores por el éxito de su entrada en Santiago, desembarcó en la Habana por la caleta de San Lázaro, atacando al castillo de la Fuerza, que rindió a los dos días. Pérez de Angulo, que cuando desembarcó el corsario había huido, y que con su indecisión dejó pasar los dos días que Sores estuvo frente a la Fuerza, reapareció después al frente de algunas tropas y paisanos; pero con tan poca suerte y tino dirigió el combate, que destrozado y vencido, se retiró, siendo la única consecuencia de su inoportuna presentación que, enfurecido Sores, incendió la población y degolló a treinta y un prisioneros, y si se salvó Juan de Lobera, Gobernador que había sido del Castillo, lo debió a que cuando combatían Sores y Angulo, gritaba a los españoles para contenerlos.

A la incapacidad de Angulo se agregó el miedo que llegó a sentir por los corsarios y piratas, hasta tal extremo, que como a los dos meses de la retirada

de Sores, doce franceses, procedentes de tres barcos corsarios que estaban anclados en el Mariel, entraron en el puerto de la Habana a bordo de una lancha, y se apoderaron tranquilamente de una carabela cargada de cueros; y más tarde, habiéndose presentado los tres barcos frente a la Habana, Angulo, con dinero y súplicas, consiguió que se retirasen. El Ayuntamiento y los vecinos, en vista de la incapacidad del Gobernador, enviaron a España a Juan de Lobera para interesar su relevo y castigo.

Mazariegos; García Osorio; Menéndez de Avilés.—En 1556 fué sustituido Angulo por el capitán Diego de Mazariegos, quien en cumplimiento de una Real Orden, trasladó a la Habana la capital y residencia del Gobierno, por ser esta villa "el lugar de reunión de las naves de todas las Indias y llave de ellas". Ese mismo año subió al trono español, por abdicación de Carlos V, su hijo Felipe II.

El fracaso de una expedición a la Florida mandada por Tristán de Luna y Arellano hizo que los expedicionarios tuvieran que dirigirse a la Habana, donde se establecieron muchos en solares que les repartió Mazariegos.

En 1563 substituyó a Mazariegos el capitán Francisco García Osorio, cuyo mando sólo hubo de distinguirse por el auxilio que con Pedro Menéndez Márquez prestó a Mazariegos, librándolo del poder de unos piratas que lo habían apresado, cuando en compañía de sus hijos se dirigía a Tierra Firme.

En 1573 substituyó a Osorio el Adelantado de la Florida, Pedro Menéndez de Avilés, quien autorizado por el monarca para expulsar a los franceses de allí, donde, más hábiles y menos crueles que los españoles, habían logrado establecerse, confió el gobierno de Cuba al Lic. Zayas.

Montalvo y Carreño.—Llamado Menéndez a España para coadyuvar a los preparativos de la Armada Invencible, fué nombrado sucesor suyo, en 1573, el capitán Gabriel de Montalvo.

La guerra entre España e Inglaterra fué poderoso factor para el desarrollo del corso, y mayor

perjuicio de las colonias hispanoamericanas. De 1557 a 1577, las villas de Baracoa, Trinidad y Remedios tuvieron que pagar crecidos rescates para no ser destruidas, y todo el empeño de Montalvo fué poco frente al poder y atrevimiento de los corsarios. Bajo este gobierno, Hernán Manrique de Rojas fundó a Guanabacoa, siendo india la base de la población.

En 1577 sucedió a Montalvo el capitán Francisco Carreño, quien reforzó las defensas de la Habana, perfeccionó las obras de la Zanja y envió a España gran cantidad de maderas preciosas para las obras del Escorial. Gobernando Carreño, dos corsarios franceses intentaron saquear a Bayamo, siendo rechazados por treinta arcabuceros, que además echaron a pique, en el río Cauto, una de sus lanchas.

Torres y Luján; Richard; Drake; el Morro y la Punta.—Carreño fué el segundo Gobernador que murió en Cuba, y murió envenenado. Le sucedió en 1580 Gaspar de Torres, cuya administración fué de escándalo y desorden, y a éste sucedió a su vez el capitán Gabriel de Luján.

En 1536 el corsario francés Richard se apoderó, cerca del cabo San Antonio, de una fragata de un tal Hernando Casanova. Cerca de Manzanillo desembarcó Casanova para agenciarse el rescate, y de acuerdo con gente del interior preparó una emboscada en la que cayó Richard. Conducido éste a Bayamo, fué ahorcado con otros compañeros. Un hijo de Richard logró salvarse, y para vengar a su padre, cayó sobre Santiago, saqueando y quemando la población.

En 1585 el famoso corsario inglés Francisco Drake, al frente de veinte naves y dos mil trescientos hombres, llegó a las aguas americanas para hacer el mayor daño posible a las colonias españolas. Después de asaltar a Santo Domingo, por cuyo rescate obtuvo siete mil libras, se presentó frente a la Habana; pero la guarnición estaba prevenida, y como el corsario estimara bien defendida la población, desistió de atacarla, dirigiéndose a Matanzas, donde se aprovisionó de agua y leña.

Los repetidos ataques de los corsarios y piratas a la Habana y la importancia comercial y geográfica de la población hicieron que el Rey pensara seriamente en dotarla de mejores fortificaciones, y para ello, ordenó que sus dos mejores ingenieros, el Maestro de Campo Juan de Tejada y Juan Bautista Automarchi, dieran principio a la construcción de castillos y defensas.

En 1587 llegaron Tejada y Automarchi a la Habana; señalaron los emplazamientos del Morro y la



El Morro

Punta; ordenaron el acopio de materiales y dieron comienzo a las obras.

Tejada y Maldonado.—En 1589 sustituyó a Luján don Juan de Tejada, que estableció su residencia en el castillo de la Fuerza. De tal modo activó los trabajos del Morro y la Punta, que en 1592 quedaron artillados y en condiciones de defensa.

La importancia que había adquirido ya la Habana como estación de flotas y residencia de los gobernadores de Cuba hizo que en 20 de diciembre de 1592 le fuera concedido el título de ciudad "y el derecho de usar un escudo con tres castillos en la parte

superior, una llave, señal de su importancia geográfica, en la parte inferior, y todo, en campo azul”

En 1594 sustituyó a Tejada don Juan de Maldonado Barnuevo, en cuyo tiempo se hizo en Cuba la proclamación del Rey Felipe III.

Drake, el famoso corsario inglés, después de contribuir a la destrucción de la Armada Invencible, volvió a la América al frente de numerosa flota con el propósito de causar daño en los mares y colonias de España. Atacó a Puerto Rico; quemó diferentes po-



La Punta

blaciones de Tierra Firme y se dirigió a la Habana, donde Maldonado se preparó para resistir, no llegando el caso de tener que hacerlo, porque muerto de enfermedad Drake en Puerto Bello, su escuadra fué alcanzada cerca de Isla de Pinos y batida por la española al mando de Avellaneda.

Los piratas.—Hasta este momento de la historia, las posesiones españolas de América habían sufrido el ataque de los corsarios principalmente; ahora, al daño causado por éstos habría de agregarse el de los piratas, que con los nombres de bu-

caneros y filibusteros, fueron el azote de las poblaciones costeras y de las naves no muy fuertes.

Ya dijimos que los corsarios respondían a planes y mandatos más o menos secretos de diferentes naciones; en cambio, los piratas eran ladrones del mar, rebeldes contra todos, y puestos fuera de la ley, consideraban el mar su patria y enemigos suyos todos los países, especialmente las colonias españolas.

Se organizaron en extraña asociación así como hermandad, cuyos preceptos obedecían ciegamente. Los filibusteros eran los que corrían el mar. Los que en tierra estaban en relación con ellos se llamaban bucaneros. Unos y otros ejercían el comercio clandestino. Los bucaneros eran útiles para el cuidado y preparaciones de las carnes, y el oficio de espías.

Establecidos primero en la isla de San Cristóbal y más tarde en la de Tortuga, con asociados o bucaneros en todas las colonias, salían del lugar de su refugio a recorrer los mares en busca de presas, y muchas veces cayeron feroces y brutales sobre poblaciones importantes.

RESUMEN DEL CAPITULO

Bajo el gobierno de Pérez de Angulo, entró en Santiago el corsario Jacques de Sores, y animado por este éxito, desembarcó en la Habana y tomó el castillo de la Fuerza. La cobardía de Angulo en estos sucesos determinó su relevo; substituyólo Mazariegos, bajo cuyo gobierno se estableció en la Habana la capital. Substituyó a Mazariegos García Osorio, y a éste, Pedro Menéndez de Avilés, que después de haber querido reconquistar la Florida para España, fué substituido por Gabriel de Montalvo, bajo cuyo gobierno las villas de Baracoa, Trinidad y Remedios fueron atacadas por corsarios. Sucedió a éste, Carreño, que murió envenenado, y fue substituido a su vez por Torres, quien tuvo que entregar el gobierno a Luján, durante cuyo mando, el corsario Richard fué ahorcado en Bayamo, vengando luego esta muerte el hijo de Richard, con la toma y saqueo de Santiago.

El temor de que Drake, famoso corsario inglés, cayera sobre la Habana, determinó la construcción del Morro y la Punta, cuyos trabajos llevaron a cabo don Juan de Tejada y Juan Bautista Antonmarchi. La construcción de estas fortalezas resguardó a la Habana de ataques sucesivos; pero a los corsarios sucedieron los piratas, que agrupados en muy fuerte asociación, sembraron el terror en mares y costas de América.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Explíquese la diferencia entre la conducta de Pérez de Angulo y Juan de Lobera.

¿Por qué se trasladó la capital a la Habana?

¿Qué diferencia había entre un filibustero y un bucanero?

CAPITULO XII

PERIODO DE COLONIZACION

Pedro Valdés; el pirata Girón.—Ruiz de Pereda, Sancho de Alquizar y Venegas.—Loaysa y Cabrera.—Bitrián de Viamonte, Riaño, Luna y Villalba.—Xelder, Montaña y Salamanca; los ingleses en Santiago.—Flores y Dávila; los piratas Legrand, "El Olonés", Morgan, Diego Grillo y Franquesnay.—Rodríguez de Ledesma, Fernández de Córdova y Viana.—Manzaneda y Diego de Córdova.

Pedro Valdés; el pirata Girón.—En el año 1602 sustituyó a Maldonado en el gobierno de Cuba el experto marino Pedro Valdés, quien armó algunas navés para perseguir a los piratas y corsarios. A pesar de las especiales condiciones de Valdés, las depredaciones de los piratas sobre Santiago fueron tantas, que los vecinos abandonaron la ciudad y los funcionarios y el clero se trasladaron a Bayamo. En 1604, estando el Obispo Fray Juan de Altamirano realizando la visita pastoral, fué apresado en una hacienda próxima a Bayamo por el filibustero Gilberto Girón. Conducido descalzo y maniatado al puerto de Manzanillo, donde Girón tenía anclado su barco, tuvo al Obispo en su poder por espacio de ochenta días esperando el rescate. Gentes de Bayamo al mando del bayamés Gregorio Ramos cayeron sobre los piratas aprovechando lo confiados y desprevenidos que estaban, y dando muerte a Girón, rescataron al Obispo.

Por Real Cédula de 8 de octubre de 1607, fué dividida la Isla en dos gobiernos, formando dos jurisdicciones, con Habana y Santiago por capitales.

Ruiz de Pereda, Sancho de Alquizar y Venegas.—En 1608 sucedió a Valdés don Gaspar Ruiz de Pereda, quien sólo se distinguió por sus querellas con

el Obispo Armendaris. Sustituyó a Pereda Sancho de Alquízar, que dió su nombre al hato situado cerca de la Habana, donde hoy está el poblado que se llama así. Fué sustituido a su vez por el general Francisco de Venegas en 1620.

Venegas organizó una pequeña flota permanente para Cuba y Santo Domingo, flota que fué origen de la Armada de Barlovento. A pesar de ella, los corsarios pertenecientes a la compañía holandesa de las Indias Occidentales tuvieron constantemente bloqueados los puertos de Cuba.

Gobernando Venegas ocurrió en la Habana un gran incendio; un huracán destrozó la flota del marqués de Cadereita y fué proclamado en 1621 el Rey Felipe IV.

Loaysa y Cabrera.—A la muerte de Venegas sucedióle interinamente el Dr. Velázquez de Contreras; y nombrado don García Girón de Loaysa, no aceptó, siendo nombrado entonces, en 1626, don Lorenzo de Cabrera.

Era este gobernante de condiciones enérgicas, y sus primeros actos tendieron a reforzar las fortificaciones habaneras, ordenando la construcción de una enorme cadena de cobre que había de servir para ser colocada del Morro a la Punta, con el fin de cerrar el puerto.

Al mismo tiempo, y noticioso de que una escuadra holandesa fuerte de veinte galeones y a las órdenes de Pitt Hein se proponía apoderarse de los galeones y flotas que debían reunirse en la Habana para seguir viaje a España, dió aviso a diferentes lugares de Tierra Firme, aunque sin tiempo suficiente para evitar que muchas naves cayeran en poder de los holandeses. Estos y la escuadra española al mando de Juan de Benavides se encontraron el año 1628 en aguas cubanas, y la suerte fué adversa para los españoles, que derrotados, se refugiaron en la bahía de Matanzas.

Bitrián de Viamont, Riaño, Luna y Villalba.—Relevado Cabrera, fué sustituido por don Juan Bitrián de Viamonte, a quien en 1634 sustituyó a su

vez el Maestre de Campo don Francisco Riaño y Gamboa.

Gobernando Riaño, tuvo efecto en la bahía de Cabañas un reñido combate entre los galeones, cargados de riquezas procedentes del Perú, que conducía don Carlos Ibarra, y el almirante holandés Cornelio Jols, conocido por "Pie de Palo". En dicho combate, a pesar de la inferioridad de los españoles, la victoria quedó indecisa.

Sucedió a Riaño el Maestre de Campo don Alvaro de Luna y Sarmiento, cuyo gobierno pasó sin más suceso que ligeras escaramuzas entre buques españoles y holandeses de Jols.

Fué sustituido Luna por el Maestre de Campo don Diego de Villalba.

En 1652, los filibusteros de Tortuga, que habían logrado hacerse fuertes después de diferentes ataques de poca importancia a las costas cubanas, asaltaron a San Juan de los Remedios, saqueando las casas, llevándose mujeres y esclavos, y hasta la custodia y alhajas de la iglesia.

Xelder, Montaña y Salamanca; los ingleses en Santiago.—Villalba fué sustituido por don Francisco de Xelder, quien, gran protector del comercio de negros, procuró en cambio perseguir la piratería.

Muerto este gobernante en 1655, ocupó el puesto vacante el Maestre de Campo don Juan Montaña Blázquez, cuyo primer acto fué emprender la construcción de las murallas habaneras.

En 1658 sucedió a Montaña don Juan de Salamanca.

Los ingleses, que en 1655 se habían apoderado de Jamaica, prepararon una expedición fuerte de novecientos hombres para atacar a Cuba. Descendieron por Aguadores, volaron el primitivo castillo de San Pedro de la Roca (Morro de Santiago) y se apoderaron de la villa de Santiago, que había sido abandonada por sus moradores. Por espacio de un mes permanecieron dueños de la población, y al fin se retiraron acosados por el hambre, incendiando los edificios pú-

blicos y llevándose hasta los cañones del Morro y las campanas de las iglesias.

Flores y Dávila; los piratas Legrand, Olonés, Morgan, Diego Grillo y Franquesnay.—Fue sucesor de Salamanca don Rodrigo de Flores, a quien sustituyó Francisco Dávila.

Gobernando éste, en 1665, el pirata francés Pedro Legrand, al frente de trescientos filibusteros, se apoderó de Sancti-Spiritus, cuyos habitantes buyeron, y de donde él se retiró después de saquear e incendiar la población.

En 1667 se presentó en los cayos de San Juan de los Remedios el pirata Francisco Nau (*El Olonés*), al frente de dos embarcaciones. Noticiöse Dávila del suceso, envió en su persecución una galeota de diez cañones, con orden de que fueran ahorcados todos los piratas, menos *El Olonés*, a quien quería conducir a la Habana, para hacer con él un ejemplar castigo.

El pirata, más hábil que sus perseguidores, logró sorprender a la galeota, pasando a cuchillo a todos sus tripulantes.

Lo mismo hizo poco después en las costas de Puerto Príncipe con una escuadrilla que venía persiguiéndolo desde Santo Domingo, y continuó sus fechorías y audaces aventuras hasta que fué a morir a manos de los indios de Nicaragua.

En 1668, el pirata inglés Henry Morgan reunió en los cayos del S. de Cuba una flotilla, llevando a su bordo setecientos hombres, con los que pensó caer sobre la Habana, desembarcando por Batabanó; pero mejor aconsejado, se dirigió a la bahía de Santa María, cayendo sobre Puerto Príncipe. De los habitantes de la población, unos se refugiaron en los bosques con sus familias, esclavos y alhajas, y los más valerosos, a las órdenes del alcalde, esperaron al filibustero. El digno funcionario y muchos vecinos perecieron en el combate, cediendo al fin y cayendo la población en poder de Morgan. Este se retiró de Puerto Príncipe mediante un rescate de cincuenta mil pesos y quinientas reses saladas.

En 1673 se distinguió el filibustero criollo Diego Grillo, que mandando una fragata tripulada por in-

gleses y franceses, se apoderó al abordaje de un barco mercante, y alcanzado cerca de Nuevitás por un navío y dos fragatas, salió vencedor en un reñido combate que con ellos sostuvo.

En 1678, Franquesnay, al frente de ochocientos filibusteros de Haití y Tortuga, desembarcó una noche en la costa de Santiago de Cuba, con el propósito de atacar la población, que acababa de sufrir un terremoto. Divididas sus fuerzas en dos columnas de ataque, se extraviaron, combatiendo una con la otra, por lo que, fracasado el plan, determinó Franquesnay reembarcar su gente, salvándose la población de esa providencial manera.

Rodríguez de Ledesma, Fernández de Córdova y Viana.—En 1679 fué nombrado Gobernador de Cuba el Maestre de Campo don Francisco Rodríguez de Ledesma, bajo cuyo gobierno fué objeto Puerto Príncipe de otra agresión de piratas.

El francés Gramont, al frente de seiscientos filibusteros franceses, desembarcó en Guanaja, pero prevenidos los camagueyanos, atacaron al pirata y le obligaron a reembarcar con gran número de heridos y dejando en el campo setenta muertos.

En 1680 sustituyó a Ledesma el Maestre de Campo don José Fernández de Córdova Ponce de León, que hizo todo lo posible por evitar y perseguir el contrabando.

Gobernando Córdova y en el año 1683, el pirata holandés Lorenzo Graff hizo acto de presencia en las costas cubanas, siendo éste el último filibustero famoso que asoló nuestras costas.

En 1687 vino a Cuba el Obispo don Diego Evelio de Compostela, y con él llegó el nuevo gobernador don Diego de Viana, general de artillería y portador de la "Recopilación de las leyes de Indias", código en que se reunió todo lo que de bueno y malo se había hecho para el gobierno de las colonias americanas.

El gobierno de Viana fué célebre más que nada por las muchas fundaciones de templos que en esa época llevó a cabo el Obispo Compostela en diferentes poblaciones de la Isla.

Manzaneda y Diego de Córdoba.—En 1689 sucedió a Viana don Severino de Manzaneda, que ese mismo año ordenó la fundación de Villaclara, y en 1693 dispuso la construcción del castillo de San Severino de Matanzas.

En 1695 fué sustituido Manzaneda por don Diego de Córdoba y Lazo de la Vega, que terminó las mu-



Un trozo de muralla

rallas de la Habana, y en cuya época fué aniquilado el filibusterismo.

Este gran beneficio para el desarrollo de las colonias americanas pudo ser porque la colonización de Jamaica por los ingleses y de Haití por los franceses privó de apoyo e impunidad a los filibusteros, que perseguidos al fin por franceses, ingleses y españoles, desaparecieron del escenario de sus hazañas, en que fueron soberanos por todo un siglo.

El filibusterismo nació frente al monopolio español y como hijo natural del corsarismo, y desapareció como consecuencia lógica cuando, respondiendo a los fines de la civilización y a los mandatos de la libertad comercial, cesó el monopolio colonial de Es-

pañía y se establecieron relaciones políticas y comerciales entre esta nación y las otras que habían creado intereses en el Nuevo Mundo.

En sustitución de Córdova gobernaron interinamente Andrés Munibe y Manuel Murguía.

RESUMEN DEL CAPITULO

Bajo el gobierno de Pedro Valdés, el filibustero Gilberto Girón se apoderó del Obispo Fray Juan de Altamirano. Gente de Bayamo rescató al Obispo y dió muerte a Girón. Gobernando Valdés, fué dividida la Isla en dos gobiernos, con la Habana y Santiago por capitales.

De los gobernantes sucesivos hasta Venegas, éste fué el más importante, por haber formado la flota origen de la Armada de Barlovento.

Gobernando don García Girón de Loaysa, la escuadra holandesa de Pitt Hein y la española de Benavides libraron un reñido combate en aguas cubanas con la ferruta de la última. Otro combate naval ocurrió gobernando Riaño, entre la escuadra española de Ibarra y la holandesa de Jols.

En 1652 los filibusteros de Tortuga asaltaron y saquearon a San Juan de los Remedios.

En 1655, don Juan Montaña Blázquez comenzó la construcción de las murallas habaneras, y ese mismo año, corsarios ingleses atacaron a Santiago, donde permanecieron por más de un mes, llevándose hasta las campanas.

En todo este periodo menudearon los ataques de piratas y corsarios; de tal manera los primeros, que llegaron a inspirar serios temores.

En 1687 vino a Cuba el Obispo Compostela, fundador de muchas iglesias, y con él llegó como gobernador don Diego de Viana, portando la "Recopilación de las Leyes de Indias".

Al fin en 1695, y bajo el Gobierno de Córdova, se terminaron las murallas habaneras y fué aniquilado el filibusterismo, porque colonizada Jamaica por los ingleses y Haití por los franceses, la acción conjunta de éstos con los españoles hizo imposible la existencia de la piratería.

TEMAS PARA EJERCICIOS

- Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:
 Explíquese la captura del Obispo Altamirano.
 ¿Qué hazaña realizó el pirata Olonés?
 ¿Por qué se acabó el corsarismo?
 ¿Qué causas dieron fin al filibusterismo?

CAPITULO XIII

PERIODO DE COLONIZACION

Mirada atrás.—Estado de Cuba al subir al trono español Felipe de Anjou.—Benítez de Lugo, Chirino y Chacón.—Alvarez Villarin e interinatura de Chirino y Chacón.—El Marqués de Casa Torres; paz de Utrech; el tabaco y su monopolio.—Raja; estanco del tabaco y creación de la Factoría.—Gómez de Alvarez y Guazo; choque con los vegueros.—Martínez de la Vega; el Obispo Valdés.—Güemes; la Real Compañía de Comercio; Vernon en Guantánamo.—Privilegios y monopolios.—Tineo y Cajigal de la Vega.

Mirada atrás.—El año 1700, vísperas del siglo XVIII, merece y necesita un momento de atención en el orden histórico, volviendo la vista atrás para seguir, aunque no sea más que ligeramente, la marcha de la nación descubridora del Nuevo Mundo, desde que éste fué encontrado por Colón hasta el momento en que se efectuó en España el cambio de dinastía; y esa mirada retrospectiva es necesaria por la poderosa influencia que en la marcha de las colonias americanas tuvieron los sucesos que ese espacio comprende.



Días de Vera

Traje de la época de Felipe II.

La España activa y laboriosa de los Reyes Católicos, la luchadora y expansionista de Carlos I, que dictó leyes a Europa, y que llegó a ser el más poderoso imperio del mundo cristiano bajo el gobierno de Felipe II; siguiendo quizás el sendero histórico de los grandes imperios del pasado, comenzó el descenso en la escala de su apogeo bajo el

gobierno de Felipe III; continuó descendiendo gobernando el IV Felipe, y bajo el reinado de Carlos



Trajes del siglo XVI

II, al que la historia denomina *El Hechizado*, de aquella España poderosa y fuerte sólo quedaba en las postrimerias del siglo XVII una España esquilmada y pobre, sombra pálida de un ayer de esplendor.



Trajes del Siglo XVII

Dona de Vera

El descenso de la Metrópoli no podía ser sin afectar y envolver a sus colonias, ya afectadas en sí por las deficiencias y errores de los métodos coloniales. Con el monopolio por norma, la esclavitud como medio y el abuso como procedi-

miento, toda obra de gobierno es de efecto nulo, y no es posible soñar con progresos positivos; y si a to-

do eso se une en las colonias españolas las repetidas agresiones de piratas y corsarios, fácil es pensar en la desastrosa situación de ellas.

Estado de Cuba al subir al trono español Felipe de Anjou.

—En Cuba, el régimen político fué de centralización, sistema imposible en gobiernos a distancia y sin medios de comunicación. Los gobernantes,

hombres generalmente escogidos en el elemento militar, ignorantes y crueles, no fueron los que pudieran considerarse más a propósito para el gobierno de pueblos dentro de las reglas de la civilización y los mandatos del progreso. Además, muchos de esos gobernantes compraron el puesto, y no podían servirlo más que como negocio, poniendo por encima de todo sus intereses personales, en pugna siempre con los intereses de la colonia, y hasta con los de la Metrópoli.

Idéntico procedimiento fué la causa principal que dió al traste con el poder inmenso de la antigua Roma; pero para los gobernantes españoles de todos los tiempos, la Historia no fué productora de lecciones, ni la experiencia rectificadora de procedimientos.

En Cuba, en la época a que nos referimos, ya queda explicado el régimen político. En el régimen económico, basta señalar el establecimiento del monopolio para pensar en el estancamiento de la riqueza. En el régimen eclesiástico, régimen importante en pueblos donde el Estado tiene religión oficial, imperaron también el abuso y la opresión.

Por todas estas circunstancias, el desenvolvi-



Diaz de Vera.

Trajes femeniles del Siglo XVII

miento económico de Cuba tropezó con inmensas dificultades. Hay que mirar a eso que la riqueza cubana consiste en la fertilidad del suelo, y que los primeros colonizadores desdeñaban las artes agrícolas, como impropias de su condición de caballeros.

La pobreza de minerales en Cuba hizo volver los ojos a los dos únicos factores posibles, la agricultura y la ganadería, factores que, por su condición y por el poco empeño de los habitantes del país en hacerlos fructificar, no dieron ni podían dar los naturales rendimientos.

La introducción de la caña de azúcar y ganados, el cultivo del tabaco y el establecimiento de Cuba como base de operaciones, contribuyeron en algo al desarrollo de la riqueza agrícola, pero muy poco al desarrollo industrial y comercial.

Los procedimientos de gobierno y crueldad de los colonizadores extinguieron la población indígena, que tratada con humanidad, hubiera sido un poderoso factor de colonización, y sólo sirvieron para que la Historia, imparcial y serena, acuse de un gran crimen a los colonizadores.

Extinguidos los indios, se recurrió a los negros, y eso fué un nuevo borrón de que la Historia tiene que acusar a la colonización del Nuevo Mundo. Sin embargo, ese segundo crimen fué una lesión a la humanidad, pero sirvió al desarrollo de la riqueza cubana.

La falta de riqueza mineral en nuestro suelo hizo afluir la inmigración europea al continente, y sin las circunstancias especiales de la pérdida de Jamaica y Florida, la población blanca cubana se hubiera limitado a un pequeño número de pobladores. Así y todo, al finalizar el siglo XVII, esa población era inferior a 40,000 habitantes. La Habana adquirió algún desarrollo, por ser ella el punto de reunión de las flotas que hacían el comercio de Indias con España, y porque sus más sólidas fortificaciones hacían más difíciles los ataques de piratas y corsarios.

Con un régimen de colonización como el expuesto, huelga pensar en toda idea de cultura. Los primeros centros de enseñanza se debieron a la iniciativa privada y a las comunidades religiosas. De la ini-

ciativa privada, se recuerda el legado que en 1571 dejó don Francisco Parradas para unas clases de latín; la fundación del Colegio de Belén más tarde, por don Juan F. Carballo, primer centro de instrucción primaria que existió en la Habana; el Seminario que en 1607 fundó en Santiago de Cuba el Obispo Cabezas; y los colegios de San Ambrosio y San Francisco de Sales, fundados en la Habana por el Obispo Compostela.

De instrucción Pública, el Gobierno no tuvo tiempo de ocuparse.

Con el advenimiento al trono español, en 1700, de Felipe de Anjou, que se llamó Felipe V, se abrió para España y sus colonias una era de progreso. Ese suceso, que luego fué beneficioso, comenzó por un período de desastres, porque dió origen a la guerra de Sucesión entre Inglaterra, Austria y Holanda, de una parte, y de la otra, el nuevo monarca español, a quien apoyaba Francia.

No era posible que los efectos de esa guerra dejaran de llegar a las colonias españolas, y esos efectos no fueron mayores por la eficaz ayuda que a España prestaron las escuadras francesas en los mares de América.

Benítez de Lugo, Chirino y Chacón.—Nombrado Gobernador de Cuba don Pedro Benítez de Lugo, tuvo a su cargo, a más de los problemas del Gobierno, el cuidado de una agresión por parte de los ingleses.

Estos se limitaron entonces a un desembarco en el puerto de Casilda, saqueando la villa de Trinidad, lo que dió origen *al armamento de milicianos*.

Muerto Benítez de Lugo, fué sucedido interinamente por dos cubanos: don Nicolás Chirino, que se hizo cargo del gobierno político, y don Luis Chacón, que gobernó en lo militar.

Alvarez Villarín e interinatura de Chirino y Chacón.—En 1706 fué nombrado gobernador don Pedro Alvarez Villarín, quien sin suceso importante murió a los pocos meses, volviendo a gobernar Chirino y Chacón, que rechazaron enérgicamente la intimación de las escuadras inglesas de Graydon y Wal-

ker, para que se proclamara en Cuba Rey de España al archiduque Carlos.

El marqués de Casa Torres; paz de Utrech; el tabaco y su monopolio.—En 1703 sustituyó a Chirino y Chacón el brigadier Laureano Torres, marqués de Casa Torres.

La paz de Utrech puso fin a la guerra de Sucesión, lo que no fué óbice para que corsarios jamaicanos intentaran atacar a Trinidad.

El marqués de Casa Torres se dió cuenta de la importancia del tabaco cubano y puso empeño en extender su cultivo.

Esta planta, originaria de América y que fué introducida en Europa por Colón, Juan Nicot y Walter Raleigh, aumentó de día en día su consumo, importada del Brasil, de Virginia y de Cuba. Pronto se vió la superioridad del tabaco cubano, y a principios del siglo XVIII, en diferentes comarcas se cosecharon hasta 30,000 quintales.

La bondad de nuestro tabaco hizo pensar al Gobierno español en la conveniencia de comprar las cosechas y venderlas él por su cuenta, dando orden al Marqués para que comprara y enviara a España toda la producción. Provechosa ganancia obtuvo la Real Hacienda con este negocio; pero el Gobierno quiso ganar más, y ese deseo fué causa de dificultades y trastornos.

Raja; estanco del tabaco y creación de la Factoría.—En 1716 sucedió a Casa Torres el brigadier don Vicente Raja, quien trajo la desastrosa misión de establecer el estanco del tabaco comprando toda la producción para que fuera elaborada en Sevilla.

Los cultivadores e industriales protestaron; el Gobernador consultó a la Corte y ésta contestó creando en la Habana una Factoría con varias sucursales. El descontento que tal medida produjo fué mayor; la cosa acabó en una sedición, y Raja, atemorizado, salió oculto para España.

Gómez de Alvarez y Guazo; choque con los vengeros.—Sustituyó a Raja, Gómez de Alvarez, y a

éste, don Gregorio Guazo Calderón, quien estableció la Factoría. Los vegueros, disgustados, pretendieron provocar otra sedición, que no tuvo mayores consecuencias, gracias a la intervención del Obispo y del conde de Casa Bayona, que lograron conjurar el conflicto obteniendo como arreglo que cubiertos los pedidos de la Factoría, los vegueros pudieran vender el sobrante a las otras colonias y a la Metrópoli.

En 1723 corrieron noticias de un nuevo estanco del tabaco, y con ese motivo, se reunieron en el Calabazar unos mil descontentos en actitud sediciosa. Guazo, que había fomentado milicias para perseguir



Antigua Factoría

a los contrabandistas, envió doscientos hombres escogidos contra los amotinados. No entraron éstos en razones; agredieron a la tropa y ésta les cargó. El resultado fué la dispersión del paisanaje, con un muerto, varios heridos y doce prisioneros, que fueron colgados de los árboles de Jesús del Monte.

Muebo disgustó al Rey la precipitación y violencia con que Guazo aplacó a los descontentos, y dispuso el libre uso del tabaco cubano y que no fuera comprado más que por la Real Hacienda. Mejor hubiera sido evitar la severidad de Guazo no recurriendo al abuso del monopolio.

Martínez de la Vega; el Obispo Valdés.—En 1724 sucedió a Guazo don Dionisio Martínez de la

Vega, quien levantó el Arsenal y construyó tres magníficos navíos de guerra.

Inglaterra, en lucha con España, hizo aparecer en 1726, frente a la Habana, una fuerte escuadra a las órdenes de Hossier. Los preparativos de defensa hechos por Vega, eficazmente auxiliado por el Obispo Valdés, y la oportuna aparición de la escuadra española, salvaron a la Habana de un ataque.



Catedral de la Habana.

Bajo este gobierno progresaron bastante la agricultura y la fabricación de azúcar. Entonces ocurrió la muerte del Obispo don Jerónimo Valdés. Este benemérito prelado fundó en Santiago el Colegio de San Basilio, y por sus gestiones, se fundó la *Universidad de San Jerónimo de la Habana* (1728) y se comenzó la construcción de lo que en un principio fué Ermita de San Ignacio de Loyola y más tarde ha llegado a ser el Seminario de San Carlos y Catedral de la Habana. Además fundó Valdés el Hospital de San Lázaro y la Casa de Maternidad, cediendo su ilustre apellido para los desgraciados seres que nacen sin nombre.

Güemes; la Real Compañía de Comercio; Vernon en Guantánamo.—En 1734 sucedió a Vega el mariscal de campo don Juan Francisco Güemes, que a pesar de ser despótico y severo, fué un buen gobernante en lo que se refiere al orden y policía.

Güemes creó la *Real Compañía de Comercio de la Habana* y dió notable impulso a las fortificaciones y obras de defensa.

Las rivalidades entre Inglaterra y España dieron lugar a un rompimiento de hostilidades entre ambas naciones, siendo los mares de América el teatro en que principalmente tuvieron efecto los choques.

En 1741, el almirante inglés Vernon desembarcó con quinientos hombres en Guantánamo, pretendiendo fundar allí una colonia denominada Cumberland, lo que no pudo efectuar definitivamente por la hostilidad de sus contrarios, y más que nada, por los rigores del clima, que diezmaron la expedición, lo que obligó al inglés a retirarse a Jamaica.

Privilegios y monopolios.—En 1746 murió el Rey Felipe V. Durante su gobierno, Cuba adquirió gran desarrollo a pesar de los privilegios y monopolios concedidos a compañías y a particulares, privilegios y monopolios que enriquecieron a los que los alcanzaron, pues en lo que se refiere al país, sólo sirvieron de rémora a su progreso.

En primer término, para perseguir el contrabando, se dieron mayores seguridades a la Compañía Guipuzcoana, fundada en 1663 y cuyo fin era, constituida en esquadra mercante de corso, animar la transportación y facilitar el comercio. Pero tal Compañía neutralizaba el provechoso efecto de su misión con la indisciplina de sus marinos, ávidos más de riqueza propia que del general beneficio.

Otra enormidad fué el asiento celebrado de 1701 a 1712 con la Compañía Real de la Guinea Francesa; y de 1713 a 1750 con la Compañía Inglesa del Mar del Sur, para el privilegio en el tráfico infame de esclavos africanos en las colonias españolas. La compañía francesa adquirió el derecho exclusivo por espacio de once años, para introducir cuarenta y ocho mil esclavos.

Uno de los beneficios que inclinaron a Inglaterra a la celebración del tratado de Utrech fué el privilegio otorgado a la Compañía inglesa del Mar del Sur. Por ese privilegio, la Compañía introduciría en las colonias españolas ciento cuarenta y cuatro mil negros en treinta años, abonando el Rey de España treinta y tres pesos y tres cuartos por cada negro. Por cierto que la guerra con Inglaterra, de 1730 a 1747, trajo como consecuencia que el *asiento* se rompiera, pagando el Rey a la Compañía, como indemnización, cien mil libras esterlinas, cantidad superior a lo que pudo haber ganado.

También fué de pésimo resultado para el desenvolvimiento colonial de Cuba el privilegio otorgado a don Antonio Tallapiedra, comerciante de Cádiz, para el derecho exclusivo de suministrar anualmente tres millones de libras de tabaco a la fábrica de Sevilla.

El sistema colonial español, imprevisor y ciego, fué el mayor y quizás único culpable de que Cuba no prosperara tanto como por sus condiciones especiales debió hacerlo. Ese sistema fué el causante de que al paso que en Cuba adelantaban poco sus industrias agrícolas, en inferiores colonias inglesas y francesas, esas mismas industrias llegaran a portentoso florecimiento. La prueba se palpa hoy. La industria de la fabricación de azúcar se explota en diferentes países, y sin embargo, en ninguno hay igual capital invertido en esa explotación.

Las trabas al azúcar y al tabaco hicieron que gran parte de la población rural cubana se dedicara a la ganadería, y la exportación de cueros fué la consecuencia de esa labor. El cultivo del tabaco y su manufactura prosperaron poco por virtud de la restricción en su exportación, y a pesar de eso, dieron origen a la fundación de Bejucal, Santiago de las Vegas y Santa María del Rosario.

La caña y el café apenas se cultivaban en Cuba, precisamente en el momento en que Jamaica, bajo el dominio inglés, producía setecientos mil quintales de azúcar, y Haití, gobernado por los franceses, exporta-

ta anualmente veinte millones de pesos como producto de sus plantaciones de caña y café.

Pero que a pesar de todo Cuba progresaba, lo prueba su aumento de población, que a la muerte del Rey Felipe V ascendía a 150,000 habitantes.

Tineo y Cajigal de la Vega.—En 1745 sustituyó a Güemes en el gobierno el mariscal don Juan Antonio Tineo, y por muerte de éste, fué nombrado Diego Peñalver, hasta 1747, en que se hizo cargo del mando don Francisco Cajigal de la Vega, precisamente en los momentos en que subía al trono español el sexto de los Fernandos, hijo de Felipe V.

El mismo año se efectuó frente a la Habana un encarnizado combate naval entre la escuadra española mandada por Reggio y la inglesa a las órdenes de Knowles, que había intentado antes atacar a Santiago de Cuba. Seis horas duró la lucha sin resultado decisivo, y fué el último acto de la guerra entre Inglaterra y España, a que puso fin la paz de Aquisgrán.

El gobierno de Cajigal se distinguió por sus luchas con el Ayuntamiento habanero y la Compañía de Comercio, que abusaba de sus privilegios.

Cajigal dió notable impulso al Arsenal, en cuyos astilleros se construyeron los mejores navíos de la Armada española, y levantó frente al castillo de la Fuerza un pequeño monumento, para recordar el lugar en que a la sombra de una ceiba se celebró misa por primera vez en la Habana, cuando Sebastián de Ocampo descubrió el puerto de Carenas.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al alborear el año 1700 y subir al trono español Felipe de Anjou, España no era ni sombra de lo que había sido, y de su decaimiento, sufrieron también las consecuencias sus colonias. El sistema de gobierno colonial español, el desprecio de los colonos por la agricultura y el maltrato que dieron a los naturales estancaron el desenvolvimiento colonial en Cuba e hicieron muy lento el aumento de población. El progreso fué muy relativo en todos los órdenes y más en lo que a educación se refiere. Sin embargo, la subida al trono de Felipe V comenzó con guerras y desastres; pero al fin fué benéfica a Cuba. Desde ese año, hasta 1761 y a través de los diferentes gobernantes, prosperó Cuba en su agricultura, especialmente en caña y tabaco; en su ganadería y en su comercio, a pesar de los monopolios y

privilegios. También la colonia cubana sufrió las consecuencias de los trastornos españoles y se vió envuelta en las guerras en que España intervino.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Cuáles fueron las causas del decaimiento de España de 1492 a 1700?

¿Por qué progresaron al fin en Cuba la agricultura y la ganadería?

¿Por qué se reunían las flotas en la Habana?

¿Qué cosa fué la guerra de Sucesión?

¿Quiénes fueron los obispos que se interesaron más en el progreso cultural cubano?

Explíquese cómo se desarrolló la fabricación de azúcar.

Explíquese cómo se desarrolló el cultivo del tabaco.

¿Qué monumento levantó Cajigal, y para qué?

CAPITULO XIV

PERIODO DE COLONIZACION

Gobierno de Alonso y Prado Portocarrero.—El Pacto de Familia y sus consecuencias.—Inglaterra se prepara.—La escuadra inglesa en acción.—Estado de la Habana.—Comienza el ataque.—La Junta de Autoridades.—Los ingleses en la Cabaña.—Pepe Antonio.—Defensa del Morro.—La Habana capitula.

Gobierno de Alonso y Prado Portocarrero.—Promovido Cajigal al Virreinato de Nueva España, sucedióle interinamente el brigadier don Pedro Alonso, hasta que muerto el Rey Fernando VI y exaltado al trono español, en 1759, Carlos III, fué nombrado Gobernador de Cuba, en 1761, don Juan de Prado Portocarrero.

Ni buscado a propósito pudo encontrarse hombre menos capacitado para responder a las exigencias de los futuros acontecimientos y a lo que España debió esperar del Gobernador de Cuba.

El Pacto de Familia y sus consecuencias.—El Pacto de Familia suscrito entre España y Francia fué el acto de mayor ceguera política que pudo realizar nunca la primera, y el error más grande que en todo su reinado cometiera Carlos III.

En disculpa de España pudiera alegarse que la llevaron a aquel acto los grandes perjuicios que antes recibiera de Inglaterra, y creer próximo el momento de recobrar a Gibraltar, inglés desde 1704. En cuanto a Carlos III, él vió en el Pacto de Familia un medio probable de vengar en los ingleses la dolorosa humillación que éstos le impusieron en 1742, cuando era Rey de Nápoles.

De todos modos, el referido Pacto constituía una

amenaza y un peligro para Inglaterra, y esta nación habría de hacer cuanto pudiera para neutralizarlo. Todos los esfuerzos hechos por la Gran Bretaña se estrellaron ante la tenacidad del monarca español, y fué inevitable la guerra.

España, no confiando mucho en el auxilio que a sus colonias de América pudiera prestar su aliada Francia, dió secreto aviso a sus gobernadores para que con sus propios recursos se prepararan. El Gobernador de Cuba fué avisado oportunamente; pero hombre no muy valeroso, y sobre todo en extremo indolente e imprevisor, nada hizo para poner a la Habana en condiciones de defensa.

Inglaterra se prepara.—Inglaterra, que no estaba dormida y que por razones comerciales y estratégicas ambicionaba la posesión del puerto de la Habana, tan pronto se enteró del Pacto, al mismo tiempo que discutía diplomáticamente, dió principio a sus preparativos; y el objetivo principal de sus planes militares fué el ataque a la Habana, objetivo que ya habían intentado sus almirantes Drake, Hossier, Vernon y Knowles.

La escuadra inglesa en acción.—Tan pronto la declaración de guerra fué hecha, el 18 de enero de 1762, el Gobierno inglés dispuso que una escuadra fuerte de sesenta y dos buques y mandada por Sir George Pocock, zarpase de Spithead y marchara a Jamaica, desde donde, unida a la escuadra de esta isla y llevando a bordo catorce mil hombres a las órdenes del conde de Albemarle, cayera sobre la Habana.

La orden fué admirablemente cumplida. El 5 de marzo salió la escuadra de Inglaterra, llevando a bordo cuatro mil soldados. En la Martinica se reunió Albemarle con las tropas de las Antillas, el 26 de abril, y reforzada la flota en el Paso de la Mona y cabo de San Nicolás con el contingente de Norte América y Jamaica, alcanzó un efectivo de doscientos buques, de los cuales cincuenta y tres eran navíos, fragatas y bombardas.

Navegando por la costa N, atravesaron los ingleses el Canal Viejo de Bahamas, apresaron frente

■ Sagua, y después de reñido y desigual combate, cuatro naves españolas, entre ellas la fragata *Tetis* y la urca *Fénix*, y en la mañana del 6 de junio de 1762 despertó la Habana sorprendida, viendo en su litoral la formidable expedición británica.

Estado de la Habana.—Al secreto de los preparativos y marcha de los ingleses contribuyó la circunstancia de haber recibido el Gobernador de



Castillo de la Chorrera

Jamaica, Sir James Douglas, una carta en que se le incluía el manifiesto de Carlos III, por cuyo motivo armó en corso el buque *Dublin*, quien tuvo la suerte de capturar al paquete que llevaba al Gobernador de Cuba la noticia de la declaración de guerra y se daban las órdenes e instrucciones. Pero esa circunstancia pudo valer poco para otro que no fuera Prado. Por diferentes conductos, y especialmente por el contrabandista Martín Arana, supo oportunamente de los aprestos que se hacían en Jamaica. El conocía la tirantez de relaciones entre su Gobierno y el inglés, pero su negligencia superó a todo, y cuan-

do la escuadra inglesa se presentó frente a la Habana, fué el Gobernador el más asombrado.

El pueblo pedía armas, y en el Morro no había un cañón montado, ni pólvora siquiera con que cargarlo.

En tal conflicto, sólo supo Prado convocar a Junta de Autoridades para resolver lo que había de hacerse, y que las campanas tocaran a rebato.

Al fin se dispuso que el coronel Carlos Caro, con su regimiento de dragones de Edimburgo, algunos caballos más y varias compañías de tropas y milicianos, haciendo un total de tres mil hombres, se situara en las playas de Cojímar y Bacuranao, defendiendo las alturas de la Cabaña. Que el coronel Alejandro Arroyo, al frente de los granaderos del regimiento fijo, dos batallones de infantería y dos compañías de marina, defendiera el litoral de San Lázaro, y que el resto de las fuerzas, a las órdenes del coronel Castejón, quedara a disposición del Gobernador.

La guarnición de la Habana, incluyendo tropas y milicias, se componía de veintisiete mil hombres. Había en el puerto trece navíos de guerra, y además de las murallas, la ciudad estaba defendida por el Morro, la Punta y la Fuerza, y los fuertes de Cojímar y la Chorrera. Unase a esto la firme adhesión de los habaneros a la causa de España y se comprenderá que a pesar de la sorpresa de Prado, no hubiera sido ninguna demostración de heroísmo prodigioso defenderse con éxito y evitar lo que después resultó.

Comienza el ataque.—En la mañana del día 7 comenzó el desembarco de los agresores por la playa de Bacuranao, protegidos por el fuego de dos fragatas que ahuyentaron las fuerzas de Caro, y apoyados también por el navío *Dragón*, que calló los fuegos del torreón de Cojímar.

Mientras desembarcaban ocho mil ingleses por Bacuranao, el almirante Pocock amenazaba a la población con los cañones de su escuadra. Las tropas inglesas avanzaron hasta Cojímar, donde acamparon esa noche.

Los españoles comprendieron, aunque tarde, la importancia de la defensa de las fortalezas, y refor-

zaron la artillería del Morro y la Punta, confiando el mando en ellas a don Luis de Velasco y a don Manuel Briceño.

El día 8 por la mañana avanzaron los ingleses de Cojímar sobre Guanabacoa, de donde se retiró Caro sin oponer resistencia, retrocediendo hasta Jesús del Monte.

La Junta de Autoridades.—La Junta de Autoridades, a pesar de estar toda ella compuesta de ge-



Torreón de Cojímar

nerales, no pensaba nada de provecho. Sin darse cuenta de la importancia de las alturas de la Cabaña, confiaron su defensa a un puñado de milicianos, casi todos estudiantes, y con orden de retirarse al Morro si eran atacados. No continuaron las obras de defensa de la Cabaña por considerarlas inútiles. De los trece navíos que había en el puerto, colocaron tres, *Neptuno*, *Europa* y *Asia*, entre el Morro y la Punta, a guisa de fortalezas flotantes, y más tarde, ordenaron echarlos a pique, con la necia intención de cerrar el puerto. Los otros diez navíos los desarbola-

ron inutilizándolos, cuando de mucho podían haber servido.

Los ingleses en la Cabaña.—Comprendiendo Albenarle la necesidad de facilitar las operaciones sobre la Cabaña, dispuso el desembarco de tropas sobre la Chorrera, y para ello ordenó que el navío *Belleisle* batiera al torreón. Allí estaba el coronel de milicias don Luis de Aguiar, habanero que sostuvo valientemente aquella posición, hasta que agotadas las municiones se vió obligado a retirarse. Retirado Aguiar, desembarcaron los ingleses, y dejando un fuerte destacamento a las órdenes del coronel Howe, avanzaron tres mil hombres por las alturas de San Lázaro.

La loma de la Cabaña, cuya positiva importancia había significado el ingeniero Antomarchi al construir el Morro, cuando dijo que "sería dueño de la Habana el que ocupara aquella altura," fué defendida, como dijimos antes, por un puñado de muchachos, que el día 11 se refugiaron en el Morro abandonando esa posición, ocupada en seguida por los ingleses.

El mayor daño que sufrían éstos se los causaba el paisanaje diseminado por las afueras y que constantemente los atacaba. Las tropas de línea nada hacían esperando órdenes de unos jefes que no sabían ordenar nada.

Los ingleses extendieron sus líneas de ataque, estrechando el sitio y llegando hasta Santa María del Rosario, San Antonio y las Puentes, donde sostuvieron rudos encuentros con partidas de paisanos compuestas principalmente de *cubanos*.

Posesionados los ingleses de las alturas de la Cabaña, establecieron allí formidables baterías que dominaban el Morro, la ciudad y el puerto. Mientras eso sucedía, las tropas de Howe, desde la Chorrera, y de Elliot desde Guanabacoa, procuraban acercarse circunvalando la ciudad.

El día 14 de junio estuvieron listas las baterías de la Cabaña para comenzar sus fuegos sobre la ciudad, el Morro y la Punta, lo que hicieron, empezando el bombardeo, que continuó los días 24, 26 y 27.

Pepe Antonio.—Las partidas de paisanos continuaban hostilizando a los ingleses, distinguiéndose sobre todos el cubano José Antonio Gómez (Pepe Antonio), que al frente de 300 guajiros organizados por él causó a los enemigos más de un descalabro. Un inmerecido ultraje de que lo hizo víctima el coronel Caro, que únicamente se había distinguido por sus retiradas, causó tal efecto en el criollo, que atacado

de una apoplejía murió el 26 de julio.



Don Luis de Velasco

Defensa del Morro.—El 1º de julio, las baterías de la Cabaña, apoyadas por tres navíos, rompieron fuego sobre el Morro, donde Velasco demostró que era un adversario formidable. Por espacio de quince días continuaron los ataques al Morro, siendo siempre vigorosamente contestados.

El conde de Albemarle noblemente notificó a Velasco que habiendo hecho minar un bastión, le proponía una capitulación honrosa. Este contestó que estaba dispuesto a sucumbir combatiendo, y a las dos de la tarde del día 30 de julio, la explosión de dos minas subterráneas anunció a los ejércitos ingleses que era llegada la hora del asalto. Las columnas avanzaron. Los defensores del castillo, acobardados, no obedecían las órdenes de los jefes. En vano fué que Velasco se lanzara a la brecha y recibiera herida mortal en el pecho; en vano que el

marqués González sucumbiera heroicamente, y con él don Fernando de Párraga. Penetraron los asaltantes en el castillo, y cuando el segundo jefe, Montes, ordenó que se izara bandera blanca, ya ondeaba en la fortaleza el pabellón de Inglaterra.

Noble y digno fué el proceder de los ingleses con el desgraciado y heroico defensor del Morro. El mariscal Keppel, jefe de las fuerzas asaltantes, tuvo para él los mayores respetos haciendo que, según sus deseos, se le trasladara a la ciudad, y cuando murió al día siguiente, el conde de Albemarle suspendió las hostilidades, y en un arranque magnánimo de nobleza y respeto al heroísmo caído, cuando la artillería española hizo las salvas de honor, los cañones de Inglaterra hicieron honor también al valeroso adversario.

La Habana capitula.—Tomado el Morro después de cuarenta y cuatro días de asedio, Albemarle propuso la capitulación a la ciudad el día 10 de agosto, y aunque aún, si hubieran querido asistir, recursos tenían para hacerlo, la Junta de Defensa creyó oportuno rendirse, y el día 13 de agosto de 1762, a los sesenta y ocho días de sitio, cayó la Habana en poder de los ingleses.

Terminada la capitulación, el día 14 tomó posesión el conde de Albemarle, y la dominación inglesa se extendió de Mariel a Matanzas, siendo proclamado Albemarle Gobernador Capitán General.

En enero del año siguiente quedó hecho cargo del gobierno Guillermo Keppel, hermano del Conde. En la parte española continuó ejerciendo el cargo don Lorenzo Madariaga, Gobernador de Santiago de Cuba.

RESUMEN DEL CAPITULO

Siendo Gobernador de Cuba don Juan de Prado Portocarrero, España firmó con Francia el Pacto de Familia, con perjuicio de Inglaterra, que, no conforme, fué a la guerra. Inglaterra tuvo como principal objetivo en esta guerra la toma de la Habana, y para conseguirlo organizó una fuerte escuadra, llevando a bordo numeroso ejército de desembarco, cuya escuadra se presentó frente a la Habana el 6 de junio de 1762.

Tras un sitio de sesenta y ocho días capituló la población, a pesar de la heroica defensa que del Morro hizo don Luis de Velasco, y del valor y fidelidad con que defendían los cubanos a España.

El sitio terminó el 13 de agosto, tomando posesión Albemarle de la ciudad y extendiéndose la dominación inglesa hasta Mariel. En la parte española y con residencia en Santiago, continuó gobernando don Lorenzo Madriaga.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

- ¿Qué fué el Pacto de Familia?
- ¿Dónde se reforzó la escuadra inglesa?
- ¿Cuál fué la profecía de Antonarchi?
- ¿Cómo se portaron los cubanos en el sitio de la Habana?
- ¿Qué hizo el mariscal Keppel en honor de Velasco?

CAPITULO XV

PERIODO DE COLONIZACION

Dominación inglesa; sus efectos.—Restauración española; gobierno de Riehl.—Manrique y Bucarely.—Incorporación de la Louisiana a España.—El marqués de la Torre.—Primer censo de población.—Poblaciones existentes en Cuba el año MDCLXXIV.

Dominación inglesa; sus efectos.—Era creencia general que la dominación inglesa habría de pesar sobre la Habana como un yugo cruel, y fué grande el asombro de los habitantes del país al contemplar la conducta del gobierno vencedor.

Este empezó por cumplir rigurosamente las estipulaciones. Después de repartido el botín, que ascendió a más de diez millones de pesos, se retiró Pocock con parte de la escuadra, quedando en la Habana 5,000 hombres.

Fué nombrado gobernador de la ciudad don Sebastián Peñalver; juez civil, don Pedro Calvo de la Puerta, y la administración municipal continuó siendo la misma. Para nadie hubo vejación ni violencia. Con gran habilidad política procuraron los ingleses atraerse las simpatías de los habaneros, dando hasta bailes y fiestas en las residencias oficiales, y digno es de notarse que, a pesar de sus esfuerzos, no pudieron lograr que los agasajados, fieles a España, dejaran de ver en sus nuevos gobernantes un adversario vencedor.

Pero donde más efecto hizo la dominación inglesa, a pesar del corto tiempo que duró, fué en el progreso económico del país. En ese sentido, su primer paso fué la libertad del comercio, medida de tan brillante resultado, que en el espacio de un año anclaron en el puerto habanero 900 buques mercantes, sorpren-

diendo al mundo con el secreto de la enorme riqueza cubana.

La toma de la Habana por los ingleses sirvió cuando menos para que se conociera la importancia comercial de su puerto; para que pudiera apreciarse el veneno de riquezas que era Cuba; para que comparando el desastroso sistema colonial español con el gobierno inglés, se viera lo que representa en la prosperidad y riqueza de un pueblo un sabio método de gobierno y liberal espíritu de protección.

Para cualquier gobierno la lección hubiera sido provechosa; para el de España no lo fué.



Entrada de la Habana antigua a mediados del siglo XVIII

Restauración española; gobierno de Riela.—El Tratado de París, firmado el 10 de febrero de 1763, devolvió a España la plaza de la Habana y todo lo conquistado por los ingleses en Cuba, a cambio de la Florida, que pasó a ser inglesa.

El día 6 de julio de 1763 volvió Cuba a poder de España, recibiendo el gobierno don Ambrosio Funes de Villalpando, conde de Riela, asesorado por el general don Alejandro O'Reilly.

Día de inmenso júbilo fué para los habaneros aquel en que se efectuó la restauración española en Cuba. Entonces no había cubanos ni españoles. Las

divisiones no habían surgido, y no fueron los españoles los que vieron con más gozo ondear de nuevo en el Palacio de Gobierno de Cuba la bandera de España.

Tan pronto Riela se hizo cargo del mando, comenzó la reparación del Morro y la construcción de la Cabaña bajo la dirección de los ingenieros Abarea y Crame. También ordenó al Intendente de Marina, don Lorenzo Montalvo, la reconstrucción del Arsenal, que los ingleses habían destruído antes de abandonar la plaza.

Riela dió comienzo a importantes reformas. Restableció el estanco del tabaco, que había interrumpido la dominación inglesa, y como resultara pequeño el edificio, hizo construir otro mayor. Reorganizó la administración, creando la Intervención de Hacienda con sucursales en toda la Isla; reformó el servicio de correos, y en su época se regularizó el envío de un paquete mensual a la Coruña.

Ya la imprenta había sido introducida en Cuba, y en 1764 se publicó el primer periódico (semanario), que se denominaba "La Gaceta". Más tarde surgió otro, titulado "El Pensador".

El monopolio, esa rémora que por espacio de dos siglos estancó la riqueza cubana, fué abolido parcialmente, pues aunque no se llegó a la libertad de comercio, al menos quedaron habilitados los principales puertos de la Península para comerciar con Cuba, y se toleró la importación de mercancías extranjeras en barcos nacionales.

Manrique y Bucarely.—Sucedió a Riela, en 1765, don Diego Manrique, quien murió al poco tiempo, sucediéndole interinamente don Pascual Jiménez de Cisneros, a quien relevó en 1766 don Antonio María Bucarely, que reconstruyó el Morro, edificó el castillo de Atarés y dió principio al del Príncipe.

En 1766 ocurrieron violentos terremotos en Santiago y Bayamo, causando la convulsión gran número de muertos y heridos, entre éstos, el Gobernador de Santiago, marqués de Casa Cajigal.

En 1767 fué expulsada la Compañía de Jesús de los dominios españoles. Esa medida, desde el punto

de vista intelectual, hizo daño a España, porque le restó el concurso de elementos dedicados a la enseñanza; pero en cambio, la libró de factores que, haciendo mal uso del sentimiento religioso del pueblo español, eran una rémora constante y un gran peligro para las tendencias liberales del gobierno de Carlos III.

Incorporación de la Louisiana a España.—Por el Tratado de París y como indemnización, Francia



Palacio de la Plaza de Armas

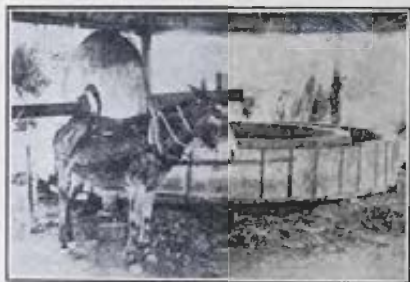
cedió a España la Louisiana, pero los colonos *luisianeses* no se conformaron y así lo expusieron al monarca francés. Al presentarse allí el brigadier Olloa para tomar posesión en nombre de España, fué mal recibido y hasta expulsado del territorio. En vista de tal resistencia, el Gobierno dispuso que al mando del conde de O'Reilly se preparara en la Habana una expedición de 2,500 hombres con el fin de someterlos.

La expedición salió en 1769, y aunque los colonos franceses no opusieron resistencia, O'Reilly ahorcó a algunos de los principales personajes y encerró a otros en prisiones de la Habana, lo que produjo una gran emigración, quedando convertido aquel país en un desolado desierto que fué incorporado a la Capitanía General de Cuba.

El marqués de la Torre.—A Bucarely sucedió en el mando don Felipe Fonsdeviela, marqués de la Torre.

Este fué el primer gobernante que se tomó empeño por el engrandecimiento de la Habana y de otras poblaciones, así como por la mejora de la policía y del régimen municipal. Puede decirse que con él comenzó la prosperidad material de Cuba.

La Habana era entonces una población de miserable aspecto. El marqués de la Torre la dotó de la Alameda de Paula; de la Alameda exterior (Paseo de Martí); construyó la Casa de Gobierno, en la que se estableció además el Ayuntamiento y la Cárcel; hizo



Ingenio.—Un trapique movido por fuerza animal

varios muelles y pavimentó algunas calles; fabricó en Matanzas el primer puente que tuvo esa población, e hizo pascos. En Trinidad, Sancti-Spíritus, Villaclara, Remedios, Puerto Príncipe y Santiago, construyó ayuntamientos, cárceles y cuarteles.

En 1772 fundó a Pinar del Río; en 1773, a Jaruco; en 1775, a San Julián de Güines.

Primer censo de población.—Tuvo el marqués de la Torre el honor de haber dispuesto el primer censo de población en Cuba, en 1774. Por dicho censo, la población general resultó ascender a 112,620 habitantes, de los cuales, 36,440 eran blancos; 31,847 libres de color y 44,333 negros esclavos.

Poblaciones existentes en Cuba el año 1774.—

Uno de los resultados del censo de población fué la enumeración de las poblaciones existentes en Cuba, con expresión de los habitantes de cada una de ellas. Dichas poblaciones fueron:

Habana.	75,618	Sancti Spiritus.	8,265
Santa María del Rosario.	2,898	Pinar del Río.	2,617
San Felipe.	2,132	Puerto Príncipe.	14,332
Villaclara.	8,103	Holguín.	2,440
Matanzas.	3,249	Jaruco.	536
Bayamo.	12,250	Trinidad.	5,014
Santiago de Cuba.	13,374	Remedios.	3,085
Guanabacoa.	7,998	Baracoa.	2,222
Santiago de las Vegas.	1,809	Isla de Pinos.	78

Por el mismo censo se vió que las principales haciendas de crianza ascendían a 339; y los ingenios, a



Ingenio.—Un trapiche movido por fuerza animal

478. Estos, todavía con trapiches de madera y movidos a mano o por bueyes.

Y como si todo lo reseñado fuera poco, el marqués de la Torre estableció el Seminario de San Carlos y disminuyó los derechos de exportación sobre azúcares, miel, cera, aguardiente y corambre. Su protección a la industria de la cera fué tan eficaz, que introducidas las primeras abejas en 1763, ya en 1776 se cosechó la cera suficiente para el consumo y se exportaron 20,000 arrobas.

Lo reseñado prueba todo lo que puede hacer un gobernante en beneficio de un país, si para ello tiene voluntad. El marqués de la Torre luchó cuando me-

nos con tantos inconvenientes como otros, y sin embargo, él hizo más en beneficio de Cuba que todos sus antecesores juntos.

RESUMEN DEL CAPITULO

La dominación inglesa duró un año, y en ese tiempo se pudo comparar ventajosamente el sistema de gobierno inglés con el español. Cuba progresó rápidamente y la Habana fué uno de los puertos más frecuentados del mundo.

En 1763 volvió Cuba a poder de España, y tan pronto tomó posesión el conde de Riela, reconstruyó las defensas habaneras y el Arsenal, restableció el estanco del tabaco e introdujo algunas reformas.

En los diferentes gobiernos, a contar de éste, se publicaron los semanarios "La Gaceta" y "El Pensador"; fué expulsada de los dominios españoles la Compañía de Jesús y se incorporó la Louisiana a España.

El marqués de la Torre embelleció a la Habana e hizo varias obras en el interior, llevando a cabo el primer censo de población, por el que se comprobó que había en Cuba 112,620 habitantes.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Cómo aceptaron los habaneros la dominación inglesa?

¿Qué beneficios produjo a Cuba la dominación inglesa?

¿Por qué fueron expulsados los jesuitas de los dominios españoles?

¿Por qué el marqués de la Torre resultó el mejor gobernante español hasta su época?

Explíquese cómo eran los ingenios entonces.

CAPITULO XVI

PERIODO DE COLONIZACION

Guerra de independencia de los Estados Unidos.—Causas y consecuencias.—Influencia en las colonias españolas.—Aranda y Florida-blanca.—Conquista de la Florida.—Otros gobernantes.

Guerra de independencia de los Estados Unidos.—Al iniciarse la colonización europea en América, los ingleses, por razón de distancia y oportunidad, se dirigieron especialmente al Norte y fundaron varias colonias, que a la mitad del siglo XVIII ascendían al número de trece y se encontraban en notable florecimiento.

Estas colonias se gobernaban independientemente unas de otras, aunque todas enlazadas con la Metrópoli, y se regían por un gobernador metropolitano y un consejo legislativo. Este sistema de gobierno colonial inglés, afirmando la personalidad del colono en sus propias decisiones, preparó a ese colono para su propio gobierno.

Causas y consecuencias.—Como resultado de la guerra de los Siete Años, el Canadá y parte del valle que riega el Mississippi pasaron del poder francés al inglés, y temerosa Inglaterra de que Francia intentara recuperar lo perdido, consideró necesario crear y mantener en el nuevo dominio un ejército permanente de 10,000 hombres que defendiera su posesión. El Gobierno inglés dispuso que ese ejército fuera mantenido por sus colonias americanas, y creó al efecto una contribución que se denominó del Timbre.

Los colonos gozaban de iguales derechos que los otros ingleses, y protestaron de dicha contribución. El Consejo virginiense se opuso a su aceptación, y las

otras colonias secundaron con tal brío el acuerdo de Virginia, que en marzo de 1766 el Gobierno inglés derogó el impuesto. Pero no queriendo este Gobierno aparecer derrotado por los colonos, al hacer la derogación aplicó en cambio leyes restrictivas de navegación, que si no producían ni con mucho lo necesario para los fines anteriores, por lo menos mantenían el principio soberano. Así fueron gravados diferentes productos de importación al entrar por puertos americanos. El te fué el más gravado de esos productos.

Las colonias, que no defendían la mayor o menor cantidad de dinero que pudieran pagar, sino la existencia de un derecho hasta entonces no disputado, mantuvieron su protesta, y lo hicieron con tal firmeza, que rebeldía de una parte y exigencia de la otra, crearon un estado de violencia entre las colonias y el Gobierno.

En 1774 reunido el Congreso de Filadelfia, hizo solemne declaración y mantenimiento de los derechos coloniales. Alarmado por su parte el general Gages, Gobernador de Massachusetts, con la actitud del pueblo, a cada momento más violenta, determinó fortificar a Boston. A tal reto respondió el pueblo buscando armas y recursos para mantener sus fueros.

Dado el estado de los ánimos, cualquier chispazo había de producir el incendio, y al fin, en Concord y Lexington, el 19 de abril de 1775, vinieron los primeros choques derramándose sangre.

Las colonias vibraron al sonar los primeros tiros. El segundo Congreso de Filadelfia declaró iniciada la guerra entre las colonias e Inglaterra, y nombró General en Jefe del ejército patriota a Jorge Washington.

Ya rotas las hostilidades, el Congreso filadelfiano asumió la dirección y responsabilidad de los sucesos, lanzó a la faz del mundo el acta memorable de declaración de independencia y rompió abiertamente con Inglaterra.

Tras recios choques y luchando por espacio de seis años, con la rendición de Lord Cornwallis en Yorktown vencieron los patriotas, y la independencia americana fué, con el valioso concurso de la

Francia, personificada primero en romántica aventura dirigida por el marqués de Lafayette, y más tarde, en apoyo oficial mantenido por las flotas francesas y soldados a las órdenes del conde de Rochambeau.

Influencia en las colonias españolas.—En todo el orbe causó enorme sorpresa el triunfo de las colonias sobre su metrópoli británica. Ese triunfo significaba la creación de un derecho: el de que los colonos pueden emanciparse. Este hecho había de tener fuerte resonancia en las colonias hispanoamericanas, y aunque el Gobierno español cerraba acceso a libros y periódicos, no podía evitar que elementos de cierta elevación supieran de los sucesos, y que poco a poco llegaran éstos a oídos del pueblo, enterándose a sí de que había esclavos que se hacían hombres por la senda del sacrificio.



Jorge Washington

En Cuba, por su proximidad al escenario de los sucesos, se siguió mejor que en las otras colonias el proceso de esta lucha; pero entonces el sentimiento cubano no tenía agravio de España, ni conocía de progresos civilizadores que afirman derechos y facilitan bienestar. No estaba lejano el día en que surgieran los agravios y vinieran las comparaciones.

Aranda y Floridablanca.—Previendo las consecuencias que para las colonias de España pudiera

traer el nacimiento de la personalidad yanqui, el conde de Aranda, ministro que fué de Carlos III, aconsejó al Rey que, adelantándose al mañana, creara en la América continental tres reinos cuyos tronos ocuparan infantes españoles, ascendiendo España a la categoría de imperio. En el consejo de Aranda, Cuba y Puerto Rico debían seguir siendo colonias.

Fundaba el Conde su consejo en las dificultades que veía para el gobierno a distancia de tan enormes posesiones y en el peligro que para el futuro presentaba si, como él proféticamente dijo, los Estados Unidos desarrollaban su naciente personalidad.

Las ideas de Aranda fueron combatidas por Floridablanca, ministro a la sazón. Este comprendió y admiró la importancia de la medida; pero le pareció de muy difícil realización. La colonización española continuó como estaba, y a ello debe España la pérdida de su imperio colonial.

Floridablanca hizo, sin embargo, un gran beneficio a Cuba, abriendo el tráfico de América a los buques que llevasen bandera española y autorizando la entrada en los puertos cubanos a los neutrales que importaran provisiones de boca.

Conquista de la Florida.—En 1777 sucedió al marqués de la Torre don Diego José Navarro, quien puso en vigor las Ordenanzas para el libre comercio con las colonias.

Gobernando Navarro, el coronel Gálvez, que a sus órdenes gobernaba en Louisiana, aprovechando que Inglaterra estaba muy ocupada en la guerra con sus colonias rebeldes, preparó sigilosamente una expedición y se apoderó de Mobile y Pensacola, con lo que España recuperó la Florida, que había perdido en 1763 cuando tuvo que cederla a Inglaterra en cambio de la Habana.

Otros gobernantes.—A Navarro sucedió el cubano don Juan Manuel Cajigal, cuyo gobierno fué de poco interés, y a éste, en el periodo comprendido desde 1783 a 1790, don Luis de Urizaga, el conde de Gálvez, don Bernardo Troncoso, don José Ezpeleta y don Domingo Cabello.

En 1788, por muerte del Rey Carlos III, uno de los mejores monarcas que ha tenido España, ascendió al trono su hijo Carlos IV.

RESUMEN DEL CAPITULO

Los ingleses dirigieron sus miras colonizadoras al Norte de la América, y fundaron trece colonias que al mediar el siglo XVIII estaban muy florecientes. Por razones de sistema y distancia se regían con cierta independencia, y al establecer el Gobierno inglés determinados impuestos que mermaban sus derechos, protestaron primero, y luego sostuvieron esos derechos con las armas. La lucha fué al cabo por la independencia, y tras seis años de guerra, se vieron libres para llamarse Estados Unidos de América.

Estos sucesos resonaron en la América española y especialmente en Cuba, donde no produjeron inmediato resultado porque aún los cubanos se sentían españoles.

El conde de Aranda, viendo el porvenir, aconsejó al Rey Carlos III la creación de reinos americanos con príncipes españoles, para evitar gobiernos parecidos al de los Estados Unidos. España no hizo caso de las advertencias de Aranda y se conformó con dar a Cuba ciertos beneficios. Esta misma España, aprovechando la lucha de Inglaterra con sus colonias, reconquistó la Florida, que había perdido en 1763.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Explíquese la diferencia entre el sistema de gobierno colonial inglés y el español.

¿Quién fué Jorge Washington?

Opíñese acerca del consejo de Aranda a Carlos III.

CAPITULO XVII

PERIODO DE COLONIZACION

Gobierno de don Luis de las Casas.—La Casa de Beneficencia.—La Sociedad Económica de Amigos del País.—“El Papel Periódico” y la Biblioteca.—Valiente y Arango y Parreño.—La Junta de Fomento.—Revolución francesa de 1789 y revolución de Haití.—Traslación de los restos de Colón.—Fin del gobierno de las Casas.

Gobierno de don Luis de las Casas.—El 8 de julio de 1790 llegó a la Habana con el cargo supremo el general don Luis de las Casas, y ese día debe ser recordado perdurablemente en Cuba, porque en él se abrió una era de progreso y beneficio bajo la dirección de este gobernante, que ha sido el mejor de la época colonial.



General don Luis de las Casas

El 8 de julio de 1790 llegó a la Habana con el cargo supremo el general don Luis de las Casas, y ese día debe ser recordado perdurablemente en Cuba, porque en él se abrió una era de progreso y beneficio bajo la dirección de este gobernante, que ha sido el mejor de la época colonial.

Tan pronto las Casas se hizo cargo del mando, con perfecto dominio y clarividencia se dió cuenta de la situación y necesidades del país, y abordó las soluciones. Encontró los ánimos predisuestos a progreso y reformas, aleccionados por los recuerdos de la administración inglesa, aunque entonces más que nunca adicto el elemento cubano al nacionalismo hispano.

Comenzó por perseguir la vagancia y reformar la administración de justicia, haciéndola más rápida, honrada y eficaz. Hizo un censo de población, com-

probando la existencia en Cuba de 272,318 habitantes. Abrió el camino de Güines y la calzada del Monte. Construyó puentes; empedró calles; proyectó escuelas gratuitas de primeras letras, física, química, matemáticas y botánica, y abrió al comercio con España los puertos de Matanzas y Remedios (Caibarién).

— *La Casa de Beneficencia.*—En 1794 inauguró la Casa de Beneficencia, haciéndole donación de la cantidad de carne que sus antecesores percibían. Pa-

Modas del pasado



1830 1828 1821 1815 1811 1802 1798 1793

ra mantener floreciente esta noble institución, creó diferentes arbitrios que fueron muy bien acogidos por la opinión pública.

— *La Sociedad Económica de Amigos del País.*—La instrucción pública había sido constante despreocupación de casi todos los gobernantes anteriores, y encontró en las Casas un entusiasta mantenedor. Al buen deseo del gobernante se unió la iniciativa de cubanos amantes del progreso patrio, y de la buena intención de todos surgió la Real Sociedad Económica de Amigos del País, institución que acometió importantes mejoras y especialmente se preocupó de la creación de escuelas para niños pobres.

— *“El Papel Periódico” y la Biblioteca.*—No podía faltar entre las iniciativas y empeños de un hombre como las Casas la protección a la prensa, y como na-

tural consecuencia de progreso, surgió "El Papel Periódico", primera publicación diaria que existió en Cuba y que redactaron José Agustín Caballero, Antonio Robreño, Nicolás Calvo, el Dr. Romay y el poeta Zequeira. Las utilidades del periódico se dedicaron a la fundación de una Biblioteca que al año de fundada tenía 1.500 volúmenes, la mayor parte de ellos regalados por las Casas.

Valiente y Arango y Parreño.—No hubiera podido el ilustre gobernante realizar muchos de sus buenos deseos si no hubiera contado en el ramo de Hacienda con la colaboración de José Pablo Valiente, cuyo hábil manejo hizo aumentar las rentas públicas sin recargar los tributos.



José Pablo Valiente

Otro insigne colaborador de las Casas fué Francisco de Arango y Parreño, habanero, que dedicó su vida al progreso de Cuba, ya como abogado del Ayuntamiento de la Habana, combatiendo en la Corte el sistema colonial y defendiendo la libertad de comercio; ya como Consejero de Indias; o laborando en la Sociedad Económica; o en la Intendencia de Hacienda o en la Junta de Fomento.

Por iniciativa de Arango fué autorizada la libre entrada en Cuba de maquinaria, útiles de agricultura y aparatos extranjeros para la fabricación de azúcar. También, por su gestión, fueron eximidos por diez años de todo pago de derechos el café, añil y algodón producidos en el país.

La Junta de Fomento.—La obra más importante de Arango, y a la que contribuyó poderosamente las

Casas, fué la creación del Consulado de Agricultura y Comercio, que luego se llamó Junta de Fomento.

En 1793, el insigne habanero y el conde de Casa Montalvo fueron en comisión a Inglaterra y sus colonias para estudiar los adelantos agrícolas y de fabricación de azúcar. Resultado inmediato de ese viaje fueron la introducción de la caña de Otabiti, de mayor rendimiento, y la aplicación de máquinas para moler a vapor.

Constituída la Junta de Fomento en 1795, su labor abarcó toda la riqueza cubana; hizo estudios sobre minas, montes, maderas, cultivo de la caña, algodón, café, tabaco, cacao y añil; la cría del gusano de seda; mejoras en la apicultura; caminos, calzadas y puentes; pero sus principales triunfos fueron el desestanco del tabaco y la libertad del comercio.



Francisco Arango y Parreña

Revolución francesa de 1789 y revolución de Haití.—Gobernando las Casas ocurrieron dos sucesos en el exterior, que para el país tuvieron positiva importancia. El primero fué la revolución francesa de 1789, que aunque en el orden político no causó efectos inmediatos, sirvió para que se establecieran relaciones comerciales entre puertos cubanos y norteamericanos, lo que se amplió en 1797 a todas las naciones amigas de España.

El otro suceso fué la revolución de Haití en 1791, en que los negros de aquella isla, mandados

primero por Toussaint Louverture y más tarde por Dessalines, se emanciparon, haciendo que muchos blancos se refugiaron en Cuba, lo que fué de notable beneficio para el país, por los conocimientos agrícolas de los emigrados, que contribuyeron mucho a nuestra riqueza y progreso.

Traslación de los restos de Colón.— En 1796 España cedió a los franceses la isla de Santo Domingo, y con ese motivo trasladó a la Catedral de la Habana los supuestos restos de Colón.

Fin del gobierno de las Casas.— Ese mismo año de 1796 presentó su renuncia el Gobernador de Cuba, fundamentando esa renuncia en motivos de salud. Allá en su patria, la benéfica sombra de aquel digno gobernante siguió protegiendo a Cuba. El fué el eco en la Corte de los clamores cubanos, el agente de nuestras peticiones, y su cariño a esta tierra se vió hasta en el hecho de mandar a la Habana un profesor de química.

El 19 de julio de 1780, en el puerto de Santa María, murió aquel cuyo nombre debe ser para nosotros de recuerdo imperecedero, porque a él debemos la alborada de nuestra civilización.



Toussaint Louverture

RESUMEN DEL CAPITULO

El de don Luis de las Casas fué el mejor de todos los gobiernos coloniales en Cuba. Persiguió la vagancia, reformó la administración

de justicia, hizo caminos, puentes, calles, etc., y fundó escuelas. Inauguró la Casa de Beneficencia; fundó la Real Sociedad Económica, surgiendo como consecuencia "El Papel Periódico" y el Real Consulado de Agricultura, secundado por Juan B. Vaillant, José Pablo Valiente, y con especialidad, por Francisco Arango y Parreño, a cuyo empeño se debió el desestanco del tabaco y la libertad de comercio; y además, la libre entrada en Cuba de aparatos y útiles para la fabricación de azúcar y labores agrícolas, la introducción de máquinas para el perfeccionamiento de los ingenios y otras muchas mejoras.

Sin las especiales condiciones de este gobernante, hubieran hecho mucho efecto en Cuba la revolución francesa de 1789 y la de Haití, ocurridas durante su gobierno.

En 1796 fueron traídos a Cuba, de Santo Domingo, los supuestos restos de Colón.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Explíquese por qué el Gobierno de las Casas fué el mejor de los gobiernos coloniales.

Explíquense los beneficios que produjeron a Cuba el desestanco del tabaco y la libertad comercial.

¿Qué grandes mejoras debe Cuba a la Sociedad Económica de Amigos del País?

CAPITULO XVIII

PERIODO DE COLONIZACION

Gobierno del conde de Santa Clara.—El marqués de Someruelos; reparto de tierras; Alejandro Humboldt.—El obispo Espada.—Inmigración francesa y sus consecuencias.—Napoleón en España.—Mannel Rodríguez Alemán.—Primeros diputados cubanos.—Aponte.—Fin del gobierno de Someruelos.—Apodaca y Cienfuegos.—Fundación de Cienfuegos; censo de población.—Cajigal; sucesos en España y sus reflejos en Cuba.

Gobierno del conde de Santa Clara.—En 1796 sustituyó a las Casas don Juan de Bassecourt, conde de Santa Clara, y ocupó el puesto en momentos muy difíciles para las colonias españolas en América. Triunfante la Revolución Francesa, retó al mundo en nombre de la libertad y arrojó a la arena, como guante de desafío, la cabeza de un rey. Los soldados de la República, enardecidos por impulso patriótico y empujados por las notas vibrantes de la Marsellesa, vencieron en todas partes, y el Directorio, en nombre de la Francia, concertó con el Gobierno español de Carlos IV un tratado que trajo como consecuencia la guerra entre Inglaterra y España.

El primer cuidado de Santa Clara fué la atenuación de las fortalezas y defensas cubanas para evitar los peligros de un ataque inglés. Ya las Casas se había ocupado también de esto, y la obra del Conde se redujo a terminar la batería que lleva su nombre.

Todo peligro de agresión por parte de los ingleses se limitó a un ligero encuentro en Casilda y otro insignificante en el cabo San Antonio, sin embargo de que a España costó esa guerra pérdidas de consideración.

Santa Clara siguió los pasos de su antecesor y realizó diferentes progresos, que fueron: la construc-

ción de varios puentes; la ampliación del Hospital de San Ambrosio; mejoras en el de Paula y en la Casa de Beneficencia; extensión del paseo de la Habana y traslado del matadero a extramuros.

El carácter afable y caballeresco de este gobernante hizo que pronto se conquistara la estimación de sus gobernados, a pesar de que sólo estuvo en Cuba tres años.

Dejó el mando por no convenirle el clima y qui-



Bateria de Santa Clara

zás también por queja de Francia, con motivo de haberse hospedado en la Habana el duque de Orleans, que luego fué rey francés con el nombre de Luis Felipe.

El marqués de Someruelos; reparto de tierras: Alejandro Humboldt.—En 1799 sucedió a Santa Clara don Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos, quien tuvo que desembarcar en Cuba por Casilda, perseguido por corsarios ingleses, y luego dirigirse a la Habana por tierra.

Su primer acto fué repartir terrenos en la costa de Nipe y en Holguín, Sagua de Tánamo y Mayarí, a

los franceses emigrados de Santo Domingo. Su gobierno empezó con un gran incendio en Jesús María (barrio de la Habana) y una gran sequía que en Matanzas y en Santa Clara causó considerables perjuicios.

Al mismo tiempo que Someruelos asumía el mando, fué nombrado Gobernador de Santiago don Sebastián de Kindelán, y por haber pasado don José Pablo Valiente a ser Consejero de Indias, sustituyó a éste en la Intendencia de Hacienda don Luis Vigné.

En 1798, con motivo de los sucesos ocurridos en Santo Domingo, había sido trasladada aquella Au-



La Habana antigua, vista desde Casa Blanca

diencia a Puerto Príncipe, por ser ésta la ciudad más interior de Cuba.

De gran importancia fué para nuestro buen nombre la visita que en esta época hizo a Cuba el sabio alemán Alejandro Humboldt, quien al publicar más tarde el resultado de sus investigaciones y estudios, hizo una notable reseña de la riqueza cubana.

El Obispo Espada.—En 1802 vino de obispo a la Habana el benemérito Juan José Díaz de Espada y Landa, quien abolió la costumbre de enterrar en las iglesias, cediendo terreno para la construcción de un cementerio que llevó su nombre. El Obispo Espada hizo importantes mejoras en la Catedral y laboró en pro de la beneficencia, el Asilo de Enajena-

dos y los hospitales. Pero donde se vió su labor más intensa fué en la educación popular. Su inmensa cultura, su gran inteligencia y su espíritu liberal lucharon con la opinión de muchos de sus contemporáneos, que veían en la cultura del pueblo un gran peligro para el principio de gobierno. El resultado de esa lucha fué la creación de escuelas, reformas del Asilo de San Francisco de Sales y del Seminario de San Carlos, siendo interesante su admirable gestión como Director de la Sociedad Económica de Amigos del País.



La Habana antigua (otro aspecto), vista desde Casa Blanca

En 1804, por breve pontificio, fué trasladado a Santiago de Cuba el Arzobispado de Santo Domingo y se declararon sufragáneos suyos los obispados de la Habana y Puerto Rico.

También contribuyó el Obispo Espada a la propagación de la vacuna, que ya había sido introducida en Cuba por el Dr. Romay.

Inmigración francesa y sus consecuencias.—El fracaso de la expedición francesa a Santo Domingo, enviada por Bonaparte en 1803 contra los negros sublevados, expedición que costó la vida al general Leclerc, determinó la emigración de más de 30,000 franceses, que se establecieron en Cuba, en la región oriental la mayor parte, y especialmente en la Sierra Maestra, Guantánamo y Baracoa. La referida inmigra-

ción fué un poderoso beneficio para la riqueza cubana, pues ella hizo que terrenos incultos se convirtieran en preciosas haciendas.

De Haití, Santo Domingo y Louisiana, la emigración a Cuba fué cada vez mayor, llegando a cerca de 200,000 almas. Los emigrados franceses se dedicaron especialmente al cultivo del café, planta que, originaria de Abisinia, llevó a Martinica Mr. Declieux, y en 1784 introdujo en Cuba don José Gelabert, fundando un cafetal en Wajay.

La exportación de café en 1770 ascendió a 2,000 quintales, y la dedicación de los refugiados franceses al cultivo de esa planta hizo que en 1804 la exportación ascendiera a 12,000 quintales, para elevarse en 1833 a 642,000.

Napoleón en España.—Los graves acontecimientos ocurridos en España en 1808, acontecimientos que con la abdicación de Carlos IV dieron lugar en la Metrópoli a la guerra de independencia, tuvieron también su resonancia en Cuba, siendo asaltadas las casas de muchos franceses, asesinados algunos, y más de 6,000 expulsados del país.

Somermuelos, de acuerdo con Arango y otras importantes personalidades, quiso crear una junta con funciones iguales a la de Sevilla y otras creadas en España, para la protección de los intereses del país. La junta fué acusada de tiránica y de ocultar tendencias independientes, y por esta causa la idea no prosperó. Efectivamente, quizás ése hubiese sido el primer paso para la independencia de Cuba, como lo fué en otros lugares de América.

Manuel Rodríguez Alemán.—Siendo Rey de España José Bonaparte, llegó a la Habana con pliegos e instrucciones suyas el joven mexicano Manuel Rodríguez Alemán y Peña, que fué preso y ahorcado como espía el 30 de julio de 1810.

Primeros diputados cubanos.—Un notable acontecimiento, que fué como el inicio de la personalidad cubana, tuvo efecto en esta época. La Junta Central de España, en 1809, en convocatoria solemne,

reconociendo iguales derechos y deberes a los habitantes de todos los dominios españoles, dispuso que tuvieran éstos representación nacional e inmediata en aquel organismo.

Verificada la elección en Cuba, entre don Luis de Peñalver y Cárdenas, Obispo de Guatemala, y don Francisco de Arango y Parreño, la suerte dispuso que fuera electo el primero, que no llegó a tomar posesión porque disuelta la Junta, fué sustituida por el Supremo Consejo de Regencia que se estableció en Cádiz.

Como eco de aquel Supremo Consejo, el épico



La Habana antigua (otro aspecto), vista desde Casa Blanca

Quintana dijo a los americanos: "No sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, minados por la indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia". Respondiendo a ese hermoso llamamiento, resultaron electos diputados por Cuba don Andrés de Jáuregui, don Joaquín de Santa Cruz y el marqués de San Felipe y Santiago, que fueron sustituidos a su vez, y como Consejero de Indias, por don Francisco de Arango, al disolverse la Representación Nacional española con la reacción absolutista de 1814.

Aponte.—El último suceso importante del gobierno de Somermelos fué la conspiración de José An-

tonio Aponte. Era éste un mestizo que ante el feliz éxito obtenido por los negros haitianos soñó con la emancipación y predominio de su raza, aprovechando en beneficio de su idea las favorables circunstancias de la difícil situación metropolitana y el ambiente reinante de libertad en las colonias hispanoamericanas.

Falto de preparación el movimiento, mal ejecutado y descubierto en su principio, sólo se manifestó en algunas alteraciones del orden en Bayamo, Holguín, Puerto Príncipe y Habana, donde los negros incendiaron el ingenio Peñas Altas. Pro-

so Aponte, detenidos con él algunos más, fué condenado a la horca, pena que sufrió con otros ocho compañeros.



José Agustín Caballero

Fia del gobierno de Somermelos. — El gobierno de Somermelos duró trece años, y a pesar de su constante agitación, por los importantes sucesos que durante él ocurrieron, puede decirse que fué bueno, distinguiéndose

el gobernante por la dignidad de sus actos y por el espíritu de cordialidad y respeto que inspiró sus acciones.

La cultura cubana prosperó, y exponente de ello es la meritisima labor que en esa época desarrollaron en pro de la agricultura, el comercio, las ciencias y las artes, la Sociedad Económica, el Consulado y el Seminario de San Carlos, cuyo profesor de filosofía, el ilustre José Agustín Caballero, al par que el humanista Mendoza y el matemático Villarreal, formaban aquella generación cuyos astros principales fueron Vélez y Varela.

Apodaca y Cienfuegos.—En 1812 sustituyó a Somermelos el general don Juan Ruiz de Apodaca,

jurándose solemnemente la Constitución española de ese año, Constitución que equiparaba los derechos políticos de todos los súbditos de España y que fué abolida en 1814, cuando volvió al trono español el Rey Fernando VII.

Sucedió a Apodaca, en 1816, el general don José Cienfuegos, quien encontró eficaz colaborador y consejero en el Intendente de Hacienda, don Alejandro Ramírez, que apoyando decidida y noblemente las gestiones de Arango, tuvo la gloria de contribuir con éste y con don José Pablo Valiente al Real Decreto de 1813, por el que se concedía a Cuba la liber-



La Habana antigua (otro aspecto), vista desde Casa Blanca

tad de comercio; medida tanto más importante cuanto que ella fué causa de que por ese beneficio el país cubano permaneciera tranquilo en medio de la agitación que entonces empezaba a commover a las colonias hispanoamericanas.

No se limitó sólo la generosa labor del Intendente Ramírez a la parte que le cupo en la obtención de la libertad de comercio para Cuba y en la magnífica administración de hacienda que ordenó. Su labor fué más alta; eficaz colaborador de Arango, tomó parte importantísima también en el desestanco del tabaco y en el cumplimiento del tratado para la abolición de la trata de esclavos que en 1817 concertaron Inglaterra y España.

Actuando Ramírez como miembro de la Socie-

dad Patriótica, de la que fué Director, fundó la Sección de Educación Primaria; la Academia de Dibujo y Pintura, que como merecido honor a su memoria lleva su nombre; el Jardín Botánico y las cátedras de anatomía y botánica.

Fundación de Cienfuegos; censo de población.—En 1819, el coronel don Luis de Clouet, rico emigrado de Louisiana, apoyado por el Gobernador Cienfuegos y por el Intendente Ramírez, fundó con cuarenta familias la colonia de Fernandina de Jagua, en el lugar en que hoy se levanta orgullosa y floreciente la hermosa ciudad que lleva por nombre el del ilustre gobernante.

Ese mismo año se hizo un censo de población por el cual aparece Cuba con 553,000 habitantes.

Cajigal; sucesos en España y sus reflejos en Cuba.—El último acto del gobierno de Cienfuegos fué el censo de población, y le sustituyó don Manuel Cajigal.

La única importancia del gobierno de Cajigal fué un reflejo de la difícil situación por que atravesó en aquel momento histórico el Gobierno metropolitano.

Fernando VII, injusto con el pueblo que supo a fuerza de heroicos sacrificios asombrar al mundo y conservar un trono que él no supo defender, al regir nuevamente los destinos de España, abolió la Constitución del año 12 e impuso el absolutismo, creando como consecuencia un estado de cosas que originó el levantamiento de Riego en Cabezas de San Juan. Débil el monarca para luchar con el sentimiento del pueblo y del ejército, fingió que aceptaba la Constitución y mandó fijarla en todas partes. El Gobernador de Cuba no quiso cumplir esa disposición, y las tropas, sublevadas, penetraron en Palacio, obligaron a Cajigal a prestar el juramento, y celebradas elecciones más tarde, fueron electos diputados a Cortes don José Benítez, don Modesto del Valle y el presbítero don Juan B. O. Gaván.

El general Cajigal, viejo, enfermo y falto de energías para llevar el peso del gobierno, pidió ser

sustituído, y le sucedió, en 1821, el general don Nicolás Mahy.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al asumir el gobierno el conde de Santa Clara, España estaba aliada con Francia y en guerra con Inglaterra. El temor de una agresión inglesa hizo pensar en reforzar las defensas habaneras. Santa Clara realizó algunas obras de gobierno y fué un afable gobernante. Lo sustituyó el marqués de Someruelos, quien repartió tierras a los emigrados franceses de Haití. Gobernando Someruelos visitó a Cuba el sabio alemán Humboldt, que luego hizo resaltar fuera la riqueza cubana. Someruelos facilitó las gestiones del Obispo Espada, quien llevó a cabo importantes beneficios para Cuba, entre otros, la propagación de la vacuna contra la viruela, que había sido introducida por Romay.

La revolución de Haití favoreció el aumento de población en Cuba y aumentó considerablemente el cultivo del café.

El cambio de dinastía en España dió lugar a la guerra de Independencia española. Cuba se mantuvo fiel a España, la que por medio de su Junta Central pagó esta fidelidad dándole el derecho de diputación, que más tarde anuló la reacción absolutista de 1814.

Los sucesos de Haití tuvieron eco en Cuba con la conspiración de Aponte, cuya conspiración culminó en la muerte del conspirador con algunos otros compañeros.

El gobierno de Someruelos, a pesar de sus vicisitudes, fué bueno, y Cuba progresó económica y culturalmente.

Tras Apodaca, sucesor de Someruelos, asumió el mando don José Cienfuegos, que secundado por don Alejandro Ramírez, José Pablo Valiente y Arango, puso en vigor la libertad de comercio y llevó a cabo otras importantes mejoras. Fundó a Cienfuegos e hizo un censo de población por el que se vió que Cuba, en 1819, tenía 553,000 habitantes.

Sustituyó a Cienfuegos don Manuel Cajigal, bajo cuyo gobierno ocurrieron importantes sucesos políticos en España que pusieron en vigor la Constitución del año 12 y se reflejaron en Cuba con la elección de diputados a Cortes de Benítez, del Valle y O. Gaván.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

- ¿Qué beneficios produjo a Cuba la revolución de Haití.
- ¿Qué efecto produjo esta revolución entre los esclavos cubanos?
- ¿Qué hizo don Alejandro Ramírez?
- ¿Qué efecto hizo en Cuba la abolición de la trata de esclavos?

CAPITULO XIX

PERIODO DE COLONIZACION

SUBPERIODO REVOLUCIONARIO

Mahy; momento histórico difícil; asociaciones secretas.—Labor de Mahy.—Kindelán.—Se acentúa la división.—Los cubanos ante Bolívar.—Vives.—La República de Cubanacán.—Agitación en Matanzas.—Las facultades omnímodas.—Los cubanos en el exterior.—Suplicio de Agüero y Sánchez.—Bolívar y Cuba; su proyecto; el obstáculo.—Obras que realiza Vives.—Conspiración del Aguila Negra.—Vives como gobernante.

Mahy; momento histórico difícil; asociaciones secretas.—En muy difícil momento se hizo cargo del gobierno de Cuba el general don Nicolás Mahy. Los sucesos que habían venido desarrollándose en la Metrópoli con la ocupación francesa y guerra de independencia, primero, y con las perturbaciones interiores después, crearon en Cuba un profundo malestar, que hizo más intenso el espíritu de indisciplina del ejército. Además, el movimiento separatista iniciado en las colonias españolas del continente americano, encontrando eco simpático entre los elementos nativos, dió lugar a la creación en Cuba de sociedades secretas de carácter político, que fueron como centros revolucionarios.

La *Cadena* y los *Soles de Bolívar* fueron dos asociaciones secretas de espíritu señaladamente revolucionario. Frente a éstas, surgió la denominada *Los Comanceros*, formada por los elementos más adictos al Gobierno; y como punto intermedio entre las dos, se creó también la que se denominó *Los Carbonarios*.

Labor de Mahy.—Entonces comenzó a iniciarse la división entre nativos y peninsulares, surgiendo el nombre: *cubano*.



*Los Soles de
Bolivar*

Esta bandera fué la que debía ser insignia en la Conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar.

Se acentúa la división.—Bajo el gobierno de Kindelán se multiplicaron las asociaciones secretas, la idea separatista adquirió mayor incremento y se comenzó a pensar en el medio de liberación.

Al verificarse las elecciones para diputados a Cortes en 1882 ocurrieron serios conflictos entre milicianos peninsulares y cubanos, conflictos que provocó la intransigencia de los primeros. En estas elecciones el resultado demostró la minoría intransigente, pues fueron electos diputados don Félix Varela, don Leonardo Santos Suárez y don Tomás Gerner, español de gran cultura, de avanzadas ideas liberales y muy querido de los matabueros.

Los cubanos ante Bolívar.—En 1823, una comisión de cubanos formada por José Aniceto Iznaga, José Agustín Arango, Gaspar Befancourt Cisneros (*El Lugareño*), Fructuoso del Castillo y el argentino José Antonio Miralla, fué a Venezuela con el fin de obtener auxilios del Libertador para libertar a Cuba. Esta comisión no pudo ver a Bolívar, que se encontraba entonces en el Perú.

Vives.—Ese mismo año de 1823, sustituyó a Kindelán don Francisco Dionisio Vives, hombre de recomendables dotes y muy bien escogido para el cargo.

Vives aceptó con disgusto, pues conocedor de sus deberes, no ignoraba las dificultades con que había de tropezar, tanto por el estado anárquico de la Metrópoli cuanto por el estado de cosas creado en el país.

La República de Cubanacán.—Las sociedades secretas (centros de conspiración) eran cada vez más numerosas y su labor tenía minada la Isla. Denunciada a Vives una formidable conspiración, éste, con gran sagacidad, logró conocer los planes de la sociedad *Soles y Rayos de Bolívar*, en cuyos planes se aspiraba a establecer la República de Cubanacán. Conocedor Vives de todos los detalles, no quiso proceder con severidad, pensando que el mejor medio de crear rebeldes es hacer mártires, y se limitó a prender al joven habanero José Francisco Lennus,

que figuraba como jefe, ocupando armas, proclamas, escarapelas y dos banderas con un sol de oro en el centro, orlado de rojo. Entre las proclamas fué ocupada una, muy curiosa, repartida especialmente en Holguín; se dirigía a "Españoles y cubanos"; aparecía firmada "El Pueblo de los Estados Unidos"; y se exhortaba al levantamiento para hacer libre a Cuba ante el temor de que España, obligada por sus trastornos interiores, cediera Cuba a Inglaterra.

Sin derramar una gota de sangre Vives hizo fracasar el movimiento. Estaban comprometidos, además de Lemus y otros, el Dr. Juan José Hernández, Juan Jorge Peoli, José Teurbe Tolón, el argentino José Antonio Miralla, y más que ninguno nuestro gran Heredia, el inimitable cantor del Niágara, el que fué, como bien dijo don Marcelino Menéndez y Pelayo, "el compendio y cifra de todos los rencores contra España."

Agitación en Matanzas.—Los restos acéfalos de esta conspiración volvieron a reunirse cuando por virtud del restablecimiento del absolutismo en España (restablecimiento que abolió las garantías constitucionales, la libertad de imprenta, las diputaciones y las milicias), aprovechando el malestar reinante, se puso a su frente el oficial Gaspar Antonio Rodríguez.

Este movimiento no fué secundado, y así pudo Rodríguez salir de la ciudad y escapar de Cuba. Desbaratado este otro conato, organizó Vives una comisión militar permanente, cuya misión había de ser conocer de los delitos contra el Gobierno y perseguir el bandolerismo.

Las facultades omnímodas.—En 1825, con el fin de robustecer la autoridad de los capitanes generales en Cuba, se expidió el famoso decreto de las *facultades omnímodas*, facultades tan extraordinarias, que ellas son equivalentes a las de *gobernadores de plazas sitiadas*. Ese decreto fué como un guante que la Metrópoli arrojó a la colonia cubana.

Los cubanos en el exterior.—Alguien tenía que recoger el guante metropolitano, y de ello se encarga-

ron los cubanos del exterior. Al mismo tiempo que en esa forma se mortificaba al país, los emigrados fundaron la *Junta Protectora de la Libertad Cubana*, envolviendo en esa protección a Puerto Rico. A medida de rigor extemporáneo respondió manifestación de viril protesta, y los acontecimientos posteriores fueron la consecuencia natural.

Suplicio de Agüero y Sánchez.—Los patriotas del exterior enviaron comisionados a Cuba para robustecer el espíritu y anunciar expediciones redentoras. De esos comisionados eran Francisco Agüero (*Frasquito*) y el pardo Andrés Manuel Sánchez, que sorprendidos en un ingenio de Camagüey, fueron juzgados como emisarios y espías de los enemigos de España, y condenados a la pena de horca, siendo ejecutados en Puerto Príncipe el 16 de marzo de 1826.

El sacrificio de Sánchez y Agüero sirvió para que entre Cuba y España, con la creación de dos mártires, se estableciera un principio, y alrededor de ese principio, frente a la intransigencia del amo, se levantara el ideal del esclavo. Antes podían encontrarse soluciones; pero después que dos hombres pagaron con su vida su amor a la independencia patria, por ley fatal en la existencia de los pueblos y en la Historia, sólo cabía lo que vino: la lucha hasta el final, con vencedor y vencido.

Bolívar y Cuba; su proyecto; el obstáculo.—Ese mismo año de 1826, después de una entrevista de José Aniceto Iznaga con el Libertador, éste comenzó los preparativos para que un contingente expedicionario a las órdenes de José Antonio Páez efectuara la redención de Cuba.

Bolívar llevó al célebre Congreso de Panamá la idea de libertar a Cuba, formando parte de aquella inmensa concepción suya, por la que aspiraba a la formación de la Gran Colombia, uniendo bajo un solo ideal todos los pueblos que hicieron libres su genio portentoso y su espada irresistible. Pero cuando parecía que Cuba formaría también en el concierto de los pueblos libertados, la República norteamericana se opuso al proyecto de Bolívar, temerosa de que esta

isla cayera en poder de otra nación que constituyera mayor peligro para los Estados Unidos, o ya libre,

aboliese la esclavitud, lo que podía servir de perturbación interior allá entre ellos.

El egoísmo yanqui demoró la independencia de Cuba setenta y dos años y dió lugar a nuestras dos asoladoras guerras, con su secuela de muertes y de ruina.



Simón Bolívar

Obras que realiza Vices.—En 1827 fué dividida la isla en tres departamentos militares, denominados O c e i d e n t a l, Central y Oriental, y se trazó el mapa de Cuba. También se llevó a cabo un censo de población, ascendiendo ésta a 704,487 habi-

tantes. Se efectuó la fundación de Cárdenas, así como la habilitación de su puerto para el comercio de cabotaje. También se hicieron algunas obras públicas, como fueron el puente de Marianao, la Casa de Dementes de San Dionisio y el Templete.

Conspiración del Aguila Negra.—En 1830 fué descubierta la conspiración del *Aguila Negra*, por cuya causa se llevaron a cabo numerosas detenciones y la Comisión Militar impuso algunas penas de muerte, que se suspendieron en conmemoración del nacimiento de Isabel II. Esta conspiración, como la de los *Sales*, se resolvió sin efusión de sangre y sólo con destierros y multas.

Vives como gobernante.—El general Vives tuvo errores como gobernante, desde luego; pero en lo general, es preciso convenir en que en medio de difi-



La Habana antigua.—Quitrín

les circunstancias, él supo sostener la dignidad de su cargo y amoldarse en lo posible a las exigencias del



La Habana antigua.—Volanta

medio. Se ocupó de mejoras en obras públicas; trató del adelanto del país en el orden económico y no puso trabas al progreso intelectual, siendo prueba de

ello el hecho de que la Sociedad Económica, principal centro entonces de la cultura cubana, pudo desenvolver iniciativas y tener por órgano un periódico de tal



El Templete, que señala el lugar donde se dijo la primera misa en Cuba

importancia como la Revista Bimestre, que mereció grandes elogios del exterior, y en la que escribieron



Un Día de Reyes en la Habana antigua

plumas como las de Domingo Delmonte, Francisco Guerra Betancourt, Saco, Cují, don José de la Luz, Santos Suárez y Varela.

El mayor cargo que puede hacerse al gobierno de Vives es el abandono en que tuvo a la policía habanera y lo indiferente que fué para el juego. Esto último no fué en él un medio de corrupción políticamente empleado, como se ha dicho: fué consecuencia natural de un propio vicio suyo, y lo prueba el hecho de que su afición a los gallos le llevó al extremo de tener en el castillo de la Fuerza una gallería para su propia diversión.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al ocupar Maby el gobierno, la situación era muy difícil, por los sucesos en España y la agitación en Cuba con motivo del movimiento separatista en la América continental. Surgieron asociaciones secretas, y con ellas, el nombre cubano. Solo la habilidad de este gobernante pudo sortear tantas dificultades.

A Maby sucedió Kindelán, que vió aumentar las asociaciones secretas, y ocurrieron los primeros rozamientos entre cubanos y peninsulares con motivo de las elecciones para diputados. Al finalizar este gobierno, los cubanos trataron de obtener el apoyo de Bolívar para ser libres.

Sucedio a Kindelán el general Vives, que a pesar de sus condiciones luchó con mayores dificultades; entonces apareció la sociedad "Soles y Rayos de Bolívar", cuyo fin era hacer libre a Cuba. Jefe de esta asociación era José Francisco Lemus. Vives hizo fracasar estos planes sin derramamiento de sangre; pero no pudo evitar que en Matanzas se iniciara un movimiento, que fracasó, dando este movimiento lugar a la formación de la Comisión Militar para juzgar delitos contra el Gobierno, y a que se revistiera de facultades omnímodas al Gobernador de Cuba.

Los cubanos del exterior trabajaban por la independencia y enviaron mensajeros a Cuba para fomentar el espíritu revolucionario. De estos mensajeros eran "Frasquito" Agüero y Andrés Manuel Sánchez, que pagaron con su vida el generoso propósito.

Bolívar pensó libertar a Cuba entonces (1826), lo que no pudo ser por oponerse a ello el Gobierno norteamericano.

Todavía hubo otra conspiración, denominada el "Águila Negra" que también fracasó sin efusión de sangre.

Vives tuvo errores, pero realizó varias buenas obras de gobierno que superan a esos errores.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Cuál fué el duelo entre Bolívar y España?

¿Por qué se opusieron los Estados Unidos a que Bolívar libertara a Cuba?

¿Quién fué Heredia?

¿Cuáles fueron los errores y vicios de Vives?

DEL ANFORA DEL MAESTRO

La patria necesita sacrificios. Esfera y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.

* * *

Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, ¿qué hacen en la playa los caracoles, si no llaman a guerrear a los indios muertos?

* * *

Los grandes derechos no se compran con lágrimas, sino con sangre.

* * *

Los hombres que ceden no son los que hacen a los pueblos, sino los que se rebelan.

* * *

La libertad cuesta muy cara y es necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a comprarla por su precio.

* * *

Por la cruz murió el hombre en un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días.

* * *

Cuando al peso de la cruz
el hombre morir resuelve,
sale a hacer bien, lo hace y vuelve
como de un baño de luz.

José MARTÍ.

CAPITULO XX

PERIODO REVOLUCIONARIO

Gobierno de Ricafort.—Tacón; guerra civil en España.—Carácter de Tacón.—Tacón contra Saco.—Consideraciones.—Otros actos de Tacón.—Tacón contra Lorenzo.—Los diputados cubanos no pueden concurrir al Congreso español.—Descontento.—Tacón como administrador.—El ferrocarril Habana-Bejucal y fin de este gobierno.

Gobierno de Ricafort.—En 1832 entregó Vives el mando al teniente general don Mariano Ricafort. Este gobernante sólo se distinguió porque entonces se hizo la habilitación de varios puertos para el comercio extranjero, comenzando Cuba a comerciar con algunos países, y se introdujeron máquinas de vapor en los ingenios de azúcar, lo que aumentó el progreso de esta industria, existiendo ya sobre 1,200 ingenios



Ingenio de trenes jamaicanos

Tacón; guerra civil en España.—En septiembre de 1833, precisamente cuando tomaba posesión del gobierno de Cuba el general don Miguel Tacón, ocurría en España la muerte de Fernando VII.

Este suceso determinó en la Metrópoli la guerra civil. A la muerte del Rey sucedióle la Infanta Isabel, niña de tres años, bajo la regencia de su madre doña María Cristina. Los elementos liberales españoles vieron en el advenimiento de esta princesa el inicio de una era de libertad y derechos para España. Los elementos reaccionarios, de que era cabeza y explotador el clero, con el pretexto de que no podía



José Antonio Saco

regir los destinos de la nación una mujer, y menos una niña, esperando que alrededor de esa niña no se pusieran hombres, proclamaron Rey al Príncipe don Carlos, hermano del monarca muerto, y ése fué el principio de la guerra civil entre isabelinos y carlistas.

Carácter de Tacón.

—En esa situación metropolitana fué gobernador de Cuba el general Tacón. En este hombre rígido y

cruel por naturaleza vinieron a ser nuevos atributos de carácter el rencor y el odio. Opinando que la pérdida de las colonias hispanoamericanas del continente había sido por liberalidad del régimen, era opuesto a toda concesión de derechos que pudiera significar el más ligero espíritu de libertad.

Pero lo que palpataba en él era el recuerdo humillante de vencido por Belgrano, a quien tuvo que rendir su espada un día doloroso en que le soplaron vientos de derrota.

Tacón contra Saco.—Revestido de facultades omnímodas, su primer acto fué una tremenda injusticia, reveladora de su odio a los cubanos. Era profesor de filosofía del Seminario de San Carlos el

ilustre cubano José Antonio Saco, y con el pretexto de que *la juventud seguía con mucho calor sus ideas*, fué arrancado de aquel puesto de honor, donde brillantemente había sustituido a su maestro el gran Varela, y para que la justicia fuera mayor, Saco marchó desterrado a Trinidad. Ese motivo tan pueril era el pretexto, pero las causas reales fueron la defensa que había hecho de la Academia de Literatura cubana; y porque—abolicionista insigne—censuró la esclavitud, lo que era un grave perjuicio para los tenedores de esclavos y negociantes en ese tráfico vil.

Consideraciones.—Ya la Isla de Cuba no era parte integrante del territorio español; ya los hijos de esta tierra no tenían igual derecho que los nacidos allá, ni las leyes españolas llegaban originales a Cuba. La Comisión Militar era Tribunal Supremo cuyos actos sancionaban los omnímodos poderes y pasión de un gobernante. El famoso Estatuto Real, código sancionado por la Reina, por el cual se concedían derechos y se creaban dos cámaras nacionales, fué remitido a Cuba con especiales modificaciones. Apoyado en todo ese andamiaje de torpeza y de injusticia gobernó el general Tacón.

Otros actos de Tacón.—No contento el gobernante con el destierro de Saco, se negó a que en Cuba la prensa disfrutara de iguales derechos que en España; no quiso reorganizar las milicias locales; ni establecer las Diputaciones Provinciales; ni modificar la marcha de los Ayuntamientos, negando a esas corporaciones municipales hasta el derecho de petición. Y la concesión de todo eso no era ni hubiera sido un favor especial a Cuba, pues todo era de precepto constitucional; pero la Constitución española no tenía aplicación a la colonia cubana.

Tales eran los poderes concedidos al Gobernador de Cuba, que cuando, a petición de la Audiencia de Puerto Príncipe, por Real Decreto se suprimió la Comisión Militar, el Real Decreto fué anulado por Tacón, y la anulación fué ley.

Tacón contra Lorenzo.—En 1835, el Gobernador de Santiago de Cuba, general don Manuel Lorenzo,

sin previo consentimiento de Tacón hizo jurar la Constitución española. Conocedor Tacón de tal suceso, envió a Santiago una expedición militar para castigar a Lorenzo. Noticioso éste, no quiso esperar el resultado de los acontecimientos y en el bergantín español *Ana María* embarcó para Cádiz. Con él fueron el auditor Francisco Muñoz Delmonte, el teniente coronel Zárraga y el comandante Arcaaya.

Se ha pretendido que lo hecho por Lorenzo fué un movimiento separatista, y tal acusación se explica. La única manera de criticar y perseguir aquel acto es levantando tal acusación, cuya única base pudiera ser que Porfirio Valiente, Muñoz Delmonte y otros cubanos estuvieron al lado de Lorenzo. Pero no se concibe que pudiera ser separatista el acto de jurar la Constitución que regía en la Metrópoli, defendiendo el régimen imperante allí, acatando la soberanía legal, y ya desaprobado el hecho, y por último perseguido el autor, que éste, separatista, fuera a buscar refugio en Cádiz, ciudad metropolitana, y no en cualquiera de las repúblicas continentales que tenía mucho más cerca.

Aquel acto fué una legal protesta, una franca oposición a la política despótica y arbitraria del general Tacón.

Los diputados cubanos no pueden concurrir al Congreso español.—Tantas arbitrariedades no se hubieran consumado sin el apoyo, en España, de los mismos elementos de gobierno. Bastó sólo el deseo de Tacón, Argüelles y otros intransigentes para que las Cortes españolas de 1837 negaran a los diputados cubanos José Antonio Saco, Nicolás Manuel de Escobedo, Juan Montalvo y Francisco de Armas, el derecho de sentarse en el Congreso español, bajo el pretexto de que Cuba y Puerto Rico debían regirse por *leyes especiales*.

Descontento.—Es decir que nosotros no éramos ciudadanos de España, sino simplemente colonos, y no pudiendo llamarnos españoles, justo y lógico había de ser que se buscara otra ciudadanía.

Esta actitud del Gobierno español hizo que Saco, Muñoz, Delmonte y otros, en vista de que las leyes de España no eran las mismas de Cuba, allí, en la Metrópoli, levantarán su voz reclamando las *leyes especiales*.

Por eso se les consideró enemigos del Gobierno, y ese mismo año fué denunciado al Gobernador de Cuba una conspiración en que aparecían como jefes Saco y Narciso López, reunidos con otros en Cádiz para discutir y preparar un movimiento separatista. Tacón ordenó la detención de varios cubanos recién



Antiguo Teatro de Tacón (hoy, Nacional)

llegados de Cádiz, los sometió a la Comisión Militar y dió origen a la causa que se llamó de la *Cadena Triangular o Soles de la Libertad*, causa en la que nada pudo probarse en definitiva.

Tacón como administrador.—Si en lo político fué Tacón causa principal de que, divididos cubanos y españoles, se rompiera entre Cuba y España todo lazo y surgiera la personalidad cubana, en los otros órdenes de su misión puede decirse que fué un verdadero modelo.

El juego, el bandolerismo y la vagancia eran plagas de profunda raíz en Cuba, y Tacón libró contra todo eso tremenda y victoriosa batalla. Restableció la seguridad personal reorganizando la policía y creando los guardianes nocturnos (serenos). Los tribuna-

les de justicia eran instrumento de abusos y corrupción, y él, reorganizando esos tribunales, los obligó al cumplimiento de sus deberes. Creó un cuerpo de



Puerta de Monserrate

bomberos. La Habana le debe muchas obras, que fueron el teatro y mercado de su nombre, la Pescadería, la nueva Cárcel, la Quinta de los Molinos, el empedrado de muchas calles, la construcción de cloacas y dos puertas en la muralla (en vez de la de Monse-



Paseo de Tacón

rrate, única existente) para facilitar el acceso a extramuros. También hizo este gobernante la ampliación del muelle de Caballería, el Campo de Marte, el

Paseo de Tacón y la terminación de la Alameda de Paula.

Muchas obras se hicieron por administración, algunas por concesión, y casi todas haciendo trabajar en ellas a los presos por todas las causas.



Antigua Alameda de Paula

El ferrocarril Habana-Bejucal y fin de este gobierno.—En 1837, y mucho antes que en España, fué inaugurado en Cuba el primer ferrocarril, entre la Habana y Bejucal. En esta obra laboró poderosamente el Intendente de Hacienda don Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva, hombre cuya influencia fué tanta, que por convenir a sus intereses de esclavista, obtuvo el destierro de Saco, y disgustado más tarde con Tacón, consiguió su relevo el año 1838.

RESUMEN DEL CAPITULO

En 1832 sucedió a Vives don Mariano Ricafort, distinguiéndose este gobierno por la habilitación de algunos puertos cubanos para el comercio extranjero e introducción de máquinas de vapor para los ingenios.

Sucedió a Ricafort el general Miguel Tacón, precisamente al estallar en España la guerra carlista.

Tacón gobernó despóticamente; persiguió con sus arbitrariedades a Saco e interpretó las leyes a su manera y capricho. El acentuó con sus actos la división de cubanos y españoles, encontrando apoyo en el Gobierno metropolitano. En su tiempo fué descubierta la conspiración de la "Cadena Triangular o Soles de la Libertad," de la que aparecían como principales jefes Saco y Narciso López.

Sin embargo, como administrador fué Tacón un buen gobernante. Persiguió el juego y la vagancia y llevó a cabo importantes obras, como el mercado y el teatro de su nombre, la Pescadería, la Quinta de los Molinos, el Campo de Marte, y otras.

También en tiempos de Tacón (1837) y antes que en España, se inauguró el ferrocarril en Cuba, con la línea Habana-Bejucal, siendo su más poderoso impulsor el conde de Villanueva.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

- ¿Qué ventajas trajo a Cuba la habilitación de puertos?
- ¿Por qué odiaba Tacón a los americanos?
- ¿Cuál fué el verdadero motivo de la persecución contra Saco?
- ¿Por qué fué relevado Tacón?

Hágase una comparación entre el gobierno de las Casas y el de Tacón.

CAPITULO XXI

PERIODO REVOLUCIONARIO

Situación politicosocial cubana en 1838.—Ezpeleta, Anglona y Jerónimo Valdés.—Valdés y Turnbull.—Secularización de la Universidad.—Interinatura de Ulloa y gobierno de O'Donnell.—Levantamientos de negros.—Conspiración de la Escalera; Plácido.—Fin del gobierno de O'Donnell.

Situación politicosocial cubana en 1838.—La situación politicosocial de Cuba al abandonar Tacón el mando era sencillamente la de una simple colonia sin reconocimiento alguno de derechos. No se crea que la situación de inferioridad creada comprendía por igual a todos. Los peninsulares, los nacidos allá, gozaban de grandes privilegios; y no fué que hubiera

Modas del pasado



1825

1831

1830

leyes especiales para ellos: su privilegio consistía en que como seres superiores, la ley no les alcanzaba como al nativo, pues su condición de hijos de allá era hermosa garantía. Las trabas eran para el criollo, en quien se veía un enemigo de España, aunque para

Modas del pasado



1851

1848

1844

1842

1840

mostrar su españolismo se humillara hasta la abyección. Su patente de malo era no ser peninsular.

Se miraba a Cuba como a una factoría abastecedora del mercado peninsular, y los altos y pequeños puestos de la administración no eran otra cosa que botín a disposición de los partidos políticos de allá, para ahijados y secuaces.

Ezpeleta, Anglona y Jerónimo Valdés.—A Tación sucedió el general don Joaquín Ezpeleta, bajo cuyo mando fué descubierta una conspiración de negros en Trinidad, y ejecutados sus jefes. También se creó entonces la Real Audiencia de la Habana.

Sucedió a Ezpeleta don Pedro Téllez Girón, Príncipe de Anglona, y a éste, el general don Jerónimo Valdés.

Este gobernante encontró al país en uno de esos momentos en la vida de los pueblos oprimidos en que parece que, abatida la mente y embotado el sentimiento, se acepta la opresión como natural mandato del destino.

El despertar de esos pueblos se señala siempre en la Historia con caracteres indelebles; pero mientras ese despertar no llega, los opresores pueden descansar. La semilla de odio y división regada por Tación en el alma y en la conciencia cubanas habría de fructificar más tarde; mientras tanto, esa alma y esa conciencia dormían en la calma precursora de las tempestades.

Esas tempestades (despertar de los pueblos), que el despotismo prepara y acumula, necesitan, además, para que estallen, mártires y apóstoles. En el pueblo cubano iniciaron el martirologio Agüero y Sánchez; y los apóstoles fueron Varela, Saco y José de la Luz y Caballero.

Valdés y Turnbull.—Valdés no halló en Cuba conspiradores que reprimir, pero encontró empleo para todo su tiempo en la lucha en que tuvo como adversario formidable a Mr. David Turnbull, Cónsul de Inglaterra en Cuba.

Esa lucha tuvo como causa la cuestión del esclavismo. Inglaterra, opuesta al tráfico de esclavos, había convenido con España la cesación de ese tráfico; pero como el convenio se burlaba constantemente por los negreros y muchas veces en complicidad con las autoridades, Inglaterra reclamaba el cumplimiento de lo convenido, y al fin acordó con España que las flotas de guerra de ambas naciones pudieran visitar, detener y conducir a los buques negreros a presencia de tribunales mixtos establecidos en la Habana y Sierra Leona.

El Gobierno inglés, con el fin de hacer más efectiva la labor de esos tribunales, situó en el puerto de la Habana el pontón *Rodney* para depósito de negros que se declararan libres, y como complemento y para eficacia de la altruista obra, a poco de hacerse cargo del gobierno el general Valdés, llegó a la Habana, como Cónsul de Inglaterra, Mr. Turnbull, famoso antiesclavista.

Los esclavistas, que lo eran todos los prohombres peninsulares residentes en Cuba, y también no pocos cubanos, se alarmaron grandemente, y no era para menos, pues el flamante inglés, consciente de su deber y entusiasta abolicionista, representaba la ruina para los explotadores del tráfico. Llovieron las protestas de los esclavistas y las acusaciones del Cónsul contra éstos; todas las quejas y reclamaciones iban sobre Valdés, que entre el inglés y los suyos, tuvo al fin que decidirse por éstos.

Pertenece Turnbull a la Sociedad Económica. Llenos de ira los esclavistas y Valdés, quisieron como

venganza que el nombre del Cónsul fuera borrado de la lista de socios, y como Gobierno y esclavistas eran poderosos, fácil fué que obtuvieran lo que deseaban, jugando en tal suceso la ilegalidad y la sorpresa; pero no sin que protestaran cívicamente don Felipe Poey y don Antonio Bachiller y Morales.

Era Director de la Sociedad don José de la Luz y Caballero. Enfermo en el campo, se enteró de lo sucedido, y ardiendo en santa ira, levantando la energía



José de la Luz y Caballero

de su espíritu, el vigor de su mente y la entereza de su corazón, protestó indignado. En su protesta fulguraron rectitud, nobleza y patriotismo, y de tal manera pudo y supo hacer vibrar en todos la indignación que el hecho en él produjo, que la Sociedad volvió sobre su acuerdo y continuó contando entre sus socios al Cónsul inglés.

A pesar de la protesta de de la Luz, la Sociedad Económica, más tarde y por orden del general O'Donnell, separó a Mr. Turnbull de su lista de socios.

Secularización de la Universidad.—El último acto, como gobernante, de Valdés, prueba sus notables condiciones de hombre progresista; y lástima fué que el medio en que se desenvolvió le impusiera diferentes tendencias a las que de él eran de esperarse, dadas sus especiales condiciones. Ese último acto representa en la historia de Cuba un hermoso y positivo beneficio, y fué la *secularización de la Universidad*, determinando el plan de estudios de 24 de abril de 1842, que es seguramente el paso más firme que haya podido darse hacia el progreso intelectual de Cuba.

Por el citado plan de estudios, que creaba nuevas cátedras y ampliaba facultades, se logró una educación docente acertada y provechosa, tanto, que en esto la Universidad de la Habana adelantó catorce años en organización a todas las establecidas en territorio español.

Sirvió de complemento a ese beneficio la imparcialidad y buen consejo de Valdés, escogiendo para completar el cuadro de profesores a hombres de competencia tal como Antonio Zambrana, Felipe Poey, Narciso Piñero, Alejandro Auber, Ramón de Armas y Domingo León, que con Abreu, la Torre, González del Valle, Valdés y Cowley, antiguos profesores, constituyeron un hermoso exponente de cultura.

No fueron olvidados don José de la Luz, don Domingo Delmonte, don Joaquín Santos Suárez y don Antonio Echeverría; pero ellos no aceptaron.

Interinatura de Ulloa y gobierno de O'Donnell.—Sucedió a Valdés interinamente don Francisco Javier de Ulloa, y a éste, en 1843, el general don Leopoldo O'Donnell.

Este gobernante lo fué a la manera de Tacón, y su gobierno se señala principalmente por la sangre que derramó y por los atropellos y abusos con que hubo de significarse.

Levantamientos de negros.—El primer año del gobierno de O'Donnell se sublevaron los esclavos de los ingenios *Alcancia, Triunvirato, Acana* y otros. Estas sublevaciones no fueron políticas, aunque así se hicieron aparecer. Tuvieron por causa el maltrato de que eran víctimas los esclavos, y su rebeldía fué contra despreocupados dueños y crueles mayoriales. Tropas del Gobierno salieron contra ellos y los vencieron fácilmente.

Conspiración de la Escalera: Plácido.—El año siguiente (1844), año terrible que siempre será recordado con tristeza en Cuba, fué denunciada una conspiración que se llamó de la *Escalera*, porque uno de los medios empleados como tormento consistía en atar a las víctimas a una escalera para que de ese modo, sujetas y bajo el látigo, declararan.

De la Luz, Delmonte, Gener, Guiteras, Tanco, Martínez Serrano y otros cubanos de alta significación aparecieron complicados en este movimiento, más tenebroso por las víctimas que se inmolaron y por los procedimientos aplicados en su persecución que por el peligro que de él pudo derivarse.

La más significada víctima de aquel doloroso suceso fué el inspirado cantor de *Nicotencatl*, el *Juramento* y la *Plegaria*, el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, conocido por *Plácido* en la historia de las letras cubanas. Preso *Plácido* en unión de Santiago Pimienta, Andrés Dodge y otros, fué condenado a muerte y fusilado en Matanzas, en el paseo de María Cristina, la mañana del 28 de junio de 1844.

¿Hasta qué punto fué culpable *Plácido*? Pregunta es ésta que sin querer contesta don Jacobo de la Pezuela, historiador español y hombre de alto prestigio, diciendo que a *Plácido* "se supuso jefe de aquella conspiración porque no hubo la legalidad y la imparcialidad que se requiere para decidir sobre la vida y suerte de los hombres".

La razón es de esas que aturden. Pero de todos modos, aunque hubiera sido culpable el infortunado poeta, su muerte hace santa su memoria y coloca su nombre en el libro inmenso del martirologio cubano.



Gabriel de la Concepción Valdés

Fín del gobierno de O'Donnell.—El gobierno de O'Donnell, fecundo en derramamiento de sangre y en represiones brutales, sólo se significó por los sucesos enumerados, por su arbitraria orden de expulsión del Cónsul Turnbull de la Sociedad Económica y por la introducción, en 1847, de braceros chinos para los trabajos del campo.

Como si la providencia hubiera querido hacer más memorable este gobierno, en 1844 y 1846, la Isla fué azotada, especialmente en Occidente, por los dos más terribles huracanes de que se tiene memoria en Cuba.

RESUMEN DEL CAPITULO

La situación político-social cubana en 1838 era la que cabe a una simple colonia de explotación.

Los peninsulares eran seres privilegiados, con todos los derechos, por arbitrarios que fueran. Cuba no era más que una factoría, y los cubanos, seres inferiores.

De Tacón a don Jerónimo Valdés, pocos sucesos tuvieron importancia. Gobernando éste último, se entabló un duelo formidable entre esclavistas y antiesclavistas, siendo el más caracterizado de estos últimos el Cónsul de Inglaterra, David Turnbull, que en nombre de su nación causó serios perjuicios a los traficantes de esclavos. Turnbull, por orden de Valdés, fué expulsado de la Sociedad Económica, a lo que se opuso don José de la Luz Caballero, y al fin se llevó a cabo esta injusticia bajo el gobierno de O'Donnell.

Valdés hizo la secularización de la Universidad, variando el plan de estudios y mejorando el profesorado. Esta medida es seguramente la obra más grande que se ha hecho por el progreso cultural cubano.

Tras Uleoa asumió el gobierno don Leopoldo O'Donnell, que continuó protegiendo a los esclavistas. Este gobierno se distinguió por varios levantamientos de esclavos y por la célebre conspiración de la Escalera, en la que aparecieron complicados la Luz, Delmonte, Guterres y otros, y costó la vida al poeta "Plácido" y a varios más. Bajo el mando de O'Donnell, en 1847, se introdujeron en Cuba los primeros braceros chinos, para suplir a los negros, cuyo tráfico era muy perseguido por Inglaterra.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Quiénes iniciaron el martirologio cubano, y quiénes fueron los primeros apóstoles?

¿Qué hizo don José de la Luz al ser expulsado Turnbull de la Sociedad Económica?

¿Qué perjuicios sufrían los esclavistas con la actitud de Turnbull?

¿Qué importancia tuvo la secularización de la Universidad?

Dígame algo de la vida y obra de "Plácido".

CAPITULO XXII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Roncali; situación de Cuba; guerra entre México y los Estados Unidos.—Idea de los separatistas.—Narciso López y los revolucionarios.—Primer desembarco de Narciso López; sus consecuencias.

Roncali; situación de Cuba; guerra entre México y los Estados Unidos.—En 1848 fué nombrado Gobernador de Cuba don Federico Roncali, conde de Alcoy.

Las arbitrariedades de Tacón, primero; las crueldades de O'Donnell después, fomentando y desarrollando en los cubanos el desamor a la Metrópoli, y el resentimiento natural derivado de ese modo de gobernar tan absurdo, trajeron como consecuencia la inclinación a comparaciones en que el Gobierno español resultó perdidoso.

Cuando los pueblos comparan su gobierno con otros, es síntoma perjudicial para el propio, y si en la comparación llegan a la consecuencia de que el que tienen es malo, puede asegurarse que harán buena la primera oportunidad que se les presente para sustituirlo.

Eso ocurrió en Cuba, pueblo que en época no muy lejana había merecido de la Metrópoli el honor de ostentar en su escudo el lema de "siempre fiel."

El sistema colonial de España y gobiernos como los de Tacón y O'Donnell hicieron nacer en los cubanos el deseo de emancipación, y para que ese deseo se exteriorizara, sólo era necesaria la oportunidad, que vino en 1848, al finalizar la guerra entre México y los Estados Unidos con la victoria de éstos.

Los norteamericanos—agresores ellos—, sin más justificación que su deseo de expansión, impusieron a

la nación mexicana una guerra cuyo desastroso final costó a la patria de Juárez 110,000 leguas cuadradas de territorio.

Idea de los separatistas.—Ese abuso incalificable y su feliz éxito hicieron que el espíritu anexionista de muchos cubanos, decepcionados de España y deslumbrados por el fulgor de la constelación norteamericana (que crimen tal realizó impunemente), pensara como cosa posible que quien tal hizo con México podía repetirlo con la empobrecida madre patria nuestra, apoderándose en determinado momento de Cuba, para que ésta fuera una estrella más entre las muchas que ya formaban la potente constelación norteamericana.

Gaspar Betancourt Cisneros (*El Lugareño*), que ya en 1823 había pedido auxilio a Bolívar para rescatar a Cuba del dominio de España, residía a la sazón en New York y era el más decidido defensor de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, idea que defendía en el periódico *La Verdad* que allí publicaba; y era también alma del Consejo cubano de New York, organismo relacionado estrechamente con el Club de la Habana, que efectuaba sus reuniones en el palacio de Miguel Aldama.

El Lugareño, Aldama, Cirilo Villaverde, José Aniceto Iznaga y otros cubanos, no eran anexionistas en el natural sentido de esta palabra. La finalidad que perseguían era la liberación de Cuba, creyendo posible que a la sombra de la propaganda anexionista pudiera llegarse a la independencia. En eso se equivocaban, pero su deseo y buena fe les hacía caer en ese error, que siempre fué saludable, porque trajo como consecuencia la formación del espíritu separatista cubano.



Gaspar Betancourt Cisneros
(El Lugareño)

Narciso López y los revolucionarios.—Iniciados los trabajos de conspiración cubana, y precipitados por la oferta de compra de Cuba que en aquella fecha hicieron los Estados Unidos a España, fué preciso iniciar un movimiento, y se hacía indispensable un hombre que con bastante autoridad militar y con algún prestigio moral y social pudiera asumir la jefatura en el campo de la acción. El hombre surgió, y fué el general Narciso López.

Venezolano de origen y militar en el ejército es-



Narciso López

pañol, a fuerza de valor y audacia había escalado los más altos puestos militares, peleando primero al lado de España en su patria, frente a Bolívar, y más tarde, contra el pretendiente don Carlos. Allí su denuedo le hizo célebre.

Terminada la guerra carlista, vencedor el Partido Progresista, del que fué campeón, y ascendido a general, ocioso su espíritu aventurero, vino a Cuba a las órdenes de don Jerónimo Valdés, y desempeñó varios cargos hasta ser nombrado Gobernador de Trinidad.

En 1843 O'Donnell le quitó este puesto y entonces se dedicó a empresas industriales, en las que hubo de relacionarse estrechamente con Sánchez Izaga, Díaz de Villegas y otros cubanos significados y ricos.

López estaba resentido por lo que consideraba injusto premio a sus servicios, y esta circunstancia y sus relaciones, cada vez más estrechas, con los que conspiraban contra España hicieron que se decidiera a ser el hombre de acción que se necesitaba para la empresa de separar a Cuba de su Metrópoli.

Dieron principio los trabajos revolucionarios.

López; secundado por Sánchez, Díaz de Villegas, Villaverde y otros, en 1848 preparó en Manicaragua la conspiración conocida por *Mina de la Rosa Blanca*, que denunciada al Gobierno, fracasó con la prisión de Sánchez Iznaga, Díaz de Villegas y Villaverde. Este último logró fugarse milagrosamente después de condenado a muerte.

El general López, prevenido a tiempo, evadió la persecución de que fué objeto y se refugió en los Estados Unidos, donde, de acuerdo con el elemento cubano allí residente, continuó laborando contra España.

Primer desembarco de Narciso López; sus consecuencias.—A fuerza de perseverancia lograron los cubanos residentes en los Estados Unidos preparar una formidable expedición que a las órdenes del general yanqui William Worth, debía invadir a Cuba. La magnitud de esta expedición originó su fracaso, y preparada otra por el general López, fracasó también, apresada por el Gobierno norteamericano en el preciso momento en que estaba todo listo.

No desmayaron por eso los conspiradores. Un fracaso determinó mayor empeño, y al fin López, de acuerdo con la Junta cubana, logró reunir y organizar en New Orleans una expedición de 600 hombres, en su mayoría norteamericanos, como el general Henderson y el periodista Sigur. Acompañaban también a López los cubanos José Sánchez Iznaga, José Manuel Macías, Antonio J. González, José Manuel Hernández y Francisco J. de la Cruz.

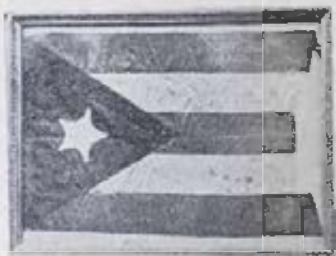
A bordo del vapor *Creole*, del bergantín *Sussan Lout* y de la barca *Georgina*, llegaron los expedicionarios a la isla Catox, de Yucatán. Allí quedaron 52 hombres con ánimo de regresar a los Estados Unidos, y fueron apresados más tarde por los españoles, que los condujeron a la Habana, y juzgados ya, debieron su salvación a las reclamaciones del Cónsul norteamericano.

López, en una arenga, recordó a los expedicionarios yanquis el ejemplo de Lafayette combatiendo por la libertad norteamericana, exhortándolos a que hicieran igual por Cuba; y mostrándoles la bandera cu-

bana, ésa que hoy es nuestro amado pabellón, les dijo: "Así que esté desplegada sobre las playas de Cuba la bandera en que contempláis los tres colores de la libertad, el triángulo que simboliza la fuerza y el orden, la estrella del futuro Estado y las fajas de sus tres departamentos, el patriótico pueblo cubano se mirará a nosotros para sostenerla con regocijo". Su fantasía le engañaba. Aún el pueblo de Cuba no estaba preparado para suceso tal, y los hechos con su abrumadora brutal elocuencia habrían de demostrar-

lo. El pueblo de Cuba era aún pueblo de mártires; más tarde sería pueblo de héroes.

La mañana del 19 de mayo de 1850, la expedición desembarcó en Cárdenas, ondeando por primera vez en Cuba la bandera de la estrella solitaria.



Copia del original ideado por Narciso López y dibujado por Teurbe Tolón.

El general Roncali desde el día 16 había sido informado por un balandro pescador de la proximidad de López, y envió en su persecución al vapor *Pizarro*, que al llegar a la isla Cato y sólo encontró los 52 hombres que allí habían quedado, haciéndolos prisioneros, y con la barca y el bergantín regresó a la Habana.

El Gobernador de Cárdenas, don Florencio Cerutti, al frente de 17 hombres del regimiento de León, intentó resistir, pero pronto fué vencido y hecho prisionero, con lo que Cárdenas quedó en poder de los expedicionarios. Este triunfo no fué de beneficio alguno para éstos, porque la población cubana, lejos de unirse al general López, permaneció indiferente y hasta en algunos casos hostil. Sólo el portorriqueño Felipe Gotay se incorporó a los invasores.

Por la tarde de ese día se presentaron en Cárdenas el alférez don José Morales y el comandante de armas de Guamacaro, don León Martínez For-

tún, al frente de 20 lanceros, 50 infantes de León y 30 paisanos. López los derrotó combatiendo en las calles de la población; pero disgustado porque el pueblo no le secundaba, determinó reembarcar e hizo rumbo a Key West, tocando antes en Cayo Piedra, donde dejó al Gobernador Cerutti, al capitán Segura y algunos prisioneros más.

Al tener noticias Roncali del desembarco de López por Cárdenas, publicó un bando declarando la Isla en estado de sitio y nombrando jefe de operaciones al conde de Mirasol, que por Jaruco y Matanzas se dirigió a Cárdenas al frente de seiscientos hombres. Ya había reembarcado López, y el vapor *Pizarro*, que salió en persecución del *Cecile*, no pudo darle alcance, entrando casi juntos ambos barcos en Key West, donde el jefe del *Pizarro* entabló reclamaciones y levantó una protesta.

De Key West se dirigió López a Savannah, donde fué detenido. Puesto luego en libertad, marchó a New Orleans, y sometido a un procedimiento militar, quedó al fin libre, acabando así aquel levantamiento.

A raíz de los sucesos mencionados y por disposición del Gobierno metropolitano, ordenó Roncali un censo de población, por el que se vió que los habitantes de Cuba ascendían a 945,440, de los cuales 457,133 eran blancos, y de éstos, 389,909 naturales del país.

En las postrimerías del gobierno de Roncali se estableció la primera línea de vapores correos entre la Habana y España, por Cádiz.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al ocupar Roncali el gobierno de Cuba encontró establecida la división entre peninsulares y cubanos. Los procedimientos de Tacón y O'Donnell habían acentuado esta división, y al ocurrir la guerra entre México y los Estados Unidos, los motivos de esta guerra y su resultado final hicieron pensar a los cubanos que bien podía arrancar a Cuba del poder de España la nación que había podido arrancar a México 110,000 leguas cuadradas de territorio.

"El Lugareño" y otros cubanos organizaron en los Estados Unidos un club y fundaron un periódico para defender la idea anexionista, encontrando un formidable auxiliar en Narciso López, venezolano de origen y general español, que disgustado con España y puesto en contacto con los cubanos, comenzó los preparativos para una conspiración que se llamó "La Mina de la Rosa Blanca". Fracasada esta conspiración, López huyó de Cuba, y organizada en los Estados Unidos una expedición de 600 hombres, desembarcó en Cuba, por Cárdenas,

enarbolando la bandera que es hoy nuestro pabellón. No encontrando apoyo en el país, desembarcó, y al pisar tierra norteamericana fué detenido a instancias del Gobierno español.

Este fué el hecho más saliente del gobierno de Roncali, bajo el cual se hizo un censo de población por el que se vió que Cuba tenía 946,440 habitantes. También al final de este gobierno se estableció la primera línea de vapores entre la Habana y España, por Cádiz.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Exponganse las causas y resultados de la guerra entre México y los Estados Unidos.

¿Fué anexionista Narciso López?

Dígame qué expedición fué la que debió venir a Cuba antes que la de López.

¿Cómo describió Narciso López la bandera con que desembarcó en Cárdenas?

¿Qué hizo Roncali al saber el desembarco de Narciso López?

¿Qué progreso significó para Cuba el establecimiento de la primera línea de vapores con España?

CAPITULO XXIII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Gobierno de Concha; sus procedimientos.—La Sociedad Libertadora y Joaquín de Agüero.—Levantamiento de Armenteros, Hernández y Arcis.—Segundo desembarco de Narciso López; combate del cañal de Frias.—Captura y muerte del general López.

Gobierno de Concha; sus procedimientos.—Por decreto de noviembre de 1850 fué nombrado Gobernador de Cuba el general don José Gutiérrez de la Concha, gobernante de la escuela de O'Donnell y Tacon. Pronto se presentó al general Concha oportunidad de ejercer su sistema de gobierno. Iniciada la idea de suprimir la Audiencia de Puerto Príncipe, el Ayuntamiento de aquella ciudad solicitó que tal cosa no se llevara a cabo, a lo que contestó Concha destituyendo al Ayuntamiento y disponiendo que en lo sucesivo quedara prohibido el derecho de petición, cosa que a más de ser arbitraria, pues el derecho de pedir es hasta de esclavos, fué prueba de las intenciones del nuevo gobernante.

De acuerdo con su política, nombró Comandante del Departamento Central al general don José Lemery, que con sus actos contribuyó más a enajenar el afecto de los camagüeyanos a España.

La Sociedad Libertadora y Joaquín de Agüero.—En 1849 se había fundado en Puerto Príncipe la Sociedad Libertadora, y su fin era secundar los planes de los emigrados del exterior.

En 1851, el Gobernador Lemery envió presos a la Habana a algunos camagüeyanos, que fueron encerrados en el Morro para ser deportados a España. Entre los presos figuraba Serapio Recio, alma de la So-

ciudad Libertadora, lo que fué un gran golpe para la dirección de los trabajos revolucionarios.

Entre los comprometidos se encontraba Joaquín de Agüero, fervoroso patriota perteneciente a una de las más distinguidas familias camagüeyanas, fundador de una escuela gratuita en Guáimaro, convencido abolicionista y hombre de grandes energías. Todas esas circunstancias hacían que el Gobierno lo vigilara sin descanso, viendo en él un posible jefe en futuros acontecimientos.

Al verificarse la aprehensión de Arango, Cisneros, Recio y otros, no podía dejar de serlo Agüero, y así hubiera sido si no escapa a tiempo y se refugia en los montes.

El día 4 de julio de 1851, reunido un pequeño grupo de abnegados patriotas en la finca San Francisco del Jucará (Casorro), lanzó Agüero un manifiesto al país y se levantó en armas contra España.

En las Tunas, por un funesto error combatieron entre sí los sublevados, y reconocidos al fin, se dirigió Agüero a la hacienda San Carlos. Allí fué asaltado por los españoles, y haciendo una valerosa defensa el caudillo camagüeyano, vió caer a su alrededor, luchando bravamente, al Lic. Francisco Torres, a Mariano Benavides y al poeta Francisco Perdomo. Entre los heridos tuvo al valeroso Augusto Arango.

Después del combate de San Carlos hizose necesario que los patriotas se dispersaran, y pensando entonces Agüero en la posibilidad de ganar la costa, se trasladó a Punta Ganado en espera de una oportunidad para salir de Cuba.

Conocedores los españoles de sus intenciones, lle-



Joaquín de Agüero

garon a la finca de don Norberto Primelles, donde supieron por un negro el refugio del fugitivo. Los españoles, llevando con ellos a Primelles, se dirigieron a Punta Ganado. Sorprendido Agüero, tras poco tiempo de combate se rindieron Castellanos, Zayas, Benavides, Piedra y otros. Agüero y José Tomás Betancourt, aprovechando la confusión, trataron de escapar; pero alcanzados, fueron presos y todos conducidos a Puerto Príncipe, donde se les sometió a la Comisión Militar.

Esta condenó a Miguel Castellanos a diez años de presidio en Ceuta. Joaquín de Agüero, José Tomás Betancourt, Fernando de Zayas y Miguel Benavides, fueron condenados a ser pasados por las armas, sentencia que se efectuó el día 12 de agosto de 1851, en la sabana de Arroyo Méndez.

Agüero y sus infortunados compañeros murieron como mueren los caballeros y los mártires de una causa santa, siendo su muerte digna y valerosa. Aquel día funesto fué de luto para Puerto Príncipe. Las familias, consternadas, abandonaron llorosas la ciudad para no presenciar la ejecución ni sentir las fatídicas descargas, y por muchos días, la capital camagüeyana vivió como si hubiera sufrido una enorme convulsión.

La tumba de aquellos mártires no tuvo coronas; pero la piedad de amigos fieles plantó más tarde, como monumento, en el parque camagüeyano, cuatro palmeras, que recuerdan aquellas cuatro nobles vidas sacrificadas por la libertad cubana.

Levantamiento de Armenteros, Hernández y Arcis.—El día 24 de julio había estallado en Trinidad un movimiento revolucionario, que aunque importante por la personalidad de los que lo iniciaron, fracasó por la inexperiencia de éstos y por la pronta y tenaz persecución de que fué objeto.

Fueron cabezas de este movimiento el teniente coronel graduado de milicias don Isidoro Armenteros, el poeta y profesor de instrucción pública Fernando Hernández Echerrí y Rafael Arcis, mayoral del ingenio Palmarito. Al frente de 69 hombres y en las márgenes del río Ay, se levantaron estos pa-

triotas con el propósito de secundar el desembarco de López, al que ya suponían en Cuba por segunda vez, y el levantamiento de Agüero.

Después de un corto tiroteo con una fuerza española, se internaron en los montes, y poco a poco, unos se acogieron a indulto y otros fueron hechos prisioneros. El Gobierno esta vez fué, como la anterior, inexorable, y el día 18 de agosto de 1851, en el campo llamado la Mano del Negro, en Trinidad, Isidoro Armenteros, Fernando Hernández y Rafael Arcis fueron pasados por las armas; y condenados a presidio, Ignacio Belén Pérez, Néstor Cadalso, Juan O'Burke, Alejo Iznaga, José María Rodríguez y seis más.

Dolorosas fueron estas muertes, que privaron a Cuba de amantes hijos; pero más que ninguna lo fué la de Hernández Echerrí, joven que a su varonil belleza física unía, y en grado superior, inteligencia y cultura.

Segundo desembarco de Narciso López; combate del cafetal de Frias. — El mismo día que Agüero caía en Camagüey destrozado por las balas españolas, desembarcaba en Cuba por segunda vez el general Narciso López.

De acuerdo con los elementos cubanos residentes en los Estados Unidos, y con gran perseverancia, había hecho los preparativos para su segunda expedición.

Esta vez acompañaban al General insurrecto los cubanos Ramón Arnao, José Elías Hernández, Ildefonso Oberto, Antonio de Zayas, Francisco A. Lainé, Julio Chassagne, Juan Arnao, el coronel húngaro Pragay, William Crittenden, hijo de un senador norteamericano; los coroneles Wheat, Nardy, Foster, Clark, Gotay, el portorriqueño que se había incorporado en Cárdenas y sobre 500 hombres más, de diferentes nacionalidades.

Salió López de New Orleans a bordo del vapor *Pampero* y desembarcó en Playitas, cerca de Bahía Honda. En el acto de su llegada y al enterarse de lo ocurrido en Camagüey y Trinidad, comprendió la gravedad de su situación, y valiente como era, quiso

correr la aventura, en último caso vendiendo cara su vida.

Cometió el error de dividir su fuerza dejando una parte en el Chorrillo con Crittenden, y él con el resto se dirigió a las Pozas, donde en combate con el general español Enna perdió a Oberto y a Pragay, dos pérdidas en aquellos momentos muy sensibles.

Tan pronto el Gobierno tuvo noticias de la presencia del *Pampero* en aguas cubanas, ordenó al general Enna que al frente de ochocientos hombres y a bordo del vapor *Pizarro* saliera en su persecución.

Desembarcó Enna en Bahía Honda, marchando a San Miguel, de donde se dirigió a las Pozas para trabar combate con López. Reunidos el día 14 los generales Enna y Rosales al frente de mil ochocientos hombres, cayeron sobre el General insurrecto, que se encontraba en el cafetal de Frías.

En apoyo de los españoles acudió una nueva columna de trescientos hombres, procedente de Guanajay. López, creciéndose ante el peligro y despreciando la superioridad numérica de su enemigo, comenzó la pelea atacado por todas partes y luchando como león enfurecido. Cayó herido de muerte el general Enna, y López, después de un desigual y glorioso combate, tuvo que dispersarse internándose en las montañas.

Fueron sus más tenaces perseguidores los guajiros de Vuelta Abajo, que, en lugar de incorporársele como creyó que sucedería, lo acosaron sin descanso.

Crittenden y sus compañeros, que habían quedado en el Chorrillo, no habiendo podido incorporarse al General, determinaron reembarear para los Estados Unidos; pero encontrados en Cayo Levisa por el vapor *Habanero*, fueron apresados y conducidos a la Habana, donde murieron fusilados en la falda del castillo de Atarés, el 16 de agosto.

Captura y muerte del general López.—Combatiendo diariamente contra enemigos infinitamente superiores y en suelo hostil, López, derrotado el 22 en la Candelaria de Águacate después de una lucha heroica, fué alcanzado nuevamente en

el Rosario, y capturado por fin en Los Pinos del Rangel por los españoles, a quienes guió José Antonio Castañeda.

Conducido al Mariel, fué embarcado en el vapor *Isabel* y trasladado a la Habana, donde sufrió con el valor de toda su agitada vida la pena de muerte en garrote, el 1º de septiembre de 1851.

Narciso López mereció morir como mueren los soldados, si no de frente a los fusiles, cuando menos desplomándose al fragor de una descarga. El dijo al morir "que su muerte no cambiaría los destinos de Cuba," y así fué, sirviendo ella para hacer ante el mundo menos simpática la causa de España en su lucha con Cuba. El crimen puede hacer morir a un hombre, puede hasta retardar un acontecimiento histórico; pero es imposible que varíe las leyes del destino escritas en la marcha de la humanidad. En cuanto a la muerte en garrote del general López, sufrieron un error los que creyeron con eso deshonrarlo. La muerte infamante no degrada: lo que deshonra y envilece es el crimen, aunque no sea castigado.

RESUMEN DEL CAPITULO

Don José Gutiérrez de la Concha fué un gobernante a la manera de Tacón y O'Donnell. Prohibió el derecho de petición, y nombrando a Lemery Gobernador del Departamento Central, dió lugar a que por los procedimientos de este hombre se hiciera mayor la división en Camagüey.

Los camagüeyanos fundaron la Sociedad Libertadora, y vigilados por el Gobierno, en 1851 sus principales miembros fueron presos. Logró escapar Joaquín de Agüero, uno de sus principales jefes, y levantado en armas, tras varios combates fué hecho prisionero y fusilado con tres compañeros en la Sabana de Arroyo Méndez, Puerto Príncipe.

Poco antes de ocurrir estos sucesos se habían levantado en Trinidad Isidoro Armenteros, Fernando Hernández Echerri, Rafael Arcis y otros. Perseguidos igual que Agüero, cayeron en poder de sus perseguidores y fueron fusilados los tres citados en el Campo de la Mano del Negro, en Trinidad.

El mismo día (12 de agosto de 1851) que caía Agüero desembarcaba en Cuba por segunda vez el general Narciso López. Traía unos 600 hombres como la vez anterior, y desembarcó por Playitas. Perseguido activamente por numerosas tropas y no siendo secundado, combatió como un héroe, y al fin, tras varios reñidos combates en que siempre fué vencedor, agotado, dispersó sus fuerzas. Arrebió la persecución y cayó al cabo en poder de sus enemigos en los Pinos del Rangel. Conducido a la Habana, murió en garrote el 1º de septiembre

de 1851. Murió con el valor de toda su vida, y dijo al morir que su muerte no cambiaría los destinos de Cuba.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Qué cosas notables había hecho Agüero antes de levantarse contra España?

¿Cómo recordaron los camagüeyanos la muerte de Agüero y sus compañeros?

¿Quién fué Fernando Hernández Echerri?

¿Por qué los cubanos no secundaron tampoco el segundo desembarco de López.

¿Qué dijo Narciso López al morir?

¿Cómo debió morir Narciso López?

CAPITULO XXIV

PERIODO REVOLUCIONARIO

Gobierno de Cañedo; conspiración de Vuelta Abajo.—Facciolo.— Muerte del padre Varela.—Pezuela y Concha.—Muerte de Castañeda.—Suplicio de Pintó y muerte de Strampes.—Fracaso de otra expedición y fin del gobierno de Concha.—El duque de la Torre.—Cómo acogieron los cubanos a Serrano.—Periódico "El Siglo".—Gobierno de Dulce.

Gobierno de Cañedo; conspiración de Vuelta Abajo.—En 1852 substituyó a Concha don Valentín Cañedo, quien tuvo a su cargo el trabajo de recoger el fruto de los desaciertos de aquél.

La muerte de Agüero, Armenteros y Narciso López, lejos de servir, como creyeron los españoles, para amilantar en los cubanos el espíritu de rebeldía, sirvió más bien para darles mayores bríos, y en demostración de eso, vemos que en el mismo teatro de las proezas y desventuras del general López, reciente aún el ejemplar castigo y fresco el recuerdo de los sucesos, se descubrió la conspiración de Vuelta Abajo, cuyos directores fueron Anacleto Bermúdez, el conde de Pozos Dulces (cuñado del general López), Porfirio Valiente y Carlos del Castillo, secundados por Luis Eduardo del Cristo, Antonio y Juan Bellido de Luina, Benigno Gener, Ramón de Palma y otros más.

Al descubrirse esta conspiración, el Gobierno condenó a muerte a del Cristo y al rico hacendado de Vuelta Abajo Juan González Alvarez, a quienes ya en las gradas del patíbulo les fué indultada la pena.

Facciolo.—Hasta las camagüeyanas Luisa del Castillo y su madre, Angela Guerra, sufrieron prisión por esta causa, por encontrárseles bordando banderas. Menos afortunado que del Cristo y González fué

Eduardo Facciolo, regente y cajista de la imprenta en que se tiraba "La Voz del Pueblo", periódico que redactó Juan Bellido de Luna y que suprimió Cañedo. Bellido huyó al extranjero; pero siendo necesario continuar la publicación, Anacleto Bermúdez contó con Facciolo, y este fervoroso patriota continuó imprimiendo el periódico clandestinamente, hasta que, denunciado y preso, fué condenado a la pena de garrote, que sufrió en la Punta el 28 de septiembre de 1852, a pesar de las súplicas de su anciana madre, que no pudo conmover a Cañedo y murió poco después loca de dolor.



Félix Varela

Muerte del padre Varela.—El 18 de febrero de 1853 murió en San Agustín de la Florida el ilustre cubano presbítero Félix Varela. Fué Varela uno de los precursores de la libertad cubana. Dedicado al profesorado, desempeñó la cátedra de filosofía en el Seminario de San Carlos, y lo mejor que puede decirse en su honor es

que fué maestro de de la Luz, quien refiriéndose más tarde a él, se expresó así: "Mientras se piense en la Isla de Cuba, se pensará con veneración y afecto en quien nos enseñó a pensar."

Nombrado Varela diputado por Cuba en las Cortes españolas, votó por la destitución de Fernando VII, lo que le costó huir para refugiarse en los Estados Unidos, donde residió hasta su muerte. Sobre su tumba grabaron este epitafio: "Cuba le dió cuna; Florida, sepultura."

Pezuela y Concha.—Sucedió a Cañedo, en 1853, el general marqués de la Pezuela, hombre caballeroso y digno a la manera del insigne general las Casas;

abolicionista decidido, que por haber llamado, en un bando, *niños* a los que se conocían como *negritos* y *mulaticos*, mereció el odio del partido integrista, que no paró hasta conseguir su relevo, sustituyéndolo el ya famoso y funesto don José Gutiérrez de la Concha, Gobernador de Cuba por segunda vez.

El partido integrista, compuesto en su gran mayoría por peninsulares, elemento aventurero enriquecido en negocios de honradez discutible, y en muchos casos por medio del tráfico clandestino; elemento que por origen, educación y tendencias, no podía encontrar buena la gestión de Pezuela, recibió a Concha con bulliciosos festejos, esperando, según propia declaración del General consignada en sus Memorias, una política eminentemente española, lo que significaba de irritantes preferencias para los peninsulares y de postergaciones despectivas para los hijos del país.

Muerte de Castañeda.—Recién llegado Concha a Cuba, ocurrió la muerte de José Antonio Castañeda, el aprehensor de Narciso López. El Gobierno español había premiado a Castañeda nombrándolo capitán de un escuadrón rural de Fernando VII. Al anocheecer del 12 de octubre de 1854, encontrábase en el café *Marte y Bona*, en la Habana, y un tiro disparado desde afuera lo dejó muerto. Su matador logró evadirse. Se llamaba Nicolás Vignau y al llegar a New Orleans se presentó el conde de Pozos Dulces con el nombre de Nicolás Vengó.

Este hecho, que fué un crimen vulgar a pesar del carácter de que se le quiera revestir, contribuyó a exacerbar las pasiones y fué una de las causas que decidieron a Concha a reorganizar las milicias que había disuelto Pezuela. Así se formaron los *Batallones de Voluntarios*, esos célebres voluntarios que tantas páginas de sangre y luto escribieron en la historia de Cuba.

Suplicio de Pintó y muerte de Strampes.—En enero de 1855 se presentó a Concha un ex presidiario llamado González o Rodríguez, que se decía conocedor de planes revolucionarios de los emigrados cubanos de acuerdo con habitantes del país. El tal Gon-

zález o Rodríguez manifestó al General que los cubanos a que se refería le habían proporcionado la libertad, y que por tener toda su confianza, él hacía frecuentes viajes a New Orleans trayendo y llevando correspondencia.

El delator probó o no todo lo que decía; el caso fué que como consecuencia de tal denuncia, se redujo a prisión a don Ramón Pintó, a don Juan Cالدالو, administrador del conde de Peñalver, y al doctor Nicolás Pinelo.

Grave debió ser la denuncia y concluyentes las pruebas para que se procediera así con personas tan significadas, y especialmente con el primero.

Era don Ramón Pintó natural de Cataluña. Dedicado a la carrera religiosa en su juventud, la abandonó por haber tomado parte en los sucesos políticos de 1820-23 ocurridos en España.

Llegó a Cuba como ayo de los hijos del barón de Kessel, y a la muerte de

Fernando VII, apoyado por el Barón, fué nombrado Contador del Crédito Público de Cuba, cargo de que no llegó a tomar posesión por haberse opuesto a ello el conde de Villanueva, Intendente de Hacienda, que comprendía en Pintó un talento superior al suyo.

No era Pintó hombre que cerrado un camino se cruzara de brazos, y buscó en los negocios campo para su acción e iniciativas. Merced a sus especiales condiciones, pronto logró abrirse paso, y como además era hombre de exquisita educación, entró fácilmente en los círculos sociales, llegando a ser Presidente del Liceo de la Habana. De ideas avanzadas además, estrechó relaciones con los elementos cubanos que



Ramón Pintó

conspiraban, y para los que fué, por su origen y condiciones, un poderoso auxiliar.

Ilustrado, inteligente, acertado en los negocios y relacionado con la mejor sociedad habanera, natural fué que Pintó pudiera acercarse a la primera autoridad de la colonia, que lo era entonces Concha en su primer mando. Pronto Concha y Pintó llegaron a ser amigos, hasta el extremo de que al cesar aquél en el mando y emigrar a Francia por sucesos ocurridos en España, se carteaban a menudo.

Al hacerse cargo Concha del gobierno de Cuba por segunda vez, fué Pintó uno de los que más hubo de distinguirse en el recibimiento que se le hizo, y por todas estas circunstancias, parecía que nada podría romper la armonía entre ambos. Un día, sin duda por el modo de ser especial de Concha, inconstante en todo, hubo de hacer algo que mortificara a Pintó, y éste, respondiendo a su carácter impetuoso, manifestó su disgusto tan alto, que llegó a oídos del General. Así las cosas, ocurrió la denuncia, y como consecuencia, la prisión de Pintó, Cadalso y Pínelo.

Instruida la causa, el fiscal pidió la pena de muerte para Pintó y la de diez años de presidio con extrañamiento perpetuo para Pínelo y Cadalso. Los vocales del tribunal no aceptaron esta petición, opinando que los tres debían ser condenados a muerte.

Mientras duró la tramitación de esta causa, los familiares y amigos de Pintó pusieron en juego todo género de recursos para salvarlo, siendo inútil en esta gestión se hizo. Quizás Concha, recordando el afecto pasado y hasta intereses existentes entre ambos, hubiera sido elemente; pero el elemento español, representado por los voluntarios, hubiera creado un conflicto, y Pintó fué al fin condenado a la última pena en garrote.

Se ha dicho que en poder de Pintó existían cartas comprometedoras para Concha. Pudo ser, pero nadie ha podido afirmarlo de modo concreto. Lo cierto fué que el 22 de marzo de 1855 el desventurado Pintó moría agarrotado en la Punta.

El 31 del mismo mes murió de igual modo el joven Francisco Strampes, detenido en Baracoa cuando a bordo de un barco norteamericano trataba de

introducir en Cuba un cargamento de armas y pertrechos para efectuar un levantamiento.

Dos nombres más se inscribieron en el libro del martirologio cubano, y un nuevo motivo de odio se creó entre Cuba y España.

Fracaso de otra expedición y fin del gobierno de Concha.—Después de estos sucesos, la Junta Revolucionaria de New York publicó un manifiesto por el que se vió que la conspiración existió realmente. Frente a este movimiento debió ponerse el general norteamericano Quitman, a quien se entregaron grandes cantidades para la compra de armas y pertrechos. Este General, después de un viaje a Washington, y cuando la Junta más confiaba en él, se desligó del compromiso sin explicación alguna y sin rendir cuenta del dinero que se le había entregado.

Entonces el Gobierno de Washington estaba en tratos con España para comprarle Cuba, y por eso se oponía a toda tentativa revolucionaria.

En 1856 hizo Concha un recorrido por la Isla, y el resultado de este paseo se limitó a la concesión de cruces y gracias, a fiestas y banquetes.

En 1857 se fundó el Banco Español de la Habana con un capital suscrito de 6,875,200 pesos.

Otra de las creaciones de Concha fué la de los *somatenes*, cuya finalidad era la persecución de bandidos de que estaba infestado el país. Los referidos somatenes fueron tan combatidos, por ineficaces, que se suspendió esa creación.

El 1° de junio de 1858 se inauguró el ferrocarril de Regla y Guanabacoa a Matanzas.

El duque de la Torre.—Por fin en 1859 cesó Concha en el gobierno de Cuba, dejando como recuerdo suyo al país gravado con impuestos, débil el tesoro, más grande la división entre cubanos y españoles y habiendo tenido el don especial de no contentar a nadie. Sólo dejó que más o menos clandestinamente entraran en Cuba numerosas expediciones negras que provocaron reclamaciones de Inglaterra.

El sucesor de Concha, don Francisco Serrano y Domínguez, duque de la Torre, fué uno de los más

valerosos hombres que jamás haya vestido uniforme militar. Sus hechos de armas y sus exquisitas condiciones sociales hicieron que a raíz de los sucesos españoles del 56 le confiara O'Donnell el cargo de Embajador de España en París, puesto que remneió por delicadeza cuando en 1857 sucedió a O'Donnell el ministerio Narváez-Nocedal.

Vuelto O'Donnell al poder en 1858, queriendo premiar a Serrano y no siéndole posible darle un puesto diplomático, le dió la Capitanía General de Cuba.

El nombramiento de Serrano fué como un desagravio de O'Donnell a Cuba por su más que severa

Modas del pasado



conducta cuando fué gobernador. Dadas las circunstancias, no podía escogerse otro más grato al país. Era Serrano, a más de valiente, afable y caballeroso. La razón de estar casado con una cubana y llegar ofreciendo a los hijos del país el cumplimiento de las leyes especiales tan prometidas desde 1837, hicieron que la confianza renaciera; que los cubanos no vieran en el Gobernador a un enemigo sistemático y que el país en general respondiera a risueñas esperanzas.

Desgraciadamente para los intereses de España en Cuba, los intransigentes españoles, en vez de secundar los nobles y generosos propósitos de Serrano, pusieron cuantos obstáculos fueron posibles a su gestión de gobernante imparcial y justo.

Aquellos elementos, alardeando de un patriotismo cuya base era el logro y beneficio de sus personales intereses, no podían ni querían resignarse a ser españoles a secas; a ser iguales a los que, tan súbditos de España como ellos, habían nacido aquende el mar, y se les hacía difícil pensar que el gobernante pudiese prescindir de su concurso, convertidos en *camarilla*.

Cómo acogieron los cubanos a Serrano.—La consecuencia inmediata de la política de Serrano fué que los elementos del país, ganados por su natural bondad y generosa actitud; causados, por otra parte, de dolorosos esfuerzos revolucionarios, pensaran en la restauración de sus intereses materiales y en la obtención pacífica de legítimos derechos.



Conde de Pozos Dulce

Aldama, Morales Lemus, Mestre, y sobre todo don Francisco Frias, conde de Pozos Dulces, abierta y francamente se pusieron al lado del gobernante.

El conde de Pozos Dulces, hermosa encarnación de aquellos sentimientos que brotaron al calor del agradecimiento y del afecto, era el hombre más a propósito para representar los intereses anhelados. Revolucionario antiguo, perseguido constantemente y emigrado siempre, al conocer allá en Europa las intenciones de Serrano, regresó a la Habana y puso a su disposición su reflexivo y cívico espíritu, sus inmensos conocimientos agrícolas y económicos del país y su vasta cultura científica y literaria, reservándose sólo sus indomables energías en pro del progreso social, material y político de Cuba.

Contribuyó a hacer más querido el nombre de Serrano su generosa conducta frente al cadáver de don José de la Luz, muerto el día 22 de Junio de

1862, rodeado de sus discípulos, en el colegio "El Salvador".

El General quiso testimoniar solemnemente la estimación y respeto que le merecían los restos de aquel *que fué grande por sus virtudes públicas y privadas*, y para ello organizó los funerales del maestro, ceremonia que fué una grandiosa e imponente manifestación.

Con bendiciones y lágrimas de agradecimiento pagaron los cubanos aquel acto de respeto y de cariño. La lira de Fornaris, libre siempre y hasta aquel día rebelde, vibró intensa en canto agradecido. Sólo los intransigentes de siempre, españoles a su modo, no supieron comprender que es así como un pueblo se somete y ama a los que le gobiernan.

Periódico "El Siglo".—Aquel ambiente justiciero necesitaba un periódico que expusiera las necesidades generales del país e indicara y defendiera medidas de aplicación, y esta necesidad vino a llenarla "El Siglo", que fundó José Quintín Suzarte y que adquirió por Miguel Aldama, José Morales Lemus, Pedro Martínez Rivero, José Manuel Mestre, Antonio Fernández Bramosio y José Valdés Pauli, fué confiado a la inteligente dirección del conde de Pozos Dulces, secundado por Ricardo Delmonte y José de Armas y Céspedes.

"El Siglo" fué acogido de un modo entusiasta y pronto llegó a ser el vocero elocuente y autorizado de la opinión liberal del país, tanto, que inspirado en las doctrinas de su Director, expuestas en un vibrante y hermoso artículo a que con ataques e insinuaciones le obligó la prensa intransigente, artículo en el que se declaró partidario de obtener para Cuba todos los atributos de una *provincia española*, dió vida al Partido Reformista, apoyado en España por Serrano, el periódico "La América" y la prensa liberal española.

Gobierno de Dulce.—Sucedió, en 1862, al duque de la Torre, el general don Domingo Dulce, marqués de Castell-Florit.

Difficil era el momento en que se hizo cargo del gobierno el general Dulce. La dificultad no estaba

en el país, sino en el exterior. En los Estados Unidos acababa de estallar la guerra de secesión; en Santo Domingo ardía la insurrección; en México, los estragos de la guerra civil ensangrentaban el suelo en que el gran Juárez combatía al usurpador Maximiliano; y como si todo eso fuera poco, surgió el conflicto hispano-chileno-peruano.

Todas estas cuestiones externas habían de influir algo en Cuba, y especialmente la primera, a la que es preciso que nos refiramos aunque no sea más que someramente.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al sustituir Cañedo a Concha en 1852 recogió el frato de los desciertos de éste. Los cubanos, cada día más distanciados de España, prepararon una conspiración que se llamó Conspiración de la Vuelta Abajo, dirigida por Anacleto Bermúdez y el Conde de Pozos Dulces. Descubierto el movimiento, fueron condenados a muerte Juan González Alvarez y Eduardo del Cristo, siendo inculcados después, no así Eduardo Faciolo, que continuó imprimiendo "La Voz del Pueblo", periódico de los revolucionarios, y denunciado, aquél murió en garrote.

Al comenzar el año 1853, Cuba perdió en Félix Varela uno de sus grandes hijos, y ese mismo año sucedió a Cañedo el marqués de la Pezuela, a quien relevó poco después don José Gutiérrez de la Concha, gobernador de Cuba por segunda vez, y que fué recibido por los españoles con gran regocijo. A poco de llegar Concha murió asesinado Castañeda, el aprehensor de Narciso López, y a causa de esta muerte, Concha reorganizó las milicias, de donde surgieron los célebres y terribles batallones de voluntarios.

Denunciada a Concha una conspiración, éste ordenó la prisión de sus presuntos jefes, Ramón Pintó, Juan Cadalso y Nicolás Pinedo. El más importante de los presos era Pintó, y condenado a muerte, fué agarrotado en la Punta el 22 de mayo de 1855. Ese mismo mes, y acusado también de conspirador, murió en garrote Francisco Strampes, que había sido preso en Baracoa.

Como consecuencia de esta conspiración debía venir a Cuba una expedición a las órdenes del general norteamericano Quitman, quien sin explicar la causa ni devolver el dinero que le habían dado, rompió su compromiso.

Gobernando Concha se fundó el Banco Español y se inauguró el Ferrocarril de Regla y Guanabacoa a Matanzas.

Sucedió a Serrano el general don Domingo Dulce en el más dilleroso, que fué recibido con disgusto por los peninsulares y con grandes esperanzas por los cubanos. Estos, pensando que al amparo de Serrano podrían pensar y exponer sus pensamientos, fundaron el periódico "El Siglo," confiando su dirección al conde de Pozos Dulces. "El Siglo" fué el vocero de la opinión liberal cubana y libró vibrante y provechosa campaña en pro de libertades y derechos para Cuba.

Serrano se había ganado la eterna gratitud cubana rindiendo honores y respetos a la memoria y en honor de don José de la Luz Caballero, muerto el 22 de junio de 1862.

Sucedió a Serrano el general don Domingo Dulce, en el más difícil de los momentos, por coincidir precisamente en ese instante la guerra de secesión norteamericana, la insurrección de Santo Domin-

go, la guerra civil en México y el conflicto hispano-chileno-peruano. Todos estos sucesos habían de resonar en Cuba, y especialmente la guerra civil de los Estados Unidos.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Quién fué don José de la Luz y Caballero?

¿Por qué el elemento peninsular rechazó a Pezuela y agasujó a Concha?

Por qué los Estados Unidos se oponían en este instante a tentativas revolucionarias?

¿Quién fué el Conde de Pozos Dulces?

¿Quién fué Don José de la Luz y Caballero?

Digase algo de la guerra civil en México.

CAPITULO XXV

PERIODO REVOLUCIONARIO

Guerra de secesión americana.—Opinión en Cuba con motivo de la guerra de secesión.—Progreso cultural cubano.—El Partido Reformista.—La Junta de Información.—Desengaño.

Guerra de secesión americana.—Al constituirse los Estados Unidos de Norte América, los intereses económicos de los estados del Norte frente a los intereses de los estados del Sur determinaron dos tendencias que por sus condiciones especiales habrían de traer un inevitable choque. Los estados del Norte, industriales por razón de clima y producción, tenían como garantía en el desenvolvimiento de su riqueza *el trabajo libre*; y los otros, que eran agrícolas, sólo consideraban posible el desenvolvimiento de su actividad por *el trabajo esclavo*, lo que hacía que en los primeros imperara la tendencia abolicionista, y la esclavista en los del Sur.

El Congreso americano intentó resolver la cuestión votando la ley que se denomina *Compromiso de Missouri*; pero la voz del ilustre estadista de Carolina del Sur John C. Calhoun, Vicepresidente de la República, se alzó defendiendo la teoría de que los estados tenían el derecho de dejar incumplidas las leyes del Congreso cuando esas leyes perjudicaban sus intereses.

Esa teoría fué brillantemente combatida en el Senado por el gran orador Daniel Webster, sin que por el momento se consiguiera más que ganar tiempo incorporando a California sin esclavitud, suprimiendo el tráfico en Washington (Distrito Federal) y dictando otras leyes cuyo resultado final fué que al

fin, de los estados de la Unión, en 1850, fueran abolicionistas diez y seis y quince esclavistas.

Los intereses de uno y otro bando crearon odios, excitaron pasiones y agravaron de tal modo la cuestión, que hasta en el Senado se entabló una lucha oratoria sin cuartel, en la que el campeón esclavista Douglass, secundado por Buller Mason, cayó abrumado muchas veces por la palabra elocuente, generosa y persuasiva del insigne abolicionista Sumner.

Así las cosas, comenzó la exploración y población de Kansas y Nebraska. Douglass consiguió que a los pobladores de esos estados se les dejara en libertad de hacer lo que a sus intereses conviniera, y como esos pobladores eran abolicionistas y esclavistas, la libertad concedida sirvió para sangrientas escenas entre unos y otros.

Muchas veces, en la historia de los pueblos, un acontecimiento cualquiera, por insignificante que sea, influye de tal modo, que determina la razón de sucesos de gran importancia. En 1852, una mujer hasta entonces ignorada y modesta, conmovida por los sufrimientos de los negros esclavos, escribió y publicó un libro que denominó *La cabaña del Tío Tomás*. Sin notables bellezas literarias, pero con sentimiento y gran verismo, Harriet Beecher Stower narró de tal manera los horrores de la esclavitud y los dolores del negro, que su libro fué como pólvora en fuego, y buscado y leído, influyó de tal modo en el espíritu público, que él, más que nada, sirvió para la afirmación del credo abolicionista, dando celebridad eterna a su autora y relativa libertad al negro americano.

En 1856 fué electo Presidente de los Estados Unidos Jaime Buchanan, y después de una administración defectuosa por todos conceptos, la Unión vió en 1860 separarse de su seno a los estados esclavistas de Carolina del Sur, Mississippi, Florida, Georgia, Louisiana y Tejas, constituyéndose en nación independiente con el nombre de Estados Confederados de América.

Ese mismo año subió a la Presidencia de los Estados Unidos, apoyado por el Partido Republicano, Abraham Lincoln, que en medio de la gravísima agita-

ción por que atravesaba el país, supo y pudo esperar sereno.

El bombardeo y toma del fuerte Sumter (federal) por los confederados determinó la guerra civil, y Lincoln, al llamar a las armas a la nación, se vió respaldado por trescientos mil voluntarios.

El ejército del Sur, más preparado y mejor mandado, ganó la batalla a Bull Run y adquirió notables ventajas. La guerra continuó con suerte varia. Lincoln, en 1863, dió el decreto de abolición de la esclavitud, lo que trajo a las filas de los federales gran cantidad de negros, que ya libres, supieron morir como hombres.

La célebre marcha al mar de Sherman, que originó la toma de Savannah, y la batalla de Five Forks, con la toma de Richmond por Grant, determinó la rendición de Lee, General en Jefe del ejército del Sur, y como consecuencia, el fin de la guerra en 1865, con el triunfo federal.



Abraham Lincoln

Opinión en Cuba con motivo de la guerra de secesión.—La opinión en Cuba con motivo de esta guerra se mostró perfectamente definida. Para los españoles, el triunfo del Norte significaba la creación del peligro que para España pudiera originarse con la formación allí de una nación liberal y potente que un día quisiera ejercer la hegemonía de su fuerza, o cuando menos actuar en la política americana en cualquier forma, siempre perjudicial a los intereses

de España en Cuba. Además, el triunfo federal tenía que representar necesariamente mucho efecto en beneficio de la abolición de la esclavitud, y eso significaba un gran golpe para los intereses económicos de los integristas, cuya fortuna había sido hecha con los beneficios del tráfico, o amasada con el sudor y la sangre de infelices esclavos.

Frente a esa opinión tenían que estar necesariamente los cubanos, para quienes todo cambio liberal en el escenario de la política norteamericana habría de ser, cuando menos, de grandes esperanzas para el porvenir de Cuba, y así lo demuestran los artículos y polémicas de aquellos días de "El Siglo" frente a periódicos integristas como "La Prensa" y el "Diario de la Marina".

El triunfo federal, barriendo el esclavismo en Norte América, significaba la abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico a plazo más o menos largo. Consecuencia de ese triunfo y de la labor abolicionista que él originó fué la ley Moret de 1870.

El sentimiento abolicionista cubano tuvo su más alto exponente al iniciarse la Revolución del 68 con el inmortal decreto de Céspedes, que fué hecho bueno por el general Martínez Campos en el Zanjón, y cumplido en 1886 con el reconocimiento por España de la libertad a los negros cubanos.

Progreso cultural cubano.—Era natural que en los sucesos originarios de la guerra de secesión norteamericana discreparan tanto en opinión españoles y cubanos. Para los primeros, Cuba era una colonia de explotación a la que ellos venían sólo en busca de riquezas. La población intelectual española, aquella capaz de pensar con altruismo, no emigró jamás a Cuba y desconocía sus necesidades y aspiraciones, o conociéndolas, las miraba indiferente, preocupada en necesidades y aspiraciones metropolitanas.

A Cuba venía la población emigradora de todos los pueblos, población que en el suelo propio nace y vive pobre, crece inculta y falta de medios a su alcance para desenvolverse en la vida, y recurre a la aventura y espera en la emigración los beneficios del porvenir.

Elementos de tal clase sólo podían pensar en los medios posibles para llegar a ser ricos. Sus tendencias no podían ser otras que aquellas a que sus intereses personales convinieran, y de ahí su oposición constante a todo lo que significara acereamiento entre la Metrópoli y la colonia, y oposición también a todo lo que fuera vislumbre de libertad o derechos. Elementos, en fin, que no se preocupaban más que de

sí, y el progreso intelectual del país no podía nunca redundarles en beneficio.



Gertrudis Gómez de Avellaneda

Los cubanos, en cambio, conscientes de que la cultura de un pueblo es su mejor factor de progreso, no sólo acogían con entusiasmo todo movimiento externo que pudiera ser de interna utilidad, sino que yendo más lejos, procuraban por todos los medios a su alcance adquirir mayor saber, y así se explica que la

semilla regada por los padres Caballero, Varela y Tristán de Jesús Medina produjera abogados como Escobedo, Mestre, Cintra, Azcárate, Govantes, Carbonell y Anacleto Bermúdez; historiógrafos como Valdés, Bachiller y Morales, la Torre y Jimeno; hombres de ciencia como Poey, Pichardo, Reinoso y Frías; pensadores como de la Luz; publicistas como Saco; periodistas como Delmonte; escritores como Piña, Zambrana, Anselmo Suárez, Jorrín, Angulo y Echevarría; y maestros y literatos como González del Valle y Cirilo Villaverde, el autor de la novela *Cecilia Valdés*.

En las páginas de la historia colonial de Cuba desfilan también como precursores de tiempos de libertad esos románticos soñadores que en las letras patrias se hicieron inmortales y que fueron Zequeira

y Arango, Manuel Justo Rubalcava, el inmortal Heredia, Delmonte, Vélez Herrera, Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*), Milanés, Palma, Mendive, Luis V. Betancourt, Quintero, Zenca, Luaces, Turla, Roldán, Santacilia, Gutiérrez, Teurbe Tolón y Manzano, con Luisa Pérez y su hermana Julia, y por encima de todas y hasta de todos quizás, la igual de Victoria Coloma y Safo, la admirable y enorme Gertrudis Gómez de Avellaneda.



Luisa Pérez de Zambrana

cuya primera positiva manifestación fué el Partido Reformista.

El Partido Reformista.—No fué esto realmente un partido. No podía serlo, porque ni el régimen imperante entonces lo hubiera tolerado ni la opinión estaba suficientemente preparada para finalidad tan positiva.

Sin embargo, aquello fué como la base de futuras inteligencias, y si ya en la lucha no pudo resistir el primer choque, sirvió la experiencia cuando menos para lección en futuras organizaciones más disciplinadas y mejor dirigidas.

El Partido Reformista surgió como consecuencia del gobierno liberal de Serrano, que hizo abrigar esperanzas de inteligencia con España, reformando

el régimen impuesto por Tacón, O'Donnell y otros, para equiparar los derechos cubanos a los metropolitanos.

Mientras Serrano tuvo influencia en España, las esperanzas concebidas parecieron convertirse en realidad, a pesar de la ruda oposición de los integristas; pero un cambio en el ministerio español determinó la subida de otros ministros menos liberales cuyo primer acto fué el relevo de Dulce como Gobernador de Cuba, enviando en su lugar a Lersundi, lo que significaba una regresión al régimen taconiano.

La Junta de Información.—“El Siglo” había venido laborando por reformas para Cuba y Puerto Rico, y al fin, por Real Decreto de 29 de noviembre de 1865, fué convocada a ese objeto una *Junta de Información*. Verificadas las elecciones, que dirigieron los reformistas Aldama, Morales Lemus, Fernández Bramosio y Mestre, y que fueron muy reñidas, obtuvo el Partido Reformista doce de los diez y seis comisionados que fueron electos por Cuba.

El día 30 de octubre de 1866, precisamente cuando don Francisco Lersundi, que había sustituido a Dulce, era sustituido a su vez por el teniente general Manzano, se abrieron en Madrid las conferencias de la Junta de Información, presidiendo don Alejandro Oliván. Allí se discutieron los problemas económico, social y político de Cuba, y se trató de la abolición de la esclavitud.

¡Después de treinta años de orfandad en la Metrópoli, vióse en aquellas Cortes una lucida y brillante representación cubana, libremente elegida por el pueblo de Cuba en demanda de justicia!

Desengaño.—Aquellas conferencias terminaron con un golpe cruel inferido a la colonia, golpe que hiriendo tan hondo, cerró toda puerta a ulteriores peticiones pacíficas y demostró a los cubanos que no era el ruego y la exposición de necesidades medio posible para alcanzar derechos y justicia.

El 27 de abril de 1867, el Gobierno declaró cerrada la Información y ese mismo día las Cortes votaron el aumento de un diez por ciento en las contribu-

ciones de Cuba, y para que la bofetada fuera más dura, hasta se insinuó allí que tal cosa se hacía de acuerdo con lo expuesto por los delegados.

Reunidos éstos, levantaron y firmaron una formal protesta de todo lo sucedido, dando por fracasada la Junta de Información.

Una nueva victoria se sumó el integrismo. Los delegados cubanos regresaron unos a Cuba y otros marcharon al extranjero. Pozos Dulces volvió a la Habana y explicó desde "El Siglo" los sucesos ocurridos, y al poco tiempo se separó del periódico, que cambiando de nombre, se llamó desde entonces "La Opinión".

Las promesas tanto tiempo ofrecidas a Cuba quedaron completamente desvanecidas con el fracaso de la Junta de Información. En España acababa de triunfar la Revolución de Septiembre que destronó a Isabel II, y precisamente cuando tales sucesos se desarrollaban allá, sucesos en que triunfaban tendencias liberales, la colonia infortunada perdía toda esperanza de beneficio, y para mayor sarcasmo, veía recargadas sus contribuciones y despreciados sus representantes.

Cuando un pueblo llega al conocimiento de que no tiene ningún derecho, ni siquiera el de petición; cuando toca a las puertas de la justicia y a su llamamiento responde el desprecio, ese pueblo queda colocado en un terrible dilema: o soporta la injusticia y, resignado en su infortunio, servil y humilde espera y calla, o respondiendo al mandato de su dignidad, se yergue, recoge el guante de opresión y busca en el campo desesperado de la protesta armada la libertad que no tiene, o la muerte, que siempre, cuando se es digno, es preferible a la esclavitud.

Esa fué la situación de Cuba, y entre la resignación con el ultraje y la injusticia conservando las comodidades de una paz vergonzosa y la rebeldía digna en el campo abierto de la lucha exponiéndolo todo, no dudó, y optando por la guerra, recogió el guante que a su decoro lanzaran los errores del gobierno colonial y la intransigencia torpe de un falso patriotismo español, indigno de perdón ni disculpa,

porque ni siquiera tuvo en su abono que su exageración fuera hija del error.

RESUMEN DEL CAPITULO

La diferencia de producción y actividad entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos hizo surgir, frente a la tendencia del "trabajo esclavo," la del "trabajo libre," y tras acalorada lucha en el Congreso, los Estados del Sur, partidarios de la esclavitud, se separaron con el nombre de Estados Confederados. Esto ocurrió en 1860, poco antes de ascender a la Presidencia Abraham Lincoln.

Estalló la guerra entre el Norte y el Sur, guerra que se llama de secesión, y tras cinco años de sangrienta lucha, vencedor el Norte abolió la esclavitud.

Los motivos de esta guerra fueron de gran resonancia en Cuba. Los elementos integristas (los peninsulares) eran partidarios del Sur, por entender que así defendían sus intereses, y por oposición a libertades. Los elementos cubanos simpatizaron con los federales por los motivos opuestos. Y era natural esa divergencia, porque para los españoles Cuba no era más que una colonia. En cambio, para los cubanos Cuba era la patria que consideraban propia, y mucho más cuando en la labor de progreso cultural se acentuó constantemente el sentimiento patrio a través de las lecciones de Caballero, Varela, Medina y de la Luz, simiente que germinó en el periódico "El Siglo" y que fructificó en la creación del Partido Reformista, que fue la primera manifestación seria de solidaridad cubana en pro de libertades colectivas. De esa manifestación surgió la Junta de Información, que hizo concebir grandes esperanzas, trocadas al cabo en desengaño cuando se vió que en España se respondió a las peticiones de la Junta de Información aumentando las contribuciones y maltratando los derechos cubanos.

Cerrado el camino de la discusión y la justicia, sólo quedó abierto el de la protesta rebelde, y Cuba aceptó este camino para buscar sus justas libertades.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Explíquese la importancia de "La Cabaña del Tío Tomás",

¿Por qué los estados del Norte preferían el trabajo libre y los del Sur el trabajo esclavo?

¿Cuáles fueron los sucesos principales de la guerra de secesión?

¿Qué acto realizó Carlos Manuel de Céspedes referente a los esclavos y qué hecho afirmó ese acto?

Háganse ligeras comparaciones entre las diferentes figuras cubanas que se mencionan en este capítulo.

¿Por qué fracasó la Junta de Información?

¿Qué camino quedó abierto a los cubanos?

CAPITULO XXVI

PERIODO REVOLUCIONARIO

Lersundi; preparativos revolucionarios.—Se concilian las opiniones; el Gobierno actúa.—Llegó la hora.—Carlos Manuel de Céspedes.—Toma de Bayamo y abolición de la esclavitud.—Medidas de Lersundi.—Nuevos levantamientos; el Himno de Bayamo.—Lersundi va a traer a Céspedes.—Levantamiento de Camagüey.—Junta de Chaveles.—Benito las Yeguas y Nuevitas.—La Revolución en Oriente.—Combate del Sabado y evacuación de Bayamo.—Camagüey actúa.

Lersundi; preparativos revolucionarios.—Gobernaba a Cuba el general Lersundi por segunda vez, y había sustituido a Blas Villate, conde de Valmaseda, sustituto a su vez de Manzano. Los elementos separatistas que habían permanecido tranquilos, o que habían figurado en el Partido Reformista mientras se creyó posible la obtención de beneficios para Cuba, volvieron a comenzar su labor, ahora más decididos que nunca a llegar a la guerra.

Se concilian las opiniones; el Gobierno actúa.—Dieron principio los trabajos preliminares para borrar desavenencias, unificar opiniones y preparar el momento oportuno de lanzarse a la lucha. El Comité de la Habana, formado por Aldama, Morales Lemus, Fernández Bramosio y otros, ramificó sus aliados en toda la Isla y se puso al habla con los emigrados de New York.

La falta de recursos y especialmente de armas dificultaba el acuerdo entre los diversos comités diseminados en las más importantes poblaciones. Además, los comités no estaban de perfecto acuerdo, ni en la finalidad perseguida ni en la oportunidad del levantamiento.



*Bandera de
Carlos Manuel de Céspedes*

Esta bandera fué la que enarboló Carlos Manuel de Céspedes en la Demajagua, y con la que entró triunfante en Bayamo.

se iba a su conquista al tronar de descargas y al resplandor de incendios. Treinta y cinco locos casi inermes acababan de provocar las iras del viejo león ibero, siempre respetado y temido por enemigos mucho más fuertes; y los que acometían empresa tal, escasos de recursos de guerra, en un país aislado de todos por



Lo que queda de "La Demajagua"

va l l a d a r de profundos mares, ni eran soldados siquiera; pero eran hombres avergonzados de vivir como parias, y deseando como gloria suprema caer en la contienda por la redención patria y en sacrificio de héroes.

¿Cuál habría de ser el fin en tan desigual combate?

¿Resistirían aquellos hombres las inclemencias de accidentada vida y el empuje de los formida-

bles soldados españoles? El combate acabaría sólo en fórmulas de honor, y aquellos libertarios sabrían resistir inmutables como el destino, porque eran conscientes de sus actos; porque iban a luchar y a morir por la redención de generaciones futuras; y porque los mandaba un hombre con valor de espartano y con estoicismo de apóstol.

Carlos Manuel de Céspedes.—El diez de octubre de 1868 había de ser ya en la historia de Cuba fecha



Carlos Manuel de Céspedes

inmortal de gloria, y el hombre que escribió esa fecha no puede pasar inadvertido en las páginas de la historia patria.

Nació Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo, el 18 de abril de 1819, y fué su familia de las allí más antiguas, ricas y distinguidas. Hizo sus primeros estudios en el Convento de Santo Domingo, pasando luego a la Habana, donde se graduó de bachiller, regresando a su ciudad natal.

Para terminar sus estudios y ya casado con su prima María del Carmen Céspedes, se dirigió a Barcelona y de allí a Madrid, donde se graduó de licenciado en leyes.

Fué amigo de Prim, a quien ayudó en sus planes revolucionarios, y fracasados éstos, emprendió un viaje de recreo por Francia, Inglaterra, Italia y Alemania, volviendo a Cuba en 1844 para fijar su residencia y bufete en Bayamo.

Su altivez ingente y su independencia de carácter le enajenaron pronto el afecto de las autoridades españolas, enajenación que llegó a ser odio cuando, abolicionista convencido, protegió a los infelices esclavos siendo síndico del Ayuntamiento de Bayamo.

Cuando se efectuó el suplicio de Narciso López, el Gobernador de Bayamo, haciendo gala de vituperable alegría, celebró el suceso con un banquete. Esta conducta tan poco generosa fué calificada por Céspedes con frases de indignación, lo que le valió pasar cuarenta días desterrado en Palma Soriano. Al año siguiente sufrió otro destierro en Baracoa. Cuando la conspiración de Pintó, complicado en ella, fué encerrado en el navío *Soberano*, resto inútil de *Trafalgar*, que ya desmantelado, se encontraba en el puerto de Santiago.

Al cabo de ocho meses regresó a Manzanillo y Bayamo, severamente vigilado por las autoridades españolas.

Al cuidado de sus intereses estuvo hasta 1868, en que considerando llegado el momento de obrar, se afilió a las logias masónicas que venían laborando por la independencia de Cuba. Concurrió a la reunión que se efectuó en la finca San Miguel de Tunas;

estuvo en la del 1º de septiembre en la finca Muñoz, y por fin en la del Rosario, donde definitivamente se acordó el levantamiento el 14, que fué preciso adelantarse al 10.

Toma de Bayamo y abolición de la esclavitud.—El primer acto de Céspedes, una vez en rebeldía, fué suscribir un manifiesto al país exponiendo las causas impulsoras del movimiento y proclamando la independencia de Cuba.

De la Demajagua se dirigieron los revolucionarios al poblado de Yara, de donde tuvieron que retirarse; fué un fracaso este primer acto de presencia, fracaso compensado con la incorporación de Francisco Vicente Aguilera.

Céspedes había pensado dirigirse a Manzanillo, pero desistió por respeto a la tranquilidad de las familias y por no contar con fuerzas suficientes en caso de resistencia.

El 17 se levantaron los patriotas de Jiguaní, Tunas, Holguín y Bayamo. El 18 publicó Céspedes su proclama de Barrancas, y ese mismo día, reforzado por Luis Marcano, se dirigió a Bayamo e intimó la rendición a su Gobernador Udaeta. La guarnición se componía de 150 hombres, que resistieron hasta el 22, en que, rendidos a discreción, les fué respetada la vida.

Ya dueño Céspedes de Bayamo, firmó el día 27 su célebre y generoso decreto de abolición de la esclavitud.

Medidas de Lersundi.—El levantamiento sorprendió a Lersundi, y su sorpresa fué mayor cuando llegó y supo la toma y ocupación de Bayamo. Inmediatamente ordenó que una columna al mando del coronel Quirós, saliendo de Santiago, se dirigiera sobre los levantados. La orden se cumplió, pero la columna, combatida por los patriotas, tuvo que replegarse a Santiago después de desgraciados encuentros, especialmente en la Venta de Casanova y Baire, donde por primera vez los cubanos cargaron al machete, dirigidos por Máximo Gómez.

Nuevos levantamientos; el Himno de Bayamo.—La toma de Bayamo dió un ascendiente enorme a la

Revolución, ascendiente que tomó mayor fuerza por el impulso que a la obra revolucionaria dieron Vicente García y Francisco Muñoz Rubalcava, en Tunas; Donato Mármol en Jiguaní; Francisco Maceo y Osorio en Guisa; Esteban Estrada en Dátil; y Pedro y Luis Figueredo en Cauto el Embarcadero.

Pedro Figueredo figurará, además, en la historia de Cuba, por haber sido el Tirteo de la Revolución, haciendo la música y letra de nuestro Himno Nacional.

Lersundi no atrae a Céspedes.—Al principio Lersundi trató de atraer a Céspedes y hasta celebró una reunión en la Habana, a cuya reunión asistieron algunos respetables vecinos; pero reaccionario como era, no quiso que en la reunión se hablara de ofertas liberales, y además, ante la digna actitud del caudillo, decidió acabar la Revolución por las armas, para lo cual armó 35,000 voluntarios y publicó un bando exponiendo que sometería a comisiones militares los delitos de rebelión, imprenta, etc. A ese bando contestó Céspedes con otro más fuerte aún.



Perucho Figueredo

Levantamiento de Camagüey. — Camagüey, en donde fué una sorpresa el levantamiento, no estaba preparado; pero haciendo un poderoso esfuerzo, el día 14 de noviembre tomó plaza en el palenque. Fueron sus invictos adalides Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía; Juan, Manuel, Gregorio y Jerónimo Boza; Augusto Arango; Ignacio, Enrique y Eduardo Agramonte; Ignacio Mora; Francisco Sánchez Betancourt y Ángel del Castillo.

Junta de Clavellinas.—El conde de Valmaseda, Segundo Cabo de Lersundi, llegó a Camagüey mandando una fuerte columna, y procuró hacer fracasar allí el movimiento atrayendo a los levantados con promesas de reformas.

Los camagüeyanos celebraron una junta en Clavellinas. Allí, Napoleón Arango, hermano de Augusto, jefe de la rebelión, logró llevar la duda a muchos ánimos; pero nuevamente reunidos en las Minas, la actitud incommovible de Salvador Cisneros, secundado por Ignacio Mora, Eduardo y Enrique Agramonte, y sobre todo por la palabra vibrante, elocuente y persuasiva de Ignacio Agramonte, hicieron fracasar todo arreglo y que se acordara continuar la lucha contra España. Acto seguido se constituyó un Comité de Gobierno, del cual fué nombrado presidente Cisneros, y se envió un comisionado a Nassau, donde estaba preparando una expedición el general Manuel de Quesada.

Bonilla, Las Yeguas y Nuevitas.—Rotas las negociaciones en Camagüey, Valmaseda atacó a los patriotas en Bonilla, sin resultado alguno; peor librado salió en Las Yeguas el coronel Acosta y Alvear, que acudió en su apoyo. Rechazado Valmaseda en Nuevitas, se dirigió a la Habana en busca de refuerzos para combatir un movimiento que por propia experiencia tuvo que reconocer formidable.

La Revolución en Oriente.—La Revolución adquiría en Oriente cada vez mayor pujanza. Francisco Vicente Aguilera y el dominicano Modesto Díaz derrotaron en Babatuaba al coronel Campillo, haciéndole refugiarse en Manzanillo. Félix Figueredo, Donato Mármod y Máximo Gómez se apoderaron del Cobre. El venezolano Amadeo Mamuit y Julio Grave de Peralta atacaron a Holguín, cuyo Gobernador se hizo fuerte en la Periquera, edificio así llamado, y se defendió desde el 17 de noviembre hasta el 6 de diciembre, en que lo socorrieron.

Combate del Salado y evacuación de Bayamo.—Valmaseda regresó a los campos de la lucha al frente de 3,000 hombres, y partiendo de Nuevitas, se dirigió

al Cauto, hostilizado siempre y especialmente en el Rompe, donde lo combatió denodadamente Modesto Díaz. Entró en las Tunas y el día 8 de enero derrotó en el Salado al general Donato MármoI y pasó el Cauto, con lo que le quedó expedito el camino de Bayamo.

Era imposible sostenerse en Bayamo y esperar allí el ataque de Valmaseda. Ni había hombres bastantes para tal empeño, ni los disponibles estaban convenientemente armados. En consecuencia, los patriotas acordaron proceder al incendio de la ciudad, obra que llevaron a efecto los mismos bayameses, y cuando Valmaseda llegó al pueblo prócer, ruinas y escombros le hablaron con muda elocuencia sublime de la firmeza de los patriotas y de lo que es capaz un pueblo cuando jura guerra a muerte a sus opresores.

El combate del Salado, que se sostuvo contra 2,700 españoles, pudieron llevarlo a cabo los patriotas gracias a la expedición que, costeada por el benemérito Martín Castillo, pudo desembarcar por la Guanaja el general Manuel de Quesada. Así y todo, pelearon allí por los cubanos 500 rifleros y escopeteros; el resto, hasta 5,000, estaba armado de machetes.

Camagüey activa.—Los camagüeyanos, si bien a la hora del levantamiento se demoraron algo, estuvieron en su puesto cuando llegó la de combatir, y mandados por Angel Castillo, Bernabé de Varona (*Bembeta*), Manuel Boza, Ignacio Agramonte y Quesada, además de pelear con éxito en Bonilla y Las Yeguas, tomaron a Guáimaro, atacaron al ferrocarril de Nuevitas y bloquearon a Puerto Príncipe.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al gobernar Lersundi por segunda vez, los cubanos, convencidos de que para obtener libertades para Cuba no quedaba más recurso que el de la rebeldía, comenzaron la organización de un levantamiento.

Tras insistente labor de preparación y unificación, en la madrugada del 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes, en su ingenio "La Demajagua", dió el grito de independencia.

Secundado el levantamiento por varios lugares de Oriente, los patriotas tomaron a Bayamo, donde Céspedes dió su famoso decreto

de abolición de la esclavitud, y donde por primera vez se dieron al espacio las vibrantes notas de nuestro Himno Nacional.

Lersundi intentó atraer a Céspedes, sin conseguirlo, y mientras tanto se levantó Camagüey con Cisneros y Agramonte al frente.

Valmaseda, Lugarteniente de Lersundi, intentó hacer fracasar diplomáticamente el movimiento en Camagüey; pero en la junta de las Minas se acordó seguir la lucha, y tras algunos combates, regresó Valmaseda a la Habana en busca de refuerzos, con los que rescató a Bayamo, que encontró incendiada y destruída por los cubanos.

Mientras Valmaseda combatía en Oriente, la Revolución adquiría incremento en Camagüey con Agramonte, Boza, Varona y Quesada, al extremo de amenazar a la propia capital de la provincia.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Qué resultados tuvo para la Revolución el decreto de Céspedes?

Disertese acerca de la significación del incendio de Bayamo al ser abandonado por los libertadores.

CAPITULO XXVII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Segundo gobierno de Dulce: sus intenciones; muerte de Augusto Arango.—Sucesos de Villanueva.—Actitud de Dulce; León y Medina.—Levantamiento de Las Villas; Junta de Gobierno.—Importancia de ese levantamiento; asambleas del Centro y Guáimaro.—Relevo de Dulce.

Segundo gobierno de Dulce: sus intenciones; muerte de Augusto Arango.—El 4 de enero de 1869 llegó a Cuba por segunda vez el general Dulce, para sustituir a Lersundi. Dulce, espíritu liberal y generoso, tan pronto desembarcó, quiso por medios conciliadores llegar a soluciones de paz. Publicó un bando suprimiendo las comisiones militares; concedió la libertad de imprenta y envió al campo rebelde, en calidad de comisionados, a José de Armas, Rodríguez Correa, Hortensio Tamayo, Oro y Rodríguez Vila.

Dulce se dirigió a los patriotas aconsejándoles *fraternidad, olvido de lo pasado y esperanza en el porvenir.*

Concedores los cubanos de la honradez de Dulce, y pudiendo esperar futuros días de paz bajo un gobierno producto de una revolución que, triunfadora en España, acababa de hacer caer una dinastía proclamando derechos y libertades, hubieran prestado oído a fórmulas de un convenio decoroso; pero ni Dulce ni los cubanos pensaron en las leyes del destino, representadas esta vez por los integristas, que vestidos de voluntarios, fueron ese instrumento ciego que la Providencia escoge para factor de lo que tiene que suceder.

A la digna y generosa proclama que el 6 de enero de 1869 lanzara Dulce respondieron los integris-

tas con airada protesta y actos contrarios a la noble intención del General.

Augusto Arango, valeroso jefe rebelde, cayó traidoramente asesinado a la entrada de Puerto Príncipe yendo provisto de un salvoconducto de los delegados de Dulce. El asesinato de Arango lo efectuaron algunos voluntarios movilizados, el 26 de enero; y ya los días 22, 24 y 25, habían ocurrido en la Habana los sucesos de Villanueva, "El Louvre" y el saqueo del palacio de Aldama.

Sucesos de Villanueva.—Actuaba en el teatro de Villanueva una compañía de bufos cubanos. Los voluntarios españoles, impulsados por lo que ellos llamaban su patriotismo; tomando como pretexto que se celebraba una función a beneficio de la Revolución, asaltaron el teatro, y con las armas que les fueron entregadas para defender a su patria, dispararon sobre la masa inerte de espectadores, causando el consiguiente escándalo con su secuela de muertos y heridos.

No contentos aquellos desalmados con la heroica hazaña realizada, cada vez más *patriotas*, cada vez más ebrios y envalentonados con enemigos indefensos, se dirigieron a la casa de Aldama, y buscando allí imaginarios depósitos de armas, destrozaron el suntuoso mobiliario, rompieron magníficos espejos y saquearon el edificio. Por la noche, y ya sin freno que los contuviera, cayeron sobre el café "El Louvre," haciendo disparos y alarmando a la población.

Estos motines y otros ocurridos en diferentes lugares de la Habana produjeron tres muertos y doce heridos el día 22; diez muertos y catorce heridos el 24, y un muerto el día 25. De todas estas víctimas, *ninguna* vestía el honroso uniforme de defensor de la integridad patria.

¿Y los que eso hicieron eran españoles? ¿No! Pudieron serlo porque nacieron en suelo español, pero los hijos espurios no tienen patria, y fuera injusto acusar a España de crímenes cometidos en su nombre por hombres desnaturalizados.

Actitud de Dulce; León y Medina.—El general Dulce, falto de fuerzas regulares con que imponer el

orden, consiguió al cabo restablecerlo haciendo que recorrieran las calles habaneras patrullas de soldados de marina.

Llamó a los jefes de los voluntarios y les manifestó su profundo disgusto. No podía hacer otra cosa, y tan falsa llegó a ser su posición, tan nula su autoridad, que al fin, transigiendo con los intereses creados, suprimió la libertad de imprenta, creó los consejos de guerra y decretó la deportación a Fernando Poo de 250 cubanos.

Dulce hizo morir en garrote a los patriotas Francisco León y Agustín Medina, acusados de tener un depósito de armas, y dispuso el embargo de bienes a los separatistas, suceso que provocó innumerables venganzas, y acrecentó considerablemente la fortuna de muchos *hacendados* españoles.

Después de los sucesos expuestos no era posible arreglo alguno entre Cuba y España. La guerra había de continuar, para que terminara con la ruina completa de uno de los combatientes, y así lo manifestó Céspedes a Dulce en vibrante y hermosa carta. De los horrores del porvenir en la guerra que se siguió, hubo culpables; pero ante la Historia, los culpables no fueron los rebeldes, sino los aventureros españoles disfrazados de voluntarios integristas.

Levantamiento de Las Villas; Junta de Gobierno.—El 7 de febrero de 1869 se levantaron Las Villas. Previamente avisados acudieron ese día los villareños a la finca El Cafetal, en Manicaragua. Fiel al llamamiento, allí estaban el polaco Roloff al frente de los remedianos; los hermanos Cavada mandaban a los trinitarios; los cienfuegueros con los hermanos Díaz de Villegas; los espirituanos con Honorato del Castillo; y Esperanza y Ranchuelo acudieron con Florentino Jiménez Favelo.

Sobre 6,000 villareños se habían dado cita allí, tremolando una bandera igual a la que condujo Narciso López. Aquella primera bandera que enarbolaron los villareños fué bordada con ese objeto por Inés Morrillo Sánchez.

El primer acto de los levantados, una vez reunidos, fué organizarse y procurarse pertrechos de gue-

rra, ya que apenas contaban con 200 armas de fuego. Para ello procedióse al nombramiento de una Junta de Gobierno, cuyos miembros fueron: el gran cubano y sentimental poeta Miguel Jerónimo Gutiérrez, Presidente; y Eduardo Machado, Tranquilino Valdés, Arcadio García y Antonio Lorda, vocales. Je-

fe militar, con el grado de general, fué designado Joaquín Morales Enriquez.



Miguel Jerónimo Gutiérrez

Importancia de ese levantamiento; asambleas del Centro y Guáimaro.—

El levantamiento de Las Villas no significó para la Revolución sólo nuevos elementos de combate; significó mucho más en el orden moral y en el desenvolvimiento material del buen gobierno revolucionario.

Las condiciones especiales del levantamiento de Céspedes hicieron que éste asumiera bajo su control la dirección del movimiento, siéndolo todo en lo civil y en lo militar.

Camagüey, con más tiempo para levantarse y más calma para proceder, constituyó un cuerpo director que denominó Asamblea del Centro. Céspedes, al tomar las armas, enarboló una bandera que él ideó, y Camagüey hizo suya la de López. De modo que el movimiento, con una sola finalidad, se dirigía independientemente en las dos regiones, sin mutuo apoyo y hasta llevando a su frente diferentes enseñas.

Era indispensable para la buena marcha de la Revolución que en tales extremos se llegara a feliz acuerdo. En una y otra región se trató de ello; pero cuestiones de forma más que otra cosa habían dificultado ese empeño, y sólo lograron ponerse de acuerdo en prestarse mutuo apoyo, lo que era algo, y sin embargo muy poco para las necesidades del interés común.

Los villareños, presididos por Miguel Jerónimo Gutiérrez, no quisieron conservarse independientes como lo estaba Camagüey, ni hacer causa común con éste. Sólo tomaron para sí la bandera de López, y obedieron a un alto respeto por el caudillo oriental, decidieron ponerse a sus inmediatas órdenes, y al efecto dispusieron que su Junta, escoltada por el general Roloff, se dirigiera a cumplir esta alta y significativa misión.

Entre los villareños y Céspedes se encontraba el Camagüey. Al llegar los comisionados a Guáimaro, residencia del Gobierno, el patriotismo jamás desmentido de los camagüeyanos se impuso a todo, y unidos unos a otros (y ¡cómo no, si allí estaban Ignacio Agramonte y Miguel Jerónimo Gutiérrez!), encontraron una fórmula que proponer a Céspedes. Esta fórmula fué la *constitución de una república democrática federal, con Céspedes como primer magistrado*.

El grande y digno Ignacio Mora fué designado para llevar al caudillo esta proposición y para invitarlo a pasar a Camagüey. Céspedes, cuyo gran corazón respondía siempre a mandatos del patriotismo, aceptó, y el día 8 de abril, reunidas en Guáimaro las tres comarcas, sellaron en cordial y sincero abrazo el pacto de unificación.

El día 10 de abril de 1869, reunidos en Asamblea Constituyente los representantes de Oriente, Las Villas y Camagüey, compareció Céspedes y resignó allí todos sus poderes. La Asamblea proclamó la República, promulgó la Constitución política de Cuba, aclamó Presidente de la patria que nacía al caudillo bayamés y nombró General en Jefe del ejército al general Quesada. Se acordó también que en lo sucesivo la bandera de la patria fuera aquella que enarbolará López en Cárdenas y en su heroica campaña de Vuelta Abajo.

Relevo de Dulce.—Mientras en el campo revolucionario ocurrían los sucesos reseñados, el conde de Valmaseda reconstruía a Bayamo y publicaba un bando ordenando la reconcentración de los campe-

sinos; primera vez que se tomó esta medida, cuya finalidad era restar recursos a la Revolución.

El general Dulce, dejando pasar sin castigo las salvajadas ocurridas en la Habana, acabó por donde acaban siempre los gobernantes que se muestran débiles. Los voluntarios, cada vez más engreídos e insolentes, llegaron a creerse indispensables cuando Dulce, para combatir a los patriotas, envió al campo las tropas de línea y confió a los *beneméritos* la custodia de las fortalezas capitalinas.

Dulce debió aprovechar el valor de aquellos patriotas en la manigua cubana, donde viendo de cerca a Ignacio Agramonte y a Máximo Gómez, pudieran demostrar el arrojo de que hicieron gala en Villanueva y "El Louvre."

En vano fué que les confiara la custodia de las fortalezas; en vano que con debilidad incalificable y en pugna con su carácter y modo de ser, dispusiera severos castigos (algunos de ellos injustos), y hasta dictara medidas arbitrarias. Los voluntarios querían más, y como no podían ser complacidos en todo, llegaron en su atrevimiento al envío de comisiones al General para censurar su conducta, aconsejarle y hasta dictarle procedimientos.

Y así tenía que ser, pues aquel gobernante, sabiendo lo que eran los voluntarios, llegó a la humillación de decirles en una gran parada que "a nadie cedería la honra de llevarlos a los campos de batalla, si las circunstancias lo exigían". Así hablaba el hombre que llegó a consentir que su propia esposa contribuyera a la ridícula ceremonia de *los funerales del gorrión*, llevando personalmente una corona al cuartel de la Fuerza. ¿Qué respeto podía inspirar quien era juguete de hombres apasionados?

Esa conducta de Dulce es menos disculpable si se tiene en cuenta que en abril de 1869 tenía a su disposición las fuerzas regulares existentes en Cuba al estallar la Revolución, más 18,000 soldados enviados por la Metrópoli. La causa de su debilidad no fué, pues, la falta de recursos materiales para hacer respetar su autoridad.

Al fin, obligado por las circunstancias y contra su deseo, solicitó su relevo, y como los voluntarios,

impacientes, le demostraron con desacatos que no le querían más, entregó el mando al Segundo Cabo, Ginovés Espinar, y embarcó para España sin esperar sucesor.

RESUMEN DEL CAPITULO

Dulce, al sustituir a Lersundi en 1869, quiso emplear medidas conciliadoras; pero la muerte alevosa de Augusto Arango hizo imposible toda avenencia, y contribuyó también a mantener la lucha la intransigencia de los voluntarios que cometieron los desafueros de Villanueva y "El Louvre."

No pudiendo Dulce imponerse a los voluntarios, ordenó penas de muerte, dictó algunas disposiciones arbitrarias y dispuso numerosas deportaciones.

El 7 de febrero del 69 se levantaron Las Villas, constituyeron Junta de Gobierno y sirvieron con su conciliadora y patriótica actitud para unir los elementos revolucionarios, resolviendo el desacuerdo entre Camagüey y Céspedes con la celebración de la Asamblea de Guáimaro, que organizó la Revolución con Céspedes como primer Presidente y la bandera de López como enseña.

Valmaseda, mientras tanto, reconstruía a Bayamo y dictaba la primera reconcentración de los campesinos cubanos.

Dulce, por su parte, dominado por los voluntarios de la Habana, se humilló cada vez más, perdió su prestigio y llegó el momento en que, fracasado por completo y sin esperar relevo, se embarcó para España y entregó el mando al general Ginovés Espinar.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Por qué los cubanos no pudieron llegar a entenderse con Dulce?

Ligera biografía de Miguel Jerónimo Gutiérrez.

Explíquese qué perseguía Valmaseda con la reconcentración.

Explíquese el motivo de los funerales del gorrión.

CAPITULO XXVIII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Caballero de Rodas.—La Junta Republicana; expediciones.—Proposición del general Grant.—La Revolución se organiza.—Las Villas.—Otros escenarios.—Ataque a Tunas.—La Revolución el año 70.—Suplicio de Goicuría.—Valmaseda.—La Revolución el 71; Agramonte, Gómez y Maceo.—La Revolución en Las Villas.—Rescate de Sanguily.

Caballero de Rodas.—Sucedió a Dulce el general don Antonio Caballero de Rodas.

La Junta Republicana; expediciones.—Morales Lemus, Aldama, Fernández Bramosio y otros notables cubanos fundaron en New York la Junta Republicana, con el fin de laborar por la causa de Cuba y facilitar recursos a la Revolución. Merced a esos esfuerzos, pudieron venir expediciones a bordo del *Galvánic*, del *Perrit* y del *Anna*.

Proposición del general Grant.—Era entonces Presidente de los Estados Unidos el general Grant, y de buena gana, respondiendo a sus deseos y simpatías, hubiera reconocido la beligerancia a los cubanos; pero detenido por la necesidad de la neutralidad, todo lo que pudo hacer en beneficio de Cuba fué enviar a Madrid al general Sickles para proponer a Prim el abandono de la Isla, mediante cien millones de pesos garantizados por los Estados Unidos. Inútil es decir que el Gobierno español no aceptó la oferta.

La Revolución se organiza.—El día 9 de julio, la Cámara cubana aprobó la Ley de Organización Militar, por la cual el ejército patriota quedaba dividido en tres divisiones, que fueron Camagüey, Oriente y

Las Villas, mandadas, respectivamente, por los mayores generales Ignacio Agramonte, el mexicano Tomás Jordán y Francisco Cavada, que en la guerra de secesión norteamericana había alcanzado el grado de teniente coronel. Continuó de General en Jefe Manuel de Quesada.

Las Villas.—Las fuerzas villareñas, al levantarse, se habían organizado, a las órdenes del general Joaquín Morales, en tres divisiones, que fueron Caonao, San Diego y Malezas, a las órdenes de Mateo Casanova, Florentino Jiménez y Carlos Roloff.

El primer combate con los españoles lo tuvieron las fuerzas de Malezas atacando al poblado de Santo Domingo. La diversión duró dos horas sin resultado importante; esa misma fuerza se batió al día siguiente en San Gil, donde rechazó una columna de 400 enemigos, haciendo los cubanos uso de cañones de madera.

Mientras se batía la división de Malezas, Jiménez, jefe de la de San Diego, ganado por el coronel español Montaos, se presentaba al enemigo y dejaba acéfala esa división, cuyo mando tomó el valeroso Francisco Villamil, español de origen.

Lorda y Villamil tomaron a Ranchuelo, y el último entró después con cinco hombres en la Esperanza, donde por largo rato se batió con sesenta españoles y pudo retirarse tranquilamente.

Faltaban armamentos y municiones; se incorporaba mucha gente, pero sólo con machetes.

El general Salomé Hernández, que había llevado la guerra a la jurisdicción de Remedios, fué llamado por Roloff, y juntos se batieron cerca de Sagua con Trillo Figueroa, a quien hicieron retirar tras todo un día de brega.

Roloff marchó a Camagüey con la Junta, quedando encargados de su cometido en el teatro de la lucha Guillermo Lorda y Manuel Torres, que tras insignificantes escaramuzas, asaltaron la loma de la Cruz, en cuyo asalto los patriotas usaron *pedras como proyectiles*.

Otros escenarios.—La guerra se hacía sentir en las tres provincias. En Oriente, bregaba con suerte varía Modesto Díaz en Bayamo; los Marciano, los Maceo, Crombet y Julio Grave de Peralta en Holguín; Calixto García y Máximo Gómez en Jiguaní; Aguilera y Vicente García en Tunas. En Camagüey adquiría fama Ignacio Agramonte, admirablemente secundado por Enrique Reeve (*El Inglesito*), que con Jordán había venido a Cuba en la expedición del *Perrit*. También era poderoso auxiliar de Agramonte el heroico y brillante Julio Sanguily.

En Las Villas sonaban los nombres de Roloff, Serafín Sánchez y Salomé Hernández en Remedios; Payán, Villamil, Lorda y Torres en Villaclara; Cavada en Cienfuegos y Marcos García en Sancti Spiritus.

Ataque a Tunas.—Queriendo los patriotas dar un golpe de resonancia, fijaron la vista en Tunas, población que por estar situada estratégicamente entre Camagüey y Oriente era de gran importancia tomar y destruir si no podía conservarse. El día 16 de agosto, el general Quesada, al frente de 5.000 hombres, verificó el ataque de la población a presencia del Presidente Céspedes. Diez horas duró el debate y al fin los patriotas tuvieron que retirarse en descalabro.

Más que el valor de la guarnición, fueron causa de este fracaso las malas disposiciones adoptadas por Quesada, lo que le hizo perder el gran prestigio militar que hasta entonces había tenido. Más tarde quiso que se le ampliaran sus facultades como General en Jefe, y la Cámara, lejos de eso, lo destituyó, nombrando en su lugar al general Jordán, mientras se disponía que saliera Quesada para los Estados Unidos en busca de una valiosa expedición.

Mortificado este General por lo que acababa de ocurrirle, publicó un informe en descargo suyo, descargo que hizo mucho daño a la Revolución, y en lo sucesivo, su actitud fué causa de grandes discordias intestinas.

La Revolución el año 70.—El despertar del año 70 (1° de enero) fué saludado por los generales

Jordán y Agramonte con una brillante victoria en las Minas, sobre el general Puello. Puello era un negro dominicano que allá en su patria ganó el generalato al servicio de España. Sus dotes militares eran nulas; pero su valor era inmenso, lo que sin embargo no evitó que resultara vencido en las Minas.

El 26 de marzo sostuvo Jordán, contra una fuerte columna española, el reñido combate del Clueco. Acostumbrado a batallas campales, sistema de guerra imposible en la especialísima campaña cubana, renunció el cargo de General en Jefe, no queriendo cargar con la responsabilidad de un sistema de pelea para él desconocido.

Sustituyó a Jordán el general Agramonte, pero mandando sólo en Camagüey, hasta que por lamentable choque ocurrido entre él y Céspedes, fué sustituido por el general Cavada, a quien a su vez sustituyó Manuel Boza.

Suplicio de Goicuría.—El 7 de mayo fué ejecutado en garrote el magnífico patriota Domingo Goicuría, y el 14 sufrieron igual suerte los hermanos Gaspar y Diego Agüero.

Goicuría, que había fracasado en la expedición del *Lilliam*, apresado por los ingleses de las Bahamas, logró llegar a Cuba con 36 compañeros, y cuando regresaba a los Estados Unidos en importante comisión, fué hecho prisionero con los hermanos Agüero, en Cayo Guajaba el primero y Cayo Romano los segundos.

Valmaseda.—Fracasado el general Caballero de Rodas en su propósito de acabar la guerra, viéndose mal secundado por sus subalternos y disgustado del elemento español, que quiso hacer con él lo que con Dulce, renunció el mando el 13 de diciembre de 1870, siendo sustituido por el conde de Valmaseda, que desde los comienzos de la lucha había estado en constantes operaciones, y de quien esperaban mucho los ya célebres integristas.

No podían los españoles escoger mejor sustituto que Valmaseda. El conocía perfectamente los recursos de la Revolución y modo de pelear de los patriotas, porque varias veces le habían puesto en aprie-

to. Además, no era muy escrupuloso en la elección de medios para llegar al fin que se proponía, y la guerra, dirigida por él con las extraordinarias facultades que le dieron, había de tomar un aspecto de odio y ferocidad.

Al finalizar el año 70, la Revolución se extendió hasta Colón, y la Ciénaga de Zapata fué magnífico refugio de heridos y desarmados.

La Revolución el 71; Agramonte, Gómez y Maceo.—El 71 fué un año terrible. El conde de Valmaseda, al hacerse cargo del mando, imprimió una gran actividad a las operaciones. Muchos de los rebeldes, arrepentidos o cansados, volvieron a las poblaciones, y de esos, no fueron pocos los que, sirviendo de prácticos a las columnas españolas, entregaron campamentos e hicieron gran daño a la Revolución.

Muerto Morales Lemus, el auxilio de la emigración fué menos eficaz, contribuyendo a ello la mayor vigilancia que los cañoneros españoles ejercían en las costas. Agotado el parque y acentuadas las discordias entre determinados jefes, parecía que la Revolución estaba ya muerta; pero en ese supremo instante el presidente Céspedes, dando al olvido rencores y desacuerdos, pensó que sólo un hombre, el general Agramonte, podía levantar los espíritus abatidos, galvanizar lo que parecía un cadáver, y despertando esperanzas, hacer brillar mejores días.

Para ello, llamando a Agramonte, le confió el mando de las fuerzas camagüeyanas. Lo que Céspedes y la Revolución pedían y necesitaban era supe-



Ignacio Agramonte

rior a la fuerza de cualquier hombre; pero para Agramonte nada era imposible cuando la patria lo exigía, y por un poderoso esfuerzo de constancia, valor y genio, teniendo por única arma ¡la vergüenza!, hizo surgir de aquellos fugitivos acobardados la brillante división que fué su gloria, aquella asombrosa y legendaria caballería de irresistibles cargas, a cuyo frente, dos mutilados (Reeve y Sanguily), a un solo gesto del Mayor, hubieran realizado homéricas hazañas.

Camagüey revivió. Su levantar asombroso despertó las extintas energías, y en bella emulación las otras regiones, volvieron a la vida del combate y la victoria.

La llegada del vapor *Anna* a Oriente facilitó parque a las huestes de Modesto Díaz y Máximo Gómez, que ya pudieron asediar a algunos poblados, ventilar lanceos y hacer la invasión de Guantánamo, que fué empeño de honra y prez.

A fines del 70 había muerto el general Donato MármoI en la acción de la Atalaya, y en su lugar fué nombrado Máximo Gómez Jefe de la División de Oriente. Charco Redondo, Jiguaní y Ti Arriba fueron testigos de sus hazañas. Ya entonces el genio estratégico de Gómez se completaba con la pronta acción y esfuerzo indomable de Antonio Maceo.

La Revolución en Las Villas.—Mientras en Oriente y Camagüey la Revolución despertaba, en Las Villas la suerte era adversa a los patriotas. Cavada, Salomé Hernández y Villamil habían muerto; Miguel Jerónimo Gutiérrez, víctima de la delación del espurio Castellón, había caído asesinado cuando regresaba de Camagüey para levantar el espíritu villareño. Sólo se sostenían milagrosamente Roloff y Marcos García, y algunos pequeños grupos en inquieta vida de fugitivos.

Rescate de Sanguily.—El día 8 de octubre de 1871, aquel brillante paladín que se llamó Ignacio Agramonte realizó la memorable hazaña conocida por el Rescate de Sanguily. Este denodado jefe de la caballería camagüeyana, baldado de las dos pier-

nas a causa de heridas recibidas en combates anteriores, se había separado del Mayor, para en sitio cercano curar sus heridas y lavar su ropa. Sólo le acompañaban su secretario y el soldado de su escolta Luciano Caballero.

Entretenido estaba el General en el bohío cuando entró despavorido el fiel escolta anunciando la presencia de los españoles, y tomando en brazos al mutilado, corrió con su preciosa carga. Vana fué la valentía del arrojado Caballero. Los soldados estaban encima. Sanguily comprendió que estaba perdido y se agarró a las ramas de un árbol, ordenando al escolta que se salvara solo.

Nadie pudo evitar lo sucedido, y Julio Sanguily cayó en poder de las fuerzas españolas, ascendentes éstas a 120 rifleros de Pizarro, mandados por el comandante César Matos.

El escolta Castellanos, salvado milagrosamente y sin detenerse un instante, corrió al campamento y notificó al Mayor la desgracia. Agramonte palideció intensamente al conocer el suceso. Quería entrañablemente

a Sanguily y no tenía en aquel momento fuerzas suficientes para entablar combate a los españoles. Súbitamente reacciona y cruza por su imaginación la idea desesperada, pero luminosa, de rescatar a Sanguily o caer en la demanda, y sin preguntar siquiera el número de adversarios, ordena formación, escoge treinta y cinco hombres, y poniéndose a su frente, parte a galope en busca del enemigo.

Cuando fueron divisados los españoles, el Mayor, volviéndose a sus compañeros, dijo: *El general Sanguily va prisionero en aquella columna enemiga y es preciso rescatarlo vivo o muerto, e quedar todos allí.*



Julio Sanguily

Los suyos le escucharon con ese silencio solemne que preside el momento preciso de las grandes resoluciones. Tocó el corneta a *degüello*, y aquellos hombres, que más que hombres se convertían en tromba arrolladora, con su Mayor a la cabeza se arrojaron sobre el enemigo, que ya desmontado y prevenido tras sus corceles repelía el choque haciendo nutrido fuego.

El momento fué magnífico. Los jinetes cubanos entraron en la enemiga tropa como entra el segador en la mies, como entra el vendaval en los bosques que aniquila, y a poco, estaba logrado el objeto perseguido. Sanguily, abriéndose paso y herido en una mano, llegaba a sus libertadores y caía libre en los brazos de Agramonte, que lo estrechaba emocionado, mientras se confundían en el espacio los ayes de los heridos y el fragor de las descargas, y a lo lejos se perdía en estupenda derrota el escuadrón español.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al suceder a Dulce el general Caballero de Rodas, la Junta Republicana establecida en New York allegaba recursos para la Revolución y enviaba a Cuba las expediciones del "Galvánic", "Perrit" y "Anna."

Era Presidente de los Estados Unidos el general Grant, que simpatizaba con los cubanos, y propuso a España la compra de Cuba. España no accedió.

Mientras tanto la Revolución se organizaba militarmente, y en Las Villas adquiría intensidad el movimiento, lo mismo que en Oriente.

Quesada, al frente de 500 hombres, atacó a Tunas, pero fué rechazado tras rudo asedio, lo que menó mucho su prestigio.

El año 70 comenzó con suerte para los revolucionarios, y a pesar del suplicio de Geburia y Gaspar y Diego Agüero, el incendio se extendió hasta Colón.

El año 71 cambió la suerte, sustituyendo Valmaseda a Caballero de Rodas. La Revolución, en lo interior, sufrió un gran quebranto con la muerte de Morales Lemus. La salvó Ignacio Agramonte, que, llamado por Céspedes, reorganizó el Camagüey y obtuvo sucesivas victorias, al paso que en Las Villas morían los principales jefes y la Revolución decayó.

El día 8 de octubre del 71, Agramonte llevó a efecto el rescate de Sanguily, estupenda hazaña que salvó la vida al glorioso mutilado y cubrió de gloria al actor.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y el siguiente:

¿Por qué el general Jordán no servía para dirigir la guerra en Cuba?

CAPITULO XXIX

PERIODO REVOLUCIONARIO

Fusilamiento de Zenea.—Inmolación de los estudiantes.

Fusilamiento de Zenea.—No podía pasar el año 1871 (nefasto para la historia de Cuba) sin que se contara en él algún crimen sensacional cometido por nuestros *patriarcales* gobernantes, auxiliados por los beneméritos voluntarios.

Y no fué un crimen: fueron dos. El primero se llevó a cabo el 25 de agosto, con el fusilamiento del malogrado poeta Juan Clemente Zenea.

El fusilamiento de Zenea no fué castigo más o menos merecido impuesto a un culpable; no fué si quiera un error con más o menos discul-



Juan Clemente Zenea

pas. Fué sencillamente un vergonzoso acto de salvajismo; asesinato sin atenuantes; infamia sin nombre que autorizó con su firma el conde de Valmaseda.

Don Segismundo Moret, ministro de Ultramar, autorizó al cubano don Nicolás Azcárate para que pasara a los Estados Unidos y se entrevistara con Al-

dama, sucesor de Morales Lemus en la representación exterior de la Revolución. El objeto era buscar una solución de paz.

Azcárate salió de Madrid y marchó a los Estados Unidos, donde se entrevistó con los miembros de la Junta. Esta le manifestó que estaba dispuesta a soluciones; pero que no tenía autoridad para resolver asunto tan delicado y debía en ese caso imponer al



Focos de los Laureles, lugar donde fué fusilado el poeta Juan Clemente Zenea

Presidente Céspedes de las cosas, para resolver después.

La indicación no podía ser más juiciosa, y comprendiéndolo así Azcárate, solicitó un comisionado para que se entrevistara con Céspedes. Zenea se prestó a ser ese comisionado, y provisto de cartas de Aldama y Mestre para Céspedes y de un salvoconducto del representante de España en Wáshington salió para Cuba.

Cumplió su cometido (por cierto que sin resultado positivo), y regresaba a los Estados Unidos en compañía de doña Ana de Quesada, segunda esposa del Presidente, cuando fué detenido en la Guanaja

por las tropas españolas. Conducido a Puerto Príncipe, mostró el salvoconducto, por cuya razón lo trasladaron a la Habana, donde lo encerraron incomunicado en la Cabaña, y después de un proceso ridículo y amañado con falsedades sin calificación, fué condenado a muerte.

Así murió Zenea, y nótese que aquí la culpa no pudo recaer sobre voluntarios *ebrios*, sino sobre un Capitán General que olvidó y despreció el honor de su uniforme y la garantía de su patria para aparecer ante la Historia responsable de esa infamia.

Inmolación de los estudiantes.—El otro crimen, y mayor todavía, porque el brutal instinto de la turba tuvo como cómplice la cobardía de gobernantes sin nombre, fué el fusilamiento de los estudiantes, sucesos ocurridos el día 27 de noviembre de 1871.

El día 23 de noviembre de ese infortunado año, los estudiantes del primer curso de medicina de la Universidad habanera, al concurrir a las clases de disección en el anfiteatro de San Dionisio, se encontraron con que, ausente el catedrático, debían esperarlo.

Contiguo al anfiteatro, separado de él por una galería, estaba el hoy demolido Cementerio de Espada.

Los jóvenes estudiantes, en la impaciencia de toda espera, hubieron de encontrar motivo de entretenimiento en un carro que allí se encontraba, y que servía para la conducción de los cadáveres a las clases de disección.

Anacleto Bermúdez, Angel Laborde, José de Marcos Medina y Pascual Rodríguez utilizaron el carro para hacerlo rodar en la plaza existente frente al Cementerio. Alonso Alvarez de la Campa, jovenzuelo de diez y siete años, tomó de una tumba cualquiera una flor de un rosal que allí crecía.

Eso fué todo.

Sin otro incidente llegó el día 25. En la mañana de ese día, el Gobernador de la Habana, Dionisio López Róbert, acompañado del agente policíaco Araujo, se presentó en el Cementerio indagando lo hecho allí por los estudiantes el día 23.

Era que Vicente Cobas, celador de la Necrópolis, había denunciado a los estudiantes *de haber rayado el cristal del nicho donde descansaban los restos de don Gonzalo Castañón*, personaje que siendo director del periódico "La Voz de Cuba", después de haberse distinguido por su fervorosa intransigencia, había muerto en Cayo Hueso, en cuestión personal con el cubano Mateo Orozco.

Cualquiera cosa hecha en el sepulcro de Castañón podía considerarse ofensa a España, y por eso fué la denuncia del miserable Cobas.

Pero nadie había tocado el referido cristal, y cuando López Róbert interrogó al capellán del Cementerio, presbítero Rodríguez, éste le dijo *que esas rayas, cubiertas por el polvo y la humedad, las había visto hacía mucho tiempo, y por lo tanto, no podían suponerse hechas en esos días por los estudiantes.*

Cualquier hombre sencillamente honrado, por muy intransigente que fuera, hubiera tenido bastante con la declaración del padre Rodríguez, y demasiado con el propio testimonio de su visita, ante la realidad de la declaración del sacerdote, confirmada frente al nicho de Castañón. López Róbert no tuvo bastante con esas pruebas.

En la mañana del 25, después de oír al padre Rodríguez y ver el nicho de Castañón, se presentó en la cátedra de segundo curso de medicina acusando de profanadores a todos los alumnos de ese curso, y pretendiendo reducirlos a prisión, a lo que no se atrevió ante la enérgica y cívica actitud del catedrático doctor Manuel Sánchez Bustamante, que supo valiente y noble defender a sus discípulos.

Fracasado López Róbert frente al Dr. Bustamante, se dirigió a la cátedra de primer año, y allí fué diferente. El Dr. Valencia, pequeño y servil, en vez de imitar a su gallardo compañero y cumplir con su deber, oyó en silencio la acusación dirigida a sus alumnos, no hizo nada en su defensa, y al fin permitió, impasible y como ajeno al suceso, que todo el curso fuera reducido a prisión y conducido a la cárcel, que abrió sus puertas para recibir a cuarenta y cinco inocentes.

Comenzó el sumario de aquella fantástica y tenebrosa acusación, y los cuarenta y cinco acusados esperaban en una lóbrega celda el fallo en un delito que ni soñaron cometer siquiera.

Así llegó el día 26. Los voluntarios de la Ha-



bana, en gran parada y en número de 10,000, desfilaron ante el General Segundo Cabo don Rómulo Crespo, y en su destile gritaron: ¡Viva España y mueran los traidores!

¿Por qué ese muera? ¿A qué traidores podían referirse aquellos hombres? Se referían a los estudiantes presos, y los primeros gritos de los voluntarios

partieron del 5º batallón, y especialmente de la compañía de Felipe Alonso, compañero de Castañón en su viaje a Cayo Hueso y de López Róbert en su investigación a San Dionisio.

Terminó la parada y los voluntarios, en vez de disolverse y retirarse, continuaron recorriendo las calles habaneras y alimentando su entusiasmo con libaciones de alcohol, para luego, ya llegada la noche, presentarse frente al edificio donde las víctimas esperaban, y allí, en macabro alarde, ensordecer el espacio con sonar de clarines, doblar de tambores y alaridos de muerte.

Aquella noche tremenda fué para las infelices víctimas de infernal espera, como si los muros de su prisión fueran aislado albergue en plena floresta africana en cuyo exterior rugieran fieras ávidas de sangre.

Y mientras los presos esperaban, allá, en los desolados hogares, velaban los padres y aumentaba su conflicto cada grito, cada redoble, cada toque de clarín, que iban a resonar en sus almas para dejar en ellas la triste realidad de un mañana de muerte, dolor y luto.

Los voluntarios concurrieron en manifestación tumultuosa a la Plaza de Armas y pidieron a Crespo la cabeza de los presos. En vano fué que Olavarría, tutor de los hijos de Castañón, y don Valentín Corujo, pretendieran convencerles de su injusta acusación. Los voluntarios ya no eran hombres, eran fieras, y sólo podía aplacarse su furor dándoles sangre.

Otro hombre que Crespo, velando por la honra de su patria y por el honor del propio uniforme, hubiera hecho frente a la turba dominándola o cayendo destrozado por ella, como a España cumplía y su deber ordenaba. Crespo no supo o no quiso.

Sometidos los presos a un consejo de guerra formado por jefes y oficiales del ejército, se les dió un defensor, que fué el capitán Federico Capdevila.

Al elevar su voz en aquel consejo el capitán Capdevila, pareció que la España brutal y sanguinaria de Alba, Torquemada y Fernando VII retrocedía, medrosa y avergonzada, ante la España generosa y

grande, levantada y viril de Isabel I, Méndez Núñez y Pi y Margall. La voz de Capdevila vibró serena, majestuosa y grande. ¡Aquél sí era el rugir del león en soberbia alarde!

Frente al crimen, frente a la infamia, frente al vocerío de la muchedumbre ebria, cuando la mente, entristecida por el luctuoso suceso, trae el llanto a los ojos y a los labios la maldición, la sombra de Capdevila se interpone, el llanto sigue corriendo; pero los labios oran, y en vez de maldecir a España, se lamenta aquel momento tenebroso de su historia.

La oración de Capdevila fué como flor de delicado perfume que eternamente vivirá sobre la tumba de aquellos mártires, y también eternamente debe vivir en la memoria cubana. He la aquí:

Triste, lamentable y esencialmente repugnante, es el acto que me concede la honra de comparecer y elevar mi humilde voz ante este respetable tribunal, reunido por primera vez en esta fidelísima antilla, por la fuerza, por la violencia y por el frenesí de un puñado de revoltosos (pues ni aún de fanáticos puede conceptuárseles), que hollando la equidad y la justicia, y pisoteando el principio de autoridad, abusando de la fuerza, quieren sobreponerse a la sana razón, a la ley.

Nunca, jamás en mi vida, podré conformarme con la petición de un caballero fiscal que ha sido impulsado, impelido a condenar involuntariamente, sin convicción, sin prueba alguna, sin fecha, sin el más leve indicio sobre el ilusorio delito que únicamente de voz pública se ha propalado. Doloroso y altamente sensible me es que los que se llaman voluntarios de la Habana hayan resuelto ayer y hoy dar su mano a los sediciosos de la Commune de París, pues pretenden irreflexivamente convertirse en asesinos, y lo conseguirán si el tribunal a quien suplico e imploro no obra con la justicia, con la equidad y la imparcialidad de que está revestido. Si es necesario que nuestros compatriotas, nuestros hermanos, bajo el pseudónimo de voluntarios, nos inmolen, será una gloria, una corona por parte nuestra para la nación española; seamos inmolados, sacrificados; pero débiles, injustos, asesinos, ¡jamás! De lo contrario, será un borrón que no habrá mano hábil que lo haga desaparecer. Mi obligación como español, mi sagrado deber como defensor, mi honra como caballero y mi pundonor como oficial, es amparar y proteger al inocente, y lo son mis cuarenta y cinco defendidos; defender a esos niños que apenas han salido de la pubertad y entrado en esa edad juvenil en que no hay odios, no hay venganzas, no hay pasiones, que es una edad en que, como las pobres e inocentes mariposas, revolotean de flor en flor, aspirando su esencia, su aroma, su perfume, vivien-

do sólo de quiméricas ilusiones. ¿Qué van ustedes a esperar de un niño? ¿Puede llamárseles, juzgárseles como a hombres, a los catorce, diez y seis y diez y ocho años, poco más o menos? No; pero en la inadmisibile suposición de que se les juzgue como a hombres, ¿dónde está la acusación? ¿dónde el delito que se les acrimina y supone?

Señores: desde la apertura del sumario he presenciado, he oído la lectura del parte, declaraciones y cargos verbales hechos, y, o yo soy muy ignorante, o nada absolutamente encuentro de culpabilidad. Antes de entrar en la sala había oído infinitos rumores sobre que los alumnos o estudiantes de medicina habían cometido desecatos y sacrilegios en el Cementerio: pero en honor de la verdad, nada aparece en las diligencias sumarias. ¿Dónde consta el delito, ese desecato sacrilego? Creo, y estoy firmemente convencido de ello, que sólo germina en la imaginación obtusa que fermenta en la embriaguez de un pequeño número de sediciosos.

Señores: ante todo somos honrados militares, somos caballeros; el honor es nuestro lema, nuestro orgullo, nuestra divisa; y con España siempre honra, siempre nobleza, siempre hidalguía; pero jamás pasiones, bajezas ni miedo. El militar pundonoroso muere en su puesto; pues bien, que nos asesinen, mas los hombres de orden, de sociedad, las naciones, nos dedicarán un opúsculo, una inmortal memoria. He dicho.

Pero no podía un hombre variar los acontecimientos que ya estaban determinados. Era imposible que la inocencia resplandeciera, y el consejo condenó como si el delito hubiera sido cometido; sólo que no ofrecía sangre, que era lo que la turba quería.

Ante la protesta acalorada y brutal de la muchedumbre ebria, ocurrió lo inexplicable, lo inaudito, lo bochornosamente raro. El cobarde Crespo, en vez de aprobar el fallo del consejo, accedió a la formación de otro, compuesto por seis oficiales del ejército y nueve! capitanes de voluntarios. Ya no había que preguntar cuál sería el resultado. Los voluntarios querían sangre y nueve capitanes suyos tratarían de complacerlos.

Se llevó a cabo la farsa. El consejo acordó dar sangre a la fiera, y escogió. Alonso Alvarez de la Campa debía morir. Era el más joven de los acusados, pero había cogido una flor en el Cementerio y daría la vida por esa flor.

Anacleto Bermúdez, Angel Laborde, Pascual Rodríguez y José de Marcos Medina jugaron con el carro, y morirían también por esa enormidad.

Cinco eran los que hicieron algo siquiera, y como lo hecho no merecía la muerte, el consejo acordó, sobarde y miserable, ir cediendo una a una las cabezas.

Ante la fiera enfurecida sonó el clarín. Se ofrecía una víctima, a lo que respondió un horrendo alarido de protesta. Volvió a sonar el fatídico toque, y ya eran dos. . . Repitióse el alarido en el cubil. . . ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! . . .

La fiera no se conformaba con ¡cinco! Quería más y se habían acabado los condenados; pero quedaban cuarenta presos. Se excluyeron dos, uno por ser *ciudadano norteamericano*, Octavio Smith, circunstancia que lo hacía inocente; y el otro era español: Ildefonso Alfonso y Maza.

Entre los treinta y ocho restantes había que buscar tres culpables, aunque entre ellos estuviera Carlos Verdugo, que cuando ocurrieron los sucesos se encontraba en Matanzas.

La muchedumbre quería ¡ocho! y faltaban tres que debía señalar la suerte. Verificado el eriminal y bochornoso sorteo, el azar designó a Carlos de la Torre, Eladio González y. . . ¡Carlos Verdugo!

Para que la inocencia de aquellos mártires resplandeciera más, aunque sólo fuera ante la conciencia de los hombres honrados, la Providencia dispuso que cayera un inocente, siquiera por el delito enorme de ser estudiante y haber nacido en Cuba.

Escogidos ya los ocho infelices que debían morir, de los treinta y cinco restantes fueron condenados a seis años de presidio Luis Córdova y Bravo, Antonio Reyes Zamora, Juan Silva Castrillo, Esteban Bermúdez, Manuel Martínez Martínez, Fernán Valdés Domínguez, Guillermo del Cristo, Carlos Rodríguez Mena, Angel Valdés Cajigal, José Francisco Hevia, Francisco de Armona Armenteros y Pedro de la Torre.

A cuatro años de presidio, Teodoro de la Cerra y Dieppa, Francisco Pebosa, Manuel López Lage, Fernando Méndez Capote, Ernesto Campos, Ricardo Montes Fariñas, Enrique Fernández Mateo Trías, José Ruibal Solano, Eduardo Baró, José de Salazar, Ricardo Gastón, Alfredo Alvarez Car-

ballo, Francisco Polanco, José Ramírez Tovar, Isidro Zertucha Ojeda, Bernardo del Riesgo y Luis Pimenta.

A seis meses de reclusión, Alberto Pascual, Francisco Codina, Eduardo Tacaronte y Benito Otaola.

Inútil parece decir que el Estado se incautó de los bienes de los procesados.

Llegaron las 4 de la tarde del 27 de noviembre de 1871. Las víctimas salieron de la cárcel para ser



Fermín Valdés Domínguez

fusiladas frente al muro de los barracones de ingenieros, existente entonces entre la Cárcel y la Punta.

La muchedumbre siguió a los mártires para sentir el placer de contemplar su agonía, y ellos fueron al suplicio altivos y serenos, fuertes en su inocencia.

Ramón López de Ayala mandaba al piquete asesino, y bueno es recordar su nombre, no como evocación de odio, sino para unirlo a los de

aquellos otros que en tan fatales días infamaron a España, y que deben ser recordados para lástima y desprecio por su pequeñez de alma y chacalescos instintos.

Llegó la hora. Redoblan los tambores, y en el silencio inmediato, López de Ayala, con saña que ni la impiedad disculpa, gritó: ¡preparen!... ¡apunten!... ¡fuego!, y resonó la fatídica descarga que escribió con caracteres indelebles una fecha en la historia de Cuba, y con caracteres indelebles también, escribió en la historia de España la página de un gran crimen, página que oculta y cubre la sombra de Capdevila.

Los mártires descansaron. Sus compañeros de infortunio marcharon al presidio, grillete al pie, para ser allí maltratados. Y no fué eso sólo. Todavía conciencias negras mojaron la pluma en hiel para acusar a los mártires, hijos de españoles, de que en sus últimos momentos olvidaron el recuerdo filial que todo hijo debe al autor de sus días.

¡Falsedad sin nombre! Uno de los supervivientes de aquel crimen, Fermín Valdés Domínguez, al reivindicar un día la memoria de sus compañeros, probó toda la infamia de aquel momento tenebroso.

Pasaron los días de horror y zozobra. En magnífico mausoleo descansan hoy los restos de aquellos infortunados niños. Allí reposan también los de su reivindicador y compañero Valdés Domínguez, y junto a todos los del noble Capdevila y el buen Domingo Fernández Cubas, defensor el primero y maestro de los mártires el segundo.

De aquel pasado nos queda el recuerdo doloroso. Alrededor de esa tumba no crecen flores de odio, sino de perdón para la España de López Róbert y los voluntarios integristas, cuyo perdón deben ellos a la España de Capdevila y Fernández Cubas.

RESUMEN DEL CAPITULO

El año 1871 señala en la historia de Cuba dos crímenes enormes, dos fechas inolvidables: el fusilamiento de Juan Clemente Zenea y la inmolación de los estudiantes.

Zenea, de acuerdo con la Junta Revolucionaria y don Nicolás Azcárate, vino a Cuba, provisto de un salvoconducto del representante español en Washington, conduciendo para Céspedes cartas de Aldama y Mestre acerca de proposiciones de paz en España.

Al regresar a los Estados Unidos fué hecho prisionero, y a pesar del salvoconducto, tras un proceso ridículo, murió fusilado.

La inmolación de los estudiantes fué un hecho todavía más cruel y resonante.

Acusados los estudiantes del primer curso de medicina de haber violado la tumba de Gonzalo Castañón, fueron presos. Componían ese curso cuarenta y cinco alumnos, y juzgados por un consejo de guerra amañado y bajo la presión de turbas ebrias, excluido un estudiante por ser español y otro por ser norteamericano, fueron condenados los restantes; ocho, a ser fusilados, y los otros a diferentes penas.

No les valió ni el hecho de ser inocentes, ni la defensa que de ellos hizo el capitán Federico Capdevila.

Fermín Valdés Domínguez, uno de los supervivientes, reivindicó después la memoria de aquellos mártires.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Digase algo acerca de Zenea.

Hagase un paralelo entre la conducta del Dr. Valencia y la de Fernández Cubas y Sánchez Bustamante.

Disértese acerca de Federico Capdevila.

¿Cuál es la prueba más evidente de la inocencia de los estudiantes?

CAPITULO XXX

PERIODO REVOLUCIONARIO

Fracaso de Valmaseda; Ceballos.—Muerte de Agramonte: dos palabras sobre él.—Máximo Gómez, sustituto: quien era éste.—Pieltaín y Jovellar.—Destitución de Céspedes.—Captura del "Virginus".—La Sacra y Pala Seco.—Melones.

Fracaso de Valmaseda; Ceballos.—El conde de Valmaseda, al sustituir a Caballero de Rodas, había llegado a soñar que figuraría en la historia como pacificador de Cuba; y efectivamente, después de múltiples correrías por los campos cubanos destruyendo todo para privar de recursos a la Revolución; después del asesinato de Zenea y del crimen del 27 de noviembre (del que fué cómplice moral, porque pudo evitarlo), llegó al para él amargo convencimiento de que la Revolución, decaída el 71, impulsada ahora por Agramonte, Vicente García y Máximo Gómez; engrandecida por la muerte de los estudiantes y de Zenea y auxiliada por algunas expediciones que felizmente lograron arribar, se levantaba con mayor empuje.

En vano ofreció Valmaseda indultos y trató por todos los medios a su alcance de ganar el título a que aspiró. Convencido al fin de su fracaso, solicitó su relevo y entregó el mando al Segundo Cabo, general Ceballos, el 11 de junio de 1872.

Muerte de Agramonte: dos palabras sobre él.—Todos los esfuerzos de Ceballos se dirigieron contra el indomable león que en las llanuras camagüeyanas resistía victorioso el empuje de los innumerables ataques con que a diario le asediaban. No era posible que

en aquel encarnizado juego con la fortuna y con la muerte dejara de llegar el día aciago en que el león se desplomara, aureolado de gloria, pero dejando en su caída un vacío tan grande en las filas libertadoras, que llenarlo en igual proporción hubiera sido imposible.

El día 8 de marzo de 1873 pasó Agramonte por el dolor inmenso de perder en el combate de San José del Chorrillo a su amado primo el coronel Eduardo Agramonte y Piña, y el 11 de mayo caía él mismo en Jimaguayú, desplomado del corcel de guerra en el fragor del combate; pero no en una de aquellas magníficas cargas suyas, sino casi en insignificante escaramuza, con el único valor histórico de ser ella pretexto para aquella irreparable pérdida.

Acababa de ventilar combate con los españoles, y separado de sus fuerzas contemplaba el final de la pelea, cuando una bala perdida lo toca y cae desplomado sin ser siquiera advertido por los suyos. El enemigo llegó a él y se apoderó de su cadáver, que llevó a Camagüey, ciudad natal del héroe; y allí, después de tratar sin consideración ni miramiento alguno aquel cadáver, que merecía respeto, fué quemado y echadas al aire sus cenizas.

Así cayó Ignacio Agramonte y Loínez, la figura más completa que hasta hoy ha surgido en la historia de Cuba. Reunió valor, virtud, belleza, talento y cultura; todo ello en grado excepcional. No hay un solo acto de su corta, pero brillante existencia (30 años), que no sea digno de loa. Heredó de sus padres y cultivó admirablemente altas virtudes públicas y privadas. Fué uno de los mejores discípulos de don José de la Luz. Estudiante modelo, alcanzó el grado de doctor en derecho mediante brillantes exámenes. El Grito de Yara le sorprendió en el momento en que frente a un bello porvenir y en un hermoso presente, rico, abogado, en plena constitución de feliz y risueño hogar, podía esperar de la vida los más bellos halagos; y cuando aquella juventud camagüeyana que dirigiera el admirable Cisneros desfiló entusiasmada al combate y a la muerte, Agramonte, sin necesidad de reclamo y seguido por su hermano Enrique y por su primo Eduardo, marchó también al campo

de la lucha para ser allí Catón ejemplar de virtudes y glorioso Épaminondas en el homérico empeño de libertar a la irredenta Cuba.

Cuando la pérfida conducta de Napoleón Arango estuvo a punto de hacer cobarde al Camagiüey heroico, el ejemplo austero de Agramonte y su palabra vibrante, elocuente y digna, trazaron el sendero único posible: el de la vergüenza.

Al romperse las negociaciones con Dulce, por virtud de la muerte alevosa de Augusto Arango, Agramonte fué el alma de aquel rompimiento. Cuando Camagiüey, al levantarse, constituyó su Asamblea de Representantes del Centro, lo comisionó a él para

Modas del pasado



1882

1880

1878

1877

1874

1872

que, entrevistándose con el caudillo bayamés, se democratizara la Revolución y se le diera impulso colectivo y forma legal.

No fué culpable Agramonte si—paladín de una tendencia salvadora para todos—hubo de presenciar las dificultades y desgracias que para la Revolución se derivaron del choque de esa tendencia con la que sustentaran los orientales y de la que Céspedes fué mantenedor.

Nombrado jefe de la División de Camagiüey, probó con sus brillantes hechos y admirables hazañas que era tan buen director de soldados en la pelea como magnífico secretario fué de la Cámara de Representantes. Un inevitable rompimiento con Céspedes, que le hizo renunciar su cargo en el ejército, condenó a la inacción el impulso de aquel hombre,

que por sus altas cualidades era insustituible, y por consiguiente, necesario.

Perdida la fe, dormido el entusiasmo, y por todo eso más activa la persecución española, vinieron para Camagüey aquellos días terribles del 71. En tan difícil trance todos volvieron los ojos a la única esperanza. Con nobleza enaltecedora Céspedes acudió a él y no llamó en vano. Aceptar en aquellos momentos el mando de la División de Camagüey equivalía a recoger un muerto y aceptar responsabilidades de inevitable fracaso. Agramonte lo sabía, y a pesar de todo, aceptó. Para esa aceptación se necesitaba una abnegación inmensa y un patriotismo de creyente ciego; pero él tenía en exceso ambas cosas, y haciendo un supremo llamamiento al honor y al heroísmo de sus paisanos, supo transmitirles su inagotable fe, reanimar su valor, despertar su entusiasmo; y a poco, con los restos dispersos de aquel cadáver de que se hizo cargo, asombró a propios y extraños con el empuje de su legión de héroes. ¿Qué recursos tuvo para realizar el estupendo milagro? El mismo lo dijo: la vergüenza.

Rescató a Sanguily en hazaña digna de Páez, el famoso venezolano, y tras incesante sucesión de batallar glorioso, cayó en Jimaguayú.

En su muerte tuvo la Revolución dos pérdidas: la muy grande, material, que en sí produjo, y la enormemente moral que para ella significó en lo porvenir. Si Agramonte vive, quizás el pacto del Zanjón no viene, o se redacta de otro modo; pero, ¿quién puede sondear el misterio ignoto de lo providencial en la vida de los pueblos y en la acción de los hombres?

Máximo Gómez, sustituto; quién era éste.—Sustituir a Agramonte en el mando del Camagüey era difícil, y sin embargo, su sucesor fué el único que militarmente pudo merecerlo, y estuvo muy acertado Céspedes designando para ese honor al general Máximo Gómez.

Este hombre excepcional nació en Baní, pueblo de la República Dominicana, el día 18 de noviembre de 1840. En la batalla de Santomé, allá en su patria,

comenzó su aprendizaje militar a los quince años, combatiendo como voluntario a los invasores haitianos.

Al anexarse Santo Domingo a España en 1861, Gómez, con Modesto Díaz, los Marciano y otros, se adhirió a los que en su país apoyaron ese suceso.

Amenazado Santo Domingo por su vecino Haití, y no pudiendo defenderse, se entregó a España, esperando con ese paso obtener un protector y regular su vida interna. España no respondió a lo que los dominicanos esperaban. Vino el rompimiento, y libre Santo Domingo, Máximo Gómez, que en el ejército español había obtenido el grado de comandante, marchó a Cuba en la escala de reserva y se domicilió en el Dátil. Allí estaba cuando estalló la Revolución, y tomó parte en el levantamiento con el poeta José Joaquín Palma, y más tarde incorporóse a Donato MármoI para concurrir al combate de Baíre, en donde recogió buen caudal de armas y municiones.

A la muerte de MármoI fué nombrado jefe de la División de Oriente, y a su frente libró la toma de Ti Arriba y la ruda campaña de Charco Redondo y Jiguaní. El 71, cuando la Revolución decaía en todas partes, Gómez, municionado por la expedición que en los Burros desembarcó Rafael de Quesada, invadió la comarca de Guantánuamo en una serie de brillantes triunfos y llevando con él al ya conocido y bravo Antonio Maceo.

En los primeros días del 72, acusado de desobediencia, fué destituido de todo mando por Céspedes. En la oscuridad de su retiro recibió la dolorosa noticia de la caída de Agramonte y la para él sorprendente orden de presentarse al Presidente. Era para que marchara a hacerse cargo de la división camagueyana.

No podía ocultarse a Gómez la inmensa carga del honor que se le hacía. ¡Sustituir a Agramonte! Sin embargo, fué, y en la Horqueta recibió el mando.

Tan se dió cuenta de lo que aceptaba, que escribió en su diario, después de revisar las fuerzas: "He encontrado el instrumento templado y mi empresa estriba en arrancarle buenas notas". Y se las arran-

có; no buenas, sino ¡inmortales! Ellas fueron Palo Seco, La Sacra, Guásimas y Naranjo.

Pieltaín y Jovellar.—El general Ceballos había sido sustituido por el general Pieltaín, a quien sustituyó el general Jovellar.

Destitución de Céspedes.—Dos sucesos lamentables, ocurridos ambos en el mes de octubre de 1873, fueron de gran perjuicio para la Revolución. El primero, la destitución de Céspedes; y el segundo, la captura del *Virginius*.

Nunca habían marchado de perfecto acuerdo el Presidente Céspedes y la Cámara, uno y otra en constante celo de prerrogativas y derechos. La Cámara quería que el desenvolvimiento civil y hasta militar de la Revolución dimanara de ella, y el Presidente quería que todo el movimiento militar lo dirigiera el Ejecutivo, y que participara del civil también.

En un período normal podía ser lo que la Cámara deseaba, y siempre reservando al Presidente sus indiscutibles derechos; pero en el medio anormal en que se desenvolvía la dirección revolucionaria, tal cosa era imposible; y esto, que no fué más que razón que veía y exponía Céspedes, quizás con demasiado calor, dió pretexto para que la Cámara supusiera en el caudillo tendencias dictatoriales.

Ocurrieron diversos rozamientos, y al fin, con motivo de haber intervenido el Presidente en un consejo de guerra que se efectuara poco antes, la Cámara se reunió y lo acusó "de querer establecer una dictadura sin reconocer la autoridad jurídica de la Cámara". Reunidos sólo nueve representantes, destituyeron por unanimidad al Primer Magistrado y se nombró en su lugar a Salvador Cisneros Betancourt.

Este suceso no afectó mucho a Céspedes, que resignado a ser nada más que un servidor de la Revolución, acató con estoicismo ejemplar los hechos ocurridos, sin protestar siquiera. Sólo pidió que se le facilitara un pasaporte para reunirse con su esposa e hijos, y desde el exterior seguir sirviendo a la Revolución.

No se accedió a esa pequeña y merecida petición suya, y entonces, reconociendo con admirable buen juicio *no ser hombre de guerra*, se retiró a la finca San Lorenzo, al pie del Pico Turquino, en la Sierra Maestra, donde siguiendo humildemente el proceso de la Revolución, distrajo su forzado ocio como maestro de *niños guajiros cubanos*.

¡Hermoso ejemplo de abnegación y desinterés que es hoy quizás el mayor timbre de su gloria! Hasta entonces fué el primer caudillo de la Revolución y primer Presidente de la República Cubana; desde entonces dejó de ser todo eso para convertirse en el Padre de la Patria.

Captura del "Virginus".—La del *Virginus* fué una de las más importantes expediciones que se enviaron a Cuba, y el fin desastroso de esa expedición, una de las páginas más tristes de nuestra larga historia



General Bernabé de Varona
("Bombeta")

de lutos. Venían en ella el general Bernabé de Varona (*Bombeta*), los oficiales Pedro de Céspedes, Jesús del Sol, William O'Ryan, y el resto de los expedicionarios llegaba a 165.

El vapor de guerra *Tornado* apresó al *Virginus* en aguas de Jamaica y lo condujo a Santiago de Cuba. Era Gobernador de Santiago el brigadier Burriel, hombre de alma pequeña, que al presentársele una oportunidad como aquélla de derramar sangre cubana, no había de despreciarla.

Sometidos los expedicionarios a un consejo de guerra, fueron fusilados Varona, Céspedes, del Sol, O'Ryan y otros, hasta 53. Todos hubieran caído de

igual modo a no intervenir virilmente Sir Hampton Lorraine, capitán de la *Niobe*, buque de guerra inglés.

La Sacra y Palo Seco.—; Bien aprovechó el general Gómez la brillante legión camagüeyana organizada por Agramonte! El día 2 de diciembre cayó en La Sacra sobre el brigadier español Báscones, derrotándolo completamente, y no contento, el día 7, en Palo Seco, en función de machete, secundado gallardamente por Baldomero Rodríguez, hizo morder el polvo a 400 adversarios y a su jefe el teniente coronel Vilches, quedando en su poder como prisionero el comandante Martítegui.

Melones.—Mientras el general Máximo Gómez batía el cobre en Camagüey, dos discípulos suyos, Calixto García Iñiguez y Antonio Maceo, aleccionados en la escuela del gran dominicano, tampoco estaban ociosos.

Maceo, después del combate de la Galleta, por el que ascendió a brigadier, quedó mandando la rica zona de Guantánamo, en la que combatía a diario como un león, dando terribles zarpazos.

Calixto García, que sustituyó a Máximo Gómez como Jefe de Oriente, atacó a Manzanillo; entró en Guisa y Holguín; dió la reñida acción de Cupeyal, en que murió el general español Huertas; el combate de Zarzal, en que pereció el también general Sostrada; la acción de Santa María, en que hizo prisionero al coronel Gómez Diéguez; y por último, mientras su maestro se batía en La Sacra y Palo Seco, tomaba a Auras y copaba en Melones al brigadier Esponda.

El combate de Melones se efectuó el día 9 de enero de 1874. Vencido el general García en Manzanillo y Santa Rita, revolvíase como león enfurecido en busca de presa que devorar, y tocó en suerte a Esponda pagar por todos.

Encontrábase el general García acampado en Melones. Esponda, al frente de 700 hombres, llegó por el rastro al campamento cubano, apoyado en un

tupido bosque al que sólo podía llegarse descendiendo una loma en cuya base corría un arroyo.

Cruzados los primeros tiros, avanzaron los españoles por los flancos y el frente, mandando éste último el propio Esponda.

La fuerza española descendió la loma, vadeó el arroyo y atravesó el bosque dejando grandes pérdidas en su avance. Una vez pasado el bosque, en extenso potrero y atrincherados en un palmar estaban los patriotas, que recibieron al enemigo con una lluvia de plomo. Esponda, al frente de los suyos, adelantó valeroso tras porfiado y rudo combatir y logró quedar dueño del campo. Pero el león oriental retorna más enardecido al reclamo de la presa que le ocupa el cubil, y carga denodado e irresistible contra el adversario, que retrocede, emprendiendo penosa retirada.

Los españoles forman el cuadro y escalonadamente comienzan el retroceso, resistiendo vigorosos ataques.

Desesperada llegó a ser la situación de la columna española. Su numerosa impedimenta de heridos dificultale retroceder de prisa, y el continuo ataque de los patriotas la tiene en constante aprieto. Un esfuerzo que recibe y la proximidad al fuerte Jurumum, al que pudo llegar, la salvó de una destrucción completa. Sus muertos fueron 31 soldados y 5 oficiales, más 103 heridos, lo que prueba lo rudo del escarmiento.

RESUMEN DEL CAPITULO

Convencido Valmaseda de su fracaso frente a la Revolución, cada día más pujante, renunció, entregando el mando al general Ceballos.

El 11 de mayo de 1873 cayó en Jimaguayú el general Agramonte, siendo su muerte una pérdida difícil de reparar. Le sucedió el general Máximo Gómez, quien al frente de aquella legión heroica fundada por el Mayor, escribió las páginas gloriosas de Palo Seco, La Sacra, Guásimas y Naranjo.

Desavenencias entre el Presidente Céspedes y la Cámara originaron al cabo la destitución de aquél, que resignado, aceptó los sucesos y se retiró a San Lorenzo.

La captura del "Virginius" y el fusilamiento de los principales jefes que conducía fué otro golpe terrible para la Revolución, golpe li-

geramente compensado con las víctimas de La Sacra, Palo Seco y Melones.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:
Juicio espontáneo acerca de Ignacio Agramonte.

Expóngase criterio acerca de la desavenencia entre Céspedes y la Cámara.

¿Los españoles debieron dar muerte a "Bembeta"?

Coméntese la intervención de Sir Hampton Lorraine.

CAPITULO XXXI

PERIODO REVOLUCIONARIO

Se acuerda la invasión de Las Villas.—Combate de Naranjo.—Muerte de Céspedes.—Batalla de Las Guásimas.—Calixto García cae prisionero.

Se acuerda la invasión de Las Villas.—Si en Camagüey y en Oriente se tenía en jaque a los españoles y se sumaban victorias, en cambio, en Las Villas la fortuna se mostraba adversa y la Revolución se reducía a grupos insignificantes que a duras penas logran recorrer el territorio.

Era indispensable reanimar en Las Villas el decaído espíritu, y con ese fin el Presidente Cisneros, el 3 de febrero de 1874, efectuó una reunión de generales a la que concurrieron Máximo Gómez, Vicente García, Manuel Calvar, Modesto Díaz, Calixto García, José Mignel Barreto y Antonio Maceo. En esa reunión se acordó que el general Gómez, al frente de mil orientales y camagüeyanos, realizara la invasión, reuniendo otros mil villareños para hacer un contingente invasor de dos mil hombres, y que se iniciara en seguida la preparación de ese plan. El general Vicente García se mostró contrario a lo acordado e hizo constar su voto.

Con tal entusiasmo se tomó ese acuerdo, que se comisionó al poeta Francisco Hurtado del Valle (*El Hijo del Damují*) para que compusiera el Himno Invasor.

Combate de Naranjo.—Vuelto cada jefe al distrito de su mando, llegó el día 10 de febrero, en que reunidos por primera vez para pelear orientales y ca-

magüeyanos, obtuvo el general Gómez sobre los españoles la sangrienta victoria de Naranjo.

Camagüeyanos y orientales habían oído en sus respectivos campos el bélico relato de hazañas por unos y otros realizadas; pero nunca habían tenido oportunidad de en noble emulación discutir frente al enemigo la común fortaleza y empuje.

Ese día llegó y todos quedaron como buenos, pues todos contribuyeron al éxito del combate. Allí estuvieron Julio Sanguily, Rafael Rodríguez y Mayía, camagüeyanos; Antonio y Rafael Maceo, Crombet, Moncada y Ricardo Céspedes, orientales; y todos, dignamente mandados por el general Máximo Gómez.

Los brigadieres Báscones y Armiñán, al frente de 1,700 de los suyos en columna de las tres armas, cayeron sobre el dominicano en el potrero Naranjo. Gómez los recibió rodilla en tierra en fuego por secciones. Los patriotas eran inferiores en número, pero aquél fué un día en que no se contaba al adversario; en que el entusiasmo y la emulación suplían al número; y al generalizarse el combate, sin necesidad de mandato, entrado que hubo el enemigo en la posición cubana, se confió al machete, matando y muriendo, el éxito de la jornada.

Los españoles, abrumados por el irresistible empuje adversario, retroceden, pretendiendo formar cuadro; pero, ¿qué cuadro resiste avalancha de tal clase? El enemigo retrocede aún más, oscila, pierde el preciso contacto, y el machete, respondiendo a ebrio enardecimiento, siega vidas.

Los españoles se fraccionan, desoyen la voz de los jefes, el terror hace presa en ellos, y volviendo la espalda, huyen a refugiarse en Mojacasabe, donde los salva de completo exterminio la tupida maya que flanquea estrecho callejón por donde destilan los dispersos.

Alto y retirada toca el cornetín patriota, y al ordenar las filas y contar, se ve que la victoria es cubana, pero que ha costado cara: sesenta bajas, casi todas en jefes y oficiales, contra doscientas que confesó el enemigo.

Al día siguiente Gómez se presentó en Mojacasabe invitando a nueva función; pero el adversario, escarmentado, sólo trabó escaramuzas, y eso desde sus trincheras.

Cuando Báscones y Armiñán entraron en Puerto Príncipe llevaban ciento sesenta camillas, y a juzgar por ese dato, debieron ser muchas más de doscientas sus bajas, atendiendo a que la pelea se decidió al machete.

Los héroes de esta jornada fueron Julio Sanguily y Antonio Macco.

Muerte de Céspedes.—El contento producido por la victoria de Naranjo había de durar poco. El 27 de febrero caía en San Lorenzo el Padre de la Patria, abandonado de todos y víctima de infame entrega.

Céspedes vivía en San Lorenzo, esperando que al fin se le autorizara para marchar al extranjero. Sólo le acompañaban en su retiro su hijo Carlos Manuel, algunos adictos y su fiel asistente Jesús Pavón. Los que le depusieron no sólo le negaron salir de Cuba, sino que en despreocupación completa, ni siquiera le dieron una escolta en su retiro.

Constante preocupación era para los españoles conocer el refugio de Céspedes y capturarlo a ser posible. Ellos sabían que el caudillo deseaba salir de Cuba, y como no podían figurarse que tal cosa se le negara, redoblaron la vigilancia que ejercían en las costas, con el fin de evitar ese suceso.

Un grupo de soldados de los que hacían servicio en las costas prendió al negro lucumí Ramón Chaque, conocedor del retiro de Céspedes. Los españoles prometieron al negro la vida y la libertad si les conducía al lugar de ese refugio, y el negro al fin accedió.

Dos columnas salieron para San Lorenzo, siendo Ramón práctico de una de ellas, que se componía de doscientos hombres de San Quintín. Esta fué la que llegó a su destino.

Como a las 3 de la tarde del día 27, estando Céspedes en el rancho de doña Francisca Rodríguez vió llegar a los españoles. Quiso huir y corrió

por entre un coccal recién sembrado, con intención de ganar la orilla del río en que acostumbraba bañarse todos los días. Detenido en su camino por una tumba de monte en terreno muy quebrado, perseguido de cerca y comprendiendo la imposibilidad de escapar, no queriendo caer vivo en poder de sus enemigos, se atravesó el corazón de un balazo y cayó en una hondonada. El había dicho que no caería vivo en poder de los españoles, y lo cumplió. Su cuerpo fué extraído del barranco arrastrándolo por los pies, por lo que sufrió desgarraduras en el lado derecho de la cabeza.

Su hijo y los pocos que le acompañaban acudieron; pero ya era tarde, y además, nada podían hacer.

Los españoles condujeron el cadáver al Aserradero, y de allí, por mar, a Santiago, donde después de expuesto, fué enterrado en una fosa común.

Así murió Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, el que guió a los cubanos en heroica rebeldía a la conquista de la libertad. Murió abandonado por los suyos, y más que la pureza de su vida, lo hace grande ante la historia el abandono de su muerte. ¡Fué apóstol y cayó mártir! Cayó bien. Así es como deben caer los grandes iniciadores de excelsas religiones.

Pero si fué abandonado en los últimos días de su vida, hubo almas fieles, cubanos buenos, que recordándolo muerto, salvaron sus preciosos restos de la profanación y del olvido. Calixto Acosta, Luis Yero Bulén, José Navarro y tres infelices negros redimidos por él, en una noche tempestuosa, alumbrados por la luz de relámpagos, *robaron* a la fosa común el sagrado tesoro, que depositado donde hoy está, sirve para que los redimidos puedan besar reverentes el lugar donde reposa el Padre de la Patria.

Aquellos tres negros, cavando la ignorada fosa y guardando el secreto, redimieron a su raza, manchada por el delator Ramón Chaque y por el criminal Zapata, perseguidor de Céspedes en sus últimos momentos.

Cuando ya Céspedes había caído, al despedirse el general Calvar del Presidente Cisneros, después

de la reunión de generales en que se acordó la invasión de Las Villas, el Presidente dijo a Calvar que aconsejara a Céspedes retirar su instancia para salir de Cuba y fuera al Camagüey, y que además le diera una escolta. Calvar, satisfecho con esa disposición, marchó decidido a cumplirla, pero ya era tarde. El ex Presidente no necesitaba escolta: había rendido su gloriosa jornada.

Batalla de Las Guásimas.—A pesar de la penosa impresión producida por la muerte de Céspedes, el espíritu de los patriotas se mantuvo entero y la fortuna continuó favoreciendo sus armas.

El general Máximo Gómez proseguía vencedor en Camagüey, donde los españoles no se atrevían a salir de sus recintos fortificados si no era en fuerte número, y así y todo, para sufrir rudos escarmientos.

El brigadier Armiñán, obedeciendo órdenes del general Portillo, salió de Puerto Príncipe, al frente de una fuerte columna de cuatro mil hombres, el día 14 de marzo. Noticioso Gómez de la marcha de esa fuerza, dirigióse contra ella al frente de mil trescientos infantes y trescientos caballos, llevando consigo a los generales Antonio Maceo y Manuel Suárez y a los coroneles Ricardo Céspedes, jefe de la brigada de Oriente; Gabriel González y Baldomero Rodríguez, el león de Palo Seco.

El 15 de marzo de 1874 se encontraron los adversarios en Las Guásimas de Machado. Gómez formó la infantería en ángulo recto; Maceo de frente en línea de batalla, y Céspedes en igual forma, por la derecha. La caballería formó al frente en vanguardia, mandada por los generales Gómez y Suárez y apoyada en la derecha por los jinetes de Rodríguez y González.

Armiñán avanzó destacando doscientos jinetes, que cargaron sobre la caballería de Gómez, quien iniciando la contracarga simultáneamente con González y Rodríguez, mató a los españoles treinta y seis hombres, ocupó caballos, armas y municiones e hizo retroceder al enemigo para buscar refugio en su in-

fantería y artillería, posesionadas de la casa de vivienda de la finca.

Gómez, en vista del primer éxito, hizo avanzar las líneas de batalla y esperó. El enemigo se hizo fuerte en una represa inmediata a la casa, y entonces, marchando Céspedes por la derecha con los escuadrones de González, hizo igual Gómez con Maceo por la izquierda, dejando como reserva a retaguardia la caballería de Rodríguez, y así quedó planteado el combate.

La posición española era ventajosa porque estaba defendida por las maniguas que rodeaban la represa, y tras un bregar de dos horas, viendo Gómez que el enemigo no avanzaba y se sostenía a la defensiva en formación de cuadro, determinó rodearlo en un círculo de fuego.

Llegó la noche y toda ella se mantuvo constante alarma. Amaneció el 16, y al fuego patriota y movimiento de flaqueo de la caballería respondieron los españoles con fuego inefectivo de metralla.

Al amanecer el 17, los cubanos, estrechando la distancia, hicieron más nutrido su típico tiroteo. Un grupo de jinetes españoles rompió el cerco y escapó a toda brida en busca de refuerzos, sin que fuera posible perseguirlo. En la noche de este día los escuchas avisaron que a dos leguas de distancia venían refuerzos al enemigo, por lo que Gómez con cincuenta infantes y doscientos jinetes salió a detenerlos, ordenando a Maceo que si el refuerzo llegaba, se concentrara sobre la derecha, formando en línea de batalla y atacando al enemigo de flanco.

Gómez llegó a Jimaguayú el 18, donde ya se encontraba Báscones al frente de dos mil hombres y un cañón. Carga el coronel González y Báscones forma cuadros. Gómez lo atrae a una emboscada, donde los infantes lo acribillan; pero no logra detenerlo en su intento de seguir a Las Guásimas.

Siendo imposible evitar que las dos fuerzas españolas se unan, el jefe insurrecto corre a incorporarse a Maceo y juntos se disponen a nuevo combate.

Contra lo esperado, en contacto Báscones y Armiñán, se sostienen en el lugar que ocupaba el primero en la represa y el fuego dura toda la noche.

Al amanecer el 19, el adversario, que en grandes hogueras ha procurado quemar sus muertos, inicia la retirada, perseguido por las fuerzas cubanas hasta Jimaguayú, donde acampa el General y destaca al coronel González para que siga la persecución hasta Cachazas.

Los patriotas ocuparon en el lugar de la pelea y en el rastro cuarenta caballos, cincuenta rifles y cuatro mil tiros.

En esta batalla, que duró del 15 al 19, pasaron de mil las bajas españolas, teniendo también los cubanos muchas y sensibles, consistentes en tres jefes, seis oficiales y veintiún soldados muertos y tres jefes, treinta oficiales y ciento quince soldados heridos. Allí murieron los comandantes Piedra, Arnal y Ubieta; los capitanes Adán y Hernández; los tenientes Acosta, González, Palomino y Fornier. Entre los heridos se contó el de siempre, el general Maceo.

La victoria de Las Guásimas causó tal efecto, que el general Gómez, al finalizar el 74, le escribió a Aldama que nunca la Revolución se había visto tan pujante; y que desde La Sacra, el ejército marchaba de victoria en victoria, al paso que el adversario, sostenido a la defensiva, había perdido su acometividad.

El Gobierno metropolitano, creyendo resolver mejor el problema de la Revolución cubana, sustituyó a Jovellar nombrando Gobernador de Cuba al general José Gutiérrez de la Concha.

Calixto García cae prisionero.—Pero no debía acabar el año 74 sin que la Revolución dejara de sufrir otra gran pérdida, siendo ésta la del general Calixto García. Sorprendido en San Antonio de Bagá por una muy superior fuerza española, al frente de veinte hombres que le acompañaban, se defendió heroicamente hasta que, convencido de que había de caer prisionero, en sublime arranque, poniendo la boca de su revólver bajo su barba, disparó con intención de darse la muerte. La bala no quiso acabar aquella noble vida, y dejó en la perforada frente del patriota indeleble huella de su resolución heroica.

Conducido a Manzanillo y curado con esmero, lo enviaron más tarde a España, donde estuvo preso has-

ta la paz del Zanjón. Calixto García debió su salvación a que tuvo la suerte de caer prisionero siendo Capitán General de Cuba el general Concha por tercera vez; que si lo hubiera sido Valmaseda, no la cuenta el valeroso General.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al comenzar el año 1874, la Revolución había decaído mucho en Las Villas, por lo que en reunión convocada por el Presidente Cisneros se acordó invadir ese territorio con un contingente de mil orientales y canagüeyanos. Tal entusiasmo reinó en este acuerdo, que el poeta Hurtado del Valle compuso un himno invasor. Sólo se opuso a este plan el general Vicente García.

Incorporado cada jefe a su distrito, el general Máximo Gómez ventiló con los españoles el sangriento combate de Naranjo, que fué una resonante victoria.

La alegría de este triunfo fué velada por la infausta muerte del ex Presidente Céspedes, ocurrida en San Lorenzo el 27 de febrero.

A pesar de este doloroso suceso, el general Gómez dió a los españoles la gloriosa batalla de Las Guásimas, que duró del 15 al 19 de marzo y fué un ruidoso triunfo para las armas libertadoras, determinando el relevo de Jovellar, sustituido por don José Gutiérrez de la Concha.

PERO a la muerte de Céspedes se sumó otra desgracia, y ésta fué la prisión del general Calixto García en San Antonio de Bagá. El heroico caudillo, no queriendo caer vivo en poder del adversario, intentó suicidarse, logrando únicamente taladrarse la frente, señalando en ella y para siempre la huella de su entereza. Calixto García fué curado y enviado a España, donde permaneció prisionero hasta la paz del Zanjón.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:
Hágase un juicio acerca de los motivos que pudo tener el Gobierno revolucionario para no permitir a Céspedes salir de Cuba.
Compárense los combates de Naranjo y Las Guásimas.

CAPITULO XXXII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Invasión de Las Villas.—Relevo de Concha; estado de la guerra.—El cafetal González.—Las Lagunas de Varona; Santa Rita.—Prisión de Estrada Palma.—La Revolución declina; negociaciones y paz del Zanjón.

Invasión de Las Villas.—El alborear del año 75 fué saludado por el general Gómez con la realización de su más acariciado ensueño: la invasión de Las Villas.

Al frente de numerosa y bien organizada hueste de infantería y caballería, llevando a los generales Suárez y Sanguily, en la mañana del 6 de enero de 1875 pasó el General a toque de corneta la famosa trocha de Júcaro a Morón, obra maestra del ecude de Valmaseda. El paso le costó una ligera herida en el cuello.

Iniciada la campaña con la toma e incendio de Jíbaro y Río Blanco, libró fuerte combate en Manaquitas, en el que tuvo el enemigo más de doscientos muertos y en el que se distinguió el bravo coronel José González.

Como reguero de pólvora corrió el ejército liberador la provincia villareña, y valerosamente dirigidas por Sanguily, Carrillo, Serafín Sánchez, José y Cecilio González, Jiménez y Reeve, las fuerzas invasoras, en correría sin contén, llegaron hasta el llano de Colón, incendiaron a Jagüey Grande y tocaron en Yaguaramas, donde halló la muerte en heroica acometida aquel magnífico mutilado que se llamó Enrique Reeve, extranjero generoso, que en el recuerdo de los patriotas se denomina *El Inglesito*.

Sancti-Spíritus, Trinidad, Villaclara, Sagua y

Cienfuegos (hasta donde llegó el general Gómez) sintieron los efectos de la guerra, y los invasores sufrieron pequeñas derrotas como la de Barajagua, en que fué herido el brigadier José González.

Relevo de Concha; estado de la guerra.—Mientras estos sucesos se verificaban, Concha telegrafió a Madrid que el movimiento en Las Villas estaba sofocado. Pero ese optimismo del gobernante no fué óbice para que pidiera su relevo, sustituyéndole el general B. Carbó.

No veía las cosas del mismo modo que Concha el conde de Valmaseda al hacerse cargo del mando en 1875, explicando al Ministro de Ultramar la situación del país y confesando que ya sólo existían en poder de España las grandes poblaciones de la comarca en guerra; que ni columnas de tres mil hombres podían marchar seguras; que en Oriente la situación era muy penosa; tremenda en Camagüey, donde hasta Puerto Príncipe estaba en condición de plaza sitiada; y que en Las Villas, cuarenta ingenios quemados y Máximo Gómez en las puertas de Colón eran pruebas desconsoladoras de la pujanza revolucionaria.

Así era en efecto. Cecilio González, después de recorrer triunfante todo el Norte villareño, dejando como huella de su paso humeantes ruinas de numerosos ingenios, cumpliendo así las órdenes del general Gómez, tropezaba en Palma Sola con numerosa caballería española a las órdenes del comandante Jul, y ventilaba sangriento y encarnizado choque al arma blanca.

Al clamor de los hacendados de Cienfuegos y Sagua, cuyos ingenios y cañaverales servían de luminaria a la Revolución enardecida, uniése el de los españoles de todas partes. Jovellar, que había sustituido en el mando a Valmaseda, al frente de 3,500 hombres, saliendo de Villaclara, concurrió al palenque y retó a Gómez, lanzando antes la bravata de que habría de regresar conduciendo prisionero al insurrecto famoso y al incansable y valeroso Julio Sanguily.

El cafetal González.—El día 28 de febrero de 1876, Gómez, respondiendo al reto de Jovellar, lo es-

peró en la loma del Jíbaro, en donde tuvo efecto el combate que los españoles denominan del cafetal González.

Iniciada la pelea por Gómez, Sanguily y Calvar, el teniente coronel Enrique Mola, arrebatando la bandera al abanderado de su regimiento, se lanzó contra el adversario. Los suyos le siguen, y en tremendo choque de caballería contra caballería al arma blanca, se resuelve la cuestión en tremenda derrota para Jovellar, que huye dejando sobre el campo más de 80 muertos y llevándose considerable número de heridos.

Finalizado el combate, presentóse al general Gómez el coronel González, y levantando en alto el machete, le dió parte del resultado en esta lacónica pero elocuente forma: "Enemigo derrotado; héroe del combate, coronel Enrique Mola."

Las Lagunas de Varona; Santa Rita.—El general Gómez esperaba después de la victoria del cafetal González poder avanzar hacia Occidente ante el enemigo intimidado; pero para ello necesitaba tropas que dejar en Las Villas.

El Gobierno de la Revolución no podía facilitar al General las tropas que con urgencia solicitaba, porque el árbol que se sembró destituyendo a Céspedes había de dar sus naturales frutos: la indisciplina y la discordia.

Apremiado el Presidente Cisneros por el apuro de Gómez, ordenó la preparación de un segundo contingente oriental para enviarlo a Las Villas. Las fuerzas de Tunas debían contribuir con cierto número de hombres, y su jefe, lejos de obedecer, convoca a otros jefes orientales, y con los que concurrieron, en Las Lagunas de Varona se colocó en abierta sedición.

Si todos hubieran respondido al general Vicente García con el viril espíritu de disciplina y cívica dignidad con que le respondió Antonio Maceo en réplica que es su mayor gloria, aquel suceso hubiera tenido poca importancia; pero desgraciadamente no todos procedieron como Maceo, y además, el Presidente Cisneros, cuya sustitución pedía García, no pudo

adoptar otra fórmula que la de contemporizar, tratando de solucionar el conflicto haciendo concesiones.

Marchó el Gobierno a Las Lagunas de Varona, y García, lejos de esperarlo, levantó campamento y se puso en franca situación de desacuerdo.

Maceo y otros ofrecieron al Gobierno su apoyo para todo, y hasta el general Gómez fué llamado del Camagüey para ver qué se hacía. Al fin se llegó a la solución de que el general García fuera designado para el mando de Las Villas, única manera de que los tuneros se prestaran a marchar.

Como consecuencia de esos desagradables sucesos, renunció Cisneros y fué nombrado interinamente Juan B. Spotorno, hasta mayo de 1876, en que salió electo en propiedad Tomás Estrada Palma.

El germen de indisciplina ya había fructificado y no podía dar aquel solo fruto. Al acudir el general Gómez al llamamiento del Gobierno dejó la jefatura de Las Villas al general Julio Sanguily, que fué víctima de sorda e injusta oposición por parte de los jefes villareños, oposición injusta porque fué de mezquinas rivalidades con todos los jefes camagüeyanos, cuyo único pecado consistió en que se cubrieron de gloria por su comportamiento heroico.

Sanguily delicadamente renunció, y no contentos todavía los jefes villareños, exigieron la renuncia al general Gómez, quien profundamente mortificado, y con razón, los complació entregando el mando al general Roloff.

¡Singulares misterios de la condición humana! Cuando, divididos Oriente y Camagüey al principio de la Revolución, parecía que tal división habría de dar al traste con todo, fueron Las Villas puente de afecto y lazo de concordia, y andando el tiempo, quien aquello bueno hizo inspirándose en un noble patriotismo, cediendo más tarde a pequeños intereses personales, contribuyó poderosamente a matar aquella Revolución que antes había salvado. ¡Miguel Jerónimo Gutiérrez debió estremecerse en su ignorada tumba ante tan mezquino proceder!

No paró ahí todo. El general Vicente García se había comprometido para marchar al territorio villareño al frente del contingente oriental, y luego no lo

hizo, con el pretexto de que los tuneros no querían quedar mandados por otro jefe. No valió que se relevara del mando de Tunas al general Manuel Suárez, sustituyéndolo con el general Borrero. Ya había surgido la indisciplina y el caso de las Lagunas de Varona se repitió en Santa Rita.

El Presidente Estrada ordenó al general Gómez que se hiciera cargo de la Secretaría de la Guerra, por haber sido autorizado él para asumir el mando del ejército. Aunque el puesto no gustaba al General, que, hombre de acción, prefería mandar fuerzas, aceptó; pero ya la Revolución era un cadáver, y aquella obra que en 1876, a los ocho años de comenzada, parecía casi en su final, con éxito completo, en sólo un año había llegado a ser cosa absolutamente perdida.

La Cámara designó General en Jefe al general Máximo Gómez, y éste, que hasta entonces había acatado todas las órdenes sin discutir las siquiera, se negó a aceptar. Los remedios eran demasiado violentos para que pudieran aplicarse, y él no quiso tener la responsabilidad de jefe del ejército en un final que ya veía venir.

Prisión de Estrada Palma.—Como si no hubieran caído ya bastantes males sobre la Revolución, el 10 de octubre de 1877 caía prisionero, en Tasajeras, el Presidente Palma.

Ocupó interinamente la Presidencia Francisco Javier de Céspedes, y al fin, con sorpresa general, la Cámara eligió al general Vicente García. El día a la Revolución su más duro golpe y en sus manos debía morir.

Máximo Gómez, que había soñado esperar al general Arsenio Martínez Campos, sustituto de Jovellar, en el llano de Colón, y allí dar quizás la batalla final, vió en cambio a este General tomar posiciones, concentrar tropas y preparar su movimiento de avance hacia Camagüey, sin que pudiese soñar siquiera en evitar esto, y entonces quiso renunciar a todo, solicitando en vano permiso para salir del país.

La Revolución declina; negociaciones y paz del Zanjón.—La situación llegó a ser insostenible, por

lo que la Cámara de Representantes, en reunión a la que asistieron Gómez y otros jefes, en vista de la política especial de atracción que venía haciendo Martínez Campos, lo mismo que de las dificultades del momento, acordó entablar negociaciones, no precisamente para llegar a una paz que no fuera de beneficio, sino más bien para ver si entre tanto era posible encontrar medios de proseguir la lucha con esperanzas de éxito.

Ya el general Martínez Campos había tratado de llegar a soluciones con el Presidente García, sin alcanzar nada positivo. Las negociaciones continuaron. Así las cosas, la Cámara determinó disolverse y designar una comisión para que se entrevistase con el General español.

Esta comisión, que presidió el Dr. Emilio Luaces y de la que fué secretario Rafael Rodríguez, recibió del general Martínez Campos unas bases, que la comisión estudió y emendó, quedando en definitiva redactadas así:

“Constituído en junta el pueblo de Cuba y fuerza armada del Departamento Central y agrupaciones parciales de los otros departamentos, como único medio hábil de poner término a las negociaciones pendientes, en uno y otro sentido, y teniendo en cuenta el pliego de proposiciones autorizado por el General en Jefe del ejército español, resolvieron por su parte modificar aquéllas, presentando los siguientes artículos de capitulación:

Artículo 1º.—Concesión a la Isla de Cuba de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfruta la isla de Puerto Rico.

Artículo 2º.—Olvido de lo pasado respecto de los delitos políticos cometidos desde 1868 hasta el presente, y la libertad de los encausados o que se hallen cumpliendo condena dentro o fuera de la Isla. Indulto general a los desertores del ejército español, sin distinción de nacionalidades, haciendo extensiva esta cláusula a cuantos hubieran tomado parte directa o indirectamente en el movimiento revolucionario.

Artículo 3º—Libertad a los esclavos o colonos asiáticos que se hallen hoy en las filas insurrectas.

Artículo 4º—Ningún individuo que en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo la acción del Gobierno español, podrá ser compelido a prestar servicio de guerra, mientras no se establezca la paz en todo el territorio.

Artículo 5º—Todo individuo que desee marchar al extranjero queda facultado, y se le proporcionarán por el Gobierno español los medios de hacerlo sin tocar en poblaciones, si así lo desea.

Artículo 6º—La capitulación de cada fuerza se hará en despoblado, donde con antelación se depositarán las armas y demás elementos de guerra.

Artículo 7º—El General en Jefe del ejército español, a fin de facilitar los medios de que puedan avenirse los demás departamentos, franqueará todas las vías de mar y tierra de que pueda disponer.

Artículo 8º—Considerar lo pactado con el Comité del Centro como general y sin restricciones particulares, para todos los departamentos de la Isla que acepten estas proposiciones. San Agustín, febrero 10 de 1878.—*Emilio Luaces*, Presidente.—*Rafael Rodríguez*, Secretario."

Estas bases, tratadas de igual a igual, significaban un triunfo para la Revolución. Verdad es que mucho más que eso merecía un pueblo que por espacio de diez años lo sacrificó todo por su libertad; pero en los momentos en que esas bases se acordaron, no transigir por ellas era igual que perder mucho más y sin esperanza posible.

Cuando el documento fué entregado al general Martínez Campos, lo expuso a los generales Cassola, Jovellar y Prendergast. Los dos primeros creyeron inaceptable lo pedido, pero Martínez Campos, que a todo trance se había propuesto acabar la guerra, aceptó las bases y dictó disposiciones para la suspensión de hostilidades, el acuartelamiento de las tropas y el franco paso a los delegados del comité para gestionar y obtener el acatamiento de todos.

Una vez aceptadas las bases por el general Martínez Campos, y dado conocimiento de ello al comité, éste eligió los delegados que debían llevar la noticia a los departamentos, siendo designados: el general Máximo Gómez, brigadier Rafael Rodríguez y el comandante Enrique Collazo, para Santiago; el coronel Enrique Mola, Marcos García, Ramón Pérez Trujillo y Juan B. Spotorno, para Las Villas; y para Bayamo, el comandante Castellanos y el alférez José Barrenquí. También se comisionó al brigadier González para notificar el acuerdo a la agencia de New York.

Camagüey y Las Villas aceptaron la paz en las condiciones acordadas, lo mismo que Modesto Díaz; pero no fué igual la negociación en lo que se refiere al general Marco.

Este había sustituido en el mando oriental al general Calixto García, y dando a las operaciones una gran actividad, había salido vencedor en Palma Soriano; en Juan Mulato, donde copó el 4 de febrero una columna española haciéndole 260 muertos, entre ellos el jefe, coronel Cabezas, y 27 prisioneros; y por último, en el sangriento combate de Naranjo o San Upiano, en que destrozó por completo al batallón de San Quintín, mandado por el coronel Sans y Pastor, y del que era segundo jefe Fidel Alonso Santocildes.

RESUMEN DEL CAPITULO

El 6 de enero de 1875, el general Máximo Gómez, al frente de bien organizada fuerza, invadió Las Villas, después de cruzar la Trocha de Júcaro a Morón, tras débil tiroteo en que salió ligeramente herido. Tomando Jibaró y Rio Blanco, lanzó sus escuadrones hacia Occidente, para llegar hasta el llano de Celón.

El general Concha, mientras tanto, era sustituido por Valmaseda, que fracasado a su vez, entregó el mando a Jovellar, quien salió contra Gómez para ser derrotado en el cafetal González el 28 de enero de 1876.

Para mantener activas Las Villas, el general Gómez necesitaba más fuerzas expedicionarias, y al ordenar el Presidente Cisneros el envío de esas fuerzas, el general Vicente García, que debía mandarlas, desobedeció la orden seriamente en Las Lagunas de Varona. A esta indisciplina respondieron Las Villas no aceptando jefes que no fueran villareños, y ya en germen el desorden, el caso de Las Lagunas se repitió en Santa Rita.

Renunció Cisneros, y tras corta interinidad de Spotorno, ocupó la Presidencia Estrada Palma; pero, prisionero éste en Tasajeros, la Cámara eligió a Vicente García.

La Revolución declinaba, tanto por su debilidad interior cuanto por la actividad y metodización especial de Martínez Campos, sustituto de Jovellar.

Siendo imposible continuar la lucha, se comenzaron negociaciones, que tuvieron como consecuencia el convenio del Zanjón.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Coméntese la actitud de Antonio Maceo ante los sucesos de las Lagunas de Varona.

Coméntese el convenio del Zanjón.

CAPITULO XXXIII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Protesta de Baraguá.—Embarca el general Máximo Gómez.—La guerra sigue; embarque de Maceo.—La paz; el Partido Liberal.—Ma la fe de España.—La Guerra Chiquita.—Los partidos en lucha.

Protesta de Baraguá.—El general Antonio Maceo recibió gran disgusto cuando supo las conferencias y negociaciones que se estaban efectuando en Camagüey referentes a la paz, y mayor fué ese disgusto cuando llegaron a su campamento Gómez, Rodríguez y Collazo, que iban a informarle de los acuerdos ya tomados. No encontró el General buenas las condiciones, pero quiso que sus compañeros conocieran lo pactado para resolver luego.

Maceo, una vez enterado de todo, escribió una carta a Martínez Campos solicitando una entrevista, "no para acordar nada, sino para saber qué beneficio reportaría a los intereses de Cuba una paz sin independencia." El General español accedió a la entrevista, comprendiendo que de ella dependía el éxito o fracaso de su empeño.

Como garantía de que por parte de España se cumpliría lo acordado en el Zanjón, el 1º de marzo de 1878 el Gobierno dispuso, por decreto, que desde la próxima legislatura Cuba tendría representación en las Cortes, igual que Puerto Rico; que se pusieran en vigor las leyes Municipal y Provincial de España, y que se manumitiera a todos los negros esclavos que habían estado en la Revolución hasta el 10 de febrero, o estuvieran hasta el 31 de marzo, indemnizando por ello a sus dueños.

Ya señalado el día en que debía efectuarse la conferencia entre Martínez Campos y Maceo, éste supo

que se pretendía en su campo cometer una indignidad con el General español, y profundamente afectado en la nobleza de sus sentimientos, obligado por la rectitud de su carácter, escribió una carta al coronel Crombet, carta hermosa que es documento de honor y gloria para su autor, y que termina así: "Llenéme de indignación cuando lo supe; dije que el hombre que expone su pecho a las balas y puede en el campo de batalla matar a su contrario en buena lid, no apela a la traición y a la infamia, asesinandolo; y que aquellos que quisieren proceder mal con ese señor, tendrían que pisotear mi cadáver. No quiero libertad si unida a ella va la deshonra."

Ese digno proceder del general Maceo, más enaltecedor que toda

su hermosa historia militar, encontró en su adversario una digna correspondencia. El general Martínez Campos, estando en su campamento de Miranda, precisamente la noche que precedió al día de la entrevista, recibió un anónimo en el que se le decía: "No acuda Ud. a la entrevista con el mulato Maceo, que será Ud. asesinado."

Martínez Campos había dispuesto que nutrido y brillante séquito lo acompañara a la cita. Por dar más realce a este acto, pensaba llevar numerosa escolta y muchos jefes y oficiales que deseaban conocer al famoso jefe oriental; pero al leer el anónimo mo-



General Arsenio Martínez Campos

dificó su disposición ordenando que sólo le acompañaran los generales Polavieja y Fuentes, coroneles Arderius, Morales y March, sus edecanos y veinticuatro números de escolta.

Los nobles se adivinan, y el general Martínez Campos, sin conocer al general Maceo, sabiendo sólo que era un *mulato sin instrucción, pero muy valiente*, admiró su grandeza de alma y le hizo la más hermosa de las justicias que pueden hacerse a un hombre.

Al amanecer del 15 de marzo de 1878, Maceo, seguido por pequeño, pero escogido grupo de jefes y oficiales, esperó en los desde entonces históricos Mangos de Baraguá al General en Jefe del ejército español.

Tras corta espera llegó el general Martínez Campos seguido de los suyos, y al preguntar por el general Maceo, adelantóse éste. Las manos de ambos se estrecharon en afectuosa demostración de cordial simpatía. Allí estaban el representante del poder secular de la Metrópoli y el último campeón de la dignidad cubana en rebeldía, teniendo por techo el cielo y por asiento la hamaca de campaña. Nadie, al ver aquel cuadro de fraternidad y afecto, hubiera podido suponer que constituían el animado grupo adversarios de diez años, que al separarse luego, habrían de seguir siendo adversarios.

Corta fué la conferencia y omiso todo acuerdo. Martínez Campos terminó manifestando que dentro de ocho días se romperían las hostilidades, y habiendo contestado Maceo que, por su parte, cuando quisiera, se separaron.

Embarca el general Máximo Gómez.—El día 5 de marzo, en el cañonero *Vigia*, embarcó para Jamai-ca el general Máximo Gómez. Al presentarse al general Martínez Campos para pedir un bareo en que salir de Cuba, éste le dijo que no pensara en eso, pues lo necesitaba en su obra de reconstrucción y pacificación del país, y que estaba dispuesto a concederle todo *a excepción de la Mitra*.

Gómez le contestó que lo único que quería era el bareo, en cumplimiento de lo acordado; y como Martínez Campos le dijera que todavía le quedaban

500,000 pesos como gobernante y como particular, para él, no pudo contenerse el General, y profundamente indignado, le contestó: "Acuérdese, General, que si Ud. tiene entorchados, yo también los tengo, y que está Ud. obligado a respetarme. Estos andrajos con que me ve cubierto valen más que todo cuanto España pueda ofrecerme. Yo no he venido aquí sino a pedir el cumplimiento de lo pactado en el Zanjón: un barco para salir de Cuba. Yo no puedo admitir a Ud. dinero. Si yo lo admitiera, Ud. mismo me juzgaría mal."

Obtenido el barco y ya en Jamaica, se dirigió el General a Santo Domingo, donde en la tranquilidad de su pobre hogar y olvidando innmerecidos cargos e injustas recriminaciones, esperó el día en que Cuba volviera a necesitar el apoyo de su esfuerzo.

La guerra sigue; embarque de Maceo.—El general Vicente García había estado dudando su determinación final, y por último se decidió por continuar la guerra. Dispuesto Oriente a sostener con firmeza la protesta de Baraguá, las fuerzas reunidas en el campamento de Sabana de San Juan procedieron a la constitución de un gobierno provisional, para el que eligieron Presidente al general Manuel Calvar y designaron General en Jefe al general Vicente García, mandando a la vez el Distrito Occidental (Tunas y Holguín). El general Maceo fué nombrado jefe del Distrito Oriental.

Rotas las hostilidades el día 23, pronto pudo verse que era imposible continuar la guerra. El general Martínez Campos, que había agotado todos los recursos y argumentos para desarmar al león oriental, conociéndolo bien, reservó para última hora el recurso supremo. El mismo día que se rompieron las hostilidades, las tropas de Maceo atacaron a diversas fuerzas españolas y vieron con inexplicable asombro que en vez de contestar al fuego gritaban: "Viva la paz; viva Cuba; no hagáis fuego, que somos hermanos".

El valeroso caudillo había desafiado muchas veces la muerte, y su brazo, incansable en la pelea, había segado incontables vidas. El hubiera luchado como fiera perseguida desbreña en breña, y hubiera caído heroico, sonriendo en encarnizado combate; pero no

podía pelear con enemigos que no se defendían y que gritaban "somos hermanos". ¡Bien supo admirarlo y conocerlo el General español! Maceo comprendió que todo esfuerzo era inútil ya. Recogió y plegó la bandera cuyo triunfo era su ensueño, envainó el machete y marchó al extranjero en espera de propicia ocasión para nuevo reto al dominio español en Cuba.

El general Martínez Campos, hecho el pacto del Zanjón, entregó el mando al general Figueróa, que fué sustituido por don Ramón Blanco y Erenas.

La paz; el Partido Liberal.—Terminada la guerra; obtenidos por el pacto del Zanjón determinados derechos y deseoso el país de reconstruir su riqueza, destrozada por una lucha de diez años; abiertos los corazones a la esperanza y jubilosos los cubanos porque esperaban el fiel cumplimiento, por parte de España, de las bases acordadas, se pensó en la organización pacífica de un partido que, ostentando en su programa beneficios para Cuba, obtuviera en las luchas políticas el derecho de pedir y alcanzara en las Cortes la obtención de esos beneficios, tendientes a la mayor descentralización posible, dentro de la unidad nacional.

Al efecto, formóse una junta organizadora que reunida en la Habana el día 3 de agosto de 1878, lanzó un manifiesto al país en el que explicaba el programa del Partido Liberal, nombre que adoptó la agrupación. Firmaban el manifiesto Ricardo Delmonte, José María Gálvez, Carlos Saladrigas, Pedro Armenteros del Castillo, Antonio Govín, Emilio L. Luaces, Juan Bruno Zayas, Manuel Pérez de Molina, Juan B. Spotorno, José Eugenio Bernal, Joaquín G. Lebrede, Miguel Bravo Senties y Francisco de P. Gay.

En ese Partido se agruparon, a excepción de Oriente, que permaneció en silencio, casi todos los cubanos y algunos españoles generosos que, sustentando ideas liberales y siendo buenos españoles, comprendían que España sólo podía encadenar a Cuba con lazos de amor.

El Partido Liberal necesitaba un vocero y lo encontró en "El Triunfo", periódico fundado por el

español Manuel Pérez de Molina, y que fué digno sucesor de "El Siglo," aquel batallador exponente de nuestras necesidades y anhelos que dirigiera Pozos Dulces.

Mala fe de España.—Entonces pudo verse que en las bases del pacto del Zanjón hubo mala fe, hubo engaño por parte de España. Los delegados revolucionarios, al firmar el pacto, ignoraban que el artículo 1º de las bases era una cruel mentira; sabían que la Revolución de Septiembre, en España, había dado a Puerto Rico grandes libertades; pero desconocían que al verificarse en España la restauración, todas esas libertades habían sido suprimidas. Dando a Cuba las condiciones *políticas, orgánicas y administrativas de Puerto Rico*, no se le daba nada, porque nada nuevo tenía la isla hermana.

De esta sarcástica felonía no parece culpable el general Martínez Campos, que debió ignorar esos cambios; culpables fueron los que ratificaron el pacto procediendo como rufianes, y lo fueron sin darse cuenta de que el abismo quedaba abierto con su conducta, y que ella originaría un futuro de grandes desgracias para la Metrópoli.

Cuba, al hacer la paz con España, había aceptado su dependencia de ella a cambio de libertades civiles y políticas que no existían.

Al llegar las elecciones de 1879, cuando el Partido Liberal concurreó a las urnas, de veinticuatro diputados sólo pudo sacar siete, porque la amañada Ley Electoral que regía en Cuba no permitió otra cosa.

Esta continuación desastrosa de la política colonial dió sus naturales frutos. El elemento revolucionario, en vista de la desleal conducta de la Metrópoli, se preparó para la guerra, y puesto de acuerdo, volvieron para Cuba los días de dolor y prueba.

La Guerra Chiquita.—El general Calixto García, residente en los Estados Unidos, asumió la jefatura del movimiento, y el 28 de agosto de 1879 se levantaron José Maceo, Moncada y Banderas en Santiago; Mariano Torres en Jiguaní; Belisario Grave de Peralta en Holguín y Limbano Sánchez en Ba-

raoa. Estos levantamientos fueron secundados por Jiménez, Carrillo, Serafín Sánchez, Emilio Núñez y Cecilio González en Las Villas. Al mismo tiempo desembarcaba en Cuba el general Miguel Ramos, y con él, el general Goyo Benítez.

Era Gobernador de Cuba don Ramón Blanco y Erenas, marqués de Peña Plata, amigo sincero del general Martínez Campos y partidario de sus ideas y procedimientos. Por todas esas razones, unidas a sus buenos sentimientos, se propuso terminar la revolución con la menor efusión de sangre posible.

Contra la voluntad del general Polavieja, que hubiera querido aplastar a los revoltosos con medidas de rigor, envió emisarios a Oriente. Como no era Polavieja hombre a propósito para interpretar y secundar los deseos de Blanco, éste mandó a Oriente al general Pando, quien logró que Grave de Peralta, Ángel Guerra y otros jefes depusieran las armas.



General Calixto García Iñiguez

El día 7 de mayo de 1880 desembarcó por el Aserradero el general Calixto García. La activa persecución de que fué objeto hizo que la noticia de su desembarco no llegara a conocimiento de José Maceo, Moncada, Rabi y Banderas, que creyéndose solos, capitularon confiados en las promesas de Polavieja, que les había ofrecido mandarlos para Jamaica y cometió después la indignidad de embarcarlos para los presidios de Africa y Mahón.

Limbano Sánchez capituló en Baracoa, y al fin el general García se entregó con la promesa de vida y libertad en España, que le hizo y cumplió el general Blanco. Carrillo, derrotado en Sabanas Nuevas, tuvo al fin que rendirse, y más tarde lo hicieron todos, con

lo que terminó ese episodio, que en nuestra historia se llama Guerra Chiquita.

Los generales Maceo y Roloff, comprometidos en este movimiento, no llegaron a venir providencialmente. Si vienen, y especialmente el primero, hubiera sido más difícil el arreglo y más peligrosa la aventura.

Este movimiento (prueba de que la heroica constancia de los hombres del 68 se conservaba inalterable) no reportó ningún beneficio a Cuba y sirvió más bien para facilitar unos cuantos ascensos en el ejército español y para que los cubanos fueran vistos con más recelo por la nunca escarmentada Metrópoli.

Los partidos en lucha.—Pero si los cubanos aceptaron el Zanjón, primero, y luego, considerados como españoles, procedieron a la organización de una fuerza política para pedir con procedimientos pacíficos libertades que pudieran llamarse locales, no quiere eso decir que la unión quedara hecha, ni mucho menos significaba amor a España; el pasado no podía olvidarse; sus dolorosos recuerdos habían de latir siempre, y el abismo abierto por las causas generadoras de esos dolorosos recuerdos no podía cerrarlo nada.

Al finalizar la guerra quedaron deslindados los campos, y unos y otros agrupados en partidos que respondían a tendencias antagónicas. Los que querían libertades para Cuba y el menor nexo posible con España se llamaron liberales; los que patrocinaban la tendencia contraria, se llamaban conservadores.

Las armas de unos y otros no eran iguales. El Partido Conservador venía a la lucha teniendo el apoyo incondicional de los Capitanes Generales, de la numerosa población peninsular y de un factor poderoso en toda contienda de esa clase: tenía dinero. El Partido Liberal sólo podía poner frente a sus contrarios la bondad de sus doctrinas, la simpatía de su programa, el verbo de sus oradores y el valor de sus convicciones. Dinero no tenía, porque la antigua riqueza de los cubanos había desaparecido en la vorágine de su sangrienta y ruinoso epopeya.

Pero la fe hace milagros, y los apóstoles de la nueva doctrina consiguieron al fin un pequeño triunfo, en 1881, con la promulgación de la Constitución española. Era Gobernador de Cuba don Luis Prendergast. Antes sólo podían votar los empleados públicos, los comerciantes, los industriales y los mayores contribuyentes, casi todos españoles. No tenían derecho a votar los dueños de tierras, que en su mayoría eran cubanos. Con lo obtenido en 1881 se amplió un poco más el censo electoral liberal.

En 1882, el Partido Liberal publicó sus famosas declaraciones, por las que manifestó defender "la identidad de derechos civiles y políticos para los españoles de uno y otro hemisferio; libertad inmediata y absoluta de los patrocinados y autonomía colonial". Constituyó como organismo máximo una Junta Central, y una en cada provincia, subordinadas a la primera.

Comenzó la lucha. Al frente de "El Triunfo", órgano del Partido, púsose Ricardo Delmonte, quízás la mejor de nuestras plumas.

Merced a laboriosos y constantes esfuerzos pudo conseguirse la aplicación en Cuba de algunas leyes que regían en España. Esas leyes fueron el Código Civil, la Ley Hipotecaria, el Código de Comercio y la Abolición de la Esclavitud. Esta última pudo obtenerse gradualmente y partiendo de la ley Moret, dada en 1870; de la ley de 1873 y de la de 1880. A pesar de esas leyes, hasta 1886 no se consiguió definitivamente suprimir esa odiosa mancha colonial.

RESUMEN DEL CAPITULO

El general Antonio Maceo, no conforme con las bases del Zanjón, concertó una entrevista con el general Martínez Campos. Efectuada la entrevista en Baraguá, no hubo acuerdo posible y continuó la guerra para cesar al cabo con el embarque de Maceo. El general Gómez había partido para Santo Domingo al efectuarse el pacto del Zanjón.

Al iniciarse la paz, los elementos cubanos, con excepción de Oriente, que permaneció en silencio, organizaron un partido político que se denominó Liberal. Pronto se vió que España había procedido de mala fe al concertar la paz, pues las libertades concedidas no existían, y ante ese engaño, estalló de nuevo la revolución llamada Guerra Chiquita, cuyo jefe fué el general Calixto García.

Este movimiento fracasó, y no corrió mucha sangre por ser Gobernador de Cuba el general Blanco.

Al terminar este último episodio, los cubanos se agruparon en el Partido Liberal, reorganizado, y los españoles y cubanos españoles en el Partido Conservador, defendiendo el primero libertades para Cuba, y combatiéndolas el segundo. Entonces comenzó una lucha desigual, pues los conservadores tenían el apoyo del Gobierno y dinero. Los liberales no tenían más que voluntad y fe.

A pesar de esta desigualdad, el liberalismo obtuvo algunas leyes beneficiosas, entre ellas, especialmente, la de abolición de la esclavitud y la igualdad constitucional de españoles y cubanos.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Por qué abandonó la lucha el general Maceo?

¿Por qué Oriente no se sumó a la labor política?

¿De qué manera pudieron los cubanos aumentar su censo electoral?

Explíquense las declaraciones del Partido Liberal.

CAPITULO XXXIV

PERIODO REVOLUCIONARIO

Labor del Partido Autonomista.—El sufragio universal en España.—Tratado de reciprocidad con los Estados Unidos.—Las reformas de Maura y Abarzuza.—El Partido Reformista.—Tentativas revolucionarias.—Maceo en Cuba.—José Martí: datos biográficos.—El Partido Revolucionario.

Labor del Partido Autonomista.—El Partido Autonomista, nombre con que más se conoce al Partido Liberal, dió principio a su labor de propaganda y comenzó aquel brillante período en que resaltaron como estrellas deslumbrantes en el escenario de nuestras luchas políticas aquellos maestros de la oratoria que fueron José Antonio Cortina, Rafael Montoro, Miguel Figueroa, Eliseo Giberga, Antonio Govín, José M. Gálvez, Rafael Fernández de Castro, Carlos Saladrigas, Enrique José Varona, Eduardo Yero, González Llorente y otros. Manuel Sanguily residía también en Cuba, pero no laboraba dentro del autonomismo, y más radical aún que Juan Gualberto Gómez, desde el castillo de sus "Hojas Literarias" era la encarnación solitaria, pero vibrante y soberbia, de la protesta en pie.



José Antonio Cortina

Oriente al fin fué conquistado con el ingreso en el Partido de Urbano Sánchez Echevarría. El pueblo de todas las provincias, con excepción del de Pinar del Río, donde siempre fué pobre el autonomismo, corría a las fiestas de oratoria, y enamorado rodeaba la tribuna con delirante entusiasmo.

Si los españoles hubieran sabido serlo de verdad y España, realmente escarmentada, rectificara sus

procedimientos, o t o hubiera sido el porvenir en Cuba de la nación descubridora. Pero los españoles de allá, engañados por los de acá, no quisieron reconocer las necesidades y justas peticiones cubanas; no quisieron creer en la sinceridad de los hombres que dirigían al Partido Autonomista, y ellos mismos, con su ceguera e intransigencia, prepararon los acontecimientos futuros.



Miguel Figuerou

Cuba, como Puerto Rico y Filipinas, por ley fatal del destino tenía que ser para España refugio de aventureros y paraíso de ahijados, adonde se venía a buscar fortuna a toda costa. Otra cosa hubiera lesionado intereses personales que, confundidos por los españoles con los intereses patrióticos, no podían sufrir lesión.

Por otra parte, contando el Partido Conservador con la complicidad de las autoridades, recurrió a todos los malos procedimientos y recursos a que le autorizara su finalidad, procurando por sobre todo mantener en latente desconfianza al Gobierno metropolitano con los hombres del autonomismo.

La izquierda autonomista, formada por los elementos revolucionarios que verificaren su ingreso en

el Partido, unos porque esperaron justicieras rectificaciones que no venían, y otros como recurso en espera de acción más rápida, comprendiendo que se perdía el tiempo y nada se adelantaba, comenzaron a pensar en otros procedimientos, oyendo la voz de los cubanos del exterior, que en extranjeras tierras, como vestales de la diosa Revolución, sostenían el fuego sagrado.

Los conservadores, apoyados por una Ley Electoral hecha en su beneficio, copaban los colegios electorales sin defensa posible para el contrario, y sin derecho siquiera de protesta, porque de las protestas no se hacía caso. Todo lo expuesto creó en el Partido Autonomista un gran malestar, precursor de futuros desprendimientos hacia otro campo más radical, aunque más peligroso. Al Partido Conservador también le ocurrió lo mismo, pero por causas muy diferentes que en su seno se crearon. Rivalidades por la jefatura y la lesión de los intereses económicos de sus componentes fueron las causas de esa situación.

Los españoles de Cuba, en su irracional empeño de mermar libertades a los cubanos, no vieron que ellos, residentes aquí y dueños de la riqueza, eran los más perjudicados en sus intereses económicos. Los productos peninsulares entraban libres de derechos en nuestros mercados; los productos de Cuba (tabaco y azúcar) se exportaban a España mediante el pago de muy crecidas gabelas. Y lo que no pudieron hacer la justicia y la razón en el patriotismo egoísta de los intransigentes, lo hizo el interés personal cuando vieron que su patriotismo estaba en pugna con sus intereses económicos.

Les pareció mucho españolismo el suyo; quisieron tener un poco menos, y para obtener libertades económicas que a ellos convenían, crearon la izquierda conservadora.

Después de Prendergast fueron gobernadores de Cuba los generales Reyna, Castillo, Fajardo, Emilio Calleja, Marín, Salamanca, Sánchez Gómez, Chinchilla y Polavieja. De todos ellos el más significado en su gestión fué Salamanca, gran perseguidor de vagos y bandidos.

El sufragio universal en España.—En 1890 se decretó en España el sufragio universal, quedando Cuba excluida de ese beneficio, lo que hizo que el Partido Autonomista acordara retraerse—como lo hizo—mientras existiera tan injusta desigualdad.

Tratado de reciprocidad con los Estados Unidos.—La crisis económica que atravesaba Cuba a causa de la diferencia de derechos con España y de la falta de mercado extranjero hizo poner el grito en el cielo a los *patriotas* conservadores, lo que determinó

Modas del pasado



1893

1892

1890

1888

1887

1884

un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos. Este paso, que pudo ser bueno, apenas dió resultado positivo, porque el Gobierno, no queriendo hacer daño a los productos peninsulares, supo encontrar el medio de que no se perjudicaran. En eso le ayudó la derecha conservadora, que neciamente se prestó a ello.

Las reformas de Maura y Abarzuza.—En 1893, Maura, ministro de Ultramar, planteó las célebres reformas. Su propósito era restablecer la confianza cubana, y comenzó por reformar la Ley Electoral para que los autonomistas volvieran al palenque político. El Partido Conservador combatió con rudeza estas reformas, provocando la caída de Maura, con lo que fracasó su plan.

Tanto llegó a ser el malestar reinante, y tan necesario un cambio de procedimientos, que Abarzuza,

sustituto de Becerra en el ministerio de Ultramar, planteó otras reformas menos liberales, pero siempre progresistas.

Quizás ésas o las anteriores, implantadas a tiempo, hubieran evitado la guerra; pero fueron inoportunas, y apoyadas las últimas por Romero Robledo, alma y cerebro de toda tendencia anticubana hasta entonces, la circunstancia de ese apoyo las hizo aparecer falaces.

El Partido Autonomista quiso volver a la lucha esperanzado en el plan de Maura, pero ya era tarde, y se quedó el estado mayor solo. Los soldados se habían ido para otro partido, el Revolucionario, que en 1892 había fundado José Martí.

El Partido Reformista.—La derecha autonomista y la izquierda conservadora se unieron, y apoyando el plan de Maura, fundaron el Partido Reformista, que tuvo como adversarios a los ya célebres conservadores, llamados pomposamente de *Unión Constitucional*.

Tentativas revolucionarias.—El pacto del Zanjón y el fracaso de la Guerra Chiquita no mataron el espíritu revolucionario, y lejos de eso, a pesar de las brutales represiones de Polavieja, estalló el primer chispazo en Purnio (Oriente); y poco después, el coronel Ramón Leocadio Bonachea, en 1883, reunidos siete mil pesos, que empleó en armas, y seguido de siete compañeros más, salió para Cuba, con el propósito de intentar un levantamiento. Apresado en aguas de Manzanillo, él y tres de sus compañeros fueron fusilados.

Lo sucedido a Bonachea no sirvió de escarmiento, porque en 1885 Limbano Sánchez y Francisco Varona Foruet, reuniendo algunos recursos, lograron preparar una expedición de diez y seis hombres, que desembarcó en Cuba por Punta Caleta, en Baracoa. El Gobernador, general Fajardo, declaró a Oriente en estado de sitio y persiguió activamente a los expedicionarios. No encontrando apoyo estos pobres locos, unos cayeron bajo el plomo español, otros fueron capturados y condenados a cadena perpetua, y el je-

fe, asesinado alevosamente mediante entrega: apareció muerto en una encreujada.

Los generales Gómez y Maceo, que no eran hombres capaces de esperar cruzados de brazos mientras Cuba no fuera libre, lograron organizar una buena expedición, que se perdió, por lo que hubo que aplazar la idea redentora. Esta expedición había sido preparada por los patriotas residentes en el extranjero, que llamaron a los caudillos para que la trajeran a Cuba.

Maceo en Cuba.—En 1890 el general Maceo obtuvo permiso para venir a Cuba. Gobernaban en España los liberales, y aquí, el general Chinchilla. Fué recibido, festejado y aclamado en todas partes. En la Habana se le dió un banquete. Llegó hasta Oriente para tomar el pulso a la opinión, y allí trató de persuadir a Urbano Sánchez para que aceptara la dirección civil de la Revolución; ya todo estaba dispuesto para lanzarse al campo, cuando, de nuevo los conservadores en el poder en España, fué nombrado Gobernador de Cuba el general Polavieja, y al tomar éste posesión, ordenó a Santiago, por telégrafo, que en seguida se embarcara Maceo, así como Crombet, que lo acompañaba. Cuando esto ocurría, Maceo acababa de hacer ante el Gobierno Civil de Santiago de Cuba la denuncia de una mina de oro, sin que sepamos si ésta denuncia fué porque realmente existiera la mina o como uno de tantos recursos para despistar sospechas.

José Martí: datos biográficos.—La hora de la Revolución no había llegado. Esa hora dependía de un hombre cuya existencia significó para la humanidad una de sus más excelsas figuras; para Cuba, el más sublime de sus mártires, el más grande de sus maestros, el más fervoroso de sus apóstoles; y para España, ríos de sangre y llanto, la pérdida de su imperio colonial y del resto de su poder marítimo y la vergüenza de una derrota sin precedente en la historia. Ese hombre fué José Martí.

No es posible seguir el sendero de los sucesos que constituyen la dolorosa historia de Cuba y hacer re-

ferencia a la Revolución de 1895 sin relatar a grandes rasgos la vida de aquel que vivió por y para Cuba y que quiso, cuando muriera "sin patria, pero sin amo—, tener en su tumba un ramo—de flores, y una bandera."

Nació en la Habana el 28 de enero de 1853. Fueron sus padres don Mariano, militar retirado, entonces funcionario de policía, y doña Leonor Pérez, españoles ambos. Hizo sus primeros estudios en una escuela municipal. A los trece años, y siendo alumno del colegio "San Pablo", del que era director el poeta Rafael María de Mendive, comenzó a estudiar segunda enseñanza, hasta 1869, en que, preso Mendive, perdió su apoyo y sufrieron trastorno sus estudios, los que no pudo reanudar como alumno del colegio "San Francisco de Asís", ni del Instituto.

En el colegio de Mendive conoció a Fermín Valdés Domínguez, y precisamente por los lazos de esta amistad tuvo su primer choque con el Gobierno español. Una tarde del mes de octubre de 1869, encontrábase en una casa de la calle de Industria, domicilio de Valdés Domínguez, el hermano de éste, Eusebio; el más tarde notable poeta Manuel Sellén, Atanasio Fortier y otros. Los allí reunidos hablaban de cosas provocadoras de risa, y cuando más animada era la conversación, cruzó la calle arrogante escuadra de voluntarios. La risa de los jóvenes supo mal a los improvisados y flamantes militares, quienes no pudiendo manifestar su enojo inmediatamente, regresaron más tarde acompañados de un oficial y llevaron a cabo un minucioso registro en la casa. De este registro resultó el hallazgo de una carta firmada por Martí y Fermín Valdés Domínguez. En esa carta se hacían cargos duros a un amigo de ambos llamado Carlos de Castro, porque, siendo cubano, se había alistado bajo la bandera española.

La expresada carta sirvió de admirable motivo para una acusación, e iniciada la causa, ésta terminó con la imposición a Martí de seis años de presidio y seis meses de encierro en la Cabaña a Valdés Domínguez. Eusebio y Fortier fueron extrañados de Cuba.



José Martí

Martí ingresó en presidio el 4 de abril de 1870, y con un grillete al pie en galera de presos salió a trabajos forzados en las canteras de San Lázaro. El maltrato de que fué objeto, lo duro del trabajo y los rigores solares le hicieron tal efecto, que hubiera sucumbido sin la intervención generosa del español don José María Sardá, que obtuvo como indulto su destierro a Isla de Pinos, donde, residiendo en el hogar del propio Sardá, permaneció del 13 de octubre al 18 de diciembre del mismo año, en que fué autorizado para terminar en España su tiempo de condena.

En el Instituto de Zaragoza terminó el bachillerato e hizo en la Universidad de aquella capital la carrera de filosofía y letras. De Zaragoza se trasladó a Madrid, donde cursó la carrera de derecho, al mismo tiempo que escribía para *La Cuestión Cubana*, periódico sevillano; colaboró con Valdés Domínguez en el folleto reivindicador de los estudiantes y escribió su sentido folleto "El presidio político en Cuba" y su oda "A mis hermanos los estudiantes".

Se dice, sin que haya podido probarse, que al constituirse en 1873 la República Española, celebró el suceso presentando a las miradas de todos, desde su modesto cuarto de estudiante, la bandera cubana, y que luego pidió al Presidente Figueras la libertad de Cuba, como justa consecuencia de aquella efímera libertad española.

En 1874 escapó de España por la frontera francesa, pasó de Francia a Inglaterra y de allí a México, para ir luego a Guatemala, donde fué profesor de literatura.

La paz del Zanjón le brindó las puertas de la patria y regresó a Cuba en 1878, después de haber contraído matrimonio, en la Catedral de México, con doña Carmen Zayas Bazán.

Una vez en Cuba, trabajó en el bufete de Miguel F. Viandi. La tribuna del Liceo de Guanabacoa fué formidable palenque de sus primeras oraciones. Al inaugurarse el Liceo de Regla en 1879, su discurso fué sencillamente enorme; pero donde con más intensidad vibraron su ardiente patriotismo y su evidente

demostración de rebeldía, fué en un banquete dado en honor de Márquez Sterling.

Fervoroso amador de Cuba, no pudo ser indiferente a los problemas de su futuro, y conspiró; por eso al estallar la Guerra Chiquita, sabiendo que estaba comprometido, el Gobierno pretendió imponerle pública fe de adhesión a España. Más que nunca re-

belde ante tal pretensión, mereció regresar deportado a la Península; fué después a New York; de allí salió en recorrido por la América del Sur, para volver definitivamente a la gran ciudad norteamericana, donde se domicilió en 1883.



Martí en presidio

El Partido Revolucionario. — Ya residiendo en New York, vivía Martí del fruto de su trabajo periodístico y literario, y tenía la representación consular de Paraguay, Uruguay y Argentina, hasta que en franco propósito de lucha por la independencia de

Cuba, renunció esas representaciones para ser, más que revolucionario, sacerdote de santa doctrina libertaria; maestro fervoroso y persuasivo que, encadenando dos generaciones, prepara paciente el momento en que al lado de los viejos robles de corazón ya duro por el fuego y las luchas, se levanten gallardos los pinos nuevos, y juntos, desafíen las iras del huracán.

Labor fácil es que los jóvenes se alistén bajo la bandera del Maestro; pero empresa difícil resulta acercar a los cruzados del 68, y más que todo, confundirlos con los nuevos caballeros que aún no han sido cruzados, para que todos sigan a un hombre que no tiene entre sus méritos el inmenso y significativo de haber sido actor en el tremendo drama iniciado en Demajagua. Pero el esfuerzo se hace, el milagro se realiza, los robles y los pinos se acercan y confunden bajo el mágico poder de aquel que, instrumento providencial para ser factor de grandes futuros sucesos, reúne, crea, disciplina, armoniza, solidifica, y llevando como bandera la de la patria irredenta, es obrero que trabaja, maestro que dirige, apóstol que predica; y cuando ya lo es todo, elevándose más, salta de los límites de lo humano en lo heroico para caer en los mundos portentosos de lo divino, y se convierte en mártir.

En la tribuna del club "Ignacio Agramonte," en Tampa, dió comienzo a la obra redentora con su discurso "Los Pinos Nuevos", el 26 de noviembre de 1891. Allí su verbo fulgurante enardeció los corazones, levantó el espíritu, y cuando poco después subió a la tribuna en Key West, su palabra fué doctrina; su voz, rasgando las tinieblas ignotas de lo porvenir, tuvo arranques proféticos, y al final de su oración, pareció que se veía una encadenada virgen que, secando el llanto de sus ojos, en esfuerzo prepotente destrozaba sus cadenas y se alzaba libre al fin.

Los jóvenes y los viejos, los que fueron y los que querían ser, ya no vacilaron más, y al impulso de la fe, al mandato del entusiasmo, unieronse la experiencia y la esperanza, consagraron a Martí, lo eligieron por maestro, y el 10 de abril de 1892, la quimera tomó forma, el ensueño fué razón y surgió la personalidad cubana en las bases de un partido que se llamó Revolucionario.

Hasta aquellos días el Gobierno español había considerado a Martí como a un loco; desde entonces lo consideró como un peligro, y peligro grande para el poderío español en Cuba tenía que ser el hombre que había adquirido prestigio suficiente para unir a

los dispersos del Zanjón y Baraguá, y para que sin haber sido de la guerra, mereciera que hombres como Máximo Gómez y Antonio Maceo, reconociendo en él la fuerza superior del genio, lo aceptaran como jefe y obedecieran sus mandatos.

Fué un loco, sí; pero loco sublime, como Bolívar, como Wáshington, como Artigas; locos capaces de hacer cambios geográficos y de redimir pueblos esclavos.

RESUMEN DEL CAPITULO

El Partido Autonomista comenzó su labor enardeciendo y preparando al pueblo por medio de sus brillantes oradores para la conquista de la libertad, mientras Manuel Sanguily y Juan Gualberto Gómez permanecían en espera de las mismas finalidades, pero por otros medios.

Los errores del sistema colonial español impidieron la eficacia del autonomismo, y mucho más al no conceder a Cuba el sufragio universal vigente en España.

Divididos al fin los conservadores, surgió el Partido Reformista, que unido al autonomismo, apoyó las reformas de Maura y Abarzuza; pero ya era tarde, porque el espíritu separatista, tras varias fracasadas tentativas, se levantó fuerte y decidido, bajo la jefatura de aquel enorme cerebro y más enorme corazón que se llamó José Martí, quien dedicando su vida entera a la redención de Cuba, fundó el Partido Revolucionario y preparó, perseverante y paciente, el fin de la dominación española en Cuba.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Qué labor realizaba Manuel Sanguily?

¿Qué hacía Juan Gualberto Gómez?

Explíquese por qué en Pinar del Río no arraigó el autonomismo.

Hágase una comparación entre los oradores autonomistas.

¿Qué hizo el autonomismo por la libertad de Cuba?

¿Por qué la pena impuesta a Martí fué mayor que a los hermanos Valdés Domínguez y a Fortier?

¿Qué fué lo que inspiró a Martí el discurso "Los pinos nuevos"?

CAPITULO XXXV

PERIODO REVOLUCIONARIO

Martí en espera del momento propicio.—Diferencia entre los revolucionarios del 68 y los del 95.—Preparativos en Cuba.—Grito de Calicito: sus consecuencias.—Organización revolucionaria.—El movimiento en Occidente: Ibarra.—Desembarco de Maceo.—Desembarco de Gómez y Martí—Maceo organiza a Oriente.—Entrevista de la Mejorana; Martí, jefe supremo.—Dos Ríos: muerte de Martí.

Martí en espera del momento propicio.—Fundado el Partido Revolucionario, el espíritu incansable de Martí realiza milagros de actividad y sus energías se multiplican. Unidos ya los cubanos del exterior, siembra la simiente revolucionaria en Cuba, secundado por hábiles y fervorosos agentes. Faltan recursos materiales, y en pos de éstos y de simpatías para la causa que defiende recorre las repúblicas centro y sudamericanas; y cuando ya lo tiene todo listo; cuando ya está todo preparado, espera paciente el momento preciso en que los errores del Gobierno colonial y el patriotismo criminal o equivocado de los peninsulares en Cuba creen en el país una de esas crisis políticas y económicas que producen malestar, y que en todos los tiempos y en todos los pueblos han sido momentos históricos precursores de grandes convulsiones.

El plan de Maura y la formación del Partido Reformista, al crear en el país una reacción optimista, parecen retardar el momento propicio para la obra revolucionaria; pero Martí sabe que esa reacción es pasajera; conoce los factores que la harán desaparecer; su genio lo hace profeta; activa preparativos; agrupa en el exterior a los Gómez, los Maceo, los viejos cruzados y los nuevos caballeros del ideal. Cuenta

en el interior con Sanguily (el glorioso mutilado, que sueña otras galopadas), con Masó, Cisneros, Aguirre, Carrillo, Portuondo, Castillo, Juan Gualberto Gómez, Miró, etc., y cuando el optimismo reformista muere, Cuba se levanta en actitud revolucionaria y el sol del 24 de febrero de 1895 es sol de reto, que ha de serlo también de libertad.



Un carruaje de la Habana antigua

Diferencias entre los revolucionarios del 68 y los del 95.—Entre la Revolución del 68 y la del 95 hay una razón de *iniciación* que importa mucho no olvidar. Aquel movimiento fué llevado a cabo en un período de nuestra historia en que la riqueza estaba en manos cubanas. Al levantarse aquellos hombres, ilustres por su cuna y su caudal, unieron a la prédica el ejemplo: al exponer vidas ajenas, y con ellas la propia, daban también a la Revolución sus riquezas y a sus siervos la libertad.

Ahora era diferente. De la antigua opulencia cubana no quedaba más que el recuerdo; de los hombres de Yara, el nombre bien amado; y de su obra, la bandera plegada. Aquellos tuvieron a su favor el gran prestigio del nombre y la riqueza; nombre y riqueza que fueron Aldama, Morales Lemus, Céspedes, Aguilera... Estos no tenían más que fe, voluntad indomable y un deseo fervoroso de dar la vida por la redención patria.

Cuando se piensa en el medio y recursos de uno y otro suceso, resalta más la labor de aquel visionario, apóstol y mártir, que tuvo en contra hasta a una gran parte de la mentalidad cubana, personificada en los autonomistas de buena fe, que a pesar de todo, esperaban de España cambio de procedimientos, y que por eso, defensores de la paz moral en Cuba, eran leales a la Metrópoli. A esos autonomistas de buena fe es preciso sumar los cubanos que, siendo o no autonomistas, eran contrarios al medio revolucionario por convicción, conveniencia o abyección.

Luchando contra tantas dificultades, Martí pudo al fin terminar los preparativos de su obra. Intentó introducir armas en Cuba; fracasó en ese empeño Enrique Loynaz del Castillo, que con atrevimiento sin nombre desembarcó en Camagüey una expedición que cayó en poder del Gobierno; fracasó también la expedición llamada de Fernandina, al ser apresados por el Gobierno norteamericano los yates *Lagonda*, *Amadis* y *Baracoa*, con todo el cargamento de armas y pertrechos que conducían con destino a Cuba. Este fué un golpe terrible para la Revolución, pero la fe de Martí se sobrepuso a todo pesimismo.

Preparativos en Cuba.—El movimiento revolucionario, dirigido en Cuba por Juan Gualberto Gómez, llegó a tomar considerable impulso, y al fin, el 29 de enero de 1895, Martí, apremiado por los comprometidos residentes en el país, dió la orden de levantarse en la segunda quincena de febrero.

Juan Gualberto Gómez transmitió la disposición a los conspiradores y telegrafió el 22 a Santiago y Manzanillo disponiendo el levantamiento.

Grito de Calicito: sus consecuencias.—Bartolomé Masó, al recibir la orden de Martí transmitida por Gómez, avisó a los conjurados, y saliendo de Manzanillo, acampó en Santa Ursula para alzarse el 24 en Calicito, punto de concentración. José Miró Argenter se dispuso a levantarse en Holguín, de lo que dió aviso a los hermanos Sartorio y a Esteban Tamaño. Al mismo tiempo salieron de Santiago Guillermo Moncada, Rafael Portuondo, Mariano Corona, Eduardo Yero, Alfredo Jústiz y otros, para incorporarse con Quintín Banderas, Hierrezuelo y Victoriano Garzón, que ya los esperaban en el campo.

El 24 de febrero estalló el movimiento, y además de Masó, levantado en Calicito, y de Guillermon en Santiago, lo hicieron Pedro Pérez y Enrique Brooks en Guantánamo; Jesús Rabí y Saturnino Lora en Baire.

Al mismo tiempo que estos levantamientos se efectuaban en Oriente, tomaban también las armas Joaquín Pedroso, Alfredo Arango y Charles Aguirre en Colón; Martín Marrero en Jagüey Grande; y en Ibarra, Antonio López Coloma y Juan Gualberto Gómez, seguidos por un pequeño grupo.

El mismo día 24, Brooks en Guantánamo y Amador Guerra en Cayo Espino, cruzaron los primeros tiros con los españoles.

Gobernaba la Isla don Exilio Calleja, y era Gobernador de Santiago el general Lachambre. Habían gobernado sucesivamente a Cuba los generales Alejandro Rodríguez y José Arderius.

La noticia de los sucesos ocurridos corrió por el país como reguero de pólvora, y se circularon órde-



Bartolomé Masó

nes de prisión; pero ya era tarde, a pesar de que fueron detenidos Julio Sanguily y Aguirre en la Habana, Pedro Betancourt en Matanzas y el general Carrillo en Remedios.

En vista de la gravedad de los sucesos, el Gobierno suspendió las garantías constitucionales.

El 24 de febrero fué domingo, y por eso había lidias de gallos en Baire. Aprovechando la concurrencia de hombres, entró en la valla Saturnino Lora, joven fogoso y atrevido, y arengando a los que allí estaban, los arrastró. Su premio fué mandar a los valientes que le siguieron, y ese suceso, por ser el más resonante de aquel memorable día, dió nombre al movimiento. No fué en Baire, sino en Calibito, donde por primera vez se dió el 95 el grito de ¡Viva Cuba Libre!



Guillermo Moncada

Organización revolucionaria.—Ya iniciada la Revolución, asumieron el mando, en Oriente, Masó, hecho cargo de Manzanillo, Bayamo, Jiguaní, Tunas y el occidente de Holguín; y Moncada en Santiago, Guantánamo, Baracoa, Sagua de Tánamo y oriente de Holguín.

Ambos jefes organizaron con asombrosa actividad sus respectivas fuerzas, y éste fué el último servicio que a Cuba prestó aquel valeroso y noble negro que se llamó Guillermo Moncada. El deber lo llevó muy enfermo a la Revolución y murió sin el placer siquiera de pelear una vez por la patria. A su muerte, asumió el mando de Oriente el general Masó.

El movimiento en Occidente: Ibarra.—El movimiento revolucionario no tuvo en los otros lugares

igual fortuna que en Oriente. Según el plan acordado, el general Julio Sanguily debía hacerse cargo del mando en Occidente, y de acuerdo con ese plan, habían de levantarse el Dr. Betancourt, los hermanos Acevedo, Antonio Curbelo, Marrero, Pedroso y Manuel García, que, regenerado de su pasado tenebroso, iba a purificarse en el jordan revolucionario.

Todos tenían que concurrir el 28 a Corral Falso, donde asumiría el mando Sanguily. Pero nada resultó como se había planteado. Presos Sanguily y Aguirre, el movimiento en Matanzas y la Habana quedó acéfalo, y más en la primera, con la detención de Betancourt. Curbelo fué asesinado al salir de Jagüey Grande. Manuel García cayó en el primer encuentro, y sólo quedaron los levantados de Ibarra, bajo el mando militar de López Coloma. Este, desde su levantamiento, acampó en el Cueval de Santa Elena, y permaneció allí hasta el día 28, en que fué descubierto y atacado por cien jinetes de Pizarro, doscientos infantes y algunos guardias civiles.



Juan Gualberto Gómez

En la dispersión que se originó del ataque, Juan Gualberto Gómez escapó milagrosamente, pues sirvió de constante blanco al jefe de la policía de Matanzas, García Carchano, que era gran tirador y que, conociéndolo, se propuso matarlo.

López Coloma cayó prisionero con otros; el grupo se dispersó y Gómez estuvo oculto en la finca Vellocoino hasta el 1º de marzo, en que, buscado tenazmente, se acogió al decreto de indulto que acababa de publicar Calleja. Conducido al Morro de la Habana, fué condenado a veinte años de reclusión y trasladado a Ceuta.

Con este desgraciado desenlace fracasó el movimiento de Occidente.

Desembarco de Maceo.—Antonio Maceo, que había esperado impaciente la hora del combate, tan pronto ésta sonó, ciñó el machete al cinto y el día 1° de abril desembarcó en Duaba, cerca de Baracoa. Con él venían su hermano José, Flor Crombet, Cebreco, Sánchez Figueras, Duverger, Frank Agramonte y otros, hasta veintidós.

Los patriotas no esperaban tan pronto el desembarco del león; pero los españoles velaban por el temor de sus zarpazos, y sin apoyo de los primeros, a poco de su arribo ya tenía sobre la pista al enemigo, ávido de darle alcance y muerte. Tenaz fué la persecución, pero ¡ay del que se acercara demasiado! Fraccionados para esquivar mejor las guerrillas de Guantánamo, cayó Crombet, y su cadáver fué trofeo del enemigo. El general Maceo llegó a verse solo y extraviado. Por espacio de cinco días fué su alimento el jugo de naranjas silvestres, y cuando, extenuado y rendido, perdía toda esperanza de socorro, se vió en brazos de su vieja escolta, que lo buscaba.

Ya estaba entre los suyos, y pronto la noticia del feliz arribo habían de darla los contrarios en derrota.

Desembarco de Gómez y Martí.—En el teatro de la lucha estaba el brazo formidable; faltaba la cabeza, y ésta no habría de hacerse esperar. Hechos los preparativos de embarque, empenóse Martí en venir a Cuba, alegando como razón suprema *que su deber lo exigía*, y no hubo otro remedio que dejarle correr la aventura.

El 11 de abril, por Playitas, desembarcó el general Gómez con Martí, Francisco Borrero, César Salas, Angel Guerra y Marcos del Rosario.

Maceo organiza a Oriente.—Tan pronto se incorporó a Masó, tomó Maceo el mando de Oriente, y a la noticia de su llegada corrieron a incorporarse los viejos del 68 y los bisoños del 95. Con los contingentes que a diario corrían a la lucha completóse la

organización, y el ruido de las descargas y el llamear de la pólvora se hicieron más intensos. ¡Como que había que dar clase a diario, para ir fogueando a los reclusas! Y las clases fueron buenas y aprovechados los discípulos.

Al frente de las diversas unidades figuraron jefes ya célebres, unos, y que llegaron a serlo otros. Masó y Amador Guerra se hicieron sentir en Manzanillo; Periquito Pérez en Guantánamo; Rabí y Lora en Baíre y Jiguani; Banderas y Garzón en Santiago; Goulet en el Cobre; Masó Parra y Tamayo en Veguitas y Bayamo.

El día 7 de marzo, Rabí y Lora derrotaron, en Los Negros, al coronel Zibikouske.

Entrevista de la Mejorana; Martí, jefe supremo.

—Al desembarcar el general Gómez, enterado de que ya Maceo estaba en la brega, salió en su busca y lo encontró en Jaraluca, de donde, juntos, siguieron a la Mejorana. El primero como General en Jefe y como Jefe de Oriente el segundo, acordaron el plan de campaña. En la entrevista estuvo presente Martí como jefe supremo de la Revolución y fué nombrado general, igualando con eso (como él decía con emocionado acento y lágrimas en los ojos) su vida a la de los veteranos del 68.

Allí habló el Maestro por primera vez en ¡Cuba Libre! Allí, teniendo por auditorio a fanáticos del ideal; por techo el cielo y por acompañamiento en la melopea de su canto el rumor de los palmares cubanos, su voz fué el arrullo enamorado de las aves, el plácido correr del arroyuelo, el violento cruzar de los ciclones, la inmensa majestad de la grandeza en la expresión sin par de lo infinito. . . y cuando la tropa, enardecida por su palabra candente y soberana, con emoción indescriptible lo vitoreaba llamándolo ¡Presidente!, él, conmovido, replicaba: *¡no, llámenme delegado!* Y tenía razón. Delegado fué Cristo en la Tierra, y Martí no podía ser presidente, porque debía ser mártir, para llenar por completo su excelsa misión.

Dos Ríos: muerte de Martí.—Deseosos Gómez y Martí de revistar a los valientes de Manzanillo y salu-

dar a Masó, se separaron de Maceo, quedándose éste en recorrido por Mayarí, Gibara, Holguín y Guantánamo, para caer el 13 de mayo en el Jobito sobre la columna española del coronel Boscch, que murió en el combate.

Gómez y Martí con Masó, que se había unido a ellos en "La Bija", llegó el infortunado 19 de mayo de 1895. Acampados en Dos Ríos (Cauto y Contramestre), después de regocijado almuerzo y magnífico discurso del Maestro, hubo necesidad de enviar un emisario a las Ventas de Casanova. Al regresar éste, cayó en poder de una fuerza española que resultó ser vanguardia del coronel Jiménez de Sandoval. Apremiado el mensajero, dijo lo que sabía, y así pudo suponer Sandoval la calidad de los que se encontraban en Dos Ríos.

Siguió marcha el adversario y posesionó sus fuerzas al resguardo de un bosque, en donde se cruzaron los primeros tiros. El general Gómez dispuso una carga, que efectuada, hizo retroceder a la vanguardia española al amparo de su centro. Este, desplegándose, abrió fuego sobre los jinetes patriotas, que recibieron las descargas al raso.

Al iniciar Gómez la carga, ordenó a Martí que se retirara, pues su puesto no estaba allí. Pedir eso a Martí era pedir lo imposible. El había venido a la guerra para estar muy poco en ella; pero lo había hecho para que se supiera que quien sabía mandar hombres al peligro, sabía también hacerle frente impávido y sereno. El quería que se viera su valor personal, aunque no fuera más que una vez. Sin eso, estimaba que perdía su fuerza moral, y obedeciendo más que nada a la ley fatal del destino, buscó, en una muerte tan parecida a un suicidio que con él se confundía, la más digna y grande apoteosis de su vida.

Revólver en mano, enardecido y magnífico, seguido de Angel Guardia, valeroso adolescente, avanzó sobre las líneas españolas, y muy pronto el Apóstol, el Maestro, había dejado de ser todo eso para, en tránsito de héroe, convertirse en mártir. Aquel corazón generoso había cesado de latir. Aquel cerebro brillante, uno de los primeros de América, que había

sido luz, ya era sombra, y en la caída del grande, al perder Cuba al primero de sus hijos, perdió la América uno de sus hombres y la humanidad una de sus glorias.

El día que la vida intensa de Martí sea suficientemente conocida; que las concepciones de su cere-



Lugar donde descansan los restos del Maestro,
en Santiago de Cuba

bro sean debidamente apreciadas; que se conozca el vuelo gigantesco de sus ensueños; que la enorme concepción de Bolívar tome formas de realidad y las hermanas de América lleguen, unidas, a la gloriosa majestad de una patria americana, entonces, y sólo entonces, los hombres de otras edades sabrán y podrán glorificar como merece el nombre y la memoria de

aquel que fué grande y que fué bueno, y que por grande y por bueno sucumbió de cara al Sol.

Sandoval recogió el cadáver de Martí y lo condujo a Remanganaguas, en cuyo cementerio fué sepultado sin caja siquiera. Al día siguiente, por orden del general Salcedo, se exhumaron y embalsamaron los restos para ser conducidos a Santiago. El 26 por la tarde llegaron a la capital de Oriente los fúnebres despojos.

En la mañana del 27, en el nicho 134, cedido por el Alcalde, se verificó el sepelio del infortunado mártir. Sandoval presidió el acto y pronunció las siguientes palabras:

Señores: cuando pelean hombres de hidalga condición como nosotros, desaparecen odios y rencores. Nadie que se sienta inspirado de nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo, sino un cadáver. Los militares españoles luchan hasta morir, pero tienen consideración para el vencido y honores para los muertos.

El recuerdo odioso de las cenizas de Agramonte, *aventadas*, se borra ante esa acción noble. Martí fué embalsamado y a su cadáver dieron, respetuosos, cristiana sepultura. ¡Esos sí son los descendientes de la España hidalga y noble de Isabel y de Daoiz! ¿Por qué no fueron siempre así, para que en las páginas de la historia colonial de España en Cuba no hubiera nombres como Wéyler y fechas como el 27 de noviembre?

El 24 de febrero de 1907, a los cinco años de constituida la República, los preciados restos fueron trasladados al lugar en que hoy descansan en el mismo cementerio. Él quiso tener en su tumba un ramo de flores y una bandera, y efectivamente, desde que la patria que él soñó fué realidad, en su tumba hay una bandera, y todos los días, sobre esa tumba sagrada, manos buenas, en piadosa ofrenda de recuerdo y respeto, riegan flores frescas de los cármenes cubanos. Entre los pétalos de esas flores, el perfume simboliza amor; y las gotas de rocío, las lágrimas agradecidas de los siervos redimidos por el martirio del Maestro.

RESUMEN DEL CAPITULO

Martí se multiplica preparando los planes de su obra y espera el momento oportuno de la acción, mientras dentro y fuera de la Isla une los elementos. No cuenta con la riqueza de los cubanos, como en el 68, sino con la voluntad, porque los cubanos no tienen riqueza. Cuando considera llegado el momento, prepara la expedición de Fernandina, que fracasa. Creído ante el desastre, persevera; y al fin, el 24 de febrero de 1895 Masó y otros jefes dan en Calicito y otros lugares el grito de libertad y guerra.

En Occidente fracasa el movimiento; pero lo mantiene en Oriente la firmeza de Masó, hasta la llegada de Maceo el 19 de abril, para vigorizar la acción y reunirse al cabo con Gomez y Martí (desembarcados el 11) en la Mejorana, y acordar juntos la organización y dirección de la guerra.

El funesto 19 de mayo de 1895 ocurre la muerte del Maestro en el campo de Dos Ríos, pero el sacrificio del mártir aumenta la fe y el santo empeño libertario, para dar cima a su ensueño de descansar en suelo libre.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Por qué fracasó la expedición de Fernandina?

Háganse trabajos acerca de Martí y su obra.

Compárese el trato dado por los españoles al cadáver de Martí con el que dieron al cadáver de Agramonte y a Cespedes.

CAPITULO XXXVI

PERIODO REVOLUCIONARIO

Actitud de Rabí y otros jefes al principio de la contienda.—Calleja intenta soluciones.—Martínez Campos.—Máxima Gómez en Camagüey.—Peralesjo.—Suo del Indio.—La Revolución en Las Villas.—Asamblea de Jimaguayú.—El plan invasor.

Actitud de Rabí y otros jefes al principio de la contienda.—Es importante que se fije la atención en el detalle siguiente: el general Rabí, al levantarse en Baire, lo hizo dando vivas a la autonomía. Después varió de intención y prueba de ello es el combate de Los Negros.

Calleja intenta soluciones.—La actitud de Rabí y algunos otros hizo concebir a Calleja la esperanza de llegar a una inteligencia con los levantados; pero se encontró con la tenaz resistencia de Masó, que sólo quiso hablar de soluciones a base de independencia. Esta firme actitud del irreducible manzanillero dió tiempo al desembarco de Gómez, Martí y Maceo, y al efectuarse esos sucesos, el lema habría de ser *independencia o muerte*.

Calleja envió dos comisiones a Masó. Fracasada la primera, que presidió Herminio Leiva, tuvo igual resultado la segunda, en que figuró Juan B. Spotorno. A estas gestiones respondieron Masó y Rabí atacando con tal coraje al coronel Santocildes en Guanabo, a la vista de Bayamo, que tuvo que formar cuadro y retirarse escalonadamente con numerosa impedimenta de muertos y heridos. Santocildes, hablando al día siguiente del combate de Guanabo, hizo el siguiente profético comentario: "Esta guerra será fatal para España." Más fatal había de ser para el infortunado y pundonoroso jefe español.

Martínez Campos.—Así las cosas, cayeron del poder los liberales en España y subieron los conservadores, presididos por Cánovas del Castillo, quien determinó el inmediato envío a Cuba de seis mil hombres y pidió al general Arsenio Martínez Campos que aceptara un nuevo mando aquí. Quería sumar a la acción del ejército los prestigios del Pacificador. Los tiempos habían cambiado. Había pasado ya la hora de la creencia en promesas que nunca se cumplieran, y el general Martínez Campos, que ya nada podía ganar, porque en el ejército español lo había alcanzado todo, aceptando el difícil cargo iba a jugarse en Cuba lo que más deseaba conservar, que era su prestigio.

Aceptó, sin embargo, y el día 28 de marzo de 1895 fué nombrado Gobernador y Capitán General. Por cierto que en el decreto se hacía constar que se sustituía a Calleja a petición propia, y efectivamente, el General no había solicitado tal cosa.

Máximo Gómez en Camagüey.—La caída de Martí causó profunda pena al general Gómez; pero sobreponiéndose al dolor causado por pérdida tan sensible, comprendió que esa desgracia lo obligaba a mayor esfuerzo, y a pesar de su tristeza, de acuerdo con el plan convenido entre él y Maceo, salió para Camagüey al frente de pequeña hueste.

Su entrada en esta provincia provocó la explosión. El Camagüey heroico de la década tremenda despertó al sentir el clarín de Guásimas y Palo Seco, y con su recio y estoico Cisneros al frente, salieron a la arena los de la vieja campaña y los nuevos luchadores.

El Mulato, San Jerónimo, Altagracia y La Larga fueron testigos de otras tantas victorias en que Gómez reverdeció sus laureles de Naranjo y de La Sagra. Faltaba allí Sanguily para las épicas cargas, pero tuvo imitadores. La victoria de Altagracia se conquistó a cambio de una pérdida muy sensible: la del general Borrero, compañero de expedición de Gómez y legítima esperanza de la Revolución.

Peralejo.—Maceo, que había quedado en Oriente levantando el espíritu revolucionario y preparan-

do fuerzas para futuras bregas en otros escenarios, recorrió la provincia arrollando cuanto a su paso encontraba y sin que Suárez Valdés, general adversario, se atreviera a medirse con él.

El 12 de julio llegó a Peralejo, a dos leguas de Bayamo, llevando setecientos hombres de infantería y caballería. Allí supo que Santocildes, ya ascendido a general, estaba en Manzanillo preparando un convoy para llevarlo a Bayamo, y hasta le dijeron que los españoles estaban esperando para salir que llegara el general Martínez Campos, quien en vez de dirigir las operaciones desde lugar seguro, se exponía valerosamente en el teatro de la lucha.

Macco quiso hacer al general Martínez Campos un buen recibimiento, y levantando sus tropas en la madrugada del 13, emboscó la infantería de Rabí entre Barrancas y el río Mabay, cerca del camino real de Manzanillo a Bayamo. Situó los infantes de Banderas a lo largo del camino, dejando la impedimenta a su espalda, defendida por cuarenta hombres de Goulet, y esperó.

Tras cinco horas de aguardar impaciente, estruendosas descargas anuncian a los españoles; pero no por donde se les esperaba, sino precisamente por el lugar menos defendible, por la impedimenta.

Santocildes, previendo el peligro, había esquivado el lazo, y burlando las avanzadas de Macco se metió en el campo por el lugar más débil. Hasta lo previsto ha fallado, y Macco, con rápido golpe de vista, se da cuenta del momento y gana tiempo lanzando contra los españoles la caballería de que dispone. Santocildes, que manda personalmente la vanguardia, forma el cuadro y marcha al resguardo de los montes de la Caoba. ¡Hay que evitar a todo trance que llegue allí, y Macco ordena a Banderas y a Rabí que flanqueen por la derecha, y eueste lo que eueste, hagan frente al enemigo antes de que llegue a los montes. Pero todo parece perdido si no viene lo providencial, y esto no llega. Nutrido escuadrón de Masó viene en auxilio de los patriotas, y Macco lo lanza como ariete contra los sólidos españoles, que, sor-